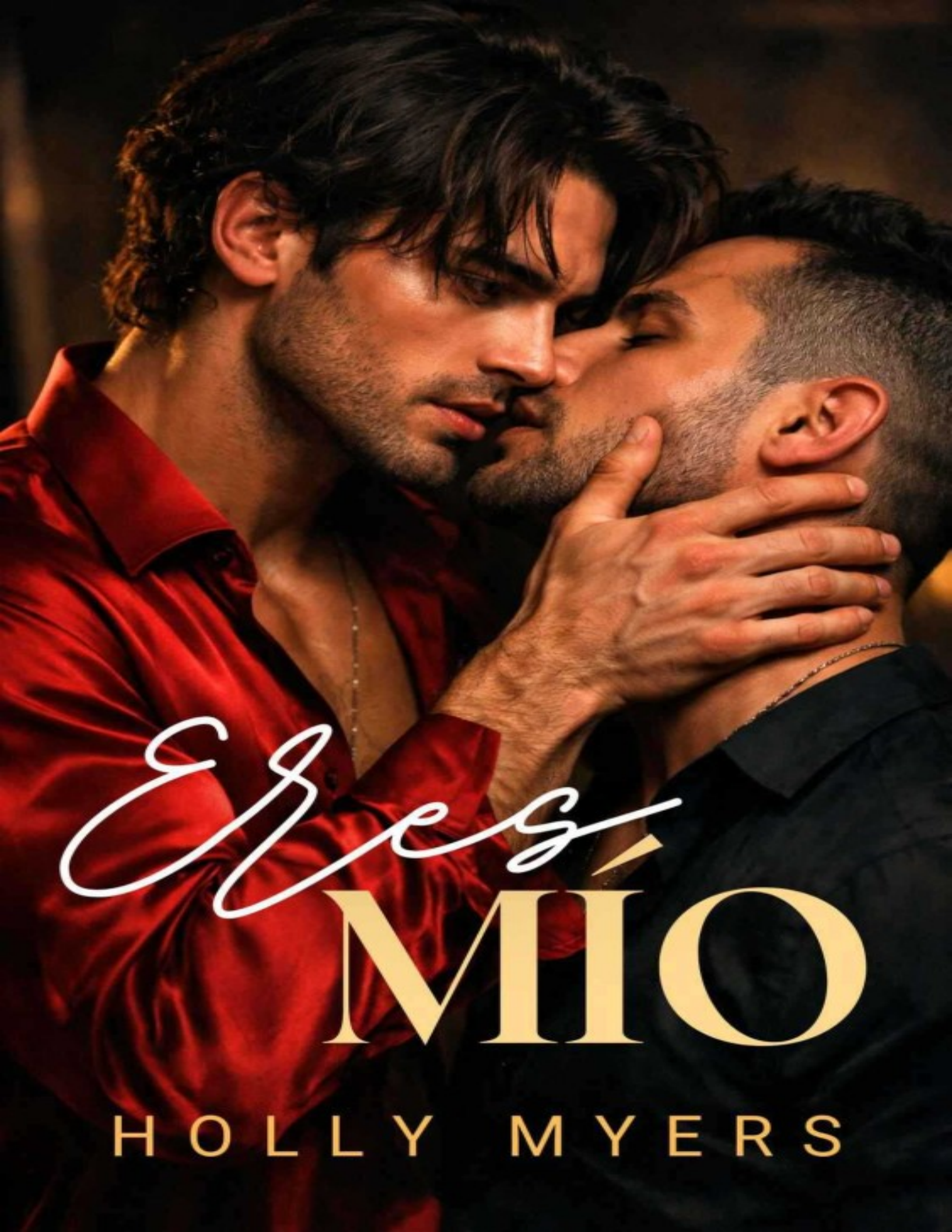

Eres Mío
HOLLY MYERS

ERES MÍO

HOLLY MYERS

ÍNDICE

Introducción

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

Postfacio

INTRODUCCIÓN

Hola, querido lector o lectora,

antes de sumergirte en esta historia, quiero darte las gracias por haberla elegido. De verdad significa mucho para mí que estés aquí.

Este libro es oscuro.

Se desarrolla en un mundo de violencia, dolor, poder y obsesión… y no suaviza sus aspectos más duros.

Aunque en su núcleo hay una historia de amor intensa, el camino hasta ella es complicado, caótico y, en ocasiones, difícil de afrontar.

Tu bienestar es importante. Por favor, revisa los siguientes avisos de contenido y decide qué es lo mejor para ti.

Avisos de contenido:

Muerte de un padre o madre
Asesinato
Violencia gráfica
Abuso de sustancias
Duelo
Menciones de abuso sexual infantil
Intento de agresión sexual
Sexo riesgoso/no seguro
Desencadenantes de estrés postraumático (PTSD)
Flashbacks

Dolor consensuado
Violencia con armas
Mención de suicidio
Mención de bombas
Amenaza de asesinato
Acoso / persecución

Cuídate durante la lectura—haz pausas, salta partes o detente cuando lo necesites. No hay ninguna obligación de continuar si algo te incomoda.

Y si estás preparado…

esta historia te llevará a un mundo de hombres peligrosos, juegos de poder implacables y un amor que arde de las formas más equivocadas… y también de las más intensas.

Gracias por confiar en mí, con tu tiempo y tu corazón.

Con cariño,

Holly

1

Carmine

La noche más oscura del año en el hemisferio norte es el veintiuno de diciembre. Para entonces, el frío ya se ha calado en el ambiente hace tiempo y los adornos navideños cuelgan por toda la ciudad, pero es el solsticio de invierno el que de verdad nos indica que el invierno ha llegado y que se quedará durante varios meses más.

Mes tras puto mes de espumillón brillante y luces parpadeantes que me deslumbran noche tras noche hasta que me provocan un dolor de cabeza que no desaparece hasta que lo hacen ellas. Puede que ni siquiera entonces.

Otro año más escuchando las risas de los niños, niños que no tienen ni idea de lo cruel que es en realidad el mundo y de lo que les quedará para cuando crezcan. Otra sonrisa fingida, otro regalo que nadie quiere de verdad. Todo el mundo sigue fingiendo, incluso aquí, en esta casa de veneno y codicia, que de verdad le importan las fiestas.

Esta noche, sin embargo, apenas aguanto ver a otro de mis hermanos colocar un calcetín en la repisa de la chimenea del salón familiar.

—¡Vamos, Carmine, tienes que colgar tu calcetín o se te llevará la Befana! —Tommaso, mi hermano mediano y, por lo general, un grano en el culo, se burla de mí desde el otro lado de la habitación.

—Que la vieja bruja lo intente —le respondo con brusquedad. Apuro el resto de un vaso de bourbon antes de estampárselo contra el pecho mientras se acerca a mí—. No estoy de humor, Tommy.

—¡Oh, vete a la mierda, nunca estás de humor! —me suelta con un juramento, con el ceño fruncido y los ojos encendidos con un fuego que rara vez se apaga. Siempre está intentando provocar una pelea. Prácticamente vive para ello.

Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta.

—No soy tu criada, gilipollas. —El cristal estalla contra la pared frente a mí, justo a la derecha de mi cabeza. Mis hombros se tensan solo un segundo o dos, y se me hiela la sangre. No me hierve como a él.

—Madre compró esos vasos —le digo en voz baja. Es una advertencia. No me giro para mirarlo, porque estoy seguro de que, si lo hago, no podré evitar lanzarlo al otro lado de la habitación.

—Tu madre, no la mía —sisea, como si fuera un gran insulto.

Giro sobre mis talones y me lanzo hacia él, agarrándolo por el cuello de su fea camiseta de polo. —¿Dime, Tommy, de verdad deseas que no fuéramos hermanos? Porque puedo hacer que eso ocurra.

Tommy se retuerce bajo mi agarre y me sujeta los brazos por las muñecas. —Yo puedo hacer que ocurra antes, Carmie, pedazo de mierdoso engreído —gruñe.

Le devuelvo el gruñido, pero este nace de lo más profundo de mi pecho. Le clavo la mirada como una víbora preparándose para atacar. Cada hueso de mi cuerpo me grita que le dé por fin la lección que necesita. Que aprenda que no puede meterse con quien quiera y salir indemne.

—¿De verdad quieres hacer esto? —le pregunto en un susurro. Mi rostro no se arruga ni se descompone bajo el peso de mi ira como el suyo. Puedo ver el reflejo de mis ojos en los suyos, y parecen de hielo—. Yo saldré de esta con algunos arañazos, hermanito; tú te quedarás sin cabeza.

A Tommy se le agrandan los ojos y, aunque veo cuánto desea continuar, me suelta los brazos y se aparta de un empujón. Yo suelto su camiseta, dejando que ponga distancia entre nosotros.

—¿Habéis terminado ya de mediros las pollas, par de idiotas? —nos pregunta Tiberi desde su sitio en el sofá, al otro lado de la sala. Le echo una mirada. Sostiene un libro en el regazo, manteniendo las páginas abiertas con los dedos y con una ceja alzada con fastidio.

—Métete en tus asuntos —le suelto. Observo cómo vuelve a su lectura. Miro a Tommaso—. Recoge tu desastre antes de que Padre...

Varios disparos revientan el aire. A pesar de que el sonido llega amortiguado por las paredes de la gran mansión, sigo oyendo el chasquido y el estallido de las balas disparadas cerca. Mientras que el primer instinto de Tiberi es soltar el libro e ir hacia la caja fuerte de las armas, donde están guardadas las de mayor calibre, yo salgo disparado de la habitación y recorro el pasillo. No tengo idea de qué hace Tommy, si me sigue o no, y me da igual. Estaban en la sala, así que sé que están a salvo. Es de todos los demás de quienes no sé nada.

Saco mi pistola del cinturón tan rápido que no soy consciente de ello hasta que la tengo en la mano, con el seguro quitado y apuntando hacia delante.

—¿Qué cojones está pasando? —grito, sin importarme si quien esté aquí me oye. Tienen que saber que los he oído.

Mientras corro hacia la puerta del despacho de mi padre, un guardia llamado Lukas también aparece a toda prisa. —¿Dónde cojones estabas? ¡Se supone que tenías que vigilar la puerta! —Lo agarro por el hombro y lo aparto de la puerta entreabierta.

—Mierda, joder. Estaba... estaba echando una puta meada, Cassian dijo que me cubriría —insiste Lukas. Abro la puerta de una patada y un disparo rebota en el marco y pasa junto a mi cabeza.

Escudriño la habitación y clavo la vista en la primera silueta que sé que no debería estar aquí. Mis ojos no son lo único que se fija en ella. Disparo dos veces y oigo un jadeo de dolor.

—¡Carmine! —La voz aterrorizada de Cassian rompe el estruendo y me distrae.

Hay sangre por todas partes y un dolor agudo me atraviesa el brazo izquierdo. Ignoro el dolor y caigo de rodillas al suelo. Lukas está detrás de mí, moviéndose torpemente como un necio.

—¡Llamaré a una ambulancia!

—¡No! —Me desplomo sobre las rodillas. Un hombre yace hecho un ovillo en el suelo con sangre manando de su cabeza, su cara, su pecho...

La ventana de la derecha está destrozada y los cristales caen al suelo; veo por el rabillo del ojo a quienquiera que haya hecho esto saltar por la ventana, cortándose con los bordes dentados.

—¡Ve a por ellos, puto imbécil! —le siseo a Lukas—. ¡Cassian!

—No, no... —Cassian le está tocando por todas partes—. Papá. Lo siento, yo...

—Deja de tocarlo. —Aparto las manos de Cassian de un empujón. Su rostro está cubierto de lágrimas, pero mi pecho está completamente entumecido. Mis ojos están secos.

Necesito ver todas sus heridas. Necesito ver si puede abrir los ojos.

No me molesto en comprobar si respira, porque tiene que respirar. No hay otra opción.

Abro la chaqueta del traje de mi padre y empiezo a palpar de dónde viene la sangre. Todo lo que hay... es sangre. Apenas puedo verle la piel. El olor a hierro en la habitación es tan denso que impregna cada rincón de mi nariz y mi garganta. Prácticamente puedo saborearlo.

—Carmine —susurra nuestro padre. Su voz es áspera y débil. La sangre borbotea de su boca y le resbala por la garganta—. Hijo mío.

—Estoy aquí —le digo, y lo agarro por la nuca. Puedo sentir el enorme agujero por donde la bala salió de la base de su cráneo. Está húmedo y carnoso; trozos de hueso se me clavan en los dedos. Aun así, le sostengo la cabeza para poder mirarlo a sus ojos apenas abiertos.

—Estoy aquí, Padre —le dice Cassian—. Yo también estoy aquí. Lo siento mucho. —Cassian le coge una mano. Oigo a nuestros otros hermanos y al personal de la casa corriendo de un lado a otro.

Disparos fuera. Todo es ruido de fondo comparado con este momento aquí y ahora con mi padre.

—Cas —balbucea—. N-no quiero...

Sé lo que intenta decir. No quiere que Cassian lo vea así.

—Vas a ponerte bien —le dice Cassian.

Vuelvo a mirar a los ojos de mi padre mientras empiezan a volverse vidriosos.

—Carmine... protege... —a Padre le cuesta sacar las palabras. Hay estertores entre ellas—. Protege... a nuestra familia.

—Lo haré —le aseguro. Mi otra mano se posa en su pecho y deslizo los dedos hasta la cruz de plata que lleva al cuello. También está manchada de sangre.

—Prométemelo... —suplica mientras lucha por aire y falla. Sus ojos empiezan a ponerse en blanco.

—Lo prometo. —Se me cierra la garganta, pero ignoro el escozor en mis ojos. Empujo el pesado dolor hacia lo más profundo de mi ser, tan hondo como puedo.

—Se va a poner bien —susurra Cassian, con una voz tan tenue y triste como la de un fantasma.

Padre se queda lacio y el crepitar del aire en sus pulmones se detiene. Dejo que su cabeza descanse sobre el suelo de madera.

—No, no se pondrá bien. —Lo observo. El cadáver de mi padre empapado en sangre y pólvora.

No sé cuánto tiempo paso sentado ahí, cuánto tiempo lleva Cassian sentado a mi lado.

Un zumbido empieza a sonar en mis oídos y la rabia brota en mi pecho.

—Mira lo que has hecho —le digo.

—¿Qué? —me pregunta.

Estallo. Alargo la mano y lo agarro por la nuca. —Esto es culpa tuya. —Lo empujo más cerca del cadáver de nuestro padre—. ¡Míralo! ¡Está muerto por tu culpa!

Cassian lucha contra mi agarre, pero es más joven y mucho más pequeño que yo. Ni siquiera es un adulto todavía. En este momento, eso no importa.

—Carmine, suéltalo —exige Alessio, mi hermano mayor, mientras entra corriendo en la habitación.

Siento sus manos en la espalda de mi camisa, una camisa que ahora está empapada de la sangre de nuestro padre, y lucho contra él mientras intenta levantarme del suelo, pero es inútil. Me pongo en pie a trompicones, llevándome a Cassian conmigo, aunque no por mucho tiempo.

—¿Por qué estaba él vigilando la puerta de Padre, para empezar? —jadeo, mientras mi mano resbala de su cuello.

Cassian se desploma de nuevo en el suelo. La doctora de la familia entra a toda prisa, pasando de largo entre nosotros, y se arrodilla también en el suelo.

—¿Por qué Lukas dejó que él se encargara? —Me doy la vuelta y me zafo de Alessio—. Cassian no puede manejar esta mierda. ¡No está hecho para esto!

—Sal de aquí, que te dé el aire —me dice Alessio, empujándome para alejarme más.

Le devuelvo el empujón y miro hacia la doctora. —Está muerto, no puedes hacer nada —le digo, irritado de que esté siquiera aquí. O quizás de que no estuviera antes. Aunque sé la verdad; no hay nada que ella pudiera haber hecho.

La doctora, Beatrice, nos mira con una expresión desolada pero nada sorprendida. —Tiene razón. No puedo hacer nada —responde —. Aunque hubiera llegado antes, sus heridas eran demasiado graves.

Cierro los ojos con fuerza y me giro hacia la puerta. Lo siguiente que sé es que estrello el puño contra el marco de la puerta, haciendo que la vieja madera oscura se agriete y se astille.

—Lárgate de aquí, Carmine, nosotros nos encargaremos —insiste Alessio.

—No es vuestro trabajo encargaros de esto, es el mío —le digo, de espaldas a la habitación—. Ahora todo depende de mí.

No escucho su respuesta, ni el llanto frustrado de Cassian. Lo único que puedo hacer para evitar darme la vuelta y lanzar el cuerpo canijo de Cassian por la misma ventana por la que escapó el tirador es salir furioso por el pasillo.

—¿Qué pasa? ¿Está vivo? —me pregunta Tommaso mientras entra por la puerta principal abierta de par en par. El viento frío se cuela por la entrada. Me acerco y cierro la puerta de un portazo. Los cuadros de la pared tiemblan.

—No, y tú estás aquí sin la cabeza de su asesino —le espeto.

Me devuelve una mirada airada, pero me aparta de un empujón para ir hacia donde yo venía.

—¡Solo encontrarás lo mismo que todos los demás! —grito, abriendo los brazos—. ¡Su puto cadáver! —Cojo el jarrón de la mesita junto a la puerta y lo sostengo en la mano, mirando mi reflejo en el cristal azul pálido.

—¡Maldita sea! —Lo aprieto con tanta fuerza que empieza a agrietarse contra mi palma y luego lo lanzo a través de la sala, golpeando con él la barandilla de la escalera de caracol que sube al segundo piso. Se hace un millón de añicos que salen volando por el aire como cristales de hielo.

El salón familiar es tan cálido y resplandece con la luz de la chimenea. Un árbol de Navidad se alza en el rincón de la sala, decorado con bombillas antiguas cuyo brillo y esplendor se han apagado en las últimas dos décadas desde que se compraron. Pequeñas baratijas hechas de madera y lana cuelgan entre las ramas, cada una fabricada por manos pequeñas que trabajaron con diligencia solo para acabar con algo que solo una madre podría amar.

La guirnalda de luces me deslumbra los ojos ardientes.

Una madre.

La única madre que he tenido, la única madre que Alessio y yo conocimos. No es que llegáramos a conocerla durante mucho tiempo. En una vida en la que podríamos vivir hasta mañana u ochenta años... trece años con una madre nunca serán suficientes.

A ella le habría encantado cómo se ve esta habitación. Acogedora y cómoda. A mi madre siempre le gustó la Navidad. Decía que era la época del año en la que Italia estaba más hermosa... solo superada por el solsticio de verano. Tessari, la ciudad en la que creció, en la que conoció a mi padre y en la que dio a luz a sus dos hijos... se iluminaba como ninguna otra.

Se me nubla la vista con pesadas lágrimas mientras sigo mirando el árbol. Un gruñido escapa de lo más profundo de mi pecho y, en apenas unas zancadas, estoy frente a ese pino decorado. Lo agarro con mis manos ensangrentadas y siento las agujas clavarse en mi piel ya dolorida.

—Carmine, ¿qué est...? —dice una voz detrás de mí. No sé quién es y no me importa. Antes de que puedan terminar la frase, arranco el árbol de casi tres metros de su base de bronce y lo levanto sobre mi cabeza.

—¡Nada de esto importa ya! —grito. El árbol se estrella contra el suelo frente a mí en una nube de adornos ruidosos y espumillón polvoriento. Saltan chispas de la pared a lo largo de los cables ocultos de las luces mientras el enchufe es arrancado de la pared.

—¡Que os jodan, que os jodan! —Pisoteo las ramas del árbol y siento cómo crujen las bombillas y el cristal bajo mis zapatos de vestir. Trozos del árbol y sus adornos vuelan hacia la chimenea, chisporroteando y crujiendo.

—¡Carmine, ¿qué cojones te pasa?! —me grita Tommaso desde el otro lado. —¿Crees que esto es lo que él querría?

Las lágrimas me ruedan por la cara. Arranco una de las ramas del árbol al azar, dejando el extremo como una punta irregular y astillada, pero roma. —¡Me da igual lo que él querría! ¡Ya nada de esto importa! —Le lanzo la rama a mi hermano, que la esquiva por poco. Antes de que pueda decir nada más, paso sobre el árbol y salgo de la habitación. Me agarra de la espalda, pero me lo quito de encima.

—¡No me toques, joder! —Lo empujo contra la pared con tanta fuerza que oigo cómo su cabeza golpea contra ella.

Alessio viene disparado por el pasillo hacia mí. —Tienes que largarte de aquí antes de que hagas algo de lo que luego te arrepientas —me sisea.

—Lo haré ahora mismo —insisto—. ¡¿Dónde está Cassian?! —Intento pasar por su lado para ir por el pasillo hacia el despacho de mi padre... mi ahora difunto padre.

—Atrás, Carmine —me advierte Alessio—. No estás en tus cabales ahora mismo. Vete a tu habitación.

Resoplo con desesperación. —¿Que me vaya a mi habitación? ¿Qué soy, un crío de doce años? Soy mayor que tú, gilipollas. Lo que sea... nada de esto... nada... nada importa. Se acabó. —Lanzo las manos al aire.

—Vete. —Alessio me mira fijamente, con la mandíbula tensa, y yo le sostengo la mirada solo un momento. Él es quien más se parece a nuestra madre de los dos. Sus ojos de color verde pálido, iguales a los de ella. Quizá sea por eso por lo que no le arranco la cabeza aquí y ahora. Puede que sea más corpulento que yo, pero tal y como me siento ahora... podría arrasar con todo este lugar.

En su lugar, bufo y subo las escaleras hacia mi dormitorio. Cubierto de sangre, sudor y lágrimas. Doy un portazo al entrar y no me molesto en encender la luz. Mi habitación está completamente despojada de cualquier adorno brillante que me invite a celebrar las fiestas... Pero un destello de algo plateado todavía capta mis ojos doloridos. Camino hacia mi cómoda mientras me quito la camisa de botones. Uso la delicada tela para limpiarme tanta sangre y resina de pino de las manos como puedo... ya está arruinada de todos modos, antes de tirarla al suelo.

Una cruz de plata descansa sobre mi cómoda. Brilla con la poca luz que atraviesa las cortinas detrás de ella. El collar de mi padre.

El que llevaba puesto al morir. Alguien lo ha traído aquí, a mi habitación. Ha sido limpiado y lavado de sangre, aunque con mejor luz puede que pudiera ver tintes rojos atrapados en los pliegues del metal.

Lo agarro por la cadena y lo dejo colgar frente a mí mientras trago saliva con dificultad.

—Maldita sea —murmuro. Tengo la garganta y la mandíbula casi dolorosamente tensas.

No sé cuánto tiempo llevo mirándolo. El ornamentado crucifijo sin el que nunca había visto a mi padre.

Me coloco lentamente la cadena alrededor del cuello y la abrocho antes de dejar que la cruz caiga sobre mi pecho, entre las clavículas. El metal está prácticamente helado contra mi piel ardiente.

Con un suspiro, mis hombros se relajan.

Miro hacia abajo y abro el cajón superior de mi cómoda, agarro una botella de whisky a medio terminar y me la llevo a la cama.

—Cumpliré mi promesa —susurro mientras me siento en el borde del colchón—. Mañana.

Abro la botella y me la llevo a los labios, pegando no solo un trago largo, sino un buen buche del alcohol. Me arde al bajar por la garganta, pero estoy acostumbrado. Jadeo en busca de aire cuando termino, y el whisky me gotea por la barbilla hasta el pecho. Sobre el collar.

Suelto una risa amarga. —Salud, papá. —Doy otro trago y subo las piernas a la cama—. Mataré a esos cabrones. Quienquiera que haya hecho esto, tiene los días contados. Eso también lo prometo.

En mi mesita de noche hay un bote de pastillas. No las he necesitado en unas semanas, desde que me metieron una bala en la misma pierna en la que estoy bastante seguro de que ahora hay otra.

Alargo la mano libre y lo agarro, usando los dientes y los dedos para quitar la tapa y echarme unas cuantas en la boca.

Cualquier cosa que me ayude a pasar la noche servirá. Solo necesito llegar a mañana por la mañana. Quizá entonces sea capaz de manejar esta mierda.

Mi cabeza, ya nublada, empieza a pesar más. El dolor en mi pecho se mitiga junto con todo lo demás. No me importan los cortes y los trozos de cristal en mis manos ni el hedor a sangre que todavía me impregna. El olor estéril del alcohol lo reemplaza todo. Las pastillas empiezan a hacer efecto y la habitación da vueltas. Tengo que cerrar los ojos o sentiré náuseas. De todos modos, me cuesta mantenerlos abiertos. Así que apoyo la cabeza contra el cabecero y me dejo llevar por el lento descenso a la oscuridad.

Un trago tras otro hasta que la botella queda vacía, igual que mi cabeza.

2

Soren

Uno podría pensar que la época navideña es la temporada baja en lo que al crimen organizado se refiere, pero se equivocaría. Es la época del año en la que las defensas de todo el mundo bajan y suben simultáneamente hasta un grado extremo. Todos asumimos que el prójimo cree que nos sentimos menos amenazados y que, por tanto, puede usarlo en nuestra contra; y así, acabamos estando en mayor peligro.

Es un ciclo que nunca termina realmente, sin importar la época del año ni las festividades que se celebren.

Por eso siempre me mantengo tan preparado como sea posible. Mi pistola nunca se separa de mi lado, ni siquiera mientras duermo. Incluso mientras yazgo casi desnudo en mi cama, con el viento haciendo vibrar los cristales de mi dormitorio, mi arma descansa bajo la almohada.

Me despierto antes de que salga el sol por el sonido de los gritos de una de mis hermanas. No me sorprende lo más mínimo; siempre ha sido una impulsiva. Al principio, simplemente me doy la vuelta sobre el estómago con la intención de volverme a dormir, pero entonces oigo algo romperse en el piso de abajo.

—Por el amor de… —gruño mientras me obligo a salir de la cama.

Me pongo los pantalones del pijama y una camiseta antes de bajar las escaleras, con los ojos todavía empañados por el sueño.

—¿Qué está pasando? —pregunto al llegar al pie de la escalera. Hay poca luz aquí abajo y reina el silencio, aparte de los juramentos de mi hermana— Hay gente que intenta dormir.

—Que te jodan, Soren. No te metas —me sisea Rosalie. Sostiene un jarrón en la mano y me imagino que ya ha tirado el otro.

Suspiro y me acerco a ella, mirando al suelo por si hay cristales rotos. A unos pasos de ella está uno de nuestros guardaespaldas, Julian.

—No me digas, hermanita, ¿ya te estás peleando con tu último interés amoroso? —le pregunto mientras una media sonrisa asoma a mis labios.

—No es asunto tuyo —insiste Rosalie.

—Todavía estamos limpiando al último guardaespaldas con el que te liaste de entre los azulejos de la cocina, así que creo que es asunto de todos —le digo. Me acerco y le quito de la mano el jarrón con lirios. Intenta resistirse, apretándolo con fuerza, pero se lo arrebato y lo poso cerca.

—Julian, ¿qué has hecho? —le pregunto.

El joven levanta las manos. —¡No lo sé! Yo solo…

—¡Me ha dicho que cree que sería una buena madre! —le interrumpe Rosalie—. ¡Una madre! Como si fuera lo único para lo que valgo.

—Oye, tranquila… no era eso lo que quería decir —intenta asegurar Julian a ambos, pero sobre todo a ella.

Pongo los ojos en blanco. —Claramente, se equivoca —digo con cansancio.

—¿Perdona? —pregunta ella.

—Sin ánimo de ofender, Rose, pero el día que seas una buena madre será el día que a un jabalí le salgan alas y se convierta en Papa. —Me paso los dedos por el pelo.

—Seré lo que me dé la gana y se me dará de puta madre —me espeta Rosalie.

—¡Exacto! A eso me refería —interviene Julian.

La cabeza de Rosalie casi gira sobre su eje mientras me mira a mí y luego vuelve a mirarlo a él. —Oh, Julian —dice con voz melosa mientras corre hacia él. El cristal cruje bajo sus zapatillas de casa mientras camina sobre él y le echa los brazos al cuello.

—Por esto precisamente *esto* no debería estar permitido —les señalo, y luego miro al suelo con un suspiro—. Yo no voy a limpiar eso.

Ni mi hermana ni su nuevo novio-guardaespaldas me están escuchando; están demasiado ocupados besándose y restregándose el uno contra el otro en el pasillo. Me retiro con gusto, preguntándome si podré escabullirme escaleras arriba antes de que alguien más se despierte y exija mi atención.

Llego demasiado tarde.

—Soren, estás despierto, bien. Me gustaría discutir algo en mi despacho —la voz de mi tío Eivor llega desde detrás de mí—. Ya he pedido que traigan café.

Lo miro fijamente un momento, antes de recomponerme y asentar con la cabeza. —Perfecto. —Lo sigo por el lado opuesto de la entrada, pasando la cocina, hasta su despacho que se encuentra frente a la biblioteca.

—¿Se nos une alguien más? —pregunto. Con la esperanza de no tener que enfrentarme a Rosalie de nuevo después de todo aquello.

—No, solo nosotros. —El hombre mayor y con calvicie incipiente que ha sido el tutor mío y de mi hermana durante más de una década se sienta tras el gran escritorio de madera con un quejido.

La puerta se ha cerrado tras nosotros y, de repente, hay una tensión palpable en la habitación.

Nunca es bueno cuando soy el único con quien quiere hablar.

—Siéntate, muchacho —me dice. Ese tono de voz es el mismo que ha usado siempre desde que *era* un niño. Ahora soy un hombre y, aun así… estar sentado frente a él en su despacho todavía hace que se me tensen los hombros.

Tomo aire lentamente por la nariz. —¿De qué se trata? —pregunto.

—Esperemos a que llegue el café. No hay necesidad de apresurarse. —Hace un gesto con la mano. Coge una pluma estilográfica y empieza a escribir en un cuaderno encuadernado en cuero, uno de las docenas que tiene en las estanterías tras él.

Pasan un par de minutos de charla trivial antes de que traigan una cafetera pequeña, dos tazas, nata, azúcar y cucharas en una bandeja de plata, que colocan entre nosotros.

—Gracias, Francesca —él sonríe y le hace un gesto para que se retire.

Sirvo el café de mi tío primero, luego el mío, y al mío solo le añado azúcar, removiéndolo despacio.

—Supongo que ya te he hecho esperar bastante —dice Eivor mientras sorbe su café solo y humeante sin siquiera inmutarse.

Miro el vapor que sube de mi propia taza pero no bebo todavía. —Sí —respondo. Siento como si tuviera que arrancarle cada palabra.

—Queremos que negocies con los Dresvanni —dice con naturalidad.

Pestañeo sorprendido. —Has estado evitando eso todo el año —le recuerdo—. ¿Qué ha cambiado?

Hace un gesto vago y mira hacia la ventana. —Bueno, ya sabes lo rápido que corren las noticias, y se dice que… hace unas horas, Michaelis Dresvanni fue asesinado —explica.

Estoy dando un sorbo justo cuando dice esto y casi me atraganto. Me aclaro la garganta y poso la taza. —¿Por quién?

—¿Y por qué debería saberlo yo? —dice inocentemente—. Yo no he tenido nada que ver, ninguno de nosotros. Jamás haríamos algo así.

Habla como si temiera que alguien pudiera estar escuchando. Francamente, debería temerlo. Entorno los ojos mirándolo.

—Tío Eivor… si tú…

—Yo no fui —espeta.

Se me tensa la mandíbula e ignoro el tic de mis dedos. Odio cómo finge ofenderse ante la insinuación.

—Está bien. ¿Entonces crees que ahora es un buen momento para ganarse su favor? —le pregunto. Odio cómo sabe este café solo

con azúcar… y, sin embargo, sigo bebiéndolo. Paso de la nata y continúo tragando el líquido amargo.

—En cierto modo —mueve las manos y su expresión vuelve a suavizarse—. No estamos interesados en integrarnos con ellos, pero me gustaría que creyeran que sí.

—¿Qué esperas sacar de eso? —Mantengo los ojos fijos en él, obligándome a sostenerle la mirada sin importar el nudo que se me forma en el estómago.

No debería sentirme así. Somos adultos. Me ha cuidado durante años. No debería costarme tanto estar en la misma habitación que él y, sin embargo, me cuesta.

Sé por qué… pero lo reprimo aún más y simplemente me recuerdo a mí mismo que le debo la vida.

—Me gustaría que negocies el acceso al club de los Dresvanni y el permiso para vender nuestra mercancía allí… a cambio de protección adicional, por supuesto —dice Eivor, entrelazando las manos.

—Cuando descubran que no estás dispuesto a integrarte, con el tiempo, romperán el trato, lo sabes —le recuerdo.

Él se ríe entre dientes. —Ya nos preocuparemos de eso más adelante. Ahora mismo son vulnerables. Necesitan nuestra protección. El mayor, Carmine, estará al mando ahora. Tienes que averiguar primero cuán abierto está al diálogo, descubrir cómo usar sus puntos débiles para entrar. —Toma otro trago y luego se sirve más.

—Encontrar sus puntos débiles… —mascullo—. ¿No sería Rosalie mejor para eso?

—No, no lo creo. Ella es demasiado impulsiva para tratar con un hombre que acaba de perder a su padre. Tú sabes cómo manejar a un hombre más allá de su cuerpo, Soren —me dice con una sonrisa de suficiencia.

Las comisuras de mi boca se curvan hacia arriba, pero la sonrisa no llega a mis ojos. —¿Y si no estoy de acuerdo con este plan?

—No te lo estoy sugiriendo, muchacho. Este es tu trabajo; lo harás. —Posa la taza sobre la mesa con un golpe seco y varias

salpicaduras de café aterrizan en la madera y en los bordes de sus páginas abiertas.

—Solo tenía curiosidad, por supuesto… tío. —Me levanto de la silla, sintiéndome más cómodo mientras él está por debajo de mí en lugar de al mismo nivel visual.

—Por supuesto. Quédate, no tienes que empezar de inmediato —dice, señalando el café—. Puedo hacer que Francesca traiga unos bollos y cruasanes.

Niego con la cabeza. —No. —Mi objeción sale demasiado rápido, así que añado—: Es mejor que observe a Carmine lo antes posible, mientras el duelo está reciente.

—Buen chico. Les daré las buenas noticias al resto de la familia, a tu tía le complacerá mucho escucharlo.

Me doy la vuelta, con la cabeza y el cuello tan tensos que me duele. No estoy seguro de qué considera él las buenas noticias: la muerte de un rival o mi disposición a empezar el trabajo de inmediato. No importa. Nada de esto es por él.

Es por mi familia. Por los que aún viven y por los que no, por igual.



Tessari pertenece a los Dresvanni, siempre ha sido así. Al menos desde que se tiene memoria. Mi tío no es el único que quiere que eso cambie. El asesinato de Michaelis Dresvanni en plena noche, a pocos días de Navidad, no hacía falta para darse cuenta de eso, pero sin duda es un cartel de neón rojo parpadeándonos a todos a la cara.

No sé si creer que Eivor no tiene información sobre quién ordenó el golpe, y mucho menos que no fue él mismo quien lo encargó. Nuestra familia, los Fiorelli, hemos estado retrasando las negociaciones con los Dresvanni todo el año, y prácticamente durante la última década. Aunque combinar nuestras dos familias, integrarlas en una sola nos beneficiaría enormemente a ambos, no

es la única opción. Ceder una pequeña parte de nuestro poder a cambio de parte del suyo también es una posibilidad.

El tío Eivor no quiere renunciar a su poder absoluto en nuestro dominio para tener siquiera una fracción de poder en Tessari. Sin embargo, me pide que le ofrezca eso ahora a Carmine Dresvanni… la noche después de la muerte de su padre.

Es una buena jugada, y él sabe que yo puedo ejecutarla. No hay nadie mejor para el trabajo.

Salvo que no tengo ni idea de cuáles son sus verdaderos planes. Por alguna razón, me mantiene a oscuras.

A oscuras o no, mi lealtad permanece con mi familia. Haré lo que tenga que hacer.

Hoy, eso significa merodear cerca de la finca de los Dresvanni en el barrio periférico de Tessi Oscuri. Donde lujosas mansiones parecen haber surgido de las ruinas romanas, cubiertas de enredaderas y flores fragantes demasiado delicadas para la guerra que a menudo ocurre aquí.

Aparco mi todoterreno oscuro a media milla de la finca, pues no deseo llamar demasiado la atención. He ordenado que los guardaespaldas se retiren, ya que no necesito que anden al acecho y me causen más problemas. Aun así, sé que me vigilan desde la distancia, siempre lo hacen. Si no son ellos, es alguien más. Siempre hay alguien observando.

El viento es frío y el cielo tiene un tono gris amenazante. Nubes pesadas se ciernen sobre mí, advirtiendo que hoy lloverá. Me ajusto la chaqueta de cuero sobre los hombros y saco un cigarrillo de mis vaqueros, encendiéndolo mientras me giro hacia la costa.

Olas pequeñas pero violentas rompen contra la orilla arenosa. La brisa del mar Tirreno huele a sal y cítricos… hasta el último segundo en que la aspiro. Entonces, el abrumador olor rancio de las algas llena mi nariz. No me aparto. En su lugar, doy una calada a mi cigarrillo y observo el agua balancearse en el horizonte. No hay rastro del sol, pero está ahí en alguna parte, ya que aún faltan varias horas para que anochezca.

Exhalando el humo, me giro y empiezo a caminar hacia la finca Dresvanni, no por la entrada principal, sino por el lateral. Sería una

imprudencia simplemente subir por el camino de entrada y esperar una cálida bienvenida.

El camino que he tomado requiere que me abra paso a través de una hilera de pinos y cipreses. Tengo cuidado con el cigarrillo mientras camino, sin dejar que toque una sola hoja o aguja de pino, y solo lo tiro y lo piso una vez que estoy libre de la vegetación. Solo queda la hierba ligeramente húmeda bajo mis pies.

Diviso a varios guardias cerca de la puerta trasera del jardín. Están hablando entre ellos, y el suelo bajo sus pies no está desgastado ni hundido de ninguna manera. Esto me indica que no suele haber vigilancia en la parte trasera del jardín.

Me pregunto si fue por aquí por donde entró el sicario. Suponiendo que fuera un asesino a sueldo. No me imagino a nadie más arriesgando su vida para acabar con él.

—Carmine está en casa. No se iría tan pronto después de lo ocurrido —balbuceo para mis adentros—. Papeleo que hacer, un gran vacío que llenar.

Mientras los guardias charlan, rodeo el perímetro de la finca hacia la parte de atrás. No hay entrada al jardín desde la parte posterior, así que tampoco hay guardias allí. Saco mi teléfono y abro una aplicación, tecleando durante diez o quince segundos hasta que finalmente se genera una lista en mi pantalla, línea por línea.

El estado y la ubicación de cada cámara dentro y alrededor de la finca de los Dresvanni están ahora en mis manos. Hay tres cámaras en el exterior. Una en la puerta principal, otra en la puerta trasera que da al jardín desde la casa, y una tercera cámara orientada hacia el jardín desde el lateral, escondida entre los árboles. He conseguido evitar las tres cámaras por el momento, y la única por la que debo preocuparme es la tercera.

Me acerco con cautela a la finca, memorizando las líneas donde empieza y termina el campo de visión de cada cámara, con un par de pulgadas de margen.

Escabullirse de los guardias del otro lado es fácil. El graznido de los pájaros y el rugido del viento ocultan el sonido, ya de por sí tenue, de mis pasos.

La lista de cámaras de seguridad también me indica dónde están los sensores de movimiento y las luces que se activan con él. La mayoría están enfocados en la parte delantera de la casa y en las propias ventanas. La alta verja de hierro forjado que rodea el jardín está libre de sensores o trampas. Al menos, de las tecnológicas.

Me impulso sobre la verja y salto al otro lado lo más rápido posible. La lentitud hace más ruido que la rapidez; cuanto más rápido, mejor cuando se trata de esto.

Al tocar suelo, noto un pequeño foso de agua de un pie de profundidad justo detrás de donde la verja nace del suelo, con unas seis pulgadas de ancho. He aterrizado unos centímetros por delante, pero si hubiera bajado trepando en lugar de saltar, probablemente habría acabado dentro, tropezando, con las botas llenas de agua y llamando la atención.

Sonrío y me doy la vuelta para observar de nuevo mi entorno.

Lejos del alcance de la cámara, voy hacia la izquierda. Me muevo rápido e ignoro el miedo natural que surge en mi pecho ante la posibilidad de que me oigan. Cualquier ruido que haga es inevitable y, por tanto, no tiene sentido centrarse en ello. Solo hay que seguir moviéndose.

Al fin, tengo la espalda apoyada contra la casa, con una ventana alta sobre mi cabeza.

Miro mi teléfono y las cámaras de nuevo. Ahora que estoy más cerca, puedo conectarme a las cámaras en línea del interior.

Salón o sala de estar. El volumen está quitado, pero hay varias personas en la habitación. Reconozco a dos de los hermanos Dresvanni. Ninguno de ellos es Carmine. Hay un árbol en el suelo. Un árbol de Navidad, me doy cuenta.

Hay adornos hechos añicos por todas partes. Pero apenas hay sangre. No hay indicios de que esta sea la habitación donde ocurrió el asesinato, así que, ¿qué ha pasado?

Cambio de cámara. La cocina.

Estoy a punto de pasar a la siguiente, hasta que veo entrar a una figura sin camisa. Su cabello oscuro y de tonos rojizos está desgreñado, y tiene aspecto de no haber pegado ojo.

Carmine.

Se gira hacia la nevera y mis ojos bajan por la pantalla del móvil. Recorro la línea de su espalda, delgada pero musculosa, hasta la cinturilla de sus pantalones.

Un movimiento me obliga a volver a subir la vista. Está vertiendo agua con gas en un vaso y luego añade alcohol.

Debería seguir; debería comprobar las otras cámaras de la casa antes de volver a esta, pero me descubro absorto en él. Apenas ocupa un par de centímetros en mi pantalla. Los armarios oscuros y la encimera reluciente a su alrededor ocupan la mayor parte de la vista.

Aun así, lo observo a través de la pantalla.

En lugar de echar el alcohol en el vaso, Carmine se queda mirando la botella un momento. Luego, se la lleva a la boca y da un trago. No... se la bebe a morro.

Se me abren un poco los ojos. No me extraña que tenga un aspecto tan lamentable si es lo único que ha estado haciendo las últimas veinte horas.

Casi puedo ver las gotas brillantes del líquido resbalar por su barbilla y su cuello, hasta su pecho... Me sorprendo acercando la cara a la pantalla... como si eso me ayudara a ver mejor.

Siento un calor en el estómago mientras lo veo dejar la botella de golpe y pasarse los dedos por el pelo con brusquedad.

Parpadeo. No es el momento. Céntrate.

Tras respirar hondo, cambio a las otras cámaras. Nada interesante. No hay cámaras en ningún despacho ni dormitorio. Solo en las zonas donde la familia suele reunirse. Esto me da una excusa para volver a la cocina.

Carmine ya no está allí.

Cambio a la sala de estar.

Está de pie en el umbral, agitando un brazo mientras bebe de su vaso.

Las expresiones de los dos hermanos se vuelven cada vez más tensas.

De repente, estoy presenciando una discusión. Carmine lanza su vaso al otro lado de la habitación y este se estrella contra la chimenea, esparciendo fragmentos de cristal en su interior.

El hermano más alto se abalanza sobre Carmine, agarrándolo por la camisa y tirando de él hacia el árbol y la chimenea.

¿Fue Carmine quien le hizo eso al árbol?

Carmine aparta a su hermano de un empujón y coge del suelo una de las pocas bolas de adorno que quedan intactas. La aplasta en su mano y tira los fragmentos al suelo. Puedo sentir el dolor en mi propia mano con solo pensarlo. Un dolor punzante en la palma... sangre goteando hasta mis dedos.

Su sangre... me descubro preguntándome a qué olerá.

Carmine sale furioso de la habitación y yo cambio a la cocina, presintiendo lo que va a hacer. Coge de nuevo la botella de la encimera. Veo cómo su puño la envuelve.

Cierro la aplicación y me guardo el móvil en el bolsillo.

La primera parte de mi trabajo está hecha... Sé en qué estado se encuentra Carmine y sé lo que tengo que hacer.



—Eh, eh, ¿cómo has entrado? —pregunta uno de los guardias mientras camino por la entrada desde el lateral, habiendo quedado claro que no he entrado por la puerta principal.

Levanto las manos. —No he venido a causar problemas —insisto. No es mentira, pero tampoco es exactamente la verdad.

El guardia me apunta con su arma con ambas manos. —Nadie tiene permiso para estar en esta propiedad sin autorización. Estás invadiendo propiedad privada. —Su voz es fuerte y clara, y habla inglés con un marcado acento alemán.

—Estoy aquí estrictamente por negocios —mantengo las manos en alto y hacia los lados—. Tengo que hablar con vuestro jefe.

—Nuestro jefe ha sido asesinado esta mañana. ¿A lo mejor tienes algo que ver con eso? —pregunta el guardia.

—Te aseguro que no. De hecho, me ha entristecido mucho enterarme de la muerte de un hombre tan poderoso y sabio. Mi familia quiere ofrecer sus servicios para asegurarse de que esto no vuelva a suceder —le digo mientras me acerco. Sostengo su mirada

con la cabeza alta, no agachada. Mantengo un lenguaje corporal abierto y vulnerable ante él. Frunzo el ceño y mi boca se curva ligeramente hacia abajo.

—¿Y quién sería tu familia? —pregunta.

Levanto una ceja. —¿Eres nuevo aquí? Fiorelli. Soy Soren Fiorelli y estoy aquí para hablar con Carmine. Sé que ahora es él quien manda.

—No necesitamos vuestra ayuda, lo tenemos todo bajo control —responde.

—Claro, seguro que sí. Pero no puedo volver con las manos vacías, ¿sabes? Si de verdad no hace falta nuestra ayuda, el jefe me echará una bronca de espanto y me iré por donde he venido. A menos que... —inclino un poco la cabeza de lado a lado y sonrío con sorna—. ¡A menos que quieras que te muelan a palos por tomar decisiones en su nombre!

El tipo me observa, y su expresión y lenguaje corporal se vuelven ansiosos. Se mueve inquieto sobre sus pies. Finalmente, hace un gesto con el cañón de su arma hacia la puerta principal. —Pasa.

Bajo las manos y me dirijo hacia la puerta. Recorro todo el camino con él justo detrás de mí, apuntándome a la cabeza con su pistola. No es la primera vez y no será la última.

Se adelanta un poco solo para desbloquear y abrir la puerta.

—¿Qué está pasando? —Oigo su voz antes de que uno de los otros hermanos aparezca en el umbral. Alessio, creo.

—Dice que está aquí para hablar con Carmine sobre negocios —explica el guardia.

Alessio me está observando ahora y les hace una seña a dos guardias más. El guardia detrás de mí me empuja hacia el recibidor y luego cierra la puerta tras nosotros.

—Soren Fiorelli —dice Alessio reconociéndome—. No puedo imaginar qué podrías querer el día de la muerte de nuestro padre, aparte de usarlo para tu propio beneficio.

Suelto una risita suave. —Tienes razón, pero también será para vuestro beneficio. Necesitáis nuestra alianza ahora más que nunca.

—¿Así que has venido a hablar de una alianza? —pregunta Alessio.

—Tal vez. Con Carmine —le digo simplemente—. Llevo mi pistola, eso es todo. —Hago ademán de llevarme la mano a la cadera, pero espero a que Alessio asienta y detenga a los guardias antes de revelarla bajo mi chaqueta.

—Carmine no está disponible para hablar ahora mismo —me dice Alessio—. Puedo transmitirle un mensaje.

—Debo insistir en hablar con él directamente. —No rompo el contacto visual.

Alessio me devuelve la mirada. Puedo ver que tiene los ojos rosados de haber llorado, pero se ha recompuesto bastante bien. Se ve impecable, bien vestido, y no huele a alcohol ni a sangre.

—Está bien. Dame el arma —extiende una mano.

Suspiro y desengancho mi arma, poniéndola en su mano. —Si vais a cachearme, casi preferiría desnudarme aquí mismo.

—Qué pena —espeta Alessio—. Registradle.

Pongo los ojos en blanco pero levanto los brazos, y el guardia a mi lado me palpa los costados, las caderas, los bolsillos y la parte delantera y trasera de mis vaqueros. Siento su palma presionar contra mi polla semierrecta y noto su vacilación.

—Ah, hay... oh —balbucea, y luego se aclara la garganta—. Está limpio.

—Bien. Intenta cualquier truco y tu sangre se unirá a la de nuestro padre —me dice Alessio. Hace un gesto a los guardias para que se aparten y luego se gira para guiarme fuera del vestíbulo por el pasillo central.

—Haces que parezca que ha sido alguien de dentro —murmuro.

—Nosotros no traicionamos a los nuestros. —Alessio gira la cabeza para fulminarme con la mirada. Nos detenemos ante una puerta doble, la de la biblioteca.

—Tal vez yo esté incluido en eso cuando terminemos esto —le digo con una sonrisa socarrona.

Me mira fijamente. —Lo dudo.

Alessio abre un lado de la puerta, que cede hacia dentro. —Carmine, tienes una visita.

—Diles que se vayan a la mierda —espeta Carmine. Noto que está al otro lado de la habitación, a cierta distancia de la puerta. Su

voz denota embriaguez, pero no arrastra las palabras.

Alessio me mira como diciendo *te lo dije*.

—Tengo que hablar contigo, Carmine —exclamo.

—¿Quién es? —pregunta, y oigo pasos que se acercan hasta que el otro lado de la puerta se abre de golpe. Sus ojos oscuros, una mezcla brumosa de verde y marrón, me atraviesan.

—¿Soren Fiorelli... en serio? ¿De verdad te atreves a asomar la cara por aquí? —pregunta Carmine al reconocerme. No hemos interactuado mucho, pero es importante conocer la cara y el nombre del pariente más cercano de un rival.

—Podría enseñarte mucho más, pero no con tu hermano aquí delante. —Sonrío y miro a Alessio un segundo antes de volver a encontrarme con los ojos de Carmine.

Alessio parpadea, como si estuviera debatiendo si hablo en serio o no.

—Puedo hacer que se vaya —responde Alessio.

Carmine resopla. —Déjale entrar. Si no lo escucho, no dejaré de oír hablar del tema. —Da un paso atrás para dejarme pasar.

Entro en la biblioteca; una sala grande ocupada principalmente por estanterías de suelo a techo repletas de literatura antigua y nueva. Solo una pared tiene ventanas, la del fondo. Ventanas altas y cuadradas con pesadas cortinas azules que caen sobre los cojines de cuero de los asientos de ventana que hay debajo.

En uno de esos asientos hay lo que parece ser una botella de whisky escocés y un libro abierto por sus páginas.

—Tendré a cuatro guardias apostados fuera de la puerta. ¿Quieres a uno dentro? —pregunta Alessio.

Carmine niega con la cabeza. —No. Puedo apañármelas solo... Vete. —Escupe la última palabra a su hermano con fastidio.

Ambas puertas se cierran tras de mí y miro a Carmine bajo la tenue luz que cuelga sobre nuestras cabezas.

—Está un poco oscuro aquí, ¿hay un regulador de intensidad o algo? —le pregunto, sin romper el contacto visual.

—Déjate de hostias y ve al grano. —Camina hasta el asiento de la ventana y coge su botella. Espero que me ofrezca un poco, pero en su lugar abre la botella y da un trago largo.

Pongo los ojos en blanco y me acerco. —Vale, vale, perdona que uno quiera un poco de preliminares —hago un gesto con las manos hacia los lados.

Carmine me mira fijamente mientras traga. Sigue sin camisa y puedo ver el agotamiento y la tensión en los músculos de su cuerpo esbelto.

—Necesitáis nuestra ayuda —digo sin rodeos—. Necesitas más hombres de tu lado, nosotros tenemos hombres de sobra.

Permanezco de pie mientras él se sienta. Observo cómo su lengua recorre sus labios.

—¿Ah, sí? Ja... Debería haber sabido que estarías aquí intentando sacar tajada de esta mierda —me dice. Sus ojos están tan oscuros de rabia y dolor que siento una punzada en el pecho. Le devuelvo la mirada, con el rostro impasible, mi sonrisa desaparecida y mis ojos sin traicionar nada de lo que pasa por mi cabeza. No como los suyos.

—Vuestro Don fue asesinado anoche, no el mío. No habría pasado si hubierais tenido suficiente protección. Si hubierais tenido a los hombres adecuados para el trabajo. —Me acerco más. No me interesa andarme con rodeos.

Carmine vuelve a beber. —¿Crees que tus hombres son los adecuados para el trabajo? —pregunta—. ¿Que podrían haberlo evitado? Creo que vosotros, los Fiorelli, habéis tenido algo que ver. ¿Cómo sé que no estás aquí para terminar el trabajo? Para acabar con los líderes de los Dresvanni. —Se pone en pie y agita la botella, alzando la voz.

El tono ronco de su voz hace que se me erice el vello de la nuca.

—¡Céntrate de una puta vez, Carmine! —le gruño. Me acerco y le arrebato la botella de la mano. Soy más alto, más ancho y, en su estado de embriaguez, más fuerte que él—. Si estuviera aquí para matarte, ya estarías muerto, pedazo de idiota.

—Cierra la puta boca; estás en mi casa. Tú me escuchas a mí, tú respondes a mis preguntas —se encara conmigo, con un aliento que huele fuertemente a alcohol pero también a algo más, almizclado y masculino.

—No, escúchame tú a mí —le empujo con mi mano libre. Tropieza hacia atrás un paso y su espalda choca contra la pared junto a los asientos de la ventana—. Puede que no quieras admitirlo, pero necesitas nuestra ayuda. Necesitas nuestra protección. No tienes suficientes guardias competentes después de que la mitad muriera durante el tiroteo en Roma la primavera pasada. Los nuevos apenas saben limpiarse el culo, mucho menos protegerte a ti, o a cualquiera de tus hermanos, primos, tías, tíos y sus hijos de quedar atrapados en cualquier guerra que alguien haya empezado contra vosotros.

Carmine me mira fijamente, con la mandíbula tensa. Se hace el silencio durante un largo momento.

—¿Y qué sacáis vosotros de esto? —pregunta—. Sé que no haces esto por la bondad de tu corazón. Como regalo de Navidad.

Finalmente sonrío, una sonrisa leve y torcida. —Acceso a vuestro club.

Resopla. —Por supuesto. Tu tío no aceptará darnos acceso a vuestro dominio pero quiere pavonearse por el nuestro. Déjame adivinar, ¿quiere vender allí?

Me encojo de hombros. —Quizás. Nuestra protección, vuestro club, algo de mercancía y dinero que cambie de manos de vez en cuando. Me parece un trato justo.

—¿Cómo sé que todo esto no es una trampa? —me pregunta Carmine mientras se separa de la pared y se acerca.

Le recorro con la mirada de arriba abajo y me acerco aún más. —No lo sabes. —Presiono la botella de cristal contra su pecho desnudo y mis dedos rozan su piel. Está caliente al tacto de mis yemas. Yo sigo frío del exterior.

El aliento de Carmine se mezcla con el mío y siento que se me pone dura. No le doy importancia. Una estúpida reacción física, no cuenta.

—¿De verdad puedes arriesgarte a no cerrar el trato? —le pregunto a mi vez. Le miro a los ojos, con la barbilla inclinada para mantener nuestras miradas cruzadas.

Carmine me quita la botella y me agarra por la parte delantera de la camisa con su otra mano. —Ten a tus hombres aquí al

amanecer, sin armas. Nosotros los armaremos. Si alguno lleva una pistola, un cuchillo, una ganzúa o incluso una puta lima de uñas, le pegaré un tiro en la cabeza. —Me suelta.

—Autoriza el acceso al club para estos nombres... y tenemos un trato. —Saco un papel doblado del bolsillo interior de mi chaqueta y se lo entrego.

Ni siquiera lo mira.

—Bien. Fuera. —Retrocede.

Me ajusto la chaqueta y me giro para salir de la biblioteca.

—Para ti también al amanecer, Carmine.

3

Carmine

Una ducha caliente no basta para librarme del dolor de cabeza, ni del de pecho. Sin embargo, es suficiente para quitarme el hedor a alcohol y sangre del cuerpo. El entumecimiento se me ha calado en los huesos y, aun así, lo primero que hago al salir de la ducha es coger otra botella de alcohol.

El agua aún me resbala por el cuerpo mientras doy un trago largo y siento el ardor en el estómago. Solo después de tres tragos como este consigo secarme y vestirme. Pantalones negros, camisa negra, zapatos de punta de ala negros... todo en el mismo tono oscuro y vacío.

Saludo a los guardias que han enviado los Fiorelli. Una docena y media. Hombres y mujeres de complexión alta y ancha con expresiones sombrías. Está claro que no están más contentos con esto que yo o mi familia.

Una parte de mí se muere de ganas de encontrar a uno de ellos fuera de lugar. Hallar una pistola metida en la cinturilla, un cuchillo en un calcetín, un cable pegado al pecho.

No encuentro nada. Me pica el dedo del gatillo.

Los envío para que los arme mi tío Gregor, que se ha encargado del entrenamiento y el armamento de los guardias, tanto generales

como personales, durante dos décadas.

Mientras tanto, me toca seguir limpiando el desastre dejado tras la muerte de mi padre. Incluido su propio velatorio.

—Él eligió su ataúd. Será enterrado junto a Madre. La propiedad ha pasado a mis manos. ¿Qué más queda?— les pregunto a Alessio y Tiberi mientras se sientan conmigo en el despacho de nuestro padre —ahora mío—. Ha sido fregado para eliminar cualquier rastro de sangre. La ventana ha sido reparada y es como si nada hubiera pasado. Excepto por la alfombra que falta bajo el escritorio.

—Para empezar, Padre quería que su funeral fuera una ocasión alegre. Comida, bebida y música— me recuerda Alessio. Está revisando los papeles que yo ya he leído cuatro veces.

—Lo sé. También quería estar vivo ahora mismo. No siempre se tiene lo que se quiere— respondo. Siento la mandíbula y el cuello tan tensos que me duelen.

Tiberi suspira. —Tenemos que hacer las cosas bien por él. Sé que es más fácil simplemente... meterlo bajo tierra y acabar con esto, pero no es lo que él quería.

Retiro la mirada de mis hermanos. —Está bien. Quería una fiesta, tendrá una fiesta.

—En segundo lugar... tienes que hablar con Cassian— dice Alessio. —Va a necesitarte ahora más que nunca.

Suelto un bufido. —Esto es culpa suya— digo con desprecio.

—No lo es y lo sabes— me espeta. —Es un crío.

—Sí, y se quedó al mando cuando no tenía por qué estarlo— le gruño.

Tiberi da un golpe en el escritorio. —Basta ya. Esto no servirá de nada. No podemos cambiar lo que pasó. Puedes estar todo lo enfadado que quieras con Cas, pero somos sus hermanos. Tommy mete la pata todo el tiempo también. Todos lo hacemos, y aun así luchamos los unos por los otros.

—Tommy no hizo que mataran a nuestro padre— digo entre dientes. Me arden los ojos. Ese entumecimiento está empezando a desaparecer. El dolor se abre paso. El agujero de bala que aún sana en mi pierna no es nada en comparación.

—Tampoco Cassian, pedazo de imbécil testarudo.— Alessio me lanza una mirada fulminante. —Cualquiera de nosotros podría haber estado en esa habitación. Si Cassian hubiera muerto en lugar de Padre, ¿culparías a nuestro padre?

Trago saliva con dificultad y bajo la mirada al escritorio. —¿Quién estuvo ahí para nosotros?— pregunto al volver a alzar la vista. —¿Quién estuvo ahí para mí?

Mis hermanos me devuelven la mirada. En silencio.

—Hablaré con Cassian cuando me apetezca.— Me levanto bruscamente del escritorio y paso por su lado.

—¿Adónde vas?— pregunta Tiberi.

—A echar un vistazo al club. Si vosotros dos queréis perder el tiempo llamando a servicios de catering, sed mis invitados.



—¿Quiere que espere cerca?— me pregunta Riktor, mi chófer, mientras salgo del coche.

Ni me molesto en mirarlo cuando hablo. —No. Estaré aquí un buen rato.— Salgo y cierro la puerta tras de mí, sin mirar atrás ni una vez mientras el coche se aleja.

La única razón por la que no he conducido yo mismo es porque ya llevo varias copas encima. Sin embargo, el alcohol no me está sentando como me gustaría. No, es una sensación fría y deprimente. Hace que el dolor en mi pecho sea aún más fuerte.

Aunque *Notte Scarlatta* debería arreglarlo.

Noche Escarlata. El club nocturno que ha estado a cargo de mi familia desde finales de los ochenta. Los noventa fueron sus años de gloria, pero sigue siendo uno de los clubes más populares de la zona para los lugareños. Al menos, para aquellos que buscan algo más de lo que ofrecen los brillantes bares para turistas.

—Señor Dresvanni...— me saluda el portero de la entrada. Hay una mirada de lástima en sus ojos que no soporto.

Si todo el mundo me va a mirar así aquí dentro, puede que dé media vuelta.

—Cállate— le digo antes de que las palabras *Siento mucho su pérdida* puedan salir de su boca, o cualquier variante que estuviera por decir. —¿Hay algún Fiorelli aquí?

—Un par de ellos. Registrados antes de entrar— me asegura.

—Bien. Si causan algún problema, quiero que los saques a rastras de los huevos.— Le lanzo un billete de cien dólares al tipo y entro.

Notte Scarlatta es crudo y sensual. El suelo es de paneles de roble rojo oscuro que dan sentido al nombre del club. Las marcas y arañazos en la madera de décadas pasadas no impiden que nadie entre.

Descentrado en el club está el único lugar donde el suelo cambia de madera a una pista de baile negra y pulida.

La iluminación cenital proyecta un tenue resplandor naranja sobre los cuerpos que se retuercen y menean en la pista, y sobre los clientes que sorben sus martinis y engullen chupitos en la barra. Hay dos barras en el club. Una junto a la pista de baile y otra hacia el fondo, donde sofás de terciopelo rojo y cuero negro están encajados en las esquinas y contra las paredes.

El aire huele a cigarrillos, vodka y sexo. Uno de los pocos clubes de la zona donde se permite fumar. Algunos dicen que arruina el ambiente, pero yo inhalo el humo del tabaco como si fuera todo lo que necesito.

—Carmine, ahí estás, cariño.— Una mujer de larga melena rubia y brillantes ojos azules se acerca a mí con sus tacones negros.

—Sasha, ahí estás. ¿Cuánto tiempo ha pasado?— le pregunto mientras pone sus manos sobre los hombros de mi americana negra.

Sasha pone los ojos en blanco. —Como si no recordaras la última vez que me viste.— Clava sus dedos en mi chaqueta y yo extiendo una mano. La agarro por la cadera, sintiendo la tela de su ajustado vestido azul bajo mis dedos. Los bordes de las baratas lentejuelas plateadas rozan mi palma.

—¿Por qué no me lo recuerdas?— le pregunto.

Ella me sonríe y me agarra de la manga, tirando de mí hacia el fondo del club. Me dejo llevar. Hasta que estamos bajo una luz más tenue y la música suena ligeramente amortiguada.

Entonces tomo el mando.

Sasha no tiene vergüenza mientras me la follo por la boca mientras ella está de rodillas en el suelo del club. Sus dedos se clavan en mis pantalones, y cada embestida de mis caderas hace que la hebilla suelta de mi cinturón tintinee suavemente.

No sé cuánto tiempo pasa, pero parece que tardo más de lo normal... finalmente me corro en su boca, y ella se lo traga todo como hace siempre.

—Necesito una copa... luego te follaré— refunfuño mientras me arreglo los pantalones.

Necesito un minuto para volver a ponerme duro, y la euforia repentina ya se ha disipado. Me arden los ojos. No quiero que me vea.

—Vale, cariño— dice ella entrecortadamente y se desliza en un reservado cercano.

—¿Lo de siempre?— pregunta la camarera.

—Triple— le digo.

Me sirve un chupito triple de ron y me lo bebo. Ya casi ni quema.

—Vaya, alguien se está preparando para la Nochebuena— ríe ella. —Me he enterado de lo de...

—No— gruño. —Esta noche no.

No quiero pensar en que solo faltan unos días para Navidad. No me hace falta.

Al otro lado del club, diviso a uno de los camellos de los Fiorelli. Me dirijo directamente hacia él.

—Sean las pastillas que tengas, quiero dos por cuenta de la casa — exijo.

Él me mira de arriba abajo. —Eso no formaba parte del trato.

—Tú no sabes cuál es nuestro puto trato, dámelas y ya— le fulmino con la mirada.

Busca dentro de su chaqueta y saca unas pastillas, entregándome dos de ellas. —Si has estado bebiendo...— comienza, y yo le corto.

—Yo me preocupo por mí, tú preocúpate por ti.— Me echo las pastillas a la boca, las trago en seco y me doy la vuelta para buscar a Sasha.

El colocón empieza a volverse cálido y difuso. La sensación fría de soledad y el filo agudo del dolor me abandonan a medida que los chupitos hacen efecto.

—¿Sasha?— murmuro, buscándola, pero no está donde la dejé. Rodeo uno de los reservados y me topo directamente con ella.

No está sola.

Un tipo al que no he visto en mi vida se la está follando por detrás.

—¿No podías esperar un puto momento?— le pregunto.

Ella tiene la cara roja, sudorosa, y apenas puede hablar de lo mucho que está gimiendo.

—¿Por qué no te unes?— pregunta el tipo sin aliento.

Me acerco y lo agarro por la parte de atrás del pelo. —Este es mi club, yo pongo las reglas. Saca tu polla de ella.

Él se ríe, lo cual me sorprende, pero sale de Sasha. Ella suelta un quejido de decepción.

Por muy irritado que esté, verlos a los dos follando me ha excitado. Sean las pastillas que sean las que he tomado, también están empezando a afectarme. No puedo evitar reírme yo también.

—No, venga ya...— se queja Sasha. —Que *alguien* me folle.

Me hormiguea la piel. Siento las manos... como si no fueran del todo mías. Demasiado grandes para mi cuerpo, y las piernas se mueven por su cuenta sin que tenga que pensar en mi siguiente paso.

Todo es borroso durante los siguientes veinte minutos.

En un momento me estoy follando a Sasha hasta que se corre y, al siguiente, el tipo cuyo nombre sigo sin saber me está escupiendo en la polla y chupándomela hasta que duele, y vuelvo a estar duro.

Sasha se marcha, dándome un beso en la mejilla, pero apenas me doy cuenta. El tipo también se va, pero creo que solo va a por más copas para nosotros.

Siento como si todo mi cuerpo flotara muy por encima del club, y tengo tanto calor y estoy tan sudado que quiero quitarme toda la ropa.

La gente se ha fijado en nosotros, han tenido que hacerlo, pero nadie dice nada. Nadie quiere. Otros cuantos se escabullen para

masturbarse tras habernos visto.

Siento una mano en mi hombro por detrás y me doy la vuelta dispuesto a apurar cualquier copa que el tipo haya traído.

—Esto es una mala idea.

Soren.

Me mira con ojos oscuros de desaprobación y su voz suena a la vez justo en mi oído y a kilómetros de distancia. Se ve borroso. Como si se moviera de lado a lado muy rápido y muy lento al mismo tiempo. Tal vez sea yo el que lo hace.

—Soren... ¿qué quieres?— le pregunto, pero no puedo dejar de sonreír incluso sintiéndome molesto.

—Eres el jefe de la familia Dresvanni y te estás tirando a gente en público— me recuerda Soren. Aunque solo la mitad de sus palabras se procesan ahora, el resto se procesará más tarde.

—¿Ah, sí?— Inclino la cabeza a un lado. —¿Me has estado vigilando?— le pregunto y me acerco un paso. —A lo mejor quieres unirte.

Tiene el pelo despeinado y huele mucho mejor que el otro tipo. Huele a menta y a algo dulce.

—Vete a la mierda— Soren me da un empujón. —¿O hablas en serio?— Veo una media sonrisa asomar a sus labios. —¿De verdad el gran y temible Carmine quiere que me lo folle yo?

Un poco de mi sobriedad regresa con sus palabras. Parpadeo al mirarlo. —Si alguien va a ser follado, vas a ser tú.

—Ya estás jodido, Carmine— me dice Soren. —Sea lo que sea esto...— Hace un gesto hacia mí.

Resoplo y miro a su lado cuando el tipo regresa.

—¿Qué está pasando?— pregunta.

—Nada. Salgamos fuera, estaremos con más privacidad.— Cojo el chupito y me lo bebo, estampando el vaso contra la mesa. No estoy seguro de qué acabo de beber. No me sabe a nada.

—¡Carmine, al menos ponte un puto condón!— me grita Soren, y siento que algo me golpea en la espalda. No voy a buscarlo; en su lugar, salgo apresuradamente con el tipo a la parte de atrás, donde un callejón separa el club de una panadería cerrada.

—¿Quién era ese tío?

Me encojo de hombros. —No importa. ¿Vamos a follar o qué?

Siento la lengua pesada. Apenas puedo articular palabra ahora. Todo lo que quiero es sentir tal éxtasis que no pueda pensar ni sentir nada más.

Pero mientras el tipo intenta acariciarme y prepararme para que lo reciba, no ocurre nada.

—Sigue... no pares— murmuro.

—No pasa nada, esto ocurre a veces.

Gruño, con la frustración calentándome el cuerpo. La felicidad cálida y difusa se desvanece y, en su lugar, el agotamiento y el dolor se acumulan en mi estómago.

—¡No, no ocurre!— Lo agarro por la parte delantera de la camisa y nos giro hasta que queda aplastado contra la pared de ladrillo.

—Oye... tío, yo solo estoy aquí para divertirme— intenta empujarme, pero mantengo mi agarre sobre él.

—Esto no me pasa a mí— resuello.

El tipo se sube rápidamente la bragueta y saca su cartera del bolsillo trasero.

—Toma, solo... paga mi cuenta, he terminado aquí, ¿vale?— me mete dinero por el cuello de la camisa.

Suspiro y lo suelto, viendo cómo sale corriendo por el callejón.

—Vaya, eso ha sido patético— dice una voz a mi izquierda.

Al principio pienso que es Soren otra vez, pero no lo es. Ni de lejos.

Es una de las chicas Carvel. Está de pie unos metros atrás con los brazos cruzados y una sonrisa burlona.

Me meto el dinero en el bolsillo trasero e inmediatamente busco mi arma... solo que no está ahí.

—¿Dónde está mi puta pistola?— bramo. Mi propia voz suena ligeramente débil y forzada.

Ella se ríe de mí. —Alguien te ha quitado la pistola, qué jodidamente perfecto.— Se acerca un paso. —En un callejón sin arma y con la polla fuera.

—Eh, ¿qué está pasando aquí?— esta vez sí es la voz de Soren. —¿Alguien ha perdido una pistola?

La mujer Carvel lo mira al mismo tiempo que yo, y veo que él sostiene mi pistola en la mano derecha.

—Eso es mío.— Me acerco.

—Solo te la estaba guardando.— No me la da. La mira a ella. —Lárgate.

—Como quieras, salí aquí fuera a fumar, pero... ahora creo que tengo una historia interesante que llevarme a casa— sonríe ella.

Intento quitarle mi pistola a Soren, pero él retrocede ligeramente y me lo impide.

—Haz lo que necesites para seguir siendo relevante— le dice él con calma.

Ella pone los ojos en blanco y desaparece también por el callejón.

—Dame mi pistola— exijo.

Soren niega con la cabeza. —No. En el estado en que estás, no. Te la dejaré en tu casa.

—¿Cuál es tu problema?— le pregunto.

Él se mofa. —¿Mi problema? ¿Cuál es tu problema? Sé... vale, sé lo que acaba de pasar, pero... ¿qué te has tomado, Carmine? Estás jodido, y quiero decir *muy* mal. Mírate.

Me miro a mí mismo. Estoy cubierto de sudor, semen, alcohol... Me bajo la mano e intento arreglarme los calzoncillos y los pantalones, lográndolo a duras penas.

—No es asunto tuyo.

—Puede que no... pero otros piensan que sí lo es— me dice.

Me apoyo contra la pared de ladrillo y me paso los dedos por el pelo. Me empiezan a zumbar los oídos.

—¿Quién? ¿Los Carvel? Pf.

—Un rival es un rival. Como sigas dándoles la idea de que estás vulnerable, no dudarán en aprovechar la oportunidad— me dice.

Lo fulmino con la mirada. Siento los párpados muy pesados, y el subidón se ha convertido en un bajón. Todo se siente tan... difícil. Moverse. Respirar. Parpadear.

Especialmente pensar.

—No estoy vulnerable— digo.

Soren se acerca más. —Lo estás, y necesitas ayuda. Alguien que te vigile, al menos. Nuestro trato no tiene por qué limitarse a los guardias extra. Puedo asegurarme de que nadie te toque mientras... lidias con todo esto.

—Estoy bien— le gruño.

—Eres idiota— me espeta. —Vas a conseguir que te maten.— Me agarra por la parte delantera de la camisa. Siento una punzada en los pantalones.

Echo la cabeza hacia atrás contra la pared y cierro los ojos. —No necesito nada.

No estoy seguro de qué ocurre después, porque todo se vuelve brumoso y oscuro. Estoy tan cansado.

Lo siguiente que recuerdo es el rodar de los neumáticos de un coche debajo de mí y, después, mi cama.

4

Soren

La Nochebuena nunca se ha celebrado a lo grande en mi familia. Algunos años son más alegres que otros y, de vez en cuando, mi tío incluso insiste en organizar una cena especial. Nunca me importa realmente lo que hagamos, mientras todo el mundo esté a salvo y nuestros trabajos se cumplan.

Dicho esto, no pensé que pasaría esta Nochebuena siguiendo los pasos de Carmine Dresvanni. Sea como sea, aquí estoy.

Sin su padre, Carmine tiene aún más trabajo por delante, pero parece que también evita delegar en alguien el trabajo que solía hacer él. Es inusual que el jefe de una familia criminal ande por ahí cerrando tratos en persona, y más todavía que lo haga solo.

No veo ni a un solo guardaespaldas con él, ni cerca de él. Puede que estén escondidos en las sombras, pero yo también lo estoy. Y eso me lleva a preguntarme: ¿quién está a la sombra de quién?

Se está portando como un temerario, pero esto no me sorprende. No después de la noche en el club. Había ido allí para asegurarme de que todo estuviera bien con las plantas que Carmine nos había permitido enviar. No esperaba encontrarme a Carmine en pleno trío en la parte trasera del local. Aunque era una sección en sombras y semiprivada, no faltaban ojos curiosos. El amago de

altercado en el callejón solo me confirmó que había hecho bien en seguirlo fuera.

Podría haberlo ignorado, dejar que se pusiera en evidencia aún más, pero por alguna razón tuve que seguirle. Asegurarme de que la cosa no fuera a peor.

Incluso ahora, mientras observo a Carmine desde la distancia en las calles de la ciudad a altas horas de la noche, no puedo evitar pensar en aquella velada.

Intento concentrarme. Que mi presencia se deba a los negocios y solo a los negocios.

Carmine se acerca a la mujer con la que está hablando en un rincón oscuro entre un estudio de arte y una hilera de apartamentos. Ella está fumando un cigarrillo y no le quita la vista de encima, pero por su lenguaje corporal noto que está nerviosa. Se balancea de un lado a otro sobre sus pies, da calada tras calada demasiado rápido para que el humo se asiente en sus pulmones y mantiene la espalda pegada a la pared.

No alcanzo a oír de qué hablan y me maldigo por no haber aprovechado para colocarle un micrófono cuando tuve a Carmine para mí solo. No me gusta no saber exactamente qué está pasando.

Cuando Carmine le entrega un sobre y se aleja de la mujer, me sorprendo a mí mismo memorizando cada pequeño detalle de su expresión. Parece satisfecho pero agotado. Sus ojos están cansados, con ojeras oscuras bajo ellos, y aunque lleva el pelo perfectamente peinado y la chaqueta impecable, camina de vuelta a su coche, a una o dos manzanas de distancia, con un paso lento y pausado.

Quizá solo intenta parecer natural. No lo consigue.



Hasta aquella noche en el club, nunca le había visto ni oído hacer algo tan imprudente. No en lo que respectaba a su propia reputación.

Sacar una pistola, arriesgarse en una pelea, amenazar a un rival… claro, pero ¿permitirse estar con la polla fuera y drogado en

un sitio donde cualquiera podría decidir aprovecharse de él? Jamás.

Tal vez sea en parte por eso por lo que sigo vigilándolo. Por el bien de mi tío y para tenerlo todo controlado, por supuesto, pero saber que Carmine podría lanzarse bajo las ruedas de un autobús en cualquier momento me da muchísima más motivación. No puedo mentir.

No se trata de él. No, es por lo que representa. Por lo que el hecho de meterse en líos podría suponer no solo para su familia, sino para la mía.

Estaría haciendo esto independientemente de quién hubiera tomado el mando después de Michaelis.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo mientras veo a Carmine salir de su coche y pasarse los dedos por el pelo.

Ha estado fuera toda la noche. El sol de la mañana de este día de Navidad brilla en el horizonte, pero no se dirige a casa, todavía no.

Carmine entra en una de las pocas cafeterías que abren hoy. Un pequeño negocio regentado por una mujer asiática mayor.

Sentado en mi propio coche a lo lejos, tengo que admitir que algo caliente para beber me vendría bien. Hace un frío que pela y llevo despierto incluso más tiempo que él.

Justo cuando empiezo a salir del coche, veo una figura familiar caminando por la acera desde la otra dirección.

La mujer de los Carvel de la otra noche. Después de investigar un poco, ahora sé que es Victoria Carvel.

Tiene una expresión de suficiencia bastante desagradable y no está sola. Su marido, Jackson Carvel, la acompaña.

—Ah, mierda —mascullo. Saco mi pistola de la guantera del coche y salgo por el lado derecho, rodeando el vehículo para llegar a la acera.

Carmine está dentro, aparentemente ajeno a la situación en la que se encuentra.

—Qué coincidencia. Todo el mundo ha venido a por café esta mañana —digo mientras me acerco a ellos, aunque evito pasar por delante del escaparate. Me doy la vuelta de modo que les bloqueo el paso.

—Desde luego. ¿Por qué no te quitas de en medio? —me dice Jackson.

Ladeo la cabeza. —Oh, claro. Solo quería preguntarle a Victoria qué tal le pareció el club la otra noche.

—¿De qué está hablando? —pregunta Jackson.

Victoria agita una mano. —De nada, cariño.

Arqueo una ceja. Me doy cuenta de que Jackson parece no saber que ella estuvo en el club, pero si está aquí por Carmine, ella debe de haberle contado algún tipo de historia.

—Entonces, ¿no habéis venido a buscar jaleo? —le pregunto con una pequeña sonrisa. Mis ojos, sin embargo, se clavan en los suyos.

Ella se inquieta. —No, hemos venido a por café —insiste. Entorna los ojos. —Es demasiada casualidad que tú también estés aquí.

—Y que Carmine Dresvanni también lo esté, ¿eh? ¿Cómo ha podido pasar? —pregunto, sonriéndole.

—¿A ti qué te importa? —salta Jackson. —Ah, claro, vosotros los Fiorelli estáis compinchados con ellos ahora. Esto no es asunto tuyo.

—Es Navidad. No seréis capaces de entrar ahí y darle problemas a esa pobre anciana en Navidad —me meto las manos en los bolsillos, con la pistola en la cadera.

—Mira, chaval... —empieza Jackson, pero le corto.

Aparto mi chaqueta hacia un lado y les enseño la pistola como quien no quiere la cosa.

—Verás, Vic, en el club parecías muy interesada... —Esta vez es Victoria quien me interrumpe a mí.

—Sabes qué, Jack, esto no merece la pena —insiste ella, con los ojos brillando de pánico.

Jackson resopla. —Puedo con él —da un paso al frente. Pongo los dedos sobre mi arma. Estoy preparado para sacarla si hace otro movimiento.

—Vámonos a casa. Tengo ese modelito especial, ¿te acuerdas? —le convence ella.

Jackson sonríe con malicia y la mira. —Está bien. Tienes razón, este imbécil no vale la pena.

Ambos me miran con recelo antes de darse la vuelta y regresar por donde han venido, hacia su coche al final de la manzana. Oigo a

Jackson preguntarle a Victoria mientras se alejan: —¿Qué decía ese del club?

Pongo los ojos en blanco y me giro hacia la tienda. —Imbécil, sí —mascullo.

Durante nuestra conversación no he oído sonar la campanilla, así que Carmine debe de seguir dentro.

Rápidamente vuelvo a mi coche y suspiro al sentarme de nuevo en el asiento. Un segundo después, él sale caminando tranquilamente no con uno, sino con dos cafés.

—Maldita sea, espero que los dos sean para él —siseo. Luego sacudo la cabeza. —Olvídalo. Joder.

Vuelvo a mirar hacia la tienda. ¿De verdad quiero arriesgarme a comprar un café y luego intentar alcanzarlo?

La respuesta se toma sola cuando arranco el motor y le sigo medio minuto después.

Es de esperar que se dirija de vuelta a la mansión Dresvanni, pero por alguna razón me sorprende cuando entra en el camino hacia la puerta principal.

Y me decepciona.

No puedo ir más lejos sin llamar la atención.

Lo único que puedo hacer es desviarme y aparcar cerca, fuera de la vista, abrir mi teléfono y la aplicación para ver las cámaras. Ahora que estoy conectado a ellas, puedo verlas desde cualquier lugar y en cualquier momento. Siempre que estén conectadas a internet.

Con un movimiento de muñeca, saco un cigarrillo y lo enciendo mientras voy pasando por las diferentes cámaras.

Parece que ya han limpiado todo el desastre de la noche y el día de la muerte de Michaelis. No hay ningún árbol de Navidad roto y destrozado en la sala de estar; de hecho, no hay ningún árbol. Solo unos hilos de luces y calcetines en la chimenea.

Debería irme a casa. Fingir que realmente quiero participar en las tradiciones navideñas a medias que mi tío quiera imponer.

En lugar de eso, observo las cámaras hasta que veo a Carmine entrar por la puerta principal. Alessio es el primero en recibirlo. No parece contento, pero Carmine le entrega uno de los cafés y sus

hombros se relajan. Le da una palmada a Carmine en el hombro y hace un gesto hacia la sala de estar.

Cambio a esa cámara y veo a Carmine entrar; sus hermanos están todos allí, así como algunas personas más. No son solo guardias. Hombres, mujeres y dos niños. No recuerdo haberlos visto nunca, ni siquiera sé sus nombres.

—Deben de tenerlos escondidos. —Abro la guantera y encuentro un bolígrafo y un recibo, anotando lo que puedo ver sobre los niños.

1 niña, parece de unos 8 años. Pelo oscuro.

1 niño, parece de 4 años. Pelo claro.

Hago una pausa a mitad de la escritura. Si están tratando de mantener su existencia oculta, ¿debería estar anotando esto?

Podría ser útil en el futuro.

Mi tío querría que lo hiciera.

Doblo el recibo y lo guardo junto con el bolígrafo; información intacta pero reservada para después.

Cuando vuelvo a mirar la cámara, Carmine ya no está, pero su calcetín tampoco está en la repisa. Parpadeo y me apresuro a cambiar de cámara. Está subiendo las escaleras. No puedo verle a partir de cierto punto.

Estoy casi seguro de que hay una cámara en el pasillo de arriba.

Cambio a ella, sintiendo que se me acelera el pulso.

—¿Por qué importa tanto esto? ¿Por qué necesito tener los ojos puestos en él cada puto segundo?

Carmine dobla el pasillo hacia la cámara. En una mano sujeta el calcetín y con la otra empieza a desabrocharse la camisa. Me descubro mirando tan de cerca como puedo.

Le observo mientras desliza la punta de los dedos por la abertura de su camisa, que deja al descubierto su pecho, y luego tira del cuello.

En el borde del cuello y del pecho tiene marcas oscuras que se desvanecen.

Chupetones del club.

Se me tensa la mandíbula.

De esos desconocidos. Solo puedo suponer que no los conocía.

Le habían marcado.

¿Lo había pedido él? ¿Quería esas marcas?

Trago saliva con dificultad y me doy cuenta de que está entrando en su habitación. No puedo ver lo que hay allí.

—No —susurro, sorprendiéndome a mí mismo.

¿Por qué? Si se va a la cama, puedo irme a casa. Puedo hacer lo mismo. Puedo pensar en otra cosa. En algo que no sea Carmine Dresvanni.

No quiero.

Quiero volver a verle.

Carmine desaparece en su habitación, la puerta se cierra y lo último que veo es su camisa deslizándose por sus hombros antes de que deje de existir.

Podría no existir. Pero existe.

En mi mente, existe con un detalle nítido y vívido.

Cada centímetro de él.

En mi cabeza, los pantalones desabrochados de Carmine con su polla fuera, llorando y palpitando con una excitación excesiva, siguen siendo una imagen fresca y estimulante. Una chispa de calor recorre mi propia entrepierna y me remuevo en el asiento.

Con qué facilidad podría haberme aprovechado de la situación en el club. Carmine era prácticamente un muñeco esperando que se lo follaran. Ya se había corrido con los otros dos, pero… oh, lo que podría haberle hecho con mi polla.

Podría haberle dado la vuelta y haberle bajado los pantalones hasta los muslos…

Me encuentro distraído por la breve fantasía de follarme a Carmine por detrás. Sintiendo su cuerpo curvarse contra mi ingle y mi torso. Escuchando sus gemidos y gruñidos desesperados. ¿Sería tan estoico y seguro de sí mismo conmigo dándole estopa en ese callejón?

Habría estado mal. Apenas era consciente. Independientemente de lo que hubiera hecho con los otros.

Sin embargo, no puedo evitar pensar en lo bien que se sintió cuando prácticamente lo llevaba en vilo hasta el coche. Su cuerpo cálido contra mi pecho, su mejilla contra mi cuello. Su aliento revoloteando contra mi piel.

Todavía puedo olerlo en mi chaqueta.

A medida que mi erección no hace más que crecer, me obligo a salir de la fantasía y lanzo el teléfono a un lado.

—Tengo que irme a casa —mascullo.

O... encontrar a alguien que sustituya las imágenes de Carmine de rodillas en mi cabeza.

Por alguna razón, decido irme a casa. Quizá porque sería difícil encontrar a alguien con quien liarse la mañana de Navidad, pero quizá no.

Sea como sea, abandono la periferia de Tessi Oscuri, y Tessari por completo, para volver a mi propio dominio. La ciudad en la que crecí y a la que he llamado hogar durante casi treinta años. Parece palidecer en comparación con Tessari, y me pregunto si mi tío sentirá lo mismo. Que San Bueni no es más que un montón de escombros a los que se aferra. Interponiéndose en el camino de heredar aunque sea una parte de una ciudad que brilla como una perla.

Suelto un bufido.

No, ambas ciudades se están pudriendo desde dentro hacia fuera. Perla o no.

San Bueni simplemente lleva mucho más tiempo resquebrajándose y reventando por las costuras. El paisaje infernal de pobreza y prejuicios que supura es más difícil de ocultar.

No obstante, nuestra propia finca está enclavada en una zona de la ciudad que aún podría engañar a un turista y hacerle creer que está en un lugar hermoso y bueno. Altos cipreses bordean los límites del terreno y el olor del mar flota en la brisa incluso desde una distancia mayor que en Tessari.

Hay algo en el aroma que me recuerda a Carmine. Algo extrañamente dulce en la brisa. O tal vez sea el amargor. Como su aliento empapado en alcohol y drogas la otra noche.

Cuando entro, varios miembros de mi familia —de sangre y de la otra— están reunidos en el vestíbulo con tazas de bebidas humeantes. Huelo un intenso aroma a menta en el aire.

—Soren, nos preocupaba que no llegaras a casa a tiempo —me dice la tía Patricia. Su ceño fruncido está aún más marcado por la

decepción.

—Bueno, ya estoy aquí. —Hago un gesto con el brazo—. ¿A tiempo para qué? —Me quito los zapatos y los guantes, pero no la chaqueta.

El tío Eivor aparece al doblar la esquina vestido con un traje y corbata rojos y negros, y un gorro de Papá Noel en la cabeza con su nombre bordado en el frente. Si no fuera por los globos casi incoloros de sus ojos y las cicatrices que surcan la mitad izquierda de su rostro, hasta podría parecer alegre.

—Para abrir los regalos, por supuesto, sobrino —me recuerda—. Estar de servicio no es excusa para perderse una ocasión tan maravillosa con tu familia.

Lo miro con expresión inexpresiva, demasiado cansado para fingir una actitud feliz.

—¿Qué podríais darme que no tenga ya? —pregunto.

Él se ríe y alarga la mano para darme un golpe en el hombro. Casi me estremezco, pero me contengo. Se me eriza la piel incluso con su contacto sobre mi chaqueta.

—Oh, qué humilde. Estoy segura de que hay de sobra —responde Patricia.

La forma en que cogen mis palabras y las transforman en algo que les gusta nunca me sorprende.

Rosalie está cerca con su propia taza, vestida con un pijama azul y blanco de temática invernal. De todos nosotros, es la que parece casi normal. Con el pelo recogido en un moño desordenado y el rostro sonrosado. Sin cicatrices, sin sangre, sin recordatorios de lo que es todo esto en realidad.

—Katherine y Liam están en la sala de estar, y Julian volverá pronto —explica Rosalie.

—¿Y qué hay de Beau y Nikolas? —pregunto mientras me giro para caminar por el pasillo hacia la sala de estar con mi tío, mi tía y mi hermana. Hay dos guardias apostados cerca. Louie y... otro cuyo nombre se me escapa en mi estado de agotamiento.

—Todavía están arriba, deberían bajar pronto —dice Patricia y se aclara la garganta.

Esbozo una media sonrisa. Claramente sabe lo que sea que ha estado pasando entre ellos dos, o lo sospecha. Nikolas es mi primo, el único hijo de mi tío, y Beau es su mejor amigo, que quedó huérfano hace casi una década. Parece que mis tíos tienen tendencia a adoptar huérfanos...

Me siento en el sofá y me recuesto, pero enseguida me doy cuenta de que es demasiado cómodo y que voy a desmayarme si no tengo cuidado. Así que me echo hacia adelante y apoyo los codos en las rodillas.

—Toma —Rosalie me tiende un pequeño regalo y yo la miro con los ojos entornados.

—¿Qué? Dijiste que nada grande, y esto no es grande —insiste.

Suspiro y niego con la cabeza mientras lo abro. Es una cadena de oro con un colgante. El colgante es una pequeña polilla con varios diamantes incrustados. Sostengo el amuleto entre los dedos. Es tan... delicado.

—Es el colgante de mamá. Sé que me quedé con la mayor parte de sus joyas cuando... bueno... y tú no eres exactamente del tipo que lleva collares de perlas, pero pensé en poner el colgante de la pulsera que siempre llevaba en una cadena para ti —explica Rosalie.

Se me cierra la garganta. Siento los ojos de todos puestos en mí, especialmente los de mi tío. Esas miradas inquisidoras... siempre intentando encontrar una debilidad en mí. Siempre esperando un momento de emoción.

Me lo trago.

—Gracias, Rose —digo simplemente, y alargo la mano para tocar la suya un segundo.

Ella asiente.

Guardo el collar de nuevo en la caja y dejo el papel en el suelo.

—Tu regalo está debajo del árbol. —Señalo hacia el árbol de Navidad excesivamente grande con adornos de cristal al otro lado de la habitación. Los regalos parecen minúsculos debajo de él.

Justo cuando se levanta para ir a buscarlo, Julian entra en la habitación, todavía con su uniforme de guardia todo de negro, con el rostro encendido por el frío.

—¡Cariño, lo has logrado! —Rosalie sonríe. Se vuelve a sentar con todos los regalos que llevan su nombre.

—Oh, ¿deberíais darle a Soren sus regalos primero? —les pregunta a nuestros tíos.

—Hemos pensado que darle a Soren la oportunidad de demostrar que puede manejar las relaciones entre nosotros y los Dresvanni ya es regalo suficiente —responde Eivor.

Le creo. No hay nada en su voz ni en su cara que me indique que está mintiendo o fingiendo. No sería la primera vez que mi «regalo» es algo que escapa completamente a mi control o una prueba.

Simplemente los miro, y luego hacia la chimenea, recordando por qué preferiría estar en la cama.

—Está bromeando —dice Patricia después de un momento.

Parpadeo y los miro, incapaz de ocultar por completo la sorpresa en mi expresión.

Patricia me entrega un sobre.

Lo abro; dentro hay una tarjeta. Una bastante básica, con una iglesia y una corona en la portada. En el interior, mi tía ha escrito con una caligrafía perfecta.

Para nuestro hijo y sobrino adoptivo, eres insustituible e increíblemente valiente.

Debajo han firmado con sus nombres. Noto que mi tío no ha intervenido en absoluto en la redacción del mensaje.

Los miro, principalmente a Patricia, como para calibrar si el mensaje es genuino o no. No sabría decirlo.

Junto con la tarjeta hay una tarjeta regalo que dice *para café*, con una foto de varias tazas de café y té impresa en el plástico, junto con *trescientos dólares* en la esquina.

—Para café... sí, voy a necesitar esto las próximas semanas —asiento—. Gracias.

—Podrías mostrar un poco más de agradecimiento —insiste Eivor —. Eso es café para varios meses, por lo menos. A menos que planees desperdiciarlo en todos esos cafés con leche de nena que te gustan.

Se me cae la cara. No le respondo. Simplemente guardo la tarjeta regalo en el bolsillo interior de mi chaqueta y dejo la tarjeta a

un lado.

—¿Algo más? —pregunto tras un momento.

Al segundo siguiente, Beau y Nikolas entran juntos, apenas con unos segundos de diferencia. Se los ve un poco sofocados, pero bien vestidos en general.

—¿Nos hemos perdido algo? —pregunta Beau.

—No mucho. Venid, sentaos —insiste Rosalie, palmeando los asientos a su lado.

Beau se sienta, pero Nikolas permanece de pie cerca.

—¿Le habéis traído un regalo a Soren? —pregunta Patricia.

—Ah, sí, pero aún no ha llegado —responde Nikolas.

—¿Es de parte de los dos? —pregunta el tío Eivor, arqueando una ceja.

Beau se sonroja más. —Eh, sí. Decidimos juntar nuestro dinero.

—Sabéis que no tenéis por qué usar vuestro propio dinero —le regaña Patricia con una risita.

Me evado durante un minuto o dos. Nadie me habla. Creo que me mencionan una o dos veces, pero mi cerebro es cada vez más incapaz de procesar nada de lo que ocurre.

Finalmente vuelvo a la realidad cuando Rosalie me pregunta por mi regalo para ella.

—Adelante —le digo.

Ella rompe el papel, abre la caja y saca un jersey de punto de color lila pálido.

—¡Hala! —Se lo acerca al pecho—. Es precioso. ¿Está hecho a mano, Soren? —pregunta con los ojos iluminados de alegría.

—Sí. Por una ancianita en Grecia. Lo pedí el año pasado y me llegó hace un mes —explico. Mi voz parece arrastrarse un poco.

—Es impresionante. Gracias, Sor. —Ella me sonríe.

—¿Acaso no tiene ya bastante ropa? —pregunta Eivor, no a ella, sino a mí.

Me encojo de hombros y evito mirarle a los ojos.

—Esto va a quedar genial para nuestra próxima cita —dice ella, girándose hacia Julian.

Julian sonríe tímidamente. —Estás guapa con cualquier cosa.

Eivor asiente con un ruido de aprobación, uno que me revuelve el estómago, y veo que Rosalie se encoge ligeramente. Una actitud protectora brota en mi pecho y lo miro con odio. Él me ignora.

—Para ti, Julian. Como la incorporación más reciente al corazón de mi querida sobrina y, ojalá pueda decir, la última. —Eivor permite que Patricia le entregue a Rosalie un regalo envuelto, y Rosalie se lo pasa a Julian.



—A Julian le dan una jodida reliquia familiar... y a mí una tarjeta regalo para café —mascullo para mis adentros mientras subo las escaleras hacia la azotea de uno de los hoteles más caros de Italia —. Cómo no. —Pongo los ojos en blanco.

No es que me importe recibir una pistola vieja que ya ni siquiera es segura de usar. Es el hecho de que Julian y Rosalie solo lleven saliendo unos pocos meses lo que me molesta. Julian ha sido parte de nuestra familia, trabajando como guardia, desde hace cinco años. Sé que es de fiar, sé que es decente en su trabajo, pero no ha demostrado su valía más que cualquier otro. No le ha salvado la vida a nadie ni ha arriesgado la suya propia, no de verdad. No como yo, mis primos, o incluso Rosalie. La lealtad que siento por su parte pende de un hilo muy fino. Podría largarse cuando quisiera y no tendría mucho que perder ni que ganar.

Entonces, ¿por qué se queda él con la pistola? Si alguien debería conservarla, no es un tipo que probablemente solo estará por aquí unos meses más hasta que le rompa el corazón a Rosalie y salte al regazo del siguiente señor del crimen para trabajar.

Empujo la puerta de la azotea lo más silenciosamente posible. El fuerte viento en lo alto del edificio ayuda a ocultar el ruido, junto con el edificio crujiendo y gimiendo de vez en cuando.

Hace más frío aquí arriba que abajo a nivel del suelo. Me pica en las mejillas y la nariz, pero no me importa.

Tengo que concentrarme en por qué estoy aquí. No en mi tío, ni en mi hermana, ni en su novio a quien mi tío parece estar prestando

especial atención últimamente.

Después de pasarme la mayor parte del día durmiendo, quería quedarme en la cama, pero me avisaron de que Carmine volvía a estar en movimiento. Diría que me sorprende, pero no es así. Está pasando por una mala racha y claramente necesita mantenerse distraído.

No puedo decir que le culpe y, francamente, prefiero que esté haciendo algún trato turbio en una azotea a que se lo estén follando en el rincón del fondo de un club.

Se me calienta la entrepierna al pensarlo y se me oprime el pecho. Lo último que necesito es pensar en Carmine con... ellos. Usándose mutuamente, borrachos y drogados. Usándole a él. Rechino los dientes mientras me acerco al borde de una de las torres de agua que hay en la azotea y que oculta mi presencia.

Puedo ver a Carmine allí, la parte de atrás de su hombro y el lado de su cara. Apenas alcanzo a ver el rostro de la otra persona. No puedo oírlos.

—Hijo de puta —murmuro. Si no puedo oír ni ver, ¿por qué estoy siquiera aquí?

Eivor ni siquiera me pidió que estuviera aquí. Simplemente estoy. Parece que no puedo mantenerme alejado de él. Incluso en las sombras, observando a distancia. Mirando cómo se acerca más y más a este otro hombre.

Se me acelera el pulso al darme cuenta de lo que podría ser esto.

¿Y si ha quedado con él para acostarse?

No sería extraño. Tiene sentido con todo lo que está pasando, maldita sea, tendría aún más sentido. Es un hombre; tiene necesidades. No pensé que esas necesidades incluyeran a otros hombres hasta la noche del club, pero...

Entonces, ¿por qué siento que se me aprietan los puños solo de pensar en Carmine siendo besado por este extraño?

Me muevo, intentando ver mejor. Mis botas hacen un ligero ruido al rozar el suelo y me quedo completamente quieto cuando Carmine mira hacia un lado. Mira justo en mi dirección.

Por un breve segundo, creo que me han pillado, pero luego aparta la mirada.

Exhalo lentamente y vuelvo a moverme, hasta que puedo verlos más de lado. Mis manos enguantadas se deslizan por el borde del tanque de agua con un roce metálico.

Ahí están. Carmine, abrigado con un chaquetón negro con capucha ribeteada de pelo. Su pelo, perfectamente peinado, está alborotado por el viento y le cae sobre la frente en mechones lacios que se han acercado. Y otro hombre. Alto, corpulento, con gafas de sol a pesar de que es casi de noche.

De repente, el hombre más grande agarra a Carmine por la parte delantera de la camisa y lo acerca bruscamente. Carmine le agarra el brazo.

Por instinto, echo mano a mi pistola.

Espera.

Se supone que no debería estar aquí.

Aun así, si Carmine está en apuros, ¿me culparía por salir de las sombras para salvarle el culo? Quizá no.

Que Carmine se moleste o no al saber que le he estado vigilando no es la verdadera cuestión.

La cuestión es: ¿se disgustará Eivor?

El tío Eivor probablemente preferiría que dejara que Carmine fuera herido o asesinado aquí, en esta azotea. Se alegraría de que cada uno de los Dresvanni fuera eliminado para poder tomar el mando por completo. Incluso si su plan actual consiste en que los protejamos para entrar en el club.

Yo no quiero eso.

Intento decirme que es solo porque Alessio nunca trabajará conmigo si matan a Carmine, y Alessio es exactamente quien está en la línea de sucesión para estar al mando.

Aun así, no les quito el ojo de encima.

La voz de Carmine se alza lo justo para que le oiga decir: —No querrás...

Entonces el hombre lo suelta y él se ajusta el abrigo antes de dar un paso atrás. Sus ojos están entrecerrados y arden de irritación.

Incluso mientras observo cómo el trato continúa sin más peligro inmediato, se me presenta un conflicto interno.

Si llega el momento, ¿protegeré a Carmine Dresvanni?

Sí. Sí, lo haré.

5

Carmine

Navidad y Año Nuevo han pasado más rápido de lo que esperaba. Al mismo tiempo, cada día se siente como diez. Todo es un caos y un aburrimiento a la vez. Lo único que puedo hacer para mantener la cordura es tomarme otro trago de whisky, bourbon, escocés, o incluso vodka, lo que sea que alivie el dolor agudo en el pecho que me despierta cada puto día.

Necesito mantener cierta lucidez para dirigir la familia, el negocio, así que drogas como las que tomé en el club están completamente descartadas. Aunque, tengo que admitir que hay una gran parte de mí que quiere volver a sentirme así. Tan completamente fuera de onda que no me importe lo que esté pasando, o con quién esté pasando.

El colocón no vale la pena por la resaca. No con lo que fuera que tomé esa noche en el club. Cuando finalmente empezó a desaparecer, sentía que me arrastraban por el mundo a paso de caracol, y cada hueso de mi cuerpo me dolía. Cada cicatriz que jamás había recibido escocía como si estuviera recién cortada. Especialmente la de la mano.

Me froto esa de forma ausente mientras estoy sentado en una gran silla giratoria de cuero en la oficina del mismo club. El club del

que ahora estoy a cargo.

Si alguien me hubiera visto esa noche, follando en la esquina trasera del club con una expareja y un desconocido, no ha dicho nada. Cualquiera que trabaje para mí o quiera seguir siendo miembro del club debería saberlo mejor.

Es un milagro que aún no sienta dolor de esa noche… Aun así, los recuerdos borrosos de placer hacen que sea difícil no preguntarme si realmente sería tan malo repetir la noche. Quizá no aquí, en otro lugar.

Me sirvo otro trago y paso otra página de los documentos que estoy leyendo sobre el club. Necesito refamiliarizarme con la propiedad y las normas del club. No es que planee seguirlas, pero no saberlas sería simplemente estúpido.

Cada droga que se vende aquí es un riesgo para mí y los míos. Cada trato hecho y cada espectáculo sexual improvisado al lado de una cabina. Incluso si me incluyen a mí en la mezcla. *Especialmente* si me incluyen a mí.

Me río y niego con la cabeza mientras tomo un sorbo. —Estás jodido —murmuro para mí mismo—. ¿Pero qué más puedes hacer? —Dejo el vaso y me paso los dedos por el pelo, desordenándolo e intentando volver a colocarlo en su lugar sin éxito.

No tengo más remedio que seguir adelante. Hacer mi trabajo.

Sé que eso significa que tendré que ponerme en serio pronto, pero por ahora esta es la única forma en que puedo sobrellevarlo.

Un trago tras otro.

Un analgésico tras otro.

Un orgasmo sin sentido tras otro.

Hace una hora, dejé que algún turista de veinte años me hiciera una mamada bajo mi escritorio antes de tirarle un regalo de despedida y verlo marcharse para contarle la historia a sus amigos. Probablemente la convierta en algún cuento sexy que exprese lo increíble que es Italia y lo generosos que somos todos aquí porque "mamé a un tío italiano deprimido y extraño y me tiró quinientos euros y me dijo que me largara" no es lo suficientemente glamuroso.

La dicha de esa corrida rápida se ha desvanecido hace tiempo, y me siento exactamente igual que antes. Quizá peor.

Tomo otro trago, leo otra página.

Y otra.

Hasta que hay un golpe en mi puerta.

Sé que no hay nadie aquí, o no debería haberlo. El club cerró hace una hora. Son las cuatro de la mañana. Yo, dos guardias fuera y dos guardias dentro son los únicos aquí.

Cuando levanto la vista hacia la puerta parcialmente abierta, la tenue luz del pasillo revela un rostro familiar pero poco conveniente.

Jackson Carvel. Una nada en comparación con la familia Dresvanni, pero un rival, no obstante.

—Jack. Me sorprende que realmente te atrevas a mostrar tu cara aquí —digo simplemente. Vuelvo a bajar la vista a mis documentos, sin estar particularmente preocupado.

Las botas de Jackson resuenan en el suelo con cada paso descuidado. No hace esfuerzo alguno por ser discreto o cauteloso. Normalmente, pensaría que eso significa que alguien no tiene intención de empezar algo, pero ¿con un Carvel? No estoy tan seguro.

—¿De verdad? Porque deberías estar esperando esto —me dice Jackson. Golpea mi escritorio con el puño—. ¿O eres más estúpido de lo que pareces?

Parpadeo ante él. —Creo que necesitas un espejo, gilipollas. —Cierro la carpeta que contiene los documentos y abro uno de mis cajones para deslizarla. Luego la cierro con llave y saco la llave, metiéndola en mis pantalones.

—No vine aquí para intercambiar insultos —resopla Jackson. Cruza los brazos y endereza los hombros para parecer aún más grande.

—¿Para qué viniste aquí, Jackson? —pregunto. Inclino la cabeza hacia un lado, mirándolo con los ojos entornados.

Resopla de nuevo, sus hombros rebotando. —No pretendas que no lo sabes, *Carmine*.

—Ese es mi nombre. Ahora, si pudieras dejar de imitar una puta locomotora y decirme qué se supone que debo saber, podría dejarte ir con todos tus dedos intactos —Coloco mis manos sobre mi escritorio, cruzadas, y me inclino hacia adelante. Mi arma está al

otro lado de la sala, guardada en su funda que cuelga con mi chaqueta.

Lo sé mejor, y sin embargo cuando ese jovencito estadounidense me rogó que me arrodillara…decidí que quitarme el arma era la mejor opción.

Jackson no lo sabe, sin embargo; aún no.

—¡No estoy jugando a nada aquí! —gruñe Jackson y se lanza sobre el escritorio—. ¡Sé que viste a mi esposa aquí! ¿Qué coño estabas haciendo con Vic?

—¿Vic? —jadeo cuando me agarra por la parte delantera de mi camisa, varios botones salen volando. Le agarro la muñeca y giro. Sus dedos se sueltan de mi camisa, pero justo cuando me estoy moviendo hacia atrás, agarra la parte trasera de mi camisa y mi pelo.

Jackson me tira sobre el escritorio, y me deslizo sobre la parte superior, haciendo que varios papeles más y mi teléfono caigan estrepitosamente al suelo.

—Eres un puto estúpido —siseo, pero mis palabras se cortan cuando aterrizo en el suelo y mi aliento sale volando de mis pulmones.

—¿Qué puto demonio estabas haciendo con Victoria? Sé que estaba aquí. Sé que estabas aquí, puto maricón desgraciado —me gruñe.

—Oh, hijo de puta, quítate de encima —levanto la pierna y le golpeo la rodilla. Se derrumba en el suelo, y me deslizo alejándome de él. Mi objetivo es poner la mayor distancia posible entre nosotros, no pelear cuerpo a cuerpo.

El alcohol que había ingerido durante la última hora está empezando a golpearme de verdad. Mi visión es ligeramente borrosa, haciendo que parezca desenfocado, y me cuesta trabajo ponerme de pie desde el suelo.

—¿Qué le hiciste? —pregunta—. Es mi esposa. Mía.

Antes de que pueda levantarme completamente, Jackson me agarra los tobillos y vuelvo a irme al suelo con un golpe, mi cabeza chocando contra las baldosas.

—¡Ay! ¡Mierda! —resoplo esta vez, y le doy una patada en la cara —. Si soy un puto maricón, ¿por qué demonios crees que hice algo con esa puta?

Mis insultos a su esposa solo parecen enfurecerlo aún más.

—¡Tony! ¡Greg! ¿Dónde coño estáis? —grito, más allá de la frustración—. ¿De qué sirven los guardias si no aparecen cuando realmente los necesitas?

—¡Manténla fuera de esto! —Jackson lanza su cuerpo sobre el mío, poniéndose a horcajadas, y me golpea en la cara. Mi cabeza se vuelve estática por un segundo, y lo agarro por la camisa. Mis manos no funcionan correctamente.

No pensé que hubiera bebido *tanto*.

—Eres el que —antes de que pueda terminar esas palabras, Jackson ha sacado su arma y me la apunta a la cara. El cañón directamente entre los ojos.

Aspiro aire y pongo mis manos hacia los lados, mirándolo fijamente entre jadeos.

—¿Hablas en serio? —le pregunto—. Vas a hacer que toda mi familia ponga una recompensa en tu cabeza, ¿todo por Vic?

Su sudor está goteando por su frente. Su mano está ligeramente temblorosa. Podría intentar coger su arma.

Quizá.

Excepto que mis manos están aún más temblorosas.

—Sé lo que hiciste la otra noche, follando sin protección con algunas putas en la parte trasera —escupe sobre mí. Gotas de su saliva volando a mi cara, oliendo a tabaco barato viejo y licor de mala calidad—. Vic también tiene fotos —me dice.

—¡Si tiene fotos, entonces sabes que ella no estaba involucrada, cabezota! —me remuevo debajo de él y lo agarro por la muñeca. Golpea el arma contra mi frente y su otra mano me agarra por la garganta.

Mi corazón está acelerado.

—¿Cómo sé que no te acostaste con ella igualmente? ¿Antes de todo eso? —pregunta, su voz más fuerte—. ¿Cómo sé que no lo intentaste? ¿Quizá lo intentaste, eh?

La otra mano de Jackson se extiende hacia abajo, deslizándose lejos de mi cuello.

—No me la follaría ni con un condón de acero —escupo en su contra. Mi mano sigue agarrando su muñeca con fuerza. Pero el arma sigue contra mi frente. Un clic, y se acabó.

Tal como mi padre.

Tal como mi madre.

¿Dónde coño están mis guardias? Voy a matarlos. Si salgo de esta, están muertos.

—¡Vete al infierno! —Jackson me agarra por la polla—. Como si no te follarías cualquier cosa que se mueva.

—No me toques —si mis ojos pudieran quemar, su cuerpo entero estaría en llamas.

—¿No te gusta? ¿No te gusta que te manosee? ¿Recibiendo lo que das? —Jackson se ríe y empieza a deshacer mis pantalones.

Por mucho que no quiera que me toque, y preferiría meter mi polla en una toma de corriente, mi miembro comienza a endurecerse.

—Eres un hijo de puta enfermo —Jackson prácticamente canturrea, como si fuera divertido.

De repente, no puedo moverme. Mi cuerpo entero está congelado. Mi corazón está golpeando en mi pecho contra mis costillas tan fuerte que duele, y quiero decirle que pare. Quiero patearle el puto pecho. Quiero matarlo.

No puedo.

Jackson tira de mis pantalones y calzoncillos hacia abajo lo mejor que puede con el arma aún presionada contra mi cabeza.

Todas mis palabras y mi aliento están atrapados en mi garganta.

No puedo hacer nada.

Cuando Jackson va a por mi polla, mis dedos se retuercen, e intento apretar su muñeca con más fuerza, pero mi fuerza se siente como si estuviera siendo absorbida.

Sus dedos tocan mi miembro.

El mundo alrededor de nosotros desaparece.

Desaparezco.

En algún lugar dentro de mi cabeza. Es oscuro ahí, silencioso, y no hay nadie más. He estado aquí antes. Principalmente cuando era niño. Lo recuerdo. Pronto, la oscuridad comenzará a tomar forma de algo más. Algo, no en algún lugar, cálido y suave. En algún lugar lejos de todo.

Un segundo después, puede que tres, no sabría decirlo con seguridad, el chasquido de una pistola con silenciador suena en mi oído izquierdo, algo húmedo me salpica la cara y el cuerpo de Jackson cae a mi lado con un golpe seco sobre el suelo.

Abro los ojos, sin darme cuenta de que los había cerrado.

—Carmine.— Esa voz. No termino de procesarla. La habitación sigue pareciendo oscura y vacía. Aún no puedo moverme. Tengo los pantalones por los muslos y las manos a los costados. Una de ellas está cada vez más empapada. Me arden los ojos.

—Carmine, ¿estás bien?—

Una sombra se cierne sobre mí. Siento un roce en la cara.

—Carmine. Mírame.—

Lo intento. Todo se siente lejano.

—Respira. Inspira y espira. Vamos.—

Hago lo que me dice. Inspiro y espiro. Luego otra vez.

—Bien. Vamos a incorporarte.—

Soren.

Es Soren. Me doy cuenta en el último segundo. La habitación va recuperando la nitidez poco a poco. Primero las sombras, luego la luz, después todo lo que hay dentro del cuarto y, finalmente, él.

Una de sus manos descansa en mi espalda mientras me incorporo; la otra sigue tocándome la cara. Sus manos parecen muy frías comparadas conmigo. Siento que estoy a mil grados. El sudor me resbala por el cuello hasta las clavículas y se acumula en el nacimiento del pelo.

—Oh, joder. Carmine —la voz de Marko llega desde el umbral.

—¿Dónde cojones estabas? —No soy yo quien pregunta, sino Soren.

—Decidimos hacer un cambio de turno porque se estaba haciendo muy tarde, y Carmine —el señor Dresvanni— no parecía que fuera a irse a casa pronto. Tony y Greg tenían que marcharse —

responde el otro guardia, al parecer, cuyo nombre se me escapa de repente.

Tan rápido como soy capaz, recupero la compostura.

—Deberías habérmelo dicho —digo. Mi voz suena un poco temblorosa, pero lo ignoro. No puedo permitir que piensen que me pasa algo. No me pasa nada, ¿verdad? Simplemente se han aprovechado de que me superaba en fuerza. Estaba borracho. Estoy borracho. Eso es todo. Esa es la única razón por la que me siento así.

—¿Qué hace él aquí? —pregunta Marko—. No le hemos visto entrar.—

Mis ojos no se han apartado de Soren ni un segundo. Está arrodillado frente a mí. Su mano ha pasado de mi cara a mi hombro, y sus ojos están fijos en los míos.

Por alguna razón, no puedo romper el contacto visual de inmediato. Tardo un segundo o dos.

—Simplemente limpiad esto —exijo—. Nada de esto habría pasado si hubierais estado aquí haciendo vuestro trabajo. —Marko no reacciona ante mi exabrupto. No que yo note. Todo lo que hace es sacar el móvil y echarse a un lado.

Vuelvo a mirar a Soren. —¿Qué cojones haces tú aquí? —le pregunto.

Él frunce el ceño. —¿Acabo de salvarte y eso es lo único que tienes que decir? —pregunta.

Mis ojos escanean su rostro. Luego miro hacia el cadáver de Jackson. Su sangre está por todas partes. Se encharca en el suelo empezando por su cabeza y recorre lentamente hacia abajo las juntas de las baldosas. Huele igual que la de mi padre.

Me obligo a seguir mirando, por mucho que no quiera. Me obligo a respirar hondo. El olor a hierro y alcohol me inunda la nariz. Me revuelve el estómago.

—Salgamos de aquí —insiste Soren. Me agarra del brazo y me pongo en pie, dejando que me ayude. Me flaquean las piernas. Siento que todo mi cuerpo podría desplomarse en cualquier momento, pero no lo permito. Me obligo a mantenerme erguido, a

no dejar que las lágrimas que me queman en el borde de los ojos lleguen a caer. Me trago la bilis. Me subo los pantalones de vestir.

Es estúpido, es ridículo. He estado rodeado de cadáveres y sangre antes. He estado atrapado con un cuerpo en descomposición justo a mi lado durante horas.

Sin embargo, desde que vi a mi padre muerto en el suelo, la vista y el olor de la sangre me marean.

Retiro mi brazo de él.

—¿Por qué has venido? —le pregunto—. Seguro que no has venido solo para pegarle un tiro en la cabeza a Jackson.—

Vuelvo a mirar su cuerpo. Se ve tan pequeño e inútil ahora que está muerto. Su cuerpo ya no está tenso ni henchido de ira.

Soren lo ha matado.

Soren lo ha matado por mí.

Me ha salvado.

Pero ¿por qué?

Cuando vuelvo a mirar a Soren, sus ojos tormentosos están, de algún modo, cargados de más angustia todavía. Ha vuelto a guardarse la pistola en los vaqueros y se acerca más a mí.

—Te he estado siguiendo —admite.

—¿Qué? —pregunto. Miro hacia la puerta. Marko sigue a un lado; le oigo hablar con alguien. Con uno de los limpiadores—. Sabía que tramabas algo, pedazo de cabrón.—

Soren se mofa. —Sí, proteger tu *traserito*. —Señala con la mano hacia Jackson—. No tenías ni idea de que Jackson quería sangre, ¿verdad?—

—Estaba diciendo gilipolleces sobre su mujer, Victoria. Que hice no sé qué con ella en el club la otra noche. Ni siquiera recuerdo que estuviera allí —le digo. Empiezo a sentirme más estable. Tener a Soren en quien concentrarme lo hace más fácil de algún modo.

—Exacto. Tuviste un encontronazo con Victoria esa noche, ella intentó montar un número. Yo lo corté y te llevé a casa. ¿O es que no te acuerdas de nada de eso? —me pregunta, mirándome con incredulidad. La forma en que sus ojos me clavan la mirada y su mandíbula se tensa de vez en cuando hace que se me caliente el estómago.

Después de lo que acaba de pasar con Jackson, es lo último en lo que quiero pensar, pero no puedo controlarlo.

Mientras se acerca aún más, envolviéndome con el aroma de su piel y su pelo, no me quedo bloqueado ni paralizado como con Jackson. No me alejo de él.

No quiero hacerlo.

—Me acuerdo de ti. Me acuerdo de llegar a casa, y me acuerdo de despertarme sintiéndome como una mierda —murmuro.

—¿Ves? Por eso te he estado cubriendo las espaldas. Ahora mismo eres un puto desastre, Carmine. Si no hubiera estado vigilando, habrías… bueno, ya sabes lo que habría pasado. —El semblante de Soren se ensombrece.

Aprieto los dientes y desvío la mirada. —Podría habérmelas apañado solo.—

—No, no habrías podido. Tenía una pistola en tu cabeza y la mano en tus pantalones. Tus propios guardias, que se supone que debían estar aquí vigilando, le dejaron entrar como Pedro por su casa.—

Cierro los ojos un segundo. —Vale, está bien. Te creo. Así que te has estado dedicando a acosarme y seguirme para protegerme de mí mismo, vale. ¿Qué quieres exactamente, Soren? —le pregunto con voz baja y los dedos crispados a los costados.

Huele jodidamente bien. Mejor que el turista, mejor que el extraño, mejor que Sasha. Mejor que nadie en la vida.

—Déjame ayudarte —dice.

Abro los ojos para mirarlo con confusión. —¿Eh?—

—Necesitas algo más que a alguien que solo te cubra las espaldas. Necesitas a alguien que realmente preste atención a lo que está pasando. Necesitas protección —me dice Soren.

—¿Qué, quieres ser mi guardia personal? —pregunto, dejando escapar una risa corta—. Sé realista de una puta vez, Soren.—

—Hablo en serio —insiste—. Esto no es un juego. Los Carvel podrían haber sido los que acabaron con Michaelis.—

—Lo dudo mucho —respondo, poniendo los ojos en blanco. Ya no me siento tan ansioso ni tembloroso. Simplemente agotado y harto de la jugada de Jackson, que lo ha dejado listo para un ataúd de

pino—. ¿Estos tipos? —Le señalo con un gesto—. Están quizá en el número cinco de la lista de gente que me preocupa, y eso solo porque los Montello están ahora en Siberia.—

—El número cinco sigue siendo un peligro, y tú sigues siendo un objetivo —me recuerda Soren. Se cruza de brazos y me mira con los ojos entrecerrados—. No te he salvado la vida para que vuelvas a salir ahí fuera y dejes que te maten.—

Lo observo. La forma en que lo dice, con un tono de voz mucho más serio de lo que alcanzo a comprender, hace que se me erice el vello de la nuca.

Se queda ahí plantado, con sus hombros anchos y su pelo oscuro y desgreñado cayéndole sobre la frente, y la polla me palpita.

La presencia del cuerpo de Jackson debería disipar eso, pero no lo hace. Saber que el cabrón está muerto después de lo que intentó —y que Soren lo mató por mí— solo me pone más cachondo.

Incluso su sangre deja de ser un olor asqueroso para volverse algo dulzón y empalagoso.

—No lo sé —digo simplemente—. ¿Cómo sé realmente que puedo confiar en ti? ¿Confiar en todo este numerito que Eivor te hace representar? Dándonos guardias, metiendo a tus hombres en nuestro club, siguiéndome para protegerme… ¿De verdad crees que estoy tan mal como para no ver cómo todo esto podría joderme?—

Soren asiente despacio. —Tienes razón. Podría. Ni siquiera puedo decir que no vaya a ser así —admite—. Pero no será por mi culpa.—

Le miro y él me devuelve la mirada en silencio durante un momento.

Marko vuelve a entrar. —Siento… interrumpir lo que sea que esté pasando aquí, pero los limpiadores llegarán en veinte minutos, jefe. —

—Bien. Llama a Tony y a Greg. Quiero que sean ellos los que limpien la sangre —ordeno.

—Nos llamaron para el cambio de tur…—

—Me importa un carajo. No me avisaron y por eso ha pasado esta mierda. Que estén aquí en veinte minutos y limpien la puta sangre o derramaré la de ellos —le espeto.

—Entendido.—

Desaparece de nuevo, y le oigo maldecir mi nombre, pero estoy demasiado agotado para molestarme en perseguirlo y darle una paliza.

Soren sigue mirándome.

—¿Y bien? —le pregunto.

—Si no quieres tomar una decisión ahora… al menos deja que te lleve a un lugar seguro. Un sitio donde puedas asearte —sugiere.

Suspiro y miro hacia un lado, no al cuerpo de Jackson, sino a la estantería cercana. También está salpicada de sangre.

Nada de esto debería haber pasado. Mis guardias deberían haber estado allí. Yo debería haber sido capaz de defenderme. Debería haber llevado mi pistola encima.

Ellos no lo hicieron, y yo tampoco.

En lugar de eso, alguien de fuera de la familia ha tenido que salvarme el culo.

Siento el pecho oprimido al empezar a pensarlo de nuevo.

No la perspectiva de morir, no… con eso estoy familiarizado desde hace años.

Sino la forma en que Jackson me había tocado. Lo gracioso que le parecía. Lo serio que iba.

Los recuerdos. Enterrados profundamente en mi subconsciente. Habían reptado hasta la superficie y se retorcían dentro de mi cerebro como pequeños gusanos oscuros.

Esos destellos y fogonazos de una habitación tenuemente iluminada de la que no podía escapar por mucho que lo deseara.

Esta vez, sí he escapado… gracias a Soren.

—Está bien —le digo mientras vuelvo a mirarlo—. Sácame de aquí.—

6

Soren

Mi corazón sigue acelerado en mi pecho por la mierda que pasó en el club de Carmine. Sólo había estado vigilándolo para asegurarme de que no iba a volver a meterse en algo peligroso. Había estado en ese maldito despacho durante horas, y estaba a punto de irme.

Menos mal que no me fui.

Se me remueve el estómago al pensar en lo que ese hijo de puta asqueroso Jackson intentaba hacerle. De toda la basura que pensé que podría hacer, intentar violar a un Dresvanni no estaba en la lista.

Ahora está muerto. Tendido en un charco de su propia sangre en el suelo del despacho. Casi me da pena no tener una primera fila para verlo ya. Que no haya hecho una o dos fotos solo para poder recordar que se ha ido para siempre.

Poner a Carmine en un lugar seguro es más importante.

No estoy seguro de por qué me importa tanto, pero por alguna razón mis manos tiemblan al pensar que Jackson podría haberle hecho daño. El hecho de que incluso lo haya tocado es suficiente para que quiera encontrar al resto de esos Carvels y mostrarles lo que significa involucrarse con nosotros —conmigo, en realidad.

No puedo hacerlo. Sería estúpido. Necesito concentrarme en el plan.

En Carmine.

—¿Tu tío no va a estar furioso porque sé dónde está esta casa de seguridad ahora? —me pregunta Carmine mientras atravesamos la puerta lateral del lugar. Una pequeña cabaña a poco más de medio kilómetro de los muelles donde los pescadores dejan sus barcas por la noche cuando terminan de sacar la captura. Donde los niños y sus abuelos salen a pasar un día de pesca con devolución, y donde mi familia puso un lugar al que ir cuando volver a casa no era una opción.

—Tal vez. Me encargaré de ello —le digo—. Ahora mismo, necesitamos hablar.

—¿De? Disparaste a Jackson en la cabeza, se acabó. No hay nada de qué hablar. —A pesar de las palabras de Carmine y de la mirada severa en su cara, sigue en el umbral mientras cierro la puerta con doble llave y enciendo la luz que ilumina débilmente el recibidor y la zona de estar que hay delante de nosotros.

—Lo que intentó hacerte... todo porque pensaba que estabas acostándote con Victoria... —murmuro y paso por su lado hacia la cocina después de quitarme la chaqueta de cuero y dejarla junto a la puerta.

—Lo cual no estoy, si no está claro —dice Carmine—. De todos modos, se acabó. Ni siquiera sé por qué estoy aquí. —Puedo notar que me sigue desde atrás.

—Realmente no me importa si lo estás o no —insisto. Es una mentira. En las entrañas, hay un dolor cuando pienso en él enredándose con Victoria Carvel—. Pero mírate, estás cubierto de sangre de Jackson, todavía estás prácticamente temblando. —Hago un gesto hacia sus brazos. Sus dedos están temblando.

—Tienes un aspecto horrible.

Se burla. —Vete a tomar por culo, Soren. —Se da la vuelta y comienza a alejarse de mí.

—Bien. No quieres mi ayuda. Supongo que no la necesitas. —Me encojo de hombros pero continúo inclinándome y rebuscando en uno de los armarios bajo el fregadero hasta que encuentro lo que

buscaba. Saco un botiquín de primeros auxilios y lo coloco en la encimera.

Escucho sus pasos prácticamente pisando fuerte alejándose de mí, pero luego se detienen, y comienzan de nuevo, esta vez regresando.

—¿Por qué exactamente crees que necesito tu ayuda? —me pregunta Carmine—. ¿Por qué crees que nosotros necesitamos tu ayuda? Nos das guardaespaldas adicionales, me acosas, matas a Jackson Carvel...

Lo miro, simplemente observándolo con su traje manchado de sangre por un momento. En realidad, estoy pensando en lo difícil que será limpiar esa mierda, pero también lo estoy admirando. Se siente mal después de lo que pasó, pero joder, se ve bien. Sudoroso, ensangrentado, exhausto incluso. Aunque parezca un desastre se ve jodidamente atractivo.

Parpadeo, dándome cuenta de que estoy distraído. —¿Importa? —pregunto a cambio.

Se ríe. —Ahora sí que me estás tomando el pelo —señala—. ¿Importa... por supuesto que importa. ¿No estarías haciéndote estas preguntas si cambiáramos de lugar?

Hago un sonido y giro mi atención a sacar algunas cosas del botiquín de primeros auxilios.

—No podrían haber matado a mi padre, ya está muerto, así que tal vez no —respondo con una pequeña sonrisa burlona.

De repente, la parte de atrás de mi camiseta en mi cuello está hecha un puño en la mano de Carmine y me tira hacia atrás para que le mire a la cara.

—No estoy para bromas, Soren. ¿Por qué debería aceptar tu ayuda?

Me zafio de él, y me suelta más fácilmente de lo que habría esperado. —Bueno, primero que nada, claramente no estás en tu mejor momento. Hueles a una destilería entera, y apenas estás durmiendo. ¿Verdad? ¿Cuántas horas duermes por noche, dos, tal vez tres? Eso es después de que te desmayes por el alcohol, ¿eh? —Me giro para ponerme frente a él. Lo domino con mis anchos

hombros y echo una sombra sobre su cara. De alguna manera parece aún más pequeño en este espacio.

—No empieces a meterte conmigo; no quieres terminar esto —dice Carmine secamente.

Doy un paso más cerca de él y le pongo una mano en el hombro. —Yo sí, y lo haré. Eres quien más tiene que perder, Dresvanni —gruño—. Tu padre acaba de ser disparado en su propio despacho, posiblemente por la familia del mismo tipo que acaba de intentar violarte en tu propio maldito despacho, y probablemente te estés bebiendo hasta la muerte. Jodiendo sin guardaespaldas en la parte trasera de algún callejón asqueroso. No traes guardaespaldas contigo cuando sales, pero te quejas cuando no hacen su trabajo. Quieres estar en control de todo, pero no lo estás. Estás hecho un desastre, Car. Necesitas que alguien te cuide la espalda cuando no quieres traer a nadie más. Puede que no te guste, pero me necesitas.

Carmine me mira con esos ojos oscuros y melancólicos suyos, y veo cómo su mandíbula se mueve y se tensa mientras aprieta los dientes. Mucho más de eso y va a necesitar un dentista y no a mí.

Mi propia mandíbula y cuello se sienten tensos mientras estoy tan cerca de él. Nuestros pechos casi se tocan. No hay una gota de sangre en mí, pero estoy comenzando a preguntarme si presiono contra él, si la sangre de Jackson se transferirá a mi camiseta. O tal vez ya está demasiado seca.

—¿Por qué? —me pregunta—. Solo responde una pregunta. ¿Por qué te importa lo que me pase?

No lo sé.

Eso es lo que quiero decir. Quiero decirle que me importa por alguna razón maldita que no entiendo, pero sé que es una idea estúpida. No puedo importarme. No debería. Todo necesita ser para mi propio beneficio, para el beneficio de la familia.

No por algún extraño arrebato cardíaco que parece estar adquiriendo. Peor que una erección, esos se pueden solucionar en cinco minutos.

¿Esto? No estoy seguro de qué hacer con esto. Obsesión. Este deseo de ver cada parte de él desplegarse bajo mis manos, por mi

causa. Quizá incluso si significa su muerte.

Nadie le hará daño excepto yo.

Nadie lo protegerá excepto yo.

Solo yo.

—Si mueres, Alessio nunca trabajará conmigo —respondo simplemente. Hago una sonrisa burlona pequeña, para que sepa que es verdad pero también para que no lea la frustración que me sube por la columna vertebral.

Me observa. —Cierto. No quiere que trabajemos contigo en absoluto, pero... —se queda callado.

—¿Debería preguntarte por qué? —levanto una ceja.

—No —murmura—. He tenido suficiente conversación.

Me giro y cojo una toallita de algodón y agua de hamamelis de la encimera y echo un poco.

—Bien. Me estoy cansando de tu voz. Déjame limpiar la sangre de tu cara —le digo a Carmine. Pone los ojos en blanco y comienza a retroceder.

—Eso es innecesario, simplemente me iré a casa.

Antes de que pueda apartarse completamente de mí, extiendo la otra mano y lo agarro por el pelo. Algo que no me doy cuenta de que he querido hacer desde que lo vi por primera vez. Mis nudillos rozan su cuero cabelludo y hace un sonido bajo en su garganta que no estoy seguro si es desagrado.

—Simplemente déjame ayudarte, obstinado de mierda —gruño. Aprieto su pelo más fuerte mientras intenta alejarse de mí.

—Qué coño —murmura Carmine y pone una de sus manos en mi pecho. Sus ojos relampaguean de ira helada y lo siguiente que sé es que su puño se encuentra con mi mejilla.

Caigo hacia atrás contra la encimera mientras las estrellas nublan mi visión durante unos segundos. No reconozco el dolor, no realmente, en cambio la expresión en la cara de Carmine me golpea más fuerte.

—Mierda —murmuro y suelto su cabeza.

Jackson había agarrado su pelo, ¿verdad? Antes de conseguir que cayera al suelo. No puedo recordar bien. Todo se siente como

un borrón; todo lo que sé es que los ojos de Carmine brillan con lágrimas y su respiración es más pesada.

—Solo... Oye, está bien —insisto—. No voy a hacer lo que ese bastardo intentó hacer. Nunca haría esa mierda.

Los ojos de Carmine se agrandan. —¿Qué se supone que significa eso? —pregunta—. Estoy bien. No pensé... No hay nada en qué pensar.

Su garganta sube y baja mientras traga, su nuez de Adán más prominente que la mía propia.

—Eso es una maldita mentira y lo sabes. —Extiendo la mano lentamente esta vez y presiono la toallita de algodón con agua de hamamelis contra su línea de la mandíbula.

Los hombros de Carmine se endurecen por un momento, pero luego se relajan... mayormente.

Puedo notar que mientras comienzo a limpiar la sangre seca en su cara, está en otro lugar por completo. Su mirada está al otro lado de la pequeña cocina, no bloqueada en algo sino a través de algo.

Conozco esa mirada. He sentido esa mirada de una forma u otra. Me mantengo la boca cerrada y simplemente limpio la sangre de su cara y cuello. Veo cómo su piel se mueve bajo la toallita de algodón y cómo el líquido absorbe la sangre hasta que la tela tiene un tinte rosa y tengo que coger otra.

Las gotitas de agua de hamamelis corren por su cuello y por debajo del cuello de su camisa. Carmine tiembla suavemente, y me encuentro con dificultades para no querer hacerle volver a hacer eso. Esta vez paso mis dedos a lo largo de su escote, no la toallita.

Siento su pulso. Rápido, pero constante.

El aroma de su piel y cabello está manchado por sangre, pero no lo hace peor. No, solo lo hace mejor para mí. Tengo un hambre de inclinar la cabeza y presionar mi nariz contra él. Inhalarlo. Hasta que su aroma ocupe cada parte de mí, y lo dominé.

—¿Por qué estás haciendo esto, realmente, Soren? —me pregunta Carmine de repente. Rompiendo el silencio entre nosotros. No estoy seguro de cuánto tiempo ha pasado.

Me encuentro con sus ojos, y veo mi propio reflejo caliente en los suyos. Siento mi teléfono vibrar en mi bolsillo pero lo ignoro. Quien

sea puede esperar.

—Nadie puede saber que Jackson murió por mis manos por ti —le digo—. Tus limpiadores harán el trabajo de asegurarse de que nadie sepa que alguna vez estuvo allí. Estoy haciendo lo mismo por ti.

Avanzo un poco más. —¿A menos que quieras que todos sepan lo que pasó en ese despacho?

Los ojos de Carmine se estrechan. —No pasó nada.

—Exactamente.

Comienzo a limpiarlo nuevamente, pero dudo en terminar, no queriendo que el momento termine. Cuando coloco la toallita final, habiendo quitado la mayor parte de la sangre de su piel, levanto los dedos y los paso por su línea de mandíbula mientras me mira directamente a los ojos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, inclinando su cara lejos de mi mano.

—Solo comprobando, no te hagas la víctima.

Su respiración se detiene por un segundo mientras mis dedos se deslizan hacia su oreja y por su cuello.

La mano de Carmine se levanta y agarra mi muñeca. —Tengo la sensación de que estás disfrutando esto demasiado —me acusa.

Tiro mi mano lejos de su agarre y lo miro fijamente.

—¿Es eso un problema? —pregunto.

Me mira fijamente. Espero una respuesta que nunca llega. En cambio, se aleja de mí, se quita la chaqueta de su traje y comienza a desabotonarse la camisa.

—Asumo que tienes ropa para cambiarme. Si no quieres que nadie vea la sangre —levanta una ceja Carmine.

Se me seca la boca mientras lo veo desabotonar el resto de su camisa y su pecho mayormente liso se revela. Verlo en persona es diferente a verlo en una cámara... Eso mucho lo sé.

Parpadeo, intentando reunir mis pensamientos. —Ah, sí. Hay algunas camisetas diferentes en el dormitorio. —Hago un gesto fuera de la cocina.

No puedo ir con él, si lo hago, estoy bastante seguro de que no seré capaz de detenerme de lanzarme sobre él.

Mi polla se contrae en mis pantalones solo viéndolo darse la vuelta lejos de mí sin camisa. Veo su espalda desnuda, salpicada de pecas y pequeñas cicatrices abandonar la cocina y desaparecer de la vista.

—¿Significa esto que me dejarás trabajar contigo? —le grito después de él, recordando de qué se trataba todo esto.

Espero un segundo, sin escuchar nada hasta que estoy cogiendo mi teléfono de mi bolsillo.

—¡Estás en la cuerda floja! —me grita de vuelta Carmine.

Sonrío burlonamente.

Eso es un sí.



—Cuando te llamo, contestas el maldito teléfono —sisea Eivor en mi dirección no dos segundos después de que haya entrado en la casa. Ya me maldijo por el teléfono cuando lo volví a llamar después de llevar a Carmine a casa. No me sorprende que continúe haciéndolo.

—Si no estoy en medio de limpiar un desastre, lo hago —le recuerdo. Lo miro mientras se sostiene tal vez a un pie de distancia de mí. Bloqueando mi entrada a la sala de estar donde el árbol de Navidad todavía se encuentra, sin regalos. Parece cada vez más como un cadáver en descomposición de madera y agujas de pino cayendo por el minuto.

Mi tío gruñe algo antes de dar un paso atrás.

—Mejor que me digas qué problemas estabas metiendo —exige —. ¿Qué está pasando con el chico Dresvanni? Lo mencionaste por teléfono. Quiero detalles. —Su cara se arruga y sus cejas se fruncen en su agitación.

La frustración hierve bajo mi piel, en mi sangre, y me insta a reaccionar ante él de la misma manera. Con palabras agudas y escupidas.

—Jackson Carvel intentó matarlo —le digo, apenas controlando el impulso de dirigirme a él con dureza. Últimamente, estoy creciendo

cada vez más cansado de la tensión entre nosotros, y parece que soy el único dispuesto a contenerme.

—¿Qué? —pregunta Eivor, y mi tía también sube desde atrás.

—¿Por qué no lo dejaste? —pregunta—. Esto es exactamente lo que necesitamos, Soren.

Mis hombros se endurecen. Me recuerdo que esto es familia. Esto es lo que quieren. Lo que es mejor para nosotros. ¿No es así?

Ellos creen que sí.

—Alessio nunca trabajaría conmigo —explico—. Carmine es la mejor opción en este momento. Solo estoy acercándome a él y vosotros dos queréis que lo deje que lo apuñalen.

Eivor suspira. —Tiene razón.

Mierda, escuchar eso podría ponerme cachondo si no viniera de él.

—Vamos a trasladar esto a la sala familiar. Te llamé a casa por una razón —dice mi tío y me hace un gesto. Casi espero ver más de la familia aquí. Actúa como si fuera una reunión importante. La única persona aquí es Rosalie, y está leyendo un libro.

—Por fin estás en casa —comenta mientras levanta la vista del libro.

—Rose, ¿irías a leer a la biblioteca, cariño? —pregunta Patricia. Es claro que es más una orden que cualquier otra cosa.

—¿Por qué debería? —pregunta Rosalie—. Soy igual de parte de esto. Debería estar ayudando más.

Eivor suspira. —Tu ayuda no es necesaria en este momento. Soren está a cargo de esto.

Me cruzo de brazos mientras me siento al lado de Rosalie. —Si estoy a cargo, entonces estoy bien con que se quede. Debería estar en el ajo.

Rosalie sonríe y me da un codazo afectuoso.

—No estás a cargo de acercarte a los Dresvannis, no de decidir qué sucede en esta casa, Soren. No lo olvides —me recuerda Eivor.

Mi cara cae y simplemente lo miro esperando.

Se sienta al lado de Patricia en el sofá frente a nosotros. Hace un gesto con su mano, y ella se mueve para coger la botella de whisky y verter un doble.

—Me alegra que estés acercándote a Carmine —me dice Eivor.

Inclino la cabeza hacia un lado, y miro la botella mientras se coloca de vuelta en la mesa de café. Después de un segundo, la cojo y me sirvo algo en una pequeña copa de cristal también.

—Salvé su vida. Puede que no le caiga bien, o que confíe en mí, pero me debe una —respondo. Doy un sorbo mientras me recuesto. Arde un poco bajando por mi garganta. Intento imaginar cómo Carmine puede aguantar un galón de esta mierda al día. El segundo sorbo baja más suavemente, el tercero aún más. Para cuando mi tío finalmente vuelve a hablar, estoy ligeramente cálido y difuso.

De repente entiendo cómo.

—Quiero que uses eso para sacar ventaja de ellos —me dice—. Acércate más a él, y si te debe una como dices, debería ser fácil.

Mi lengua pasa sobre mis labios y miro hacia la chimenea mientras hablo. El fuego crepita y ondula en ráfagas calientes de naranja y amarillo. Me recuerda a cómo me sentí cuando vi a Jackson con Carmine... Ardiendo caliente, imparable. A un segundo de destruirlo todo.

—¿Qué quieres de ellos? —pregunto—. Además del acceso al club. A largo plazo, Eivor. ¿De qué estamos hablando?

Eivor suelta una risita. —Siempre pensando en el futuro. Es una de las cosas que me gustan de ti.

—No pensé que te gustara nada. —Arqueo una ceja. Siento un vuelco en el estómago—. Bueno. Más de una cosa.

Mi tío me observa un momento y tararea. —Te valoras demasiado poco. Quizá también a mí. No eres solo mi sobrino; eres como mi hijo. Eres el único en quien confío para este trabajo, Soren.

Doy otro trago, porque no me gusta cómo me está mirando y es lo único que me impide estamparle el vaso encima.

No puedo negar que mi tío es un hombre inteligente. Siempre ha cuidado de mí y de mi hermana. Esta familia es todo lo que tengo, y estoy bastante seguro de que es todo lo que tendré jamás.

—¿Vas a responder a la pregunta? —pregunto.

—Soren —bufa Rosalie y me da un manotazo en la cara.

Parpadeo sorprendido y le devuelvo el golpe, justo en el pecho, por instinto.

—¡Ay, capullo! —suelta ella—. ¡Me has dado en toda la teta!

—Rosalie, si no puedes controlar esas manos... —comienza Patricia, pero Rosalie la corta.

—¡Vale! Vale, me quedaré aquí sentadita, seré buena y escucharé —murmura, y se apoltrona en el sofá como una niña pequeña a la que han regañado.

Eivor niega con la cabeza. —Vosotros dos, exactamente igual que cuando erais pequeños.

Se produce una larga pausa mientras él le da el último trago a su bebida y luego hace un gesto a mi tía para que le sirva más.

—El objetivo que planteas... —por fin llega al grano—. Acabar con ellos, por supuesto. No están dispuestos a darnos lo que realmente queremos. No voy a darles acceso a esta ciudad a cambio de una mera migaja de su poder, el acceso a su club... recursos compartidos. No. Yo quiero estar arriba. Ellos quieren estar arriba. No podemos estar arriba los dos.

Oigo a Rosalie intentando ahogar una risita a mi lado. No puedo evitar sonreír levemente, pero me recompongo rápido al darme cuenta de lo que eso significa.

—¿No estás dispuesto a aceptar una alianza en absoluto? —le pregunto, entornando los ojos.

—Ni hablar. No hay forma de que repartan al cincuenta por ciento, e incluso si lo hicieran, yo no quiero ir a medias. Esta familia no se conforma —insiste Eivor, alzando la voz.

—No, no lo hacemos —asiente Patricia.

—¿Entonces quieres que Soren te ayude a matarlos a todos? —pregunta Rosalie—. ¿Por qué no puedo participar yo también?

—Nadie ha dicho que no puedas, Rosalie —responde Eivor con un suspiro—. Serás de gran ayuda cuando llegue el momento.

Termino mi bebida, pero en lugar de servirme más, dejo el vaso. Golpea la mesa con más fuerza de la que pretendía.

—¿Hay algún problema, sobrino? —pregunta Eivor.

Niego con la cabeza. —Ninguno.

Claro que lo hay.

Entiendo su punto de vista. Sale más a cuenta acabar con ellos. De hecho, no estoy en contra. Haría las cosas mucho más fáciles,

tendríamos el control de uno de los dominios más grandes de Italia. Si no el que más.

Pero... Carmine.

La idea de que alguien le ponga una puta mano encima... Aprieto los puños y Eivor empieza a hablar de nuevo, pero solo escucho la parte final de su frase.

—...tendrás acceso a más de sus fondos, y ahora que los Carvel se han metido por medio es aún mejor. Puedes sabotearlo.

Le sostengo la mirada. —Entiendo. Así no seremos nosotros los que tengamos las manos manchadas de sangre. Los Carvel ayudarán.

—Exacto —Patricia sonríe—. Es la jugada perfecta. ¿Qué les habrá picado a los Carvel, de todas formas?

Rosalie amaga con abrir la boca, pero la miro con severidad y ella se calla, dedicándome una mirada interrogante durante un segundo.

—Una mujer —respondo simplemente.

—Ah. Ya veo. La mujer que inicia una guerra. Sea como sea, es nuestra guerra, ellos solo son soldados que están de nuestro lado por casualidad —Eivor se ríe.

Rosalie me mira con suspicacia, pero luego desvía la vista para no llamar la atención de nuestros tíos.

—Solo una cosa —digo.

—¿Mmm? —pregunta mi tío, arqueando él también una ceja.

—Nadie toca a Carmine —les digo—. Es mío. Quiero ser yo quien acabe con él.

Eivor se ríe. —Oh, desde luego has heredado el gusto oscuro de tu padre —me dice.

—Prométemelo —exijo.

Él agita la mano con indiferencia. —La venganza de un hombre es algo importante para él —concede—. Nadie lo tocará. Es tuyo.

Exhalo el aire y me recuesto en el sofá. —Bien.

Cuando miro a Rose, me observa de reojo y sé que se ha dado cuenta de que algo pasa, algo que nuestros tutores no sospechan. Mantengo la boca cerrada y, por suerte, ella también.

No importa.

Sé lo que tengo que hacer. Todo ha sido planeado. Tengo que encontrar la forma de ganarme la confianza de Carmine y poner a los Carvel aún más en su contra.

Había intentado evitar que se volvieran contra Carmine, que llegaran a saber que él estuvo involucrado en la muerte de Jackson. Hace apenas una hora.

Ahora, planeo asegurarme de que todo el mundo lo sepa.

Por mucha curiosidad que sienta por Carmine. Por mucho que verlo haga que se me despierte la entrepierna.

La lealtad hacia mi familia lo es todo para mí.



En el fondo de una cafetería de veinticuatro horas en penumbra, estoy sentado en un reservado con la taza de café casi vacía. Llevo esperando más de una hora y Carmine todavía no ha llegado. Cuando me envió el mensaje diciendo que teníamos que hablar, supuse que él llegaría antes que yo.

Supongo que eso me deja como un idiota, ¿verdad?

Tras hacerle una seña a la camarera para que me traiga otra taza, pido unas patatas fritas con el sazonador de la casa, calculando que voy a estar aquí un buen rato a menos que se me haya pasado alguna llamada o mensaje. Francamente, si no fuera por el hecho de que necesito acercarme a él, me habría ido cuando llevaba veinte minutos de retraso.

¿Es esa la única razón, sin embargo? No estoy tan seguro.

Tiene que serlo.

Tengo que concentrarme en el plan.

Me resulta difícil recordarlo cuando lo veo entrar. Siempre va impecable, vaya a donde vaya. Traje, con o sin corbata, da igual. Sus zapatos de punta, pantalones azul marino y la chaqueta de traje bajo su elegante abrigo negro con el cuello ligeramente levantado son casi su uniforme. A pesar de llegar tarde, parece decidido a hacer negocios, sin importar la hora ni el lugar.

Mi sencilla camiseta de cuello en uve gris, los vaqueros y la cazadora de cuero nos hacen parecer una pareja peculiar mientras él se quita el abrigo y se desliza en el reservado.

No puedo apartar los ojos de su cuello y hombros. Son esbeltos, y su cuello está sonrosado por el esfuerzo que hace su cuerpo para entrar en calor tras el frío del exterior.

—Pareces una piltrafa —murmura—. ¿No puedes vestirte un poco mejor?

—Llegas tarde —le digo. Mis ojos finalmente suben por su rostro hasta encontrarse con los suyos—. ¿No puedes gestionar mejor tu puto tiempo? —Arqueo una ceja.

Él me mira con los ojos entornados mientras se quita los guantes y los deja a su lado, sobre el abrigo. —Tenía asuntos inesperados que atender —me dice Carmine.

Me recuesto en el asiento y bebo un sorbo de café. —Tú fuiste quien pidió verme, Carmine —le recuerdo—. No me has dicho ni una palabra en dos días, casi no has salido de tu casa. ¿Qué estabas haciendo? ¿Eran esos asuntos tan importantes darte una ducha?

Él bufa. —Como si no lo supieras. Sé que me has tenido bajo vigilancia.

Miro hacia un lado un instante. No hay mucha gente aquí, la mayoría están sentados en la barra. Aun así, sé que cualquiera podría estar escuchando.

—Claro, pero no en tu dormitorio —respondo. Echo más leche al café y tomo otro sorbo—. A menos que eso sea lo que te gustaría.

La cara de Carmine se sonroja en las mejillas y la nariz, estoy seguro de ello, pero ignora el comentario y la pregunta.

—Lo que sea. Son las dos de la mañana, vayamos al grano —dice —. ¿Crees que los Carvel suponen un peligro incluso ahora que Jackson no está?

Hago una pausa de un segundo, a punto de decirle que sí, aunque el plan haya cambiado repentinamente de protegerlo a sabotearlo. La camarera regresa en ese preciso instante, y lo agradezco.

—Aquí tienes las patatas. ¿Algo más? ¿Descafeinado o normal? —nos pregunta a ambos.

—Descafeinado —le dice Carmine—. Eso es todo.

—Tss. Despiertos tan tarde y sin probar bocado. Avisadme si cambiáis de opinión. Ahora mismo vuelvo con ese descafeinado —nos dice.

Para cuando se ha marchado, ya sé cuál es mi respuesta.

—He estado pensando en eso y, la verdad, no estoy seguro. Si no se enteran de lo tuyo con Jackson, no debería haber ningún problema. Dudo que Victoria intente empezar algo. Tendría que admitir que le mintió a Jackson desde el maldito principio, ¿no? —Elijo mis palabras con cuidado mientras cojo una patata.

La camarera vuelve para servir el café de Carmine y luego se va de nuevo para atender a alguien en la entrada.

—Supongo. Pero con la desaparición de Jackson, seguro que me relacionarán con ello incluso si Victoria no cuenta toda la verdad. No sabemos si lo hará. —Carmine vierte muy poca leche en su café y añade una cucharada de azúcar. Cuando lo levanta para probarlo, no parece satisfecho, pero no dice nada. Anoto esto en mi cabeza por alguna razón. Como si fuera a ser útil más adelante.

—Tienes razón, no lo sabemos —asiento—. Pero podríamos. Puedo hablar con ella. Asegurarme de que no diga nada y ayude a mantener la paz.

Carmine me mira con desconfianza.

Mastico lentamente varias patatas, se me hace la boca agua. Observo que Carmine mira mis patatas un momento, pareciendo distraído.

—Puedes coger algunas. —Acerco el plato hacia el medio.

—Estoy bien. —Él niega con la cabeza.

Me encojo de hombros y cojo unas cuantas más, metiéndomelas en la boca.

Carmine suspira y desvía la mirada de mí, lejos de la mesa. Sus ojos parecen menos gélidos de lo habitual. Están vidriosos y llenos de emoción. Frustración, quizá. Las ojeras de cansancio bajo esos ojos me indican que apenas ha estado durmiendo... o quizá ha dormido demasiado. Apuesto por lo segundo. Demasiado sueño inducido por el alcohol.

—¿Qué te pasa, Car? —le pregunto en voz baja.

Él parpadea y me mira un poco sorprendido. —Nada. Solo que no estoy seguro de cómo va a ayudar que hables con Victoria Carvel.

—No, no es eso. Eso lo entiendo. Ya nos preocuparemos luego. Me refiero a por qué parece que te han dado una paliza cada vez que te veo. —le pregunto, inclinándome un poco más cerca.

Él pone los ojos en blanco. —Y a ti qué te importa —responde—. Estoy aquí, dejo que me ayudes.

Niego con la cabeza y mastico más patatas, más hambriento de lo que creía.

Nuevamente, Carmine las está mirando. Esta vez, noto incertidumbre en su rostro.

—¿Tienes hambre o no? —Hago un gesto con la mano—. No tienes por qué tener vergüenza, tío.

Él se lame los labios y vuelve a negar con la cabeza. —No es eso.

—Desde luego. Te lo pregunto otra vez... ¿qué coño está pasando? —Doy un toquecito seco con el dedo a su taza de café—. Parece que necesites diez como estos solo para funcionar.

Él suelta una risa corta y grave. —El café no es lo que necesito para funcionar, créeme.

—Eso ya lo he captado.

—¿Podemos dejarlo...? —suspira—. No quiero hacer esto. Estoy bien.

—No lo estás —insisto—. Tienes que hablar con alguien sobre esto.

—¿Por qué contigo? ¿Por qué te importa? ¿Por qué intentas sacármelo a la fuerza? Preferiría que me pidieras una mamada.

Suelto un bufido. —Cielo, yo no te pediría que me la chuparas. Tú me lo estarías suplicando.

Carmine se tensa y clava sus ojos en los míos. Se hace el silencio entre nosotros por un instante. Bebo mi café despacio.

—No sé... cómo hacer esto —admite.

—No lo pienses —le digo—. Solo habla.

Él se mofa. —Sí, qué fácil.

Se vuelve a hacer el silencio.

—Sabes, lo que ocurre es que tienes miedo.

Me lanza un gruñido. —Yo no le tengo miedo a nada.

—Los dos sabemos que eso no es verdad —le aseguro, inclinándome aún más sobre la mesa. Puedo olerlo; huele a recién duchado. A pino y jabón. La leve fragancia del alcohol aún perdura, sin embargo.

—No puedo pasar... un día entero sin beber —dice finalmente. Tiene los ojos ligeramente vidriosos—. Desde... lo que pasó con mi padre.

—Lo viste rodeado de su propia sangre —le recuerdo—. Eso es algo que trastornaría a cualquiera.

—He visto cadáveres antes, Soren. Vi el de mi madre —sisea levemente—. Nunca había sido así hasta ahora.

Ladeo la cabeza mientras observo su rostro. Noto que está conteniendo las emociones.

—Él era tu padre. Es diferente. Eres adulto. Cuando eres niño... esa mierda se siente distinto. No te afecta del todo hasta que creces. Ahora estás al mando de toda tu familia, es una gran responsabilidad —le explico.

Él me devuelve la mirada. —Tus padres murieron cuando eras pequeño, ¿verdad? —pregunta.

Asiento lentamente. Siento una ligera opresión en el pecho, pero la ignoro. —Justo delante de mí.

—¿Cómo lo superaste?

Me río. —Fui un puto demonio los dos primeros años. Destrocé cada habitación en la que estuve, tenía pesadillas todas las noches y casi me expulsan del colegio.

Él sonríe débilmente. —Parece que entonces no te afectó siendo ya adulto.

Mi expresión se ensombrece. —Lo hizo. Créeme.

—¿Cómo lo sobrellevas ahora entonces? —pregunta.

—No lo hago —respondo—. Lo entierro e... intento olvidar.

Se siente extrañamente vulnerable e incómodo decirlo en voz alta. Sin embargo, al ver cómo los ojos de Carmine empiezan a brillar por las lágrimas, me alegro de haberlo dicho.

Está tan guapo cuando está a punto de llorar.

Me pregunto a qué sabrían sus lágrimas en mi lengua...

—No puedes —me dice.

—Exacto —le digo—. Por eso tú intentas ahogarlo con cada botella que encuentras.

Traga saliva con dificultad y su mandíbula se tensa. —No sé cómo parar, Soren. Es... es como estar en una niebla. Cada maldito día. Pienso en dejarlo, me despierto y me digo que ni una gota más. Un día. Puedo aguantar un día. Pero luego, no soy capaz de salir de la cama sin ello.

—Pues no lo hagas —le respondo pausadamente.

—¿Qué? —murmura.

—No dejes de beber; simplemente no te pases como lo has estado haciendo. Dejarlo en seco no te va a funcionar. Así de claro. —Cojo unas cuantas patatas más.

—No lo sé —dice con un suspiro, volviendo a mirar mis patatas—. No sé si podré.

—Pues mándame un mensaje. Llámame.

—Yo... ¿qué? —Carmine me mira con el ceño fruncido—. ¿Llamarte a ti?

Me trago las patatas e inclino la cabeza un poco, bajando la voz.

—Cuando sientas que te vas a pasar de la raya, ven a mí. Yo te detendré —insisto.

—¿Cómo? —pregunta, con una expresión de curiosidad—. ¿Diciéndome que no lo haga?

Sonrío con suficiencia. El calor se extiende por mi estómago y mi entrepierna al imaginarlo haciendo todo lo que yo le diga. Imaginándolo diciendo *Sí, señor*, *Por favor, señor*. Esto es lo más cerca que voy a estar de conseguirlo, estoy seguro. Quizá esté mal aprovecharse así de la situación.

Me da igual.

—Sí —digo simplemente—. Harás lo que se te diga y las cosas saldrán bien. Si no lo haces, recibirás un castigo.

El rostro de Carmine se vuelve rosado y su respiración se acelera. Puedo ver cómo suben y bajan su pecho y sus hombros. Abre la boca para hablar pero no le sale nada.

—¿Te parece bien el trato? —le pregunto.

Él vuelve a lamerse los labios, toma aire y luego suelta una risita. Parece relajarse.

—Lo que tú digas —dice en tono burlón.

Cojo una patata y se la ofrezco. —Come.

Él la mira. —Yo no—

—Cógela.

Carmine vacila, pero finalmente coge la patata y se la come. Observo cómo se mueve su boca mientras mastica, y su garganta al tragar. Ya parece tener mejor cara.

—¿Bueno? —pregunto.

—Sí. Pensaba que tenía demasiadas náuseas para comer —me dice.

Le acerco el plato y observo cómo se come todas las patatas que quedan, salvo un par.

7

Carmine

En el único hogar que he conocido, las cosas no se están volviendo ni un jodido ápice más fáciles. Por mucho que lo intente, no consigo mantenerme alejado de la botella. Soren ha dicho que no tengo por qué hacerlo. Ha dicho que no deje que se me vaya de las manos, eso es todo.

Pero ¿por qué importa lo que haya dicho? ¿Por qué estoy siquiera sopesando hacerle caso? Llamarlo. Escribirle.

Decirle que quiero ahogarme en una botella entera de whisky y que me regañe con esa voz sombría.

Ese tono profundo... el mismo que sonó tan preocupado por mí aquella noche en el despacho. En el piso franco.

Aún recuerdo cómo se sentían sus dedos contra mi mejilla mientras comprobaba si tenía más sangre. La forma en que sus ojos se desviaron hacia mis labios, cómo pareció detenerse en ellos.

Me miró como si fuera un trozo de carne al que acechar y tomar a su antojo.

Que es lo que está haciendo, ¿no?

Gruño para mis adentros y abro la botella que tengo en la mano mientras me siento en el banco de la ventana de la biblioteca.

Soren solo está intentando llegar hasta mí. No sé por qué, no exactamente, pero puedo imaginármelo.

Mi familia es importante, rica, poderosa. No hace falta tener un doctorado para comprender por qué los Fiorelli querrían joderme. Jodernos. A mi familia.

Lo único que me queda.

Doy varios tragos largos, y el líquido baja por mi garganta como si fuera agua. Estoy tan acostumbrado al ardor que apenas lo noto. Un buen agua con gas tendría más fuerza que esto.

Resoplo ligeramente, recuperando el aliento, y bebo otra vez.

Ya es demasiado, lo sé.

—¿Y qué? —murmuro—. Estoy solo. *Soren* no está aquí para detenerme.—

Suelto un bufido y tomo otro trago. El líquido se agita en mi estómago con cada bofetada de aire, y la forma en que el alcohol distiende mi estómago mientras se llena resulta incómoda y dolorosa. Siento como si llevara meses así, aunque solo hayan pasado semanas.

Me lamo los labios y dejo la botella en el asiento acolchado.

—¿Qué va a hacer? —me pregunto—. ¿Castigarme? ¿Cómo exactamente?—

Resoplo y sacudo la cabeza. —¿Qué puede hacerme que no me hayan hecho ya?—

Incluso mientras digo esto, pienso en la forma en que me miró al decírmelo.

Castigarme.

Si no hago lo que dice, me castigará.

Ahora entiendo el trasfondo mientras me aferro al recuerdo en mi estado de embriaguez. ¿Incluiría unos azotes?

—¡Ja!—

¿De verdad puedo imaginarme eso? ¿Puedo imaginarme de verdad tumbado sobre el regazo de Soren Fiorelli mientras me azota el culo?

Se me desencaja un poco la mandíbula y se me hace la boca agua. Me quedo mirando al otro lado de la habitación, a través de la puerta cerrada, inmerso en una fantasía de mi propia cosecha.

En esa fantasía, Soren me agarra de la cara y me dice lo mal que me he portado. Me ignora cuando intento zafarme de él, limitándose a sujetarme por la mandíbula y la barbilla mientras me arranca la botella de la mano y la tira a un lado. Choca contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos dentados y afilados.

Me imagino insultándolo. Diciéndole que no tiene derecho.

Soren me agarra de la parte de atrás del pelo y me recuerda lo que me dijo. Castigo. Es la hora de mi castigo.

Me arrastra hasta un sofá, qué sofá no importa, pero en mi mente está ahí. Todo lo demás es difuso y carece de detalles. Incluso el suelo bajo nuestros pies y ese sofá. Las paredes a nuestro alrededor no importan.

Lucho contra él, brevemente, pero al final acabo tendido sobre su regazo con la cara contra el sofá y él me quita el cinturón de la cintura. Luego me baja los pantalones del traje y...

—Ah, no sabía que estabas aquí. —La voz de Cassian me saca de mi ensueño involuntario.

Doy un pequeño salto, y soy increíblemente consciente de que tengo la polla como una roca dentro de mis pantalones de pijama.

—Cassian —murmuro. Olvidando, solo por un momento, que estoy molesto con él. Sé que no debería estarlo. Lógica y racionalmente. Solo es un crío.

Sin embargo, mi cerebro ebrio aparta rápidamente ese pensamiento y vuelve a caer en la frustración y la ira que he sentido hacia él desde aquel día en el despacho de nuestro padre.

—¿Ahora me hablas? —pregunta él en voz baja. Sé que lo dice en serio, que él también está dolido, pero sus palabras prenden más irritación en mi pecho.

El calor se extiende desde mi entrepierna hasta mi cuello y mi cara, dejando mi erección a medias mientras mi atención se centra en algo menos placentero.

—Ya sabes por qué no lo he hecho —le espeto—. Sabes lo que hiciste.—

Cassian se acerca, deteniéndose casi al otro lado de la habitación, cerca de la entrada. Entra lo justo para que las puertas se cierren tras él y luego se detiene.

—¿Por qué no me lo vuelves a decir a la cara? —pregunta.—

Suelto un bufido y agarro la botella que tengo al lado, simplemente sosteniéndola. Me resulta reconfortante tenerla en la mano. Como una manta que solía tener cerca de niño.

—¿Es que no lo has oído suficientes veces? —pregunto yo a mi vez—. ¿Por qué no lo dices tú?—

Cassian camina hacia mí, quedándose a un brazo de distancia. —No puedo.—

—Porque eres un cobarde, por eso —me burlo.—

Él resopla, y sus ojos, reflejo de los míos, brillan con lágrimas y emoción. Veo cómo aprieta los puños. —No, porque no fue culpa mía, Carmine.—

Me levanto con la botella en la mano. —¡Y un carajo que no lo fue! —le digo—. Tú no tenías que ser el que estuviera en el despacho de padre. ¡No estás capacitado para vigilar a nadie! —Alzo la voz y agito la botella temerariamente. Siento cómo se asienta esa sensación pesada, cálida y difusa del alcohol. Pronto no podré controlar el volumen de mi voz en absoluto.

—No se suponía que debía estar allí, tienes razón —me responde él, con su voz más joven y algo menos madura forzada por la tensión—. Pero habría pasado igual, Carmine. ¿Es que no lo entiendes?—

Niego con la cabeza. —No. No, no habría pasado, no si...—

—¿Si hubiera habido un puto guardia de verdad allí dentro? —Se queda completamente quieto, rígido, solo sus puños tiemblan levemente—. No importaba quién estuviera dentro. Papá habría muerto de todos modos. Entraron demasiado rápido; nos tendieron una emboscada. ¡No habría importado quién estuviera vigilando al otro lado del puto despacho cuando entraron directamente por la puerta y le pegaron un tiro en la cabeza y en el pecho en su escritorio! —Cassian está gritando ahora. Su voz suena muy parecida a la mía cuando yo era más joven. Es como estar frente a un espejo, mirando una versión más pequeña y vulnerable de mí mismo.

—¡Bueno, pues no habría pasado si yo hubiera estado allí! —le recrimino, con la voz quebrada y empezando a arrastrar las palabras. —

—Habría pasado, y lo sabes —me dice—. Por eso lo único que has hecho desde que murió ha sido beber y dejar que un extraño y su familia se apoderen de la nuestra.—

Se me corta la respiración en la garganta.

—No me digas lo que estoy haciendo —gruño. Mis palabras apenas tienen sentido. Tropiezo un poco hacia atrás.—

—¡Te estás comportando como un desastre, Carmine! —dice él, y las lágrimas ruedan por sus mejillas mientras empieza a sollozar—. Yo no quiero esto. ¡No quiero que las cosas sean así entre nosotros! —

—¡Mientes! —le siseo—. No haces más que mentir. Probablemente querías que muriera —lo acuso, con la cabeza mareada y las palabras inundándome. Palabras que, para empezar, no venían de mí. Salen de mi boca de todos modos. Dirigidas directamente a Cassian.

—¿Qué? —jadea él—. ¿Cómo has podido...?—

—¡Cállate! —rujo y estrello la botella contra el suelo.—

Cassian se amilana y da un paso atrás, alejándose de los cristales rotos en el suelo.

—Después de lo que te hizo... —murmuro.—

Cassian me mira con los ojos húmedos y expresión de confusión. —¿De qué estás hablando, Minnie? —me pregunta.—

—¡No me llames así! —espeto—. ¡No me llames de ninguna forma! ¡Lárgate! —Agito los brazos. Las lágrimas me escuecen en los ojos y aparto la mirada de él.

—Te lo merecías, te lo mereces —digo sin aliento.—

De repente, Tommaso entra corriendo en la habitación con Tiberi justo detrás.

—¿Qué coño está pasando aquí? —pregunta Tommy, cuadrando los hombros al vernos a los dos. Sus ojos ya brillan con ardor y sé que está deseando pelearse con alguien.—

—¡Nada! —Piso el cristal roto por accidente y gruño de frustración mientras doy un paso atrás y tropiezo, volviendo a sentarme en el asiento de la ventana.—

—Cassian, ¿estás bien? —le pregunta Tiberi.—

Suelto un bufido y miro hacia un lado. Mi visión ya es borrosa. ¿Cuánto falta para que simplemente pierda el sentido? ¿De verdad he bebido tanto? Mi pie izquierdo gotea sangre y me escuece por el cristal clavado, pero me da igual.

—Solo está siendo un imbécil —murmura Cassian—. ¿Qué hay de nuevo?—

Entorno los ojos, pero es sobre todo en un intento de ver con claridad.

—Vete, ya es hora de cenar de todas formas —insiste Tiberi.—

—Sí, nosotros nos encargaremos de nuestro hermano —asiente Tommy—. No hay nada que un poco de cuerpo a cuerpo no pueda solucionar.—

—Tommaso, relájate —Tiberi le pone una mano en el hombro—. Lleva a Cassian al comedor. Alessio llegará pronto a casa.—

Tommy bufa. —Cierto... sí, probablemente Alessio querrá patearte el culo de todas formas. —Se da la vuelta y le hace una señal a Cassian para que salga de la habitación.

—Estoy bien —insiste Cassian.—

Ambos sabemos la verdad.

Una vez que me quedo a solas con Tiberi, él vuelve a hablar.

—Estás perdiendo el control —me dice.—

—Sí, sí —refunfuño—. Eso me dice todo el mundo.—

Tiberi sacude la cabeza. —Hablo en serio, Carmine. Todos estamos de luto, a nuestra manera, pero tú... Tú eres un desastre.—

—Así que me estoy pasando con el alcohol, ¿y qué? Como si tú no estuvieras pasando más tiempo en el campo de tiro, Tommy no estuviera buscando bronca con quien sea y Alessio no anduviera por ahí dejándose atar por algún tipo vestido de cuero. Todos tenemos nuestros vicios.—

—Te has olvidado de alguien —me recuerda Tiberi—. De Cassian.

Suspiro y miro al suelo.

—Esto no es culpa suya, pero él es quien vio cómo pasaba. Apenas es un hombre y lo está llevando mejor que tú —me dice.

Suelto un bufido. —Vaya, gracias por el apoyo, Tib.

—No está bien, Carmine. Él también debería estar de luto. Debería poder acudir a ti, que eres su hermano mayor, joder, y

desahogarse. No debería estar llevándolo mejor que el hombre que se supone que debe estar a cargo de todos nosotros. Alessio no tendría por qué protegerlo de ti.

Parpadeo, de repente un poco más sobrio. —Nadie está protegiéndolo de mí.

—¿Qué crees que acaba de pasar? —pregunta Tiberi, agitando una mano—. Ahora ocupas el lugar de nuestro padre, Carmine. Eres el responsable de cargarnos a tus espaldas y de guiarnos hacia el futuro. Ahora bien, no estás solo. No somos cargas pesadas... pero algún día, Cassian será el que esté al mando. No vas a tener un futuro al que guiar si sigues dándole patadas mientras está en el suelo.

Se me cierra la garganta, tengo los ojos húmedos y apenas puedo verlo ahora. Aprieto la mandíbula mientras intento mantener la compostura.

—No sé qué hacer —respondo simplemente.

—No me lo creo. —Da un paso atrás—. Cuando lo sepas, aquí estaremos.

Tiberi sale de la habitación sin mirar atrás.



Completamente solo en la biblioteca con la única compañía de mis pensamientos.

Casi espero que Alessio entre como una tromba en cuanto llegue a casa y me suelte un puñetazo en plena cara. Quizá me vendría bien.

Incluso quince minutos después, no entra nadie. Ni para buscarme para la cena, ni para mandarme a la mierda, nada.

Me desplazo lentamente hacia el suelo, con el cristal a un par de palmos de distancia. Me siento en la alfombra, con el asiento tras mi espalda y mi pie sangrante encogido frente a mí. Con cuidado, voy retirando los fragmentos de cristal, intentando sacarlos de mi pie.

Uno a uno.

Cada pequeña astilla bañada en mi sangre roja.

Las arrojo al montón. Alguien lo limpiará.

Alguien siempre lo hace.

Menos yo. ¿Verdad?

Me quedo aquí solo, sin nadie que me recoja del suelo y me cure.

Soren.

Soren lo hizo.

En el despacho. Con el charco de sangre de Jackson por todas partes, él me ayudó a levantarme del suelo, me llevó a casa y me curó. Y no fue la primera vez.

Me quedo mirando un fragmento de cristal en mi palma mientras pienso en la noche en que me puse tan ciego que saqué la polla en público, haciendo quién sabe qué con ella.

Pero no es en esa parte en la que pienso; no, es el recuerdo de destellos del rostro de Soren, y de estar en un coche. Y luego despertar en mi cama.

Ya han sido dos veces en las que él ha estado ahí para mí cuando nadie más lo estaba. Cuando ni siquiera yo mismo estaba ahí para mí.

Aun así, me niego a llamarlo. Me niego a dejar que dicte mi vida, lo que hago y por qué lo hago.

No puedo permitírselo. No puedo. Ya he dejado que él y su familia entren demasiado en la mía. Son

extraños.

Extraños que no deberían hacerme sentir tan frustrado.

No, eso era solo Soren.

Me doy cuenta de que cualquier excitación que sintiera antes hacia él no ha desaparecido del todo. A pesar de todo, mi miembro todavía da un suave respingo ante la idea de él.

La culpa me sube desde el estómago y me la trago junto con la bilis.

¿Cómo puedo sentirme así con él? ¿Cómo puedo imaginar esas cosas?

Castigo...

Sexo.

Nunca antes el sexo me había provocado asco, y sin embargo, ahora mismo me revuelve el estómago pensar en las cosas que mi

mente ebria quiere que ese hombre me haga.

Sabiendo lo fácil que le resultaría usarme para apoderarse de mi familia. De mi vida. Tiro el fragmento de cristal a un lado.

—No, eso no va a p-pasar —me digo a mí mismo. Unas cuantas lágrimas se escapan de mis párpados y me las limpio con furia.

Mi padre nunca querría esto. Jamás querría eso. Los Fiorelli ostentando algún tipo de poder sobre nosotros.

Él había estado dispuesto a trabajar en una alianza, pero Eivor Fiorelli se negó todas y cada una de las veces. Ese hombre siempre quiere más de lo que da.

Miro al suelo, a un lado de la botella rota y la alfombra empapada.

¿Mi padre?

¿O Eivor?

Me doy cuenta de que, tal vez, ambos.

Niego con la cabeza. No quiero pensar en ello.

No puedo. No lo haré.

No funciona.

Lo único que mi madre había querido para sus hijos era que crecieran fuertes y conocieran su lugar en el mundo, en nuestra familia. Que estuviéramos aquí para protegernos los unos a los otros.

Protegerla a ella. Como ella nos protegía a nosotros.

Y sin embargo, yo estaba vivo, en un lío provocado por mí mismo, mientras ella estaba muerta.

Muerta y enterrada bajo tierra, pudriéndose y descomponiéndose, sin envejecer nunca, sin volver a ver a sus hijos. Sin llegar a verlos crecer. Sin conocer al resto de su familia. Aunque mis otros hermanos hubieran nacido de las otras esposas mientras ella aún vivía, los habría amado de todos modos.

Los habría amado como si fueran suyos.

No como la de Tiberi, que se fue cuando él era solo un niño. O la de Tommaso y Cassian... que dejó a la familia y solo los llama un par de veces al año.

Mi madre —la mía y la de Alessio—, ella seguiría aquí. Amándonos. A todos nosotros.

Protegiéndonos.

Si tan solo hubiera estado aquí cuando...

—No, para. —Me cojo la cabeza con las manos—. No. Está bien. Estoy bien.

Me clavo los dedos en el pelo con fuerza.

—No puedo. No.

Se me entrecorta la respiración mientras más lágrimas resbalan por mi cara, y gruño de frustración.

No puedo dejar de oír esas palabras.

Mientes. Siempre mientes.

Te lo merecías.

Probablemente lo deseabas.

La voz de mi padre.

Ronca, baja y cruel.

En la oscuridad me susurraba cosas. Las recuerdo con tanta claridad, incluso años después. Por mucho que intente alejarlas, nunca se van. Nunca.

Es como si estuviera pasando ahora. En cuanto cierro los ojos y me encuentro con la oscuridad de mis párpados.

Él está aquí.

Está aquí, y todo está oscuro, en silencio.

Huele a tabaco y alcohol. Me invade un olor a menta, el enjuague bucal con el que intenta ocultarlo.

—Me susurra que nadie puede saberlo nunca. Es nuestro momento secreto juntos. Es especial. Es solo para nosotros.

Él es muy grande.

Yo soy muy pequeño.

Todo en él es tosco. Sus manos, su cuerpo, las partes de él de las que aún no sé el nombre, que me impone por la fuerza.

Me toca. Me toca por todas partes, en todos los sitios. Bajo toda mi ropa, incluso mientras le suplico que pare. Mientras empiezo a llorar y él me regaña. Mientras me dice que nadie me creerá. Que esto es lo que me merezco. Lo que necesito.

Cada rincón de mi ser es profanado. Una y otra vez, y otra vez.

Hasta que termina.



Volver a la realidad es como un golpe seco. Ya no soy pequeño ni frágil. Nadie me toca salvo yo mismo. Tengo los brazos rodeándome el cuerpo y las rodillas encogidas.

Tengo escalofríos y estoy temblando. Las lágrimas manchan la tela de mis pantalones a la altura de las rodillas.

—No —balbuceo—. Eso no pasó. —Sorbo por la nariz y me limpio la cara con ambas manos.

—Él... Era un buen hombre, era bueno —me susurro a mí mismo —. No merecía morir. Yo no quería que muriera.

Suelto un resoplido y me levanto del suelo. Me late el corazón a mil por hora, y odio lo débil y desvalido que me siento.

—No puedo seguir aquí, no puedo —mascullo y me dirijo hacia la puerta. El pie me duele con cada paso, pero lo ignoro.

Tengo que ir a otro sitio. A algún lugar... más oscuro.

A un lugar donde no me sienta tan jodidamente patético.

A algún sitio donde pueda demostrar mi valor. Demostrar que yo estoy al mando, que *yo* soy quien nos guía hacia el futuro. Que *yo* nos protegeré.

La ansiedad y la determinación inundan mi cerebro anegado en alcohol y subo las escaleras hacia mi habitación.

Todos deben de estar todavía cenando.

Bien. No se darán cuenta cuando me vaya.

No necesito preguntas.

No necesito a nadie ahora mismo.

Ni a ellos ni a Soren.

Me pongo rápidamente unos vaqueros negros, una camiseta blanca y una camisa. Puede que no vaya de traje, pero sigo sin poder ir a ninguna parte sin tener un aspecto impecable. Me cepillo el pelo lo mejor que puedo, me lavo la cara e ignoro lo rojos que tengo los ojos.

Después, apago el móvil y lo tiro sobre la cama. Por si acaso Soren ha estado usándolo para rastrearme.

Acepté dejar que viniera conmigo, que me siguiera, que continuara con cualquier acoso en el que insista mientras nos encargamos del asunto de Carvel, pero no lo quiero allí esta noche.

No, adonde voy, nadie va a apartarme del peligro.

8

Soren

Cada puta vez que parece que encuentro a Carmine, se está metiendo en algún tipo de lío. No dejo de decirme a mí mismo que no necesito vigilarlo cada segundo de cada día. Al fin y al cabo, tengo una vida propia. ¿Verdad?

Mi tío dice que mi trabajo es vigilar los planes de negocio de los Dresvanni y hablar con los Carvel para unirme a ellos y traicionar a Carmine. Sin embargo, lo único que he estado haciendo es seguir al maldito tipo y salvarle la vida.

Todavía tengo pendiente hablar con los Carvel. Carmine cree que voy a hablar con ellos para intentar calibrar si son un peligro, y Eivor espera que me asegure de que lo sean.

Me encuentro entre la espada y la pared, y no de la forma erótica que me gustaría.

Lo único que puedo hacer es recordarme que esto es una carrera de fondo. Fortalecer a mi familia, tomar lo que debería ser nuestro y hacerme un nombre propio fuera del de Eivor. Él no estará aquí para siempre. Algún día, seré yo quien esté al mando. Es lo que ocurra aquí y ahora lo que definirá qué tipo de líder seré.

Tengo que ser fiel a mi familia, aunque sean un grano en el culo.

—¿Estás seguro de que esto es una buena idea? —me pregunta Rosalie mientras camina a mi lado. Sus tacones chasquean con cada paso que da, y tiene que caminar más rápido para seguir el ritmo de mi zancada, que es más larga.

—Tú fuiste la que dijo que quería formar más parte de esto, hermanita —le recuerdo. La miro justo cuando pone los ojos en blanco. Esos ojos brillantes y radiantes, del mismo color avellana cálido que nuestro padre, y el pelo largo con los mismos mechones rubios arena que nuestra madre. Parece una réplica perfecta de ambos.

—De acuerdo, pero si me rompo una uña, me vas a pagar tú el manicurista —me dice.

Suelto un bufido. —Vaya mariconada para ser una mujer que decía que quería entrar en acción en esto —comento. Estamos caminando por un callejón hacia una puerta doble con un guardia enorme vestido con traje negro y gafas de sol por la noche. Varias personas caminan delante de nosotros. De ellas emana un fuerte olor a alcohol.

Me hace pensar en Carmine. Está ahí dentro, en alguna parte, y espero con toda mi alma que esté mirando desde la barrera.

—Me las acabo de hacer —explica ella—. Por mi cumpleaños. Al menos déjame un par de días con ellas puestas.

—¿Eres la misma mujer que asfixió a su exnovio que resultó ser un espía e intentó matarte? —le pregunto—. No creo que esa chica estuviera pensando en sus uñas.

—No empieces conmigo, capullo —dice con desprecio—. Puedo matar a un hombre y aun así querer llevar las uñas bonitas.

Levanto una mano. —Vale, no puedo juzgar. Me acabo de comprar esta chaqueta nueva y no quiero que se me rompa esta noche. —Me coloco el cuello de mi nueva chaqueta de cuero. Necesita que la dome, pero no tanto.

Ella se ríe cuando llegamos a la puerta.

—¿Código? —les pregunta el guardia a las personas que van delante de nosotros.

Uno de ellos se ríe y le da un codazo a los demás. —Campos de amapolas —susurran tras la mano, pero suena más fuerte de lo que

pretendían. Exactamente lo que yo esperaba.

Les dejan entrar y entonces el guardia nos detiene.

—¿Código? —pregunta, mirándonos por detrás de sus gafas de sol.

—Campos de amapolas —le digo, en un susurro apropiadamente comedido. Uno que dice: «de verdad me importa el secreto de este lugar». También le entrego un fajo de billetes.

—Por aquí, tío —dice con un tono más agradable y nos indica que pasemos por un lado de la puerta doble.

Rosalie le mueve los dedos, juguetona. —Hasta luego —le toma el pelo.

—Eso espero. —Él sonríe.

Ahora soy yo el que pone los ojos en blanco una vez que estamos dentro del pasillo principal.

—Eso ha sido suerte —comenta Rosalie.

—¿Por qué crees que te pedí que nos quedáramos atrás para esperar a que pasaran delante de nosotros? —le pregunto con una risita.

Ella se ajusta el bolso al hombro. —Claro, claro. Lo que no entiendo es por qué tenemos que depender de unos donnadies para que nos den la contraseña del club.

Le hago un gesto a mi hermana para que camine a mi lado hacia las escaleras que bajan a la izquierda mientras respondo: —El club es independiente, así que ninguno de nosotros tiene control sobre él, pero el dueño del club... Bueno, el tío Eivor lo cabreó hace un par de meses, así que no hemos podido conseguir el código como hacíamos normalmente.

—Debió de ser algo bueno entonces —me dice ella.

Sacudo la cabeza. —Siempre es por alguna gilipollez insignificante con estos tipos mayores. —Me meto una mano en el bolsillo—. Pero estamos dentro, eso es lo único que importa.

A medida que bajamos las escaleras, se vuelven cada vez más estrechas; tengo que ponerme delante de Rosalie antes de que podamos seguir.

Cuando abro la puerta, hay otro guardia allí parado vigilándonos, mirándonos de arriba abajo. Para asegurarse de que no estamos allí

para causar problemas.

—Estamos aquí para vigilar a Carmine, ¿verdad? ¿Para ver si trae algún negocio entre manos? —pregunta Rose.

Miro alrededor del segundo pasillo, donde termina en una esquina sin más puertas que una en el lado derecho. Al pasar por delante, está cerrada pero pone *jefe* en ella.

—Correcto —digo simplemente—. Tú estás aquí para hablar con la gente. Adúlalos, a ver si puedes conseguir alguna información privilegiada sobre los Carvel.

—Pensaba que hablar con ellos era trabajo tuyo. ¿Todavía no lo has hecho? —Me mira con los ojos entrecerrados.

Cuanto más nos acercamos al final del pasillo, más fuertes son los vítores y los gruñidos. Suena música rock a todo volumen por encima de los impactos amortiguados de los puñetazos y los gritos del público. La multitud que esperaba con tantas ganas el derramamiento de sangre.

—No te preocupes por eso.

No vuelvo a mirarla hasta que entramos juntos en la arena. Una enorme sala subterránea, con cuatro paredes sólidas de hormigón, sucias y manchadas de sangre. La falta de insonorización hace que las cinco docenas de voces sean un zumbido que rebota y resuena en ellas desde todos los rincones. La música mugrienta que sale de los altavoces cascados no logra ahogar el sonido que proviene del centro de la sala.

Una discusión.

Desde detrás de las vallas de tela metálica construidas de techo a suelo en un círculo de metro y medio por metro y medio en el centro de la sala, llegaba la voz atronadora y furiosa del dueño. El jefe.

—Ve a mezclarte —insto a Rosalie. Ella asiente y luego pone su mejor sonrisa, la más coqueta. Me hace sentir incómodo, así que aparto la mirada antes de que ella lo haga. La veo alejarse de mi lado por el rabillo del ojo y luego miro directamente hacia el círculo de la arena.

Lo veo allí.

Carmine.

Está de pie dentro de la sala cercada donde se derrama sangre y la muerte cae con tanta fuerza cada noche que no sorprende a absolutamente nadie. De hecho, Carmine Dresvanni está de pie justo al lado de un desagüe en el suelo por donde se va el agua teñida de rojo cuando enjuagan la arena.

—Hijo de puta —siseo entre dientes.

Me abro paso entre la multitud, ignorando las maldiciones de borrachos y capullos arrogantes mientras los empujo para llegar hasta el que se está poniendo en peligro.

Como siempre.

Me agarro a la pared de tela metálica cuando llego al frente.

—¡Carmine! —grito por encima del ruido. No me importa quién me oiga.

No mira en mi dirección, pero veo que su cuerpo se tensa al oír mi voz. Lo miro con furia.

—¡Sé que puedes oírme! —gruño—. ¡Saca tu culo de ahí!

—¡Eh, cállate! ¡Queremos verle pelear! —se queja un tipo a mi izquierda.

Lo miro tan rápido que me cruje la nuca. —¿A que te hago pelear a ti? ¿Eh, has pensado en eso? ¿Quieres meter tu culo esmirriado ahí dentro? —le amenazo.

Me mira con los ojos como platos y sacude la cabeza. Es un tipo flaco, todo huesos y nada de músculo, y no parece formar parte de ningún dominio más que el de su propia estupidez.

—Bien, lárgate —suelto con desprecio.

Vuelvo a centrar mi atención en el ring, donde Carmine está discutiendo con el jefe.

—¡Dresvanni! ¡Por el amor de Dios! —Sacudo las cadenas, y varios otros también lo hacen a mi lado emocionados.

Finalmente, ya he tenido suficiente. Camino con paso firme hasta encontrar la entrada a la arena que está bloqueada por dos guardias corpulentos. Yo soy más grande y alto que ellos.

—Dejadme sacar a mi amigo de ahí —exijo.

—Entró por su propia voluntad —insiste uno de ellos—. Si tienes algún problema, dáselo al jefe.

Resoplo y golpeo la tela metálica con el puño. —Dejadme que se lo diga a él entonces. —Intento pasar de largo. Me agarran del brazo, pero una voz suena por encima de la multitud, alta y clara.

—¡Dejadle pasar, chicos!

Me zafo de su agarre, que se afloja, y voy directo hacia Carmine, que por fin mira en mi dirección.

—No necesito s-su ayuda —está insistiendo Carmine cuando llego allí.

—Es evidente —dice el dueño, Tiger.

Agarro a Carmine por el brazo. —No va a pelear con nadie esta noche.

—Entró aquí con ganas y dispuesto —dice Tiger—, pero yo no le quiero. —Mueve una mano—. Llevo diez minutos intentando sacarlo de aquí de una puta vez. Está retrasando el combate principal.

No puedo evitar soltar una carcajada mientras Carmine gruñe de frustración.

—Te lo he dicho; puedo hacerlo. Déjame pelear. Déjame patearle el culo a alguien. —Las manos de Carmine se aprietan en puños que se vuelven aún más blancos.

—Me da igual si puedes o no —dice Tiger con un suspiro.

Sacudo la cabeza. —Me encantará sacarlo de aquí a rastras, pero tengo curiosidad, ¿por qué no? —Levanto una ceja.

Carmine resopla y da un paso atrás. —¡Esto es una mierda! —Golpea la cadena con los puños, y la multitud se ríe y le vitorea, con solo unos pocos abucheos de por medio.

—¡Dejadle pelear! —grita alguien.

—Ah, joder, esto no —sisea Tiger—. Va borracho perdido, está lidiando con la muerte de su padre, y no necesito tener la sangre de un Dresvanni en mis manos. Ni de coña. Tengo a unos tipos grandes preparados para esta noche por mucho dinero. Las apuestas de la mitad del público me están dando lo suficiente para abrir otro ring al otro lado de la ciudad.

Su voz es lo suficientemente alta como para que yo la oiga, pero dudo que el público escuche algo más que tonos masculinos apagados. La voz de Tiger es profunda y tiene un marcado acento griego.

—Entendido. Yo le saco —prometo.

Carmine está prácticamente levantando una tormenta de polvo a unos pasos de distancia. Viene arremetiendo hacia mí y me agarra por la parte delantera de la camisa. Puedo oler el alcohol prácticamente saliendo de sus poros.

—Solo déjame hacer esto —me ruega—. Lo necesito.

Suspiro y le aparto las manos de mi camisa. —Venga. —Vuelvo a agarrarlo del brazo e intento tirar de él hacia delante, pero tiene los pies clavados en el suelo. Como un gato clavando las uñas en la alfombra, se niega a moverse.

—Vamos, Carm —le susurro mientras me acerco más—. Si no sales de aquí, puede que no salgas vivo.

—¡Puede que no quiera hacerlo! —me grita.

Parpadeo, mirándolo fijamente un momento. Me duele el pecho. Como si una piedra rodeara mi corazón, otro pedacito empieza a desprenderse.

—No dices eso en serio. Y ahora vamos, joder. —Tiro de él, prácticamente forcejeando y dando patadas durante todo el camino hasta la salida de la arena.

La gente abuchea con fastidio y, al obligarlo a salir, los guardias se cierran para que no pueda dar la vuelta y volver corriendo cuando lo suelte.

Si es que lo suelto.

—¡Me cago en Dios, te estás portando como un puto crío! —Arrastro a Carmine hasta el fondo de la sala, cerca de la esquina izquierda, y luego lo estampo contra la pared de hormigón que tenemos delante.

Carmine jadea, tomando aire por la sorpresa, y luego me agarra por el cuello de la chaqueta.

—¿Por qué has hecho eso? —me pregunta. Sus ojos brillan, húmedos, enrojecidos. Probablemente de haber llorado a mares antes. Me entran ganas de preguntar qué ha pasado. Ha ocurrido algo. Había visto el montón de cristales en la biblioteca en la cámara cuando lo comprobé. Le había visto vestirse y salir de casa, pero me había perdido todo lo anterior.

—No tienes por qué pelearte con nadie —le digo—. Se supone que tienes que llamarme, ¿recuerdas?

—Bah. ¿Para qué? ¿Para que puedas impedirme hacer lo que realmente quiero hacer, joder? —me pregunta.

—Sí, exactamente para eso, pedazo de cabezota. —Le agarro por la mandíbula.

Él me agarra la muñeca pero no me aparta la mano.

Me acerco más a él. —Los tipos que pelean ahí dentro, se juegan la vida o la muerte. No tienen nada que perder —le recuerdo.

Él me mira, con los ojos vidriosos, y ni siquiera hace falta que diga las palabras para que yo lo sepa. Puedo verlo en sus ojos. En la forma en que su respiración se entrecorta. En la forma en que sus dedos se aprietan aún más alrededor de mi muñeca.

—Ni se te ocurra —murmuro con el volumen justo.

Retiro mi mano de su cara pero me inclino ligeramente hacia él. Huele... asqueroso. A licor sudado y polvo de hormigón. Y, sin embargo... cada centímetro de mí quiere acercarse más. Saborear el alcohol en su aliento con mi lengua. Inhalar sus gemidos y hacerle sentir algo más que la culpa y la rabia.

Dejar que me use para lo que necesite, mientras yo lo uso a él...

Mi polla palpita y levanto una mano, rozándole el labio.

Me mira a los ojos; hay confusión en los suyos, que empieza a caldearse con el deseo.

—Como si pudieras siquiera durar ahí dentro —le provoco mientras mi pulgar se desliza por su barbilla. Siento varios pares de ojos puestos en nosotros, pero no sé de quiénes son, y casi no me importa.

—Cállate. —Carmine exhala rápidamente pero no hace ningún intento por alejarse de mí ni por empujarme.

—Oblígame. Querías pelear, ¿no? —le pregunto—. Crees que te hará sentir mejor. Pues peléate conmigo. —Me acerco más—. Haz que me calle, Carmy.

Juraría que la cara de Carmine se ha vuelto dos tonos más oscura y cuatro tonos más rosada.

—Gilipollas —escupe. Gotitas de su saliva me salpican la cara.

—Mhm. Eso, desquístate conmigo —le digo con un murmullo y una sonrisita burlona.

Carmine gruñe y finalmente me aparta de un empujón. No lo detengo. Sin embargo, lanzo una mirada a entre sus piernas y veo el bulto en sus vaqueros. Eso hace que la sangre bombee con más fuerza por mi propio cuerpo, fluyendo directamente hacia mi polla.

Suelto una risita. —¿Te sientes mejor? —le pregunto.

Me está mirando con furia, pero antes de que pueda responder, siento un ligero toque en mi hombro. Miro a un lado y veo allí a Rosalie.

—¿Te estás divirtiendo? —me pregunta. Tiene el pintalabios ligeramente corrido.

—No tanto como tú, por lo visto —le digo—. No sabía que el chico y tú teníais una relación abierta. —Estoy bromeando, sobre todo porque me importa un bledo lo que haga mi hermana.

Ella pone los ojos en blanco. —Se me ha corrido con la mano —insiste—. Además, eres tú el que se está poniendo tan íntimo con... —Lo mira a él.

Carmine se sacude las mangas y se mete las manos en los bolsillos. —¿Quién es esta? —pregunta.

Me río. —¿No lo sabes? —Sonrío—. Qué suerte tienes.

—O está demasiado borracho para acordarse —se burla Rose.

—No estoy tan borracho como para no acordarme de nada. ¿Qué pasa, es que te he follado o algo? —pregunta Carmine entre dientes.

—No estaba hablando contigo —dice Rosalie con una mirada cortante en su dirección—. En fin. ¿Habéis terminado ya aquí? No me lo estoy pasando nada bien.

Sé que eso significa: «No estoy consiguiendo ni una puta mierda» en lo que a información se refiere.

—Eres libre de irte —le digo—. Yo todavía me lo estoy pasando bien.

Ella pone los ojos en blanco y luego nos mira a Carmine y a mí. —Ya lo veo. Quizá deberíais pillaros una habitación. Voy a pedir un coche e irme al bar de la calle de arriba.

—Vale —respondo.

Rosalie sabe que nos encontraremos allí más tarde para hablar de toda la información que no ha conseguido.

Por ahora, necesito seguir vigilando a Carmine. Al menos, esa es la razón que me doy a mí mismo para no irme con ella.

—No sabía que tenías novia —me suelta Carmine en tono de burla una vez que Rosalie se ha alejado.

Arrugo la nariz. —Es mi hermana —le digo—. Rosalie, y créeme, aunque no fuera mi hermana, no me interesaría. —Niego con la cabeza.

Carmine mira hacia donde ella se ha ido. —Bueno, esa es una imagen que no necesitaba tener en la puta cabeza.

Los dos parecemos estremecernos al mismo tiempo; luego le dedico una sonrisa de reojo y él me devuelve lentamente una pequeña sonrisa antes de bajar la vista al suelo.

—Supongo que alguien de la familia tenía que llevarse los genes de la guapura —me insulta, pero la expresión de su cara evita que me moleste demasiado. Por una vez no está de mal humor. No del todo, al menos.

Doy un paso atrás, sintiendo la distancia entre nosotros ahora que no lo estoy tocando.

Me recuerdo a qué he venido realmente. A vigilarlo y a acercarme a él todavía más. Pero no solo eso. Miro a mi alrededor y observo brevemente si hay algún Carvel por aquí o alguien que pueda estar relacionado con ellos. Amigo, familia o enemigo.

No veo a nadie, todavía no. Así que simplemente me doy la vuelta y miro a través de la multitud hacia la arena mientras la música baja de volumen y una voz empieza a anunciar la primera ronda de luchadores.

—Al menos déjame ver bien la pelea —dice Carmine a mis espaldas. Pasa por mi lado y empieza a abrirse paso entre la multitud.

No puedo evitar seguirlo hasta que estamos de nuevo cerca de la primera fila, a solo un par de metros de la valla metálica.

—No puedo creer que lo hayas detenido —dice una mujer a mi izquierda, acercándose mucho—. Habría apostado trescientos a que lo machacaban.

Aprieto la mandíbula mientras la ignoro, sin dedicarle ni una mirada, y mucho menos dos.

Aun así, no puedo evitar imaginar qué habría pasado ahí dentro si no lo hubiera sacado a rastras. Si Tiger *hubiera* estado interesado en dejar que peleara hasta la muerte.

No tengo que imaginarlo. No mientras presentan a dos hombres a la multitud. Uno grande, musculoso, de hombros anchos y vestido de calle. El otro, pequeño pero ágil y flexible, moviéndose ya como si supiera perfectamente cómo saltar sobre sus pies para esquivar los golpes. Está sin camiseta y tiene el torso cubierto de tatuajes.

La multitud vitorea mientras son anunciados, pero yo bloqueo el sonido. Todo es ruido de fondo mientras los observo encararse.

Combate cuerpo a cuerpo. Sin reglas. Sin movimientos ilegales. Solo dos hombres de ojos oscuros, cada uno intentando asfixiar al otro por una suma de quinientos mil dólares al final de la noche. El ganador sobrevive con el dinero, y la familia del perdedor tiene que rezar para que el ganador acceda a pagar el funeral. Si es que les queda familia para llorarles.

—Ese es Chico —murmura Carmine. Apenas lo oigo por encima de la multitud y la música.

Lo miro. —¿Lo conoces? —pregunto.

—No, solo que lleva peleando los últimos meses —explica—. Es pequeño pero letal.

—Tiene que serlo. —Mirando de nuevo a la arena, cruzo la mirada con Chico. Ahora puedo ver bajo las luces más brillantes del centro del círculo que la piel bajo sus tatuajes está irregular y desgarrada.

La pelea comienza antes de que pueda terminar de observarlo. Al principio, lanzan puñetazos lentos y constantes, pero pronto degeneran en lanzamientos salvajes y en intentos de agarrar al otro. El hombre más alto y ancho tiene ventaja de fuerza, pero su gran estatura lo hace más lento y un objetivo más fácil de golpear que Chico.

Cada vez que aterriza un golpe, la multitud reacciona.

Chico rodea el torso del otro hombre con las piernas mientras lo derriba al suelo y empieza a destrozarle la cara puñetazo tras

puñetazo, pero de pronto el otro le da la vuelta y una mano enorme desciende sobre su cuello. Listo para estrangularlo.

La sangre salpica el suelo y gotea de sus narices y bocas. Sus ojos brillan con un calor furioso, pero los de Chico son como un infierno ardiente.

Miro a Carmine, con la intención de echarle un vistazo rápido para asegurarme de que está donde debe estar. A mi lado.

Lo que veo en su rostro me agota.

Tiene los hombros tensos, los ojos fríos, y es de los pocos que no vitorean. Mira como si estuviera estudiando todos y cada uno de los movimientos.

Una expresión gélida que difiere mucho de la ira ardiente y el dolor que mostró antes.

Prácticamente puedo ver los engranajes girando en su cabeza.

—No vas a pelear contra él —le recuerdo.

Carmine no aparta la vista. Ojos pegados a la pelea, pegados a Chico. —Es bueno conocer a cualquier posible oponente —dice con voz baja.

Está claro que no importa lo que diga, no va a dar marcha atrás en la idea de que algún día podría estar en ese ring. Sé que no puedo detenerlo para siempre, y sé que ese no es mi puto trabajo.

Es muy posible que Carmine se enfrente a Chico algún día. A Eivor probablemente le encantaría. Otra forma de quitar a los Dresvanni de nuestro camino sin estar directamente involucrados.

No me molesto en intentar razonar con Carmine; me limito a mirar de nuevo a la arena mientras Chico lucha por quitarse las manos del hombre más grande de la garganta. Dando patadas y sacudiéndose.

La multitud claramente no está a su favor.

Al fin y al cabo, Chico es un forastero. No es de Italia, ni siquiera de este continente. La mayoría de los hombres no tienen nada que perder, pelean como si no tuvieran miedo a morir, pero Chico... Él pelea como si lo tuviera.

Empuja al otro hombre con los pies y da un giro para caer encima de él, golpeándolo repetidamente y arañándole los ojos.

Mi interés se despierta.

Chico tiene algo que perder. No quiere morir. Puedo verlo en la forma en que sigue adelante incluso cuando su cuerpo debería haberse rendido.

Mientras mata brutalmente al otro hombre con sus manos desnudas y sus dientes, dejándolo como una masa sangrienta en el suelo, no puedo apartar la vista. Mi corazón late lento pero con fuerza en mi pecho.

Imagino a Carmine ahí fuera. Sé que nunca lo lograría. No le importa si vive o muere. No necesita el dinero.

Chico sí.

El público abuchea y resopla ante la victoria de Chico. Oigo a varias personas quejarse de haber apostado contra él, de que no pueden creer que siga adelante.

Chico grita victorioso en español.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mi cara.

Eivor va a querer saber de él.

Las peleas no han terminado. Faltan tres parejas más; los cuatro finalistas tendrán que pelear entre ellos hasta la muerte. Más vidas que segar.

No es la muerte lo que me molesta. No, la sangre, el sudor... el calor que emana de cada uno de sus cuerpos —hombres y mujeres por igual— enciende una desesperación necesitada dentro de mí. Una que me insta a acercarme a Carmine, pero la ignoro.

La forma en que el público vuelve, semana tras semana, apostando por el ganador, olvidando sus caras en cuanto se marchan... es asquerosa.

Pero ni siquiera yo puedo evitar volver una y otra vez.

Estoy distraído viendo a dos luchadores más entrar en la arena cuando siento un tirón en la parte posterior de mi camiseta.

—Eres un puto idiota —dice una voz familiar detrás de mí.

No es que me dé la vuelta, es que me obligan a darme la vuelta en el proceso.

Inmediatamente mis defensas se activan. No me importa quién me haya tocado; se va a llevar un puñetazo en la cara.

Yvon Lyonesse, alto y rubio, es quien me ha agarrado la camiseta. Otro engranaje más en la maquinaria de nuestros

dominios. Otro rival, otro problema que resolver.

—Quítame tus putas manos de encima —siseo y lanzo un golpe. Fallo. No estoy en mi mejor momento esta noche.

—Se supone que estás de nuestro lado, contra los Dresvanni. Pero te tienen aquí protegiendo a este moñas —Yvon señala con la mano a Carmine.

Carmine da un paso adelante y agarra a Yvon por el hombro. —No le pongas las manos encima —gruñe.

El sonido casi me hace estremecer allí mismo, pero sabiendo el peligro de meterse en una pelea aquí, inmediatamente busco el brazo de Carmine.

—Carm, no —intento decirle, pero él ya está apartando a Yvon hacia un lado con un fuerte tirón.

—¿Hablas en serio? —Yvon se ríe—. Sé que todos nos odiamos, ¿pero de verdad te estás poniendo de su parte?

A estas alturas ni siquiera estoy seguro de con quién está hablando. Si conmigo o con Carmine. Parece cambiar de opinión sobre con quién está a favor y en contra cada segundo con cada palabra que sale de su boca.

Carmine está deseando pelear, lo sé. Así que intento ponerme entre ellos.

—Llevemos esto fuera —insisto—. Aquí no.

Es demasiado tarde. Yvon y Carmine están a la gresca el segundo en que Carmine dice: —Cobarde.

La multitud a nuestro alrededor empieza a retroceder, dejando un pequeño círculo de espacio.

—¡Pelea! —grita alguien, y el grito empieza a correr. Gente gritando a nuestro alrededor.

—Maldita sea —bufo, lanzándome a la refriega. Entre puños que vuelan, agarro a Carmine por la parte de atrás de la camiseta. Él agarra a Yvon por la parte delantera de la suya, hasta que todos tropezamos contra la valla metálica.

—¡Te voy a matar, joder! —grita Yvon con ojos de loco.

Estoy demasiado ocupado intentando apartar a Carmine de él como para darme cuenta de que echa la mano hacia atrás, por debajo de la camisa.

—¡Pelea, pelea!

El público no tiene ni idea de lo que está jaleando. O tal vez sí.

Tal vez puedan ver a Yvon sacar su pistola.

Un metal duro choca contra el lateral de mi cabeza cuando me golpea con la culata, y todo se vuelve borroso por un momento. Mis puños se aferran a Carmine incluso en este instante, e intento recomponerme. Estoy mareado, pero veo el contorno borroso de una pistola negra frente a mi cara.

—Suéltalo y enfréntate a mí como un hombre o te vuelo la puta tapa de los sesos —amenaza Yvon.

Estoy mirando directamente al cañón de una pistola, y mi propia arma no aparece por ninguna parte. No están permitidas aquí. Cómo se las ha apañado Yvon para meter una sin que saltara el detector de la puerta se me escapa.

Tiene el dedo en el gatillo. El cañón está a centímetros de mi cabeza.

Carmine está congelado, emparedado entre los dos.

La mitad de la multitud grita de miedo, mientras la otra mira con la respiración contenida. Dejando aún más espacio a nuestro alrededor.

—¡Mátalo! —suelta alguien.

Quiero darme la vuelta, ver quién es, para poder darle una paliza de muerte más tarde.

No lo hago.

Mantengo mis ojos fijos en los de Yvon.

—No hay necesidad de que tengamos un problema aquí, Yvon —insisto—. Todos podemos salir de aquí ilesos.

—Siempre hay problemas con vosotros, maricones —dice con desprecio.

Antes de que pueda decir una palabra, antes de que Carmine pueda arremeter hacia delante y hacer algo aún más estúpido, Yvon se dobla hacia atrás como una silla de playa. Tres guardias armados le agarran el brazo y le arrebatan rápidamente la pistola mientras lo empujan al suelo.

Los maldice, luchando contra ellos, pero le sujetan los brazos a la espalda y le aplastan la cara contra el suelo duro.

Suelto el aire que siento que he estado reteniendo durante horas.

El cuerpo de Carmine se relaja, con su espalda contra mi pecho.

Le susurro al oído, sin aliento y con voz profunda: —Voy a matarte por esto.

9

Carmine

—¿Se te ha pasado ya la borrachera? —me pregunta Soren.

Estoy sentado en un sofá mugriento en un viejo almacén que mi familia utiliza para guardar nuestra mercancía ilícita. Grandes cajas de madera llenas de armas, drogas y alguna que otra pieza de arte de contrabando.

—No hacía falta que vinieras conmigo —refunfuño.

Soren se me acerca y me tiende la segunda taza de café que me ha dado esta noche. Una cafetera reposa sobre una mesita cercana. Cojo la taza y me la bebo lo más rápido posible; me abrasa la garganta. A diferencia del alcohol, es porque todavía está ardiendo.

—Ni de coña —dice mientras agita una mano—. ¿Cómo voy a saber que no te vas a ir por ahí a meterte en más líos?

Le miro fijamente, ignorando el dolor de garganta. —Me has amenazado con matarme; creo que tengo más problemas aquí.

Él bufa. —¿Puedes ponerte serio ni aunque sea un puto momento? —Me quita la taza de las manos, se acerca a la mesa y la estampa contra ella.

Suspiro y me reclino en el sofá. —No entiendo por qué te importa —le digo—. Podría haber ganado esa pelea, y no tenías por qué haberme impedido que...

—Esto no va de la pelea. No va de lo de esta noche. Esto va de toda tu vida —salta Soren. Tira la taza de la mesa de un manotazo y esta se estrella contra el suelo, rompiéndose el asa.

Me estremezco un poco, pero no puedo apartar los ojos de él. Está más que furioso. Sus ojos arden con un calor profundo que hace que todo mi cuerpo se caliente de la misma forma.

Está mal, lo sé. No debería sentirme tan excitado porque un hombre me grite. Y por este hombre en particular, pero lo estoy.

—Estás metido en un buen lío, Carmine. —Soren aprieta los puños.

Aprieto los dientes, ignorando la opresión en la garganta y el escozor de las lágrimas en mis ojos doloridos. Ya he llorado bastante por hoy. No dejaré que vuelva a ocurrir.

—¿Crees que no lo sé? —le pregunto. Me levanto lentamente del sofá. Siento las piernas un poco débiles, el pie me sigue doliendo dentro del zapato y me retumba la cabeza por la resaca que ya empieza a asomar. —¿De verdad crees que no sé lo mucho que la estoy cagando ahora mismo?

Me mira de arriba abajo. —A veces no lo sé —responde—. Desde luego actúas como si te diera igual.

—Que me dé igual y que no lo sepa son dos cosas distintas, Soren —le recuerdo—. Estoy harto de que todo el mundo me diga lo jodido que estoy. ¡Ya lo sé! —Ahora agito los brazos y los dejo caer a los costados con los puños cerrados—. Soy un gilipollas alcohólico que no sabe mantener a salvo a su familia, que quiere ahogarse en su propia autocompasión y que no acepta la ayuda de nadie. ¡Lo sé! ¡Lo puto sé! —Las lágrimas me queman y me pesan en los ojos, y me cuesta mantener la voz mínimamente serena. Rebosa emociones.

Soren suspira. —¡Pues acepta la ayuda! Llevo semanas intentando ayudarte. Te dije que me llamaras cuando pensaras que te ibas a pasar de la raya, ¿y qué haces? Te vas al puto club de la lucha a intentar que te maten.

—¡No necesito tu ayuda! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Soren? —le grito—. No dejas de decírmelo y yo sigo sin hacerte caso. ¿Pero tú eres tonto?

Soren gruñe y se lanza hacia delante, agarrándome por la camisa. Cuando tira de mí y me pone de puntillas, con los talones despegados del suelo, se me corta la respiración. Sus ojos queman tanto que es como si pudieran derretirme.

—Acepta la maldita ayuda, pedazo de imbécil testarudo —exige Soren—. ¡Si no vas a cuidar de ti mismo, deja que lo haga otro!

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan y, de repente, mi polla se endurece contra mi muslo.

—Oblígame —respondo con voz más baja, pero firme.

—Dios, eres tan... —Soren resopla. Su rostro se acerca al mío.

No puedo resistirme. No quiero. No después de todo lo que he pasado últimamente.

—Tómame —le digo.

Él me mira parpadeando. —¿Qué?

—Necesito... —Trago saliva para deshacer el nudo de mi garganta. Las lágrimas empiezan a desbordarse lentamente por mis ojos—. Necesito sentir algo. Algo distinto, algo mejor.

Apenas encuentro las palabras para explicar lo que necesito, pero el brillo en los ojos de Soren cambia y creo que lo entiende.

—¿Te has... hecho las pruebas desde aquella noche en el club? —pregunta en tono bajo.

Asiento lentamente. —Sí. Todo limpio.

Su boca aplasta la mía. Cierro los ojos al instante y le devuelvo el beso con furia. No es un primer beso lento y suave. No, es duro y desesperado. Su lengua se introduce en mi boca en cuanto separo los labios.

La boca de Soren sabe exactamente como imaginaba. A tabaco y menta. Su saliva se mezcla con la mía, su lengua baila con la mía y se apodera de mi boca.

Gimo durante el beso, el sonido amortiguado por nuestras bocas.

Soren me empuja hacia atrás y yo retrocedo hasta que tropiezo y caigo de culo en el sofá.

Cuando su boca se separa de la mía, aspiro una bocanada de aire rápida, y luego otra.

Todo sucede muy rápido. Siento sus manos tirando de mi camisa, desabrochando los botones, quitándomela de los brazos, y se lo

permito. Deslizo mis manos por su torso, bajo su camiseta, hasta que siento uno de sus pezones bajo mis dedos. Lo pellizco, y el sonido de su gemido hace que mi polla se ponga dura del todo.

—Para —gime y me agarra las manos, inmovilizándolas sobre mi cabeza contra el sofá mientras se sienta a horcajadas sobre mis caderas.

—Deja que cuide de ti —exige, agachando la cabeza hasta poner la boca junto a mi oreja—. Deja que yo tenga el control.

Tiemblo y vuelvo a cerrar los ojos. —Por favor —le digo—. Lo que quieras. Lo necesito. Joder, lo necesito muchísimo. —Se me entrecorta la respiración cada dos por tres y odio sonar tan vulnerable, pero eso también me excita aún más.

—¿Querías pelea? Te daré algo mejor —me muerde el lóbulo de la oreja—. Te voy a follar hasta que pierdas el conocimiento.

Suelto un gruñido cuando restriega sus caderas contra las mías. Noto su erección a través de sus vaqueros contra la mía. Una chispa me recorre desde la base de la polla hasta el culo, pasando por las caderas y los muslos.

—Hazlo —le ordeno. Mi voz suena espesa por el deseo.

De repente, la mano de Soren está en mi garganta, presionando lo justo para mantenerme la cabeza quieta pero sin impedirme respirar. —Tú no me dices lo que tengo que hacer —me ordena—. Aquí mando yo.

Me entra un escalofrío y es como si me derritiera debajo de él. Dispuesto y listo para cualquier cosa que quiera. Necesito con desesperación dejarme llevar. De todo.

—T-Tú mandas —acepto.

Eso parece ser todo lo que necesitaba oír.

Lo siguiente que sé es que se está bajando los vaqueros y se está acariciando su gran polla justo delante de mi cara.

—Prepárame para follarte —ordena, soltándome la garganta y agarrándome del pelo.

Abro la boca y él introduce su miembro. Empiezo a chupársela mientras él me embiste la boca, lamiéndolo todo a su alrededor con ansia, con codicia.

Mantengo los ojos abiertos y le veo echar la cabeza hacia atrás, gimiendo y gruñendo mientras me folla la cara.

—Mmmm —tarareo con su polla dentro. Siento cómo le laten las venas y el líquido preseminal me gotea por la garganta.

—¡Ah, joder! —gruñe y me folla la boca más rápido, con más fuerza. La saliva me resbala por la barbilla, húmeda y pringosa.

De repente, Soren se sale de mi boca y se desliza hacia atrás.

—Déjame ver ese culito apretado, nene —jadea, y yo empiezo a darme la vuelta pero él me detiene.

—No, te quiero boca arriba, quiero verte la puta cara. Me pone una mano en el pecho para mantenerme boca arriba y me arranca los pantalones y los calzoncillos como si le fuera la vida en ello. Se mete los dedos en la boca y los succiona un momento.

Mi erección queda al aire y jadeo cuando él baja la mano y me mete los dedos entre las nalgas.

Me frota agresivamente el perineo y el anillo apretado de mi agujero un par de veces antes de introducirme dos dedos centímetro a centímetro.

—¿Tienes lubricante por aquí? —pregunta jadeante.

Estoy demasiado ocupado gimiendo y echando la cabeza hacia atrás para responder. Mi culo se aprieta alrededor de sus dedos y, en el momento en que me alcanza la próstata, mi polla gotea líquido preseminal.

—N-No —digo entre gemidos.

—Ah, joder, maldita sea —resopla Soren—. Tiene que haber algo por aquí...

Se aparta de mí un momento y giro la cabeza para verle dando vueltas hasta que vuelve al sofá con algo pequeño, amarillo y azul en la mano.

Vaselina. De eso siempre hay. La usamos para todo.

El culo se me contrae solo de saber que el miembro duro de Soren va a estar dentro de unos instantes.

No recuerdo si me habían follado durante mi trío de borrachera y drogas en el club, pero estoy casi seguro de que no. Ha pasado tiempo desde la última vez que hice de pasivo, pero la forma en que

Soren se lubrica los dedos y vuelve a presionarlos contra mi entrada me demuestra que sabe cómo prepararme.

Un gemido vergonzosamente desesperado sale de mi garganta cuando me mete los dedos y me ensancha con ellos. Mete y saca los dedos, presionando ese punto sensible dentro de mí con la presión justa.

—Ah, joder —jadeo y apoyo la cabeza en el sofá, cerrando los ojos.

—Ojos abiertos —me ordena Soren—. Quiero que mires mientras te relleno.

Abro los ojos a pesar de que intentan mantenerse cerrados y me obligo a levantar un poco la cabeza del sofá para poder mirar. Mirar cómo Soren saca sus dedos de mi interior y se acaricia el miembro con los dedos húmedos. Es grande. Más grande de lo que esperaba, y cuando alinea la punta con mi agujero, suelto un gemido.

Empiezo a echar la cabeza hacia atrás por instinto, pero recuerdo lo que me ha dicho.

Quiere que mire.

—Quieres que te folle, ¿eh? —pregunta Soren, ya un poco falto de aliento.

Trago la saliva que se me ha acumulado en la boca y asiento con la cabeza.

—Ajá, usa tus putas palabras —gruñe, con un sonido bajo y profundo que sale de su pecho. Su mano libre me abre más los muslos, agarrándolos con fuerza. Suelto un gruñido cuando empieza a empujar dentro de mí muy lentamente.

—Sí —le digo—. Quiero que me f-folles.

Soren me esboza una sonrisa burlona. —¿Ah, sí, nene? —pregunta y se inclina sobre mí. Su miembro duro y palpitante empieza a hundirse en mi interior pulgada a pulgada, deteniéndose cada vez que lo aprieto para darme un momento para relajarme.

Jadeo y miro hacia abajo, observando cómo la base de su polla desaparece dentro de mí, y lo siento tan profundo. Rozando ese punto con la parte inferior de su tronco.

—Oh, Dios —murmuro, y entonces algo me viene a la mente. Levanto la vista hacia sus ojos, con la cabeza apoyada de nuevo en

el sofá. —¿Es lo mejor que sabes hacer?

Soren suelta una carcajada de incredulidad y luego retira las caderas hasta que la cabeza de su bicho casi me abandona.

—Vaya, si resulta que eres un poco de mocoso —dice con voz ronca y, de repente, vuelve a embestir con fuerza dentro de mí.

Intento evitar que el gemido escape de mi garganta, pero a medida que empieza a empujar fuerte y rápido, no puedo controlarme.

Soren desliza el antebrazo por detrás de mi hombro y mi cabeza, mientras su otra mano agarra la parte posterior de mi muslo al tiempo que desplaza su cuerpo hacia arriba y, de alguna manera, se clava en mí aún más profundamente.

Todo mi cuerpo se tensa y luego se relaja, una y otra vez, mientras el placer me recorre la ingle y el culo, subiendo por la espalda hasta la cabeza. Mi cabeza mareada.

Esto es lo que he necesitado. Esto es lo que he querido. Simplemente no me he dado cuenta hasta este preciso instante.

Esto no es nada que pueda llamarse hacer el amor; está muy lejos de serlo. Muevo mis caderas contra él en una rápida sucesión, intentando acompasarme a cada una de sus embestidas, pero va demasiado rápido. Siento que he perdido el control de mi propio cuerpo, y solo existe Soren, bombeando su polla dentro y fuera de mi agujero con sacudidas bruscas de sus fuertes caderas.

Con cada embestida, mi propia polla rebota contra mi estómago, goteando y doliéndome. Deseo tanto tocarme, quiero que él me acaricie, pero nada de eso sucede.

Todo es muy rápido y agresivo.

Nada suave ni dulce. Nada romántico.

Estoy gimiendo y gruñendo de una forma tan gutural que no imagino cómo puede resultar atractivo, pero oír a Soren imitar esos sonidos eróticos solo me pone más.

—¡Sí, sí! —digo entre jadeos.

—Tómala, cómete mi puta polla... así mismo, ahh —me dice Soren, con su frente apoyada contra la mía. El sudor gotea desde su frente a la mía.

La presión en mi miembro palpitante va en aumento. Apenas puedo soportarlo. Se me encogen las pelotas y se me tensa el estómago. Quiero decirle que me voy a correr, pero no me salen las palabras.

Dios, quiero besarlo. Quiero perderme en él por completo, y eso es lo que él está intentando hacer por mí.

No sé por qué, y no me importa.

Como si me leyera la mente, Soren captura de repente mis labios con los suyos. El beso es brusco y sucio; la saliva me cae por la barbilla mientras me mete la lengua en la boca y yo dejo que la domine. No hay ni un ápice de objeción en mi cuerpo ni en mi mente.

Cada embestida hace temblar las patas de madera del sofá y la mesita de al lado; hace que los muelles crujan y giman. Nada suena más fuerte que el golpe de las caderas de Soren contra las mías mientras se clava en mí con más fuerza.

Todo se convierte en estática. No existe nada más que nosotros. Solo su polla pulsando y goteando dentro de mí, y mi cuerpo temblando a su alrededor.

Soren saca el brazo de debajo de mi hombro y pone la mano en la base de mi cuello y las clavículas. Empuja hacia abajo, sujetándome con fuerza contra el sofá. La sensación de sus yemas ásperas presionando la frágil piel de mi garganta me hace perder el juicio.

Lo que con otro podría haber tardado mucho más, sucede en apenas unos minutos, sin que él llegue a tocarme ni una sola vez.

Me corro sobre mi estómago en varios chorros calientes. Todo mi cuerpo se contrae una y otra vez, con las caderas estremeciéndose y la polla rebotando.

—Joder, joder, joder, joder, joder —suelta Soren una sarta de improperios en un frenesí mientras sale de mi culo.

Mi agujero se estrecha de forma casi dolorosa ante su ausencia, y un quejido suena en lo bajo de mi garganta.

Tengo la vista borrosa, los ojos me arden, la cara está empapada, pero intento levantar un poco la cabeza para observarlo;

la imagen borrosa de Soren masturbándose hasta que se libera en ráfagas pegajosas sobre mi vientre.

Ambos jadeamos buscando aire, gimiendo entre cada respiración, y al cabo de unos momentos, Soren se deja caer sobre el otro extremo del sofá, con sus piernas enredadas con las mías.

Es extrañamente reconfortante. Me sorprendo intentando apretar nuestras piernas aún más, frotando una de mis pantorrillas contra su muslo. Disfrutando de la presión de su pie contra mi costado.

En algún momento nos hemos quitado los zapatos, pero no recuerdo cuándo. ¿Cómo hemos acabado completamente desnudos? Todo parece irreal todavía, pero poco a poco estoy empezando a bajar a la tierra.

—¿Ha estado bien? —pregunta Soren una vez que ha recuperado el aliento.

Suelto un ruidito. —Mhmmm.

—A veces solo necesitas que te follen en condiciones, ¿eh? —pregunta juguetón, y siento sus dedos rozar mi rodilla—. Eres un buen chico. —El tono de elogio de su voz sexy hace que los músculos de mi muslo se agiten momentáneamente, y siento un hormigueo en la base de la polla.

Sin embargo, esas palabras... me resultan familiares de una forma incómoda. Recuerdo quién me las dijo por primera vez.

Lo pequeño y vulnerable que me había sentido. Cómo las había usado para mantenerme callado.

Se me está formando un nudo en la garganta. Me lo trago, intentando olvidar. Intentando ignorarlo todo.

—¿Estás bien? —pregunta Soren de pronto.

Me doy cuenta de que la humedad de mi cara no es solo sudor, sino lágrimas. No las antiguas de justo antes de nuestro enredo, sino otras nuevas. Lágrimas frescas brotan de mis ojos contra mi voluntad.

Me incorporo y me limpio la cara con brusquedad. —Bien —murmuro.

La felicidad del momento posterior se está disipando. Lo que antes era puro placer es ahora una acechante sensación de ansiedad y culpa.

—No lo estás —responde mientras él también se sienta. Se acerca más a mí.

Suspiro y cojo mis bóxer. —No importa —insisto.

—¿No acabamos de pasar por esto, Carm? —me pregunta.

Se me revuelve el estómago. —No me llames así —le espeto.

La expresión de Soren se ensombrece. —Sea cual sea tu problema, esto no va a ayudar.

—¿Te acabas de dar cuenta? —le pregunto a mi vez—. Es que... esto no debería haber pasado.

—¿Por qué no? —señala con la mano mi vientre cubierto de semen—. Está claro que te ha gustado.

Me levanto del sofá y me pongo los calzoncillos antes de esquivar la taza de café rota y coger un filtro de café de la mesa. Lo uso para limpiarme el estómago.

—No debería —respondo—. No debería gustarme... la forma en que me hablas. La forma en que me has manipulado físicamente.

Siento los ojos de Soren en mi espalda. —La forma en que me has llamado... —Niego con la cabeza—. Está mal. No debería quererlo. No debería gustarme la forma en que me tratas.

—¿Por qué no? ¿Cuál es el problema? ¿No soportas que te dominen? ¿No quieres que se enteren los chicos? ¿Es eso? —Él también se levanta.

Niego con la cabeza. —No sabes nada. —Los ojos aún me escuecen por las lágrimas e intento evitar que caigan.

—Cuéntamelo —dice, mientras permanece desnudo frente a mí. Su cuerpo cubierto de cicatrices y tatuajes. Los bordes irregulares de su piel brillando por el sudor. Su miembro ahora blando, colgando ahí, descargado por mí.

—Dios... incluso ahora. Intentando alejarme de ti, pensando en estas cosas... esas cosas —suelto un resoplido—. Mirándote... Me hace sentir estas cosas. No quiero sentirlas. No quiero querer esto.

—¿Por qué no lo quieres? Dime, Carmine. ¿Qué tiene de malo? —me pregunta Soren, con el pecho subiendo y bajando por su respiración agitada.

Mi propia respiración se corta en mi garganta. —No puedo... Soren, yo... —Aprieto la mandíbula, esforzándome al máximo por

contener las emociones que brotan en mi pecho, amenazando con desbordarse. Por mi garganta y por mi boca y mis ojos.

Los propios ojos de Soren también están húmedos de repente, pero desvía la mirada.

—No eres el único que tiene un problema —admite.

Me seco las lágrimas y respiro hondo. — ¿Qué? ¿Vas a decirme ahora que tú también eres alcohólico? —Sorbo por la nariz y tiro el filtro de café.

—No —dice Soren lentamente—. Pero si no tengo cuidado, puede que mi vicio esté aquí mismo delante de mí, sufriendo un ataque de nervios.

El corazón se me encoge en el pecho de una forma que conozco demasiado bien, y lo odio. No puedo. No puedo ni empezar a sentirme así por Soren. No es seguro. No es bueno para la familia.

—Supongo que será mejor que no vuelva a tentarte —digo pausadamente. Recojo mi ropa del suelo y empiezo a vestirme. Ignorando cómo me duele el cuerpo y cómo mi cerebro me suplica que vuelva a sentarme y me deje llevar por el sueño.

Se hace el silencio durante un largo rato. Quizá varios. Espero que Soren vuelva a sacar el tema, que intente que me desahogue, pero no lo hace.

En su lugar, ambos nos vestimos en lados opuestos del sofá, y tengo que luchar contra el impulso de inhalar el aroma de ambos con más fuerza. El olor persistente del sexo y la energía masculina. Sudor y almizcle. Alguna mezcla perfecta de los dos.

—Lo que ha pasado... no puede volver a ocurrir —digo en voz baja, sin mirarlo.

—Lo que tú quieras. —La voz de Soren suena más lejana.

Levanto la vista para ver que se dirige hacia la puerta del almacén.

—¿A dónde vas? —pregunto, con la voz mucho más preocupada de lo que pretendo.

—Tengo que hablar con unos cuantos Carvel, ¿te acuerdas? —dice.

Empiezo a caminar hacia él. —Aún no hemos decidido qué vas a preguntar —le recuerdo a mi vez.

Él se mofa. —Yo me encargo, no te preocupes. Mientras tu numerito de esta noche no haya llegado a sus oídos, no debería haber problemas.

Examino a Soren de pies a cabeza y vuelvo a sus ojos oscuros, y veo algo allí que no había visto antes. Es algo vacilante y extraño. No sé qué es, pero sé lo que no es.

Sinceridad.

10

Soren

Si hubiera sabido que me iba a follar a Carmine Dresvanni al despuntar el alba, me habría traído un táper o algo. Me muero de hambre mientras cruzo la ciudad de camino a casa de los Carvel.

Lo primero que pienso hacer en cuanto llegue a casa es prepararme un bocadillo enorme y metérmelo entre pecho y espalda. O quizá pida una pizza por el camino...

Maldita sea, paso demasiado tiempo pensando en comida y no el suficiente en el infierno que acaba de pasar.

He puesto a Carmine mirando a Cuenca en un sofá de un almacén de los Dresvanni, solo para que después le diera una especie de neura emocional.

Sinceramente, no me sorprende. Al menos, no debería. El tío lo está pasando mal.

Pero no es eso lo que me preocupa. Bueno, vale, no es lo único que me preocupa.

Si mi tío se entera de lo que he hecho con Carmine, quién sabe qué querrá que haga ahora. Podría exigirme que lo seduzca hasta matarlo con la misma facilidad con la que podría ordenarme que me aleje de él...

Quizá debería hacerlo.

A lo mejor es un riesgo mayor del que debería correr... acercarme a Carmine de esta manera.

Es lo que se supone que debo hacer, pero hay un pequeño problema.

Me gusta.

Mientras subo por el camino de entrada para aporrear la puerta de la familia Carvel, pienso en volver a ver a Carmine. En ver cómo toda la sangre que no tiene en la polla se le sube a la cara. En cómo se pone rosa y a manchas mientras lo embisto. Mientras le rodeo la garganta con mi mano grande y aprieto hasta que jadea buscando aire.

Me pregunto... ¿podré hacer que me suplique? ¿Hasta qué punto podría volver desesperado a ese hombre incapaz de admitir que le gusta lo que hemos hecho juntos?

¿Cuánta sangre podría derramar antes de que me suplicara que la limpiara a lametones?

¿Qué cosas oscuras y depravadas pasan por su mente?

¿O acaso no pasan?

Tienen que pasar. Me niego a creer que yo sea el único que piensa en matarlo y follárselo en el mismo instante.

En darle por culo hasta que se quede blando y en presionarle la garganta con una cuchilla...

Quizá soy yo.

Quizá soy yo quien no sabe lo que quiere de verdad.

No debería sentir estas cosas.

Carmine había dicho eso. Que no debería sentir lo que siente. Pensar. Desear. Gustar.

Tal vez no esté solo en los oscuros deseos que siento cuando lo miro.

—¿Qué demonios quieres? —Victoria abre la puerta y me saca de mis pensamientos.

Entro por el umbral apartándola con una mano en el hombro.

—¡Oye!

Un único guardia se acerca corriendo, saca su pistola y me apunta. —Ni un paso más o...

Pongo los ojos en blanco. —No es la primera pistola que me apuntan a la cabeza hoy, y probablemente no sea la última, guarda eso. —Me giro hacia Victoria—. No he venido a causar problemas.

—No haces otra cosa que causar problemas —insiste ella.

—La última vez fuisteis tú y Jackson los que intentasteis causarlos —le recuerdo—. ¿Dónde está él, por cierto?

—Como si te importara —me acusa—. No... no está aquí ahora mismo.

Bien, todavía no admite que ha desaparecido. Al menos, no ante los de fuera.

—Me parece bien, he venido a hablar con Antonio —le digo.

El guardia aún no ha guardado el arma. —¿Por qué deberíamos dejarle pasar? —pregunta.

—Uno: dos miembros de mi familia llevan más plomo encima que todo tu linaje junto. Dos: no somos enemigos. Pero sí tenemos uno en común.

Victoria resopla. —¿Los Dresvanni? Pensaba que los estabais ayudando. Que erais muy amiguitos.

—Eso es lo que queremos que piensen todos, incluidos ellos —le digo—. Eivor tiene un plan y... contra todo juicio racional, quiere que forméis parte de él.

Ella parpadea y una mueca de autosuficiencia asoma a su rostro, mientras se le iluminan los ojos. —¿Yo?

—No, Victoria, no tú específicamente. —Pongo los ojos en blanco —. Tu puta familia. Así que necesito hablar con Antonio.

—Lo que sea que tengas que decirle a Antonio, me lo puedes decir a mí primero —insiste.

—Tiene razón. No vas a pasar de aquí antes de explicarte por completo —me dice el guardia.

—¿Qué os parece esto como explicación?... Los Dresvanni tienen planes para echaros de aquí a patadas —digo mientras me meto las manos en los bolsillos.

Victoria mira al guardia y luego hace un gesto con la mano. Él guarda la pistola. Ella vuelve a mirarme.

—¿Qué tienen planeado exactamente?

~

Hablar con Antonio Carvel es como hablar con una pared. Todo lo que dije pareció entrarle por un oído y salirle por el otro; es viejo, increíblemente viejo, pero sigue vivo y, por tanto, sigue siendo el jefe de la familia.

Es su hija menor, Antonia, llamada así por él, por supuesto, quien realmente lleva las riendas. Simplemente deja que él crea que lo hace.

Necesito que todos ellos piensen que llevan las riendas. Los Carvel, los Dresvanni... todos tienen que creer que yo y el resto de los Fiorelli estamos de su lado y solo del suyo.

Conseguir que los Carvel me crean es un proceso agotador. Que miren más allá de su estupidez congénita y encuentren alguna neurona a la que aferrarse para retener la información. Sin embargo, la idea de que una de las familias más poderosas de Italia quiera borrarlos del mapa y hacer como si su historia nunca hubiera existido es suficiente para que colaboren conmigo, confíen en mí o no.

No están dispuestos a arriesgarse.

No obstante, para cuando llego a casa y me desplomo en la cama, es casi de noche.

Miro el móvil y veo un mensaje de Carmine.

Me quedo en casa. No hace falta que vigiles.

Menos mal. Necesito una noche de sueño, puede que veinticuatro horas completas, en realidad.

Le envío una respuesta rápida.

Recibido. No busques líos.

Hay muy pocos líos en los que pueda meterse en su propia mansión, pero por lo que vi en la cámara de la biblioteca la noche anterior, al menos hay alguno.

Me quito la ropa hasta quedarme en pelotas y me meto bajo las sábanas.

Es muy fácil quedarse dormido después de todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas, pero mientras concilio el

sueño, pienso en el dolor de los ojos de Carmine.

Secretos que perduran allí, desconocidos, sin contar.

Mientras me quedo frito, se me ocurre que quizá de lo que se trata todo esto sea más sencillo de lo que creía.

Alguien hizo daño a Carmine.

Alguien le hizo daño, y él sigue sufriendo las consecuencias.

Una carga que conozco demasiado bien.

La culpa me invade.

No debería importarme esto. Él no debería importarme.

Después de lo que he montado esta tarde... ya no hay vuelta atrás.

¿Verdad?



—¿Con qué frecuencia voy a tener que verte la cara? —dice Alessio Dresvanni mientras cruzo la puerta principal. Parece incluso más agotado de lo que suele estar Carmine.

—Para siempre, cariño. —Esbozo una sonrisa torcida.

Miro a un lado y veo a Carmine allí de pie; su expresión parece confusa y tiene las manos cerradas, casi en puños.

—Uf. Solo... por favor, prométeme que si os arrancáis la piel a tiras, lo haréis fuera. No necesitamos más decoración destrozada —masculla Alessio antes de desaparecer en la otra dirección.

—No puedo prometer nada —respondo en el mismo tono.

Carmine suspira y me indica que lo siga por el pasillo. —Ven. Tenemos que hablar.

—Oh, hablar. Qué serio te pones —digo mientras lo sigo a su despacho. Su estudio privado, que apenas ha cambiado desde la muerte de su padre. Lo sé porque he estado atento a cualquier cambio en la casa. Es bueno conocer el entorno.

—¿Qué problema tienes hoy? —me pregunta mientras cierra la puerta una vez que ambos hemos entrado.

—¿Mi problema? —le pregunto—. La última vez que te vi, te comportabas como si estuvieras dispuesto a anular todo esto.

Él resopla. —No. Puede que no quiera... volver a participar en eso, pero todo esto es más importante.

—Participar... —mascullo—. Supongo que podrías llamarlo así. —Me siento en la silla al otro lado del escritorio mientras él se sienta en la suya.

Se está sirviendo una copa.

—¿Necesitas eso? —pregunto.

Me lanza una mirada fulminante. —Sí, lo necesito.

Hay que reconocer que tiene mejor aspecto. No parece algo que el gato haya traído arrastrando.

—Han pasado dos días. Necesito saber de qué has hablado con los Carvel —insiste Carmine.

—¿Así que vas contando los días? Podrías haber venido tú —le recuerdo.

Él niega con la cabeza. —No voy a entrar en eso hoy. Limítate a decirme cómo ha ido la conversación.

Lo observo. Sé que tengo que contárselo. Mentirle.

Prepararlo para un fracaso mayor de lo que pueda estar imaginando.

Todavía no estoy listo.

Necesito más tiempo.

—¿Por qué no me cuentas tú algo primero? —le pregunto.

Él frunce el ceño y toma un sorbo. —¿Como qué? —Observo cómo su lengua se desliza por sus labios.

—Por qué reaccionaste así en el almacén —respondo.

Él se aclara la garganta. —¿Cómo?

—Como si estuvieras a punto de romper a llorar... o a arder —le recuerdo. No rompo el contacto visual con él.

—No sé de qué me hablas —dice—. Hablamos en el almacén y nos fuimos cada uno por nuestro lado. No pasó nada.

Me pellizco el puente de la nariz. —Ahora, ¿quién tiene el problema? —Alargo la mano hacia uno de los vasos vacíos que hay sobre el escritorio—. Necesito esa copa.

—No sé por qué te importa, de todos modos —añade, pero me sirve un doble mientras habla.

—Cuando me follo a un hombre y llora después, me preocupa, Carm. —Cojo el vaso y me lo bebo. Baja suave, solo con un ligero ardor que se asienta en mi estómago.

—Te dije que no me llamaras así —sisea, con voz baja—. Y mantén la puta boca cerrada sobre eso.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Qué tiene de malo, de incorrecto? —le pregunto.

Me levanto de la silla y rodeo el escritorio. Apoyo la mano en la madera y me inclino más cerca de él. —¿Qué es lo que no se te permite desear?

—Se me permite hacer y querer lo que me dé la gana —me espeta—. Yo mando aquí.

—Esa noche no mandabas tú —le recuerdo—. Mandaba yo y, a juzgar por la carga que te corriste sobre tu propio estómago, yo diría que te iba bastante el tema.

Se pone rojo como un tomate y aprieta el vaso hasta que los nudillos se le vuelven blancos. Mira hacia la puerta.

—Ha sido un error —insiste él—. Dejarte al mando de lo que sea es una mala idea.

—Yo no lo creo —mi voz es baja.

Carmine intenta levantarse, pero le pongo la otra mano en el pecho y vuelvo a empujarlo hacia el asiento de cuero del escritorio.

—¿Qué quieres de mí? —gruñe Carmine.

Me inclino más cerca de él. —Quiero que me digas qué quieres tú —susurro—. Dime en qué piensas cuando me ves.

—¿Y si te digo que en lo único que pienso es en darte un puñetazo en la cara? —pregunta, con una sonrisa burlona asomando a su rostro.

—Entonces eres un maldito mentiroso —le suelto con voz ronca cerca de la oreja.

—Suéltame —exige él, empujando mi mano con el pecho y rodeándome la muñeca con los dedos. Le cojo la mano y la retiro de mi brazo.

—Dímelo —ordeno, mirándolo fijamente a los ojos.

—Si no son pensamientos sobre mí, dime quién te hizo tanto daño que ni siquiera puedes admitir que te gusta que un hombre

más grande que tú te folle a lo bruto.

A Carmine le tiembla la nuez al tragar. —No —balbucea.

—¿A qué de las dos cosas? —pregunto—. Los secretos de familia son mi especialidad —me inclino aún más—. Yo te contaré los míos si tú me cuentas los tuyos.

Él niega con la cabeza. Veo ese brillo ardiente en sus ojos.

—Está bien —mascullo—. Te diré lo que quiero yo.

Uso la otra mano para levantarle la barbilla, agarrándole la mandíbula con brusquedad.

—Quiero que llores, Carmine. Cada vez que parece que vas a hacerlo, rezo para que ocurra —confieso—. Quiero lamerte las lágrimas de la cara y saborearlas en mi boca. Quiero restregarlas mientras mi polla te llena la boca.

Carmine se remueve en la silla pero no se aparta.

—Cada puta vez que te veo, quiero ponerte de rodillas y correrme en el fondo de tu garganta mientras te follo la cara hasta que estés rojo y empapado.

Le levanto la cara a Carmine, obligándolo a inclinarse un poco hacia fuera de la silla. Un suave gemido brota de sus labios y mi polla da un respingo.

—¿Te gusta oír eso? —le pregunto.

No habla en voz alta, pero asiente con la cabeza contra mi mano. Sus ojos arden de deseo. Deseo mezclado con culpa.

Un conflicto que conozco bien.

—Claro que sí, zorrita. Eres un chico tan bueno, pero no te dejas sentir lo que sientes —le susurro con dulzura.

—Qu-quiero ponerme de rodillas —suelta en un tono amortiguado. La segunda parte es apenas un murmullo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto burlón—. Usa tus palabras.

—Quiero... que me pongas de rodillas —me dice un poco más alto—. Mete tu polla en mi boca y fóllatela hasta que hayas terminado conmigo.

Deslizo la mano desde su mandíbula hasta su mejilla, donde froto con el pulgar un par de veces.

—¿Tan difícil era de admitir? —le pregunto.

Carmine jadea cuando lo agarro por la parte de atrás del pelo y lo empujo hacia abajo de la silla. Se hunde de rodillas en el suelo de madera sin vacilar.

—¿Aquí? —pregunta.

—¿Es lo que quieres? —pregunto, con la voz vibrando de forma profunda.

Sus ojos caen inmediatamente hacia el bulto en mis vaqueros.

—Eso pensaba. Ahora, desabróchame los pantalones y coge lo que quieras, pedazo de mocoso.

Carmine no pierde tiempo en desabrocharme el cinturón y bajarme la cremallera de los vaqueros.

Me estremezco cuando sus dedos se deslizan dentro de mis calzoncillos y a lo largo de mi miembro duro, envolviéndolo hasta que lo saca por la abertura de la tela.

Espero que lo acaricie unas cuantas veces, que lo mire, quizás hasta que lo lama primero, pero la boca de Carmine me rodea en medio segundo.

—Mierda —jadeo suavemente.

Aprieto el agarre en su pelo mientras me mete casi todo en su boca húmeda y caliente. Su lengua se desliza por la parte inferior de mi polla y luego alrededor de la punta mientras mueve la cabeza.

—Ahh, joder, sí, así mismo. —Gruño y empiezo a empujar las caderas hacia su cara, deslizando mi polla dentro y fuera de su boca al ritmo de su succión húmeda y ruidosa.

Si no hubiera estado ya duro como una piedra, ahora definitivamente lo estoy. El líquido preseminal gotea de mi punta y baja por su garganta mientras me la chupa como un profesional. Le estoy follando la boca con fuerza y rapidez, y él tiene arcadas de vez en cuando, pero no para. No se retira ni se queja. Gime suavemente alrededor de mi miembro, enviando vibraciones excitantes a través de él.

Mi polla se hincha en su boca a medida que me acerco más y más. Solo salen de mí ristras de improperios, y le agarro el pelo con tanta fuerza que si apretara más podría apartarlo de mí.

Mis huevos se aprietan y cada embestida se vuelve más rápida, más corta. Hasta que mi polla apenas sale de su boca.

—Joder... joder... Dios, qué buen chico eres —digo entre jadeos y dientes apretados.

Carmine parece chupar con más fuerza ante mis elogios. Miro hacia abajo para ver sus bonitos ojos mirándome, y pierdo el control.

Doy una sacudida en su boca y luego me quedo completamente quieto, enterrado hasta el fondo de su boca mientras el semen sale disparado de mi punta en varias descargas pesadas.

En el segundo en que termina, tiemblo y gruño. Siento las rodillas débiles.

Veo cómo Carmine se retira cuando le suelto el pelo y se traga casi hasta la última gota de mi descarga. Algo gotea por las comisuras de su boca junto con su saliva.

—Buen chico —susurro, suave y retumbando en mi pecho. Me inclino de nuevo y le acaricio el pelo un par de veces.

De repente, la puerta del despacho se abre.

—Siento molestar, pero... —Tommaso está allí de pie en el umbral. Con la mano en el pomo de la puerta, observo cómo sus ojos pasan del escritorio a mi cara, bajan hasta mi polla que cuelga fuera de mis pantalones goteando, y luego a la cabeza de Carmine que asoma por encima del escritorio, ya que sigue de rodillas.

El hermano de Carmine abre la boca, luego se ríe por lo bajo y niega con la cabeza. —No, no quiero saberlo... pero ten por seguro que se lo voy a contar a todos los demás.

—Fuera —le espeta Carmine a Tommaso—. Mantén la boca cerrada.

—Vale, pero me debes una —insiste su hermano antes de retroceder y cerrar la puerta.

Miro a Carmine, que tiene la cara roja y la boca húmeda. Se levanta lentamente y se limpia la boca con el brazo.

—¿Crees que se callará? —pregunto.

Carmine resopla y mira hacia abajo, su lengua se desliza por sus labios. —Solo... guárdate la polla, Soren.

Sonrío con suficiencia. Mi cabeza todavía está nublada por un placer dichoso. Sin embargo, sigo su orden, me la guardo y me subo la cremallera de los vaqueros.

Me doy cuenta de que Carmine no va a admitir pronto que me desea, y que quiere esto... y francamente, probablemente sea lo mejor. Ni siquiera debería desearlo yo. Si Eivor se entera de esto...

Pero ¿qué es *esto* exactamente?

¿Qué estoy haciendo aquí? Trabajando en dos planes diferentes e intentando ser fiel a ambos... todo mientras me encuentro totalmente colado por el tipo al que se supone que debo guiar al infierno.

Se supone que también debo sacarlo de él.

Trago saliva y camino hacia el otro lado del escritorio, no queriendo que Carmine note ningún signo de conflicto en mi expresión.

—Cuéntame cómo fue la charla con los Carvel —dice Carmine. Se sienta en la silla de su escritorio.

Me alegro de que pase al tema que nos ocupa, pero eso significa poner en marcha algo de lo que no podré retractarme.

Me siento también y me echo un poco hacia atrás, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿Qué, no se permite un poco de mimos después? —le pregunto.

Él resopla. —No has sido para tanto.

Entorno los ojos. —Eso no es lo que parecía.

—Por si acaso también se te han bajado por mi garganta las dos únicas neuronas que tienes, déjame recordarte que no estás aquí por la bondad de mi corazón —me dice Carmine—. Estás aquí porque afirmas querer ayudarme y que estamos en el mismo bando. Contra los Carvel. Así que dime qué coño dijiste cuando fuiste a hablar con ellos.

—Vale, vale —levanto una mano. Mis ojos cambian de sus ojos a su boca, esa boca que hace un momento rodeaba mi polla. Luego su pecho... su respiración sigue siendo un poco pesada. Mi entrepierna vuelve a arder. Verlo tan alterado y autoritario me pone. Saber que yo soy quien ha conseguido que Carmine Dresvanni se ponga de rodillas.

Intento apartarlo de mi mente. Centrarme en el aquí y ahora. Tengo que controlarme. Necesito que se crea lo que voy a decir.

—Lo que yo dije no es tan importante como lo que dijeron ellos —insisto—. Intenté convencerlos de que no tienen nada de qué preocuparse por tu parte. Que mientras se queden en su lado y se guarden las manos quietas, todo irá bien.

Carmine me observa pero no habla.

—No son muy listos, ya lo sabes. Intentar sacarles información... uno pensaría que sería más fácil, pero no paran de hablar de chorradas que ni siquiera importan —digo mientras agito la mano—. Al final, se les escapó que están dispuestos a llegar a un compromiso.

—¿Compromiso? —pregunta Carmine, entrecerrando los ojos hasta dejarlos como rendijas.

Asiento. —Sí. Lo que ellos creen que es un compromiso, al menos. Quieren el mismo poder que tú sobre todos los dominios que posees, incluido este.

Carmine suelta una carcajada, mirándome con incredulidad. —¿Quieren el mismo trato que te ofrecimos a ti? —pregunta retóricamente—. No tienen ni la mitad de poder. ¿Por qué iba yo a aceptar eso?

—Les dije que no lo harías —digo—. Y bueno, al menos para saber eso sí son lo bastante listos.

—¿Así que se están cruzando de brazos esperando encontrar algo con lo que superarnos? —pregunta con curiosidad.

Inclino la cabeza de un lado a otro canturreando. —Más o menos. Creo que están planeando entrar aquí a tiros en algún momento de la semana que viene. Tomar algunos rehenes.

Carmine se endereza. —¿No te ha parecido importante empezar por ahí? —alza la voz—. ¿De verdad creen que pueden entrar aquí y... qué, cargarse a todo el mundo? ¡Ja! —niega con la cabeza, pero hay ansiedad en sus ojos.

—Estaba un poco ocupado, si no lo recuerdas —le recuerdo, y veo el deseo cruzar fugazmente su expresión antes de que se aclare la garganta y coja la botella para servirse otra copa.

Lo observo, preguntándome cuántas se va a tomar hoy.

—Supongo que no te han dado un día concreto. —¿verdad? —pregunta.

—No —respondo—. Pero no será este fin de semana —suelto las palabras con naturalidad, sabiendo que despertarán su interés pero intentando no parecer que es importante.

Él da un sorbo. —¿Por qué no?

—Ah, los chicos tienen su noche de póker. Están demasiado obsesionados con el dinero como para dejar que algo se interponga en eso —le digo encogiéndome de hombros.

Observo sus ojos, pero no demasiado de cerca. Tiene que creer que no me importa nada la información que le acabo de dar.

—Bueno, el sábado no, entonces —acepta tras una pausa. Una pequeña sonrisa fingida se extiende por su rostro—. Supongo que tendremos que averiguar qué día planean aparecer y asegurarnos de estar preparados.

—Le preguntaré a Eivor si puede enviar refuerzos una vez que lo averigüemos. —Veo cómo vuelve a llevarse el vaso a los labios, con ideas y distracción en sus ojos.

Creo que he cumplido con mi trabajo, pero si es lo que se supone que debo hacer, ¿por qué me siento tan mal por ello?

11

Carmine

Estoy seguro de que Soren no me sigue; pero ya he estado seguro antes. La noche del club, estaba bastante convencido de que no me vigilaba cuando logré meterme en el ring sin que apareciera de inmediato, pero allí estaba. Acercándose directamente y sacándome a rastras de allí, lejos de Tiger.

Así que he aprendido a no fiarme de mi intuición en lo que respecta a Soren. Bien podría estar observando, esperando, solo para saltar y rescatarme.

Como si necesitara que me rescatara en cualquier momento. Sé cuidarme solo. No lo necesito; no necesito a mis hermanos; no necesito guardias.

Por eso estoy aquí.

Caminando por un callejón mal iluminado en mitad de la noche.

Soren me había dado, sin querer, la información exacta que buscaba. Los Carvel planeaban una emboscada, pero no esta noche. El sábado por la noche jugarían al póker. No me había dicho dónde, pero fue bastante fácil de averiguar.

Unas cuantas llamadas, mensajes y una búsqueda en mapas después, sabía exactamente a dónde ir.

No estoy preocupado. Probablemente solo sean cinco o seis, y llevo mi pistola encima. Esta vez estoy preparado, y ellos serán los que se lleven la sorpresa. No yo.

A medida que me acerco más y más a la puerta trasera del local de oficinas donde celebran la partida en el centro, no puedo sacarme la cara de Jackson Carvel de la cabeza.

Sus manos.

La forma en que me había mirado, como si no fuera más que un cuerpo para su uso personal. Para tomarlo y hacer lo que quisiera con él.

Si Soren no hubiera estado allí para detenerlo, ¿hasta dónde habría llegado?

La rabia brota en mi interior, y no me importa que me superen en número. Yo estoy más furioso y estoy listo.

—Si me estás siguiendo, más vale que estés listo para pelear —digo al aire. Por si acaso Soren está escuchando.

Si quiere ir tras mis pasos, que así sea, pero no pienso irme sin que se derrame sangre. La mía, la suya, la de todos.

Aun así, me descubro esperando que Soren no me esté siguiendo. Esto podría saldarse con muertes mínimas, o podría terminar con todo el mundo luchando por su vida.

No quiero matarlos a todos. Solo quiero mostrarles lo que significa enfrentarse a Carmine Dresvanni.

Enfrentarse al hijo de mi padre.

Quiero demostrar que soy lo bastante fuerte para liderar esta familia.

La luz bajo la puerta es tenue, pero sé que están ahí dentro.

No hay ningún guardia apostado en la puerta. Lo cual es un poco extraño, pero quizás realmente no esperan ningún peligro esta noche. ¿Por qué habrían de hacerlo?

Sin embargo, debería esperar un guardia dentro. Saco mi pistola, despacio, y uso la otra mano para abrir la puerta. Estoy preparado para disparar si me apuntan con un arma. Si alguien me pone una sola mano encima, estoy listo para volarle la puta cabeza.

No es suficiente.

Me doy cuenta en cuanto la puerta se abre y veo que la mesa redonda en el centro de la pequeña oficina está completamente vacía, sin rastro siquiera de una sola carta, de que algo va muy mal.

—¡Entra! —sisea una voz a mis espaldas.

El cañón frío de una pistola se presiona contra mi nuca.

No hay nadie frente a mí a quien disparar, y si intento darme la vuelta y arrebatarles el arma, podría estar muerto antes de verle la cara a mi asesino.

—¡Suelta la pistola!

Mantengo el arma con fuerza en la mano, pero doy un paso adelante.

—¡He dicho que sueltes la puta pistola! —me ordena.

Oigo más de un par de pasos. Tres... no, cuatro. No, cinco.

Tenía razón, cinco personas; pero eso es en lo único en lo que he acertado.

Me empujan dentro de la habitación en penumbra y cierran la puerta tras de mí. Tomo una decisión rápida y deslizo mi pistola sobre la mesa en cuanto estoy lo bastante cerca.

—Buen trabajo, así que sí sabes obedecer órdenes —me dice una voz diferente. —¿De verdad pensaste que podrías venir aquí y salirte con la tuya?

Me quedo callado. Mis ojos, fríos y calculadores, analizan toda la estancia. El escritorio, la silla, la pequeña ventana cerca del techo. La puerta a mi izquierda. Las botellas de bourbon en un pequeño armario a la derecha, con copas de cristal al lado.

Si puedo quitarle el arma de la mano y coger la mía, tendré dos pistolas contra ellos. Dependiendo de si hay guardias fuera de la puerta de la oficina, podría salir por ahí.

Si no, si un tiroteo se convierte en la única opción, el escritorio podría servirme de escudo para que no me acribillen.

—Veo cómo te funciona la cabeza, chaval; ni se te ocurra pensarlo.

La voz es parecida a la de Jackson, pero no del todo. Tosca y grave, con un acento que no tiene nada de italiano.

—Sabes, debería haber imaginado que los americanos codiciosos como vosotros no jugaríais limpio —digo con calma.

Siento una mano en la espalda y otra en el hombro antes de que me den la vuelta contra mi voluntad. Casi se me tuercen los tobillos por el movimiento repentino.

—Cierra la puta boca —me escupe el hombre.

Intento controlar mi temperamento. Sé que alterarme no servirá de nada contra los Carvel. No puedo perder los estribos. No esta vez.

Pero tampoco dejaré que me toquen, no como la última vez. Nunca más.

—¿Qué queréis? —pregunto.

—¿Qué le hiciste a Jackson? —me pregunta él.

Le observo la cara. Grande y surcada por la ira.

—¡Dímelo, maricón! —sisea.

No puedo evitar reír.

—¿Qué tiene tanta puta gracia? —dice otro de ellos.

Sus nombres son irrelevantes, incluso aunque los supiera. No son más que lacayos. La forma en que sostienen las armas, la forma en que se quedan demasiado lejos para ser un peligro real.

Me doy cuenta de que quizá no estoy tan en desventaja numérica como pensaba.

—¿De verdad queréis saberlo? —pregunto.

Me presiona la pistola contra el esternón. —Dinos qué le pasó y puede que te dejemos morir rápido.

Miro con furia al hombre que apoya el arma contra mi camisa de vestir hecha a medida.

—Jackson pensaba que me estaba tirando a su mujer —les digo. —Pero veréis, ese no es el problema.

Me zarandean un poco y suelto un gruñido en respuesta, intentando zafarme de él. Intentando acercarme poco a poco a la mesa para coger mi pistola.

—Quédate donde estás —dice otra voz y oigo cómo recogen mi arma de la mesa.

Maldita sea.

—El problema... fue cuando intentó *violarme*—digo con desprecio.

El tipo grande parpadea y luego se ríe. —¿Qué? ¡Sí, claro!

—¡Ja! Intentó violarte. Seguro. Seguro que desearías que eso pasara.

Se me tensa la mandíbula. —¿Deseas tú que pasara? —pregunto con crudeza.

Presiona la pistola con más fuerza contra mi pecho. —¿Qué pasa, que intentaste chupársela y él te rechazó, carita de ángel? —me pregunta.

Se me cierra la garganta y cada centímetro de mi cuerpo se queda helado.

No. Otra vez no. No puedo dejar que esto pase otra vez. No puedo.

Tengo que moverme. Protegerme.

Me escuecen los ojos. No puedo llorar delante de ellos. No puedo dejar que estos capullos sepan que nada de lo que dicen o hacen me está afectando.

—Yo le rechacé a él —le escupo. —Cuando me arrastró al suelo e intentó bajarme los pantalones para meterme la polla en la boca. Vuestro Jackson. Vuestro Jackson intentó violarme y nada de lo que digáis o hagáis cambiará eso. Así que, si yo soy un maricón, supongo que él también lo es.

Esto solo hace que se enfurezcan más, pero creo que eso es bueno. Su agarre sobre la pistola se vuelve más firme pero más tembloroso.

Vamos, puedo hacerlo. Puedo moverme.

—Deberían violarte a ti por decir eso —me sisea uno de ellos.

—¡Pues hacedlo! —gruño.

La adrenalina me recorre el cuerpo. Agarro la pistola presionada contra mi pecho antes de que pueda apretar el gatillo y le doy un codazo en la cara. El hombre más corpulento retrocede tambaleándose y yo giro en redondo, apuntando con el arma al primer hombre que veo. Él también me está apuntando.

—¿Quién quiere recibir primero?! —grito. Mi respiración es pesada y tengo la cara ardiendo. Intento mantener la calma, pero ráfagas de lo que Jackson intentó hacerme no dejan de cruzarme la mente.

No solo él.

Me trago el nudo de la garganta e intento concentrarme.

De repente, los puños vuelan y las balas surcan el aire. Me agacho e intento esquivarlas, pero siento un dolor punzante en la pierna, casi en el mismo lugar donde me rozó una bala hace varias semanas.

—¡Hijo de puta! —golpeo con la culata al tipo más cercano, le arrebato el arma y apunto a los dos que tengo enfrente. Hay un guardia y otro tipo apuntándome.

Me corre sangre de la nariz por los labios y mi pierna está empapando mi zapato caro.

—Vais a pagar la factura de la tintorería con vuestra puta vida. —aprieto el gatillo y me agacho antes de que cualquiera de los otros dos pueda disparar. Un hombre cae y yo me lanzo hacia atrás hasta que puedo tirar una de las pistolas a un lado y usar mi mano libre para agarrar al guardia por el pelo.

Le pongo la pistola en la cabeza.

—No os importa este tío, ¿verdad? —pregunto, y antes de que cualquiera de los hombres restantes pueda responder, le pego un tiro en la cabeza. La sangre me salpica la cara y la camisa. El olor me produce náuseas, pero al mismo tiempo es todo tan embriagador.

La cabeza me empieza a dar vueltas por la pérdida de sangre.

—Hijo de puta —gruñe uno de ellos y me placa contra el suelo antes de que me dé cuenta de que es lo que pretende. Mi pierna está demasiado débil para darle una patada, la otra está atrapada contra el suelo.

—¿Jackson intentó violarte? ¿Eh? Como si no te fuera a gustar, zorra asquerosa —forcejea conmigo en el suelo mientras intento zafarme de su agarre.

El corazón me late con fuerza en el pecho.

—A lo mejor termino yo su puto trabajo —empieza a manosearme la entrepierna.

Sus manos están sobre mí otra vez.

Esas palabras me atraviesan.

Me lo merezco.

Me lo merecía.

Yo lo quería.

El instinto de lucha se ve abrumado por el instinto de simplemente quedarme aquí tumbado y dejar que ocurra. Igual que hacía cuando era más joven. Cuando era demasiado pequeño para luchar de verdad.

La puerta de metal se abre con un estruendo y con ella entran Soren y dos de los guardias que ahora trabajan para ambos.

Sus ojos están llenos de una ira incandescente, y eso me saca de mi estado de parálisis.

Ya no soy pequeño.

Puedo luchar.

Uso toda la energía que me queda para empujar al hombre y quitármelo de encima al mismo tiempo que Soren lo agarra por la parte de atrás de la camisa y lo lanza a un lado.

—¡Ya te ha valido! —le grito a Soren.

Soren saca su pistola y apunta al hombre que acababa de manosearme.

—¡No! —grito con un bufido. —¡Ese es mío!

Me incorporo del suelo, con mi pierna ensangrentada gritándome de dolor, agarro mi pistola que se había caído en el forcejeo y apunto al hombre.

—Por favor, yo... —empieza, pero al momento siguiente mi dedo aprieta el gatillo y una bala va directa a su entrepierna. Luego al estómago, luego al pecho.

—¿Quién es la zorra asquerosa? —digo con desprecio mientras me acerco a él cojeando, más balas vuelan por la habitación.

—¡Ah, joder! —grita uno de los guardias de mi bando. —¡Hijo de puta! Vas a pagar por eso, cabrón... —sus palabras son cortadas por el sonido de él golpeando al otro hombre hasta la muerte con su pistola.

La habitación está absolutamente cubierta de sangre y agujeros de bala.

Mientras los guardias ponen de rodillas al único hombre vivo en la estancia, miro a Soren, cuyos ojos reflejan una emoción familiar.

Culpa.

Me cuesta mantenerme en pie, y mucho más caminar, pero me acerco a él mientras oigo cómo alojan la última bala en la cabeza del último hombre. No dejar a nadie vivo. Ese parece ser el estilo Fiorelli, pero la forma en que Soren me mira, y cómo la ira arde en sus ojos, me dice que no se limitó a seguirme hasta una trampa.

—¿Sabías algo de esto? —le pregunto en voz baja.

No me responde. En su lugar, mira hacia otro lado, lejos de mí. Siento que ya sé la respuesta, pero en lugar de sentir rabia, todo lo que siento en este momento es alivio porque haya aparecido en el último minuto para encargarse de estos tíos. Sea cual sea el motivo, ahora no importa.

Lo único que importa es que salgamos de aquí echando leches antes de que aparezca alguien más.

Mientras me encamino hacia la puerta y salgo de nuevo al callejón, Soren me sigue. Voy cojeando y la cabeza me da cada vez más vueltas. No sé cuánta sangre he perdido, pero seguro que son un par de litros.

—Estás herido —me dice Soren.

—Vaya, eres un puto genio —respondo con un jadeo. Mi voz suena más débil de lo que esperaba.

Soren gruñe y se pone delante de mí. —Deja que te cuide, por el amor de Dios. Tienes una bala en la pierna, otra vez.

Lo aparto de un empujón. —No hasta que respondas a mi pregunta —insisto.

Él no contesta, solo se queda a mi lado mientras otro guardia ayuda a salir al que venía detrás de nosotros.

—Él está más herido que yo —señalo hacia atrás. —¿Por qué no lo mimas a él?

—No estoy mimando a nadie. Mi trabajo es cuidar de ti, ¿recuerdas? —me recuerda Soren.

Pongo los ojos en blanco. Me cuesta caminar. Me apoyo en la pared de ladrillo junto a nosotros, intentando que parezca casual. Mi respiración es pesada.

—Lo estás haciendo genial, ¿no? Apareciendo después de que la pelea ya ha empezado. Cuando ya tengo la bala en la pierna —digo agitando una mano. Una mano cubierta de sangre.

—Oh, vete a la mierda —dice Soren y me agarra del brazo. —Has venido aquí sin decírselo a nadie. Sabías que habría problemas; has venido a buscarlos.

—Si me estás vigilando, entonces sabes dónde estoy. Podrías haberme detenido antes de que entrara —le acuso mientras me arrastra por el callejón. Ahora estoy demasiado débil para detenerlo, y no quiero hacerlo.

Si alguien va a darme menos problemas, es él. Si mi propia familia estuviera aquí... ya estaría hundido hasta el cuello en consecuencias. No necesito eso.

Por muy molesto que sea Soren, hay algo en la forma en que me mete en su coche y me aparta el pelo de la cara que hace que quiera estar con él más que con cualquier otra persona ahora mismo.

—Ah, no, no vengas ahora a reclamar nada, gilipollas —me maldice Soren y luego sus dedos rozan mi mandíbula. —Has venido aquí por tu cuenta.

—¿Ah, sí? —pregunto, mirándole con la visión borrosa. Me devuelve la mirada un segundo y luego cierra la puerta casi en mi cara. Me aparto de ella por instinto y luego me relajo contra el asiento trasero.

—¿No querías que el asiento de delante se... ensuciara? —le pregunto con la respiración entrecortada mientras él se desliza en el asiento del conductor. Veo el coche en el que vinieron los guardias alejándose a toda velocidad, con los faros en la distancia.

Las sirenas resuenan a nuestras espaldas.

No oigo la respuesta de Soren. Simplemente me desplomo en el asiento de atrás mientras él conduce atravesando dos calles secundarias diferentes antes de dirigirse a un barrio decadente en los dominios de su tío.

—Llévame a casa —ordeno. —Allí pueden remendarme. —Ignoro el hecho de que no resulto ni remotamente intimidante con la cara pegada al cuero desgastado del coche y los ojos medio abiertos. Apenas alcanzo a ver a Soren por el retrovisor cuando alzo la vista, y noto que él también me mira. Nuestras miradas se cruzan brevemente.

—Estamos más cerca de mi sitio —dice justo antes de entrar en un aparcamiento tan mal iluminado que la luna brilla más que las farolas.

Varias de esas farolas parpadean y oigo gritos desde el otro lado de la calle.

—¿Seguro? —pregunto con una risita débil. —¿En los barrios bajos?

Soren apaga el motor y sale, abre mi puerta y yo gruño cuando me agarra del brazo y me incorpora de un tirón hasta sentarme.

—Por favor, aquí es más seguro que en tu propia casa. La gente aquí no tiene mucho que perder, así que protegen lo que tienen. Nosotros tenemos tanto que perder que somos unos temerarios con ello.

Suelto un siseo al apoyarme en mi pierna mala y Soren mete su hombro bajo mi brazo para ayudarme a ponerme en pie y caminar hacia el robusto edificio de ladrillo con pequeños balcones de hierro en cada planta.

—He estado aquí, me acuerdo —digo con desprecio en respuesta. —¿Alguna vez has vivido en un edificio infestado de ratas, Fiorelli?

Soren resopla y usa una llave para abrir lo que parece ser una puerta lateral del edificio, pero que en realidad es una puerta lateral al sótano. Las escaleras son demasiado estrechas para que bajemos los dos, así que cierra la puerta con llave y luego se mueve a mi alrededor.

Camino detrás de él, sintiendo que los peldaños se cimbrean bajo mis pies. Me siento cada vez más inquieto a medida que avanzo. Mi pierna empieza a darme la sensación de que camino sobre el hueso. Sé que no es así, pero el dolor hace que me escuezan los ojos y aprieto los dientes intentando no dejar que las lágrimas caigan.

—Sé de buena tinta que tú no —me dice Soren una vez que estamos abajo. —Puede que los dos hayamos estado aquí por poco tiempo, pero nosotros podemos volver a casa al final de la noche; ellos no.

12

SOREN

—No tienes ni idea de cómo fue mi infancia. —Carmine me está soltando borderías desde el otro lado de la habitación. He conseguido acomodarlo en un viejo sillón raído en el sótano del edificio de apartamentos francos que posee mi tío. Lograr que se calle es harina de otro costal. Debo admitir que escuchar el sonido de su voz y saber que está vivo me produce una sensación de... ¿alegría? ¿Es eso lo que es este pálpito en mi corazón y en mi entrepierna?

Al menos una parte. Otra parte de mí, incluso la parte oscura y sangrienta, está atormentada por la culpa. No debería sentirme culpable por lo que he hecho. Al fin y al cabo, es mi trabajo. Solo un trabajo.

Excepto que no es solo un trabajo; eso ya ha quedado claro. Me he enredado en algo con Carmine Dresvanni y ahora estoy aquí, en un piso franco de mala muerte, prácticamente suplicándole que me deje curarlo.

Exactamente lo contrario de lo que se supone que debería estar haciendo ahora mismo.

—Seguro que estuvo llena de traumas, igual que la mía —digo finalmente mientras traigo varias herramientas que he desinfectado

con alcohol y algo de gasa.

—¡Ay!, ¡hijo de la gran puta!, ¿podrías al menos avisarme antes de agarrarme la pierna así? —Carmine sisea de dolor. Le he agarrado la pierna para apartar sus vaqueros empapados de sangre de la herida.

—¿Acaso te avisó alguien antes de dispararte? —le pregunto mientras examino el agujero de la bala. No es muy profundo, por suerte, pero está justo al lado de la cicatriz de una lesión anterior.

—Qué gracioso. —Carmine intenta quitarme los alicates de punta fina de la mano; yo los retiro—. Puedo hacerlo yo solo.

—¿Qué? ¿Solo porque ya lo has hecho antes? —le pregunto con intención, y luego lo empujo con mi mano libre para que vuelva a sentarse como estaba. La gasa y una botella de agua reposan contra su otra pierna.

—No dejas de ayudarme, pero hay algo que no entiendo —me dice.

Lo ignoro y simplemente le tiendo un fajo de gasas. —Vas a querer morder algo.

Las coge, pero no se las mete en la boca. —Primero, dime qué ha pasado ahí dentro.

Lo ignoro una vez más.

No puedo decirle que ayudé a tenderle la trampa, arruinaría todo el trabajo. Pero quizá ya lo haya hecho.

¿Cómo demonios le voy a explicar a Eivor que Carmine no está muerto, ni siquiera brutalmente herido como mínimo, porque irrumpí y lo salvé en el último segundo? No hay forma de que esto acabe sin que me partan la cara.

—Muerde —le advierto en lugar de darle una respuesta.

Empiezo a hurgar en la herida para localizar y extraer la bala. No es profunda, pero sé que aun así duele a rabiar. Veo a Carmine meterse la gasa en la boca en el último segundo y gime. Mientras mis dedos y los alicates hurgan en su carne blanda y sus músculos ensangrentados, se retuerce bajo mi tacto de una manera de lo más tentadora.

Hay algo en la forma en que se le corta el aliento mientras jadea por la nariz, y en cómo se agita su cadera mientras lucha por

mantener la compostura... Es increíblemente excitante. No debería serlo, no en este momento, pero lo es.

—Estás muy bueno cuando sientes dolor —le digo al mismo tiempo que saco la bala de su pantorrilla y la suelto en la mitad de una lata vacía. Tintinea y rueda. Entonces, empieza a brotar más sangre de la herida abierta.

Las palabras de Carmine no son más que sonidos amortiguados, pero juraría que dice algo como: *que te jodan, Soren.*

Suelto una carcajada y luego vierto un poco de agua sobre la herida para limpiarla, antes de coger la aguja y el hilo médico. Es un poco viejo, aunque está limpio, y si coso con demasiada fuerza podría romperse y tendría que empezar de nuevo. Decido que dar una puntada cada vez es mejor opción que llevarlas seguidas por la piel.

Carmine escupe la gasa y me agarra del pelo desde donde estoy arrodillado frente al sillón.

—Enfermo de mierda, más vale que te des prisa —gruñe.

Sus dedos en mi cabello solo me excitan más, por la forma tan firme en que me sujetan. La intensidad de su voz, lo fuerte y salvaje que parece. Es más pequeño que yo, desde luego, pero ahora mismo soy yo quien está de rodillas y él es quien tiene las uñas contra mi cuero cabelludo.

—Como sigas así, te voy a follar en lugar de curarte —le digo.

Su rostro se pone aún más rojo y me suelta antes de recostarse y apretar los reposabrazos del sillón con los nudillos blancos.

—Eso no va a volver a pasar —refunfuña Carmine.

Sonrío para mis adentros, pero luego mi expresión decae al concentrarme en coserle la herida. No porque esté muy ensimismado, sino porque debería tener razón.

La tiene. Lo que pasó las dos veces anteriores no debería volver a ocurrir, y quiero ser capaz de decir lo mismo; que no sucederá.

Pero no puedo.

No quiero que sea así.

Es decir, quiero que pase. Quiero que vuelva a ocurrir, más de lo que he deseado nada en mi vida.

Quiero sentir su cuerpo caliente y desnudo contra el mío, debajo, encima, al lado... me importa un carajo. Ensangrentado y cubierto de sudor, o limpio y con olor a lino fresco, no me importa en absoluto.

Es difícil ignorar estos pensamientos mientras trabajo en él, pero pronto termino y arrojo los materiales que estaba usando a la lata también.

—Vas a necesitar unos vaqueros nuevos —comento con naturalidad antes de ponerme en pie. La sangre se me baja de la cabeza a las piernas y me siento mareado por un segundo, pero apoyo una mano en el brazo del sillón para estabilizarme.

Carmine toma aire con fuerza. —No me importan los vaqueros.

Una vez que se me pasa el mareo, lo miro con una ceja arqueada —. ¿Ah, sí? Te hacía de esos. Ropa de diseño y todo eso.

—No me hables como si la tuya no lo fuera —dice mientras se incorpora lentamente y baja el reposapiés del sillón con una mueca de dolor.

—Cierto —asiento—. Aunque el algodón suele ser menos caro que la seda y el satén. —Le estoy tomando el pelo ahora, intentando desviar su mente del tema de por qué estaba yo allí esta noche, y por qué estaba él también.

No funciona. Ignora lo que acabo de decir y, en su lugar, me lanza una mirada gélida.

—Esto ha sido culpa tuya. Lo sé. —Me señala brevemente. Cuando intenta levantarse, flaquea y me veo alargando la mano para ponerla en su espalda.

Se zafa de mí. —Quítame las manos de encima.

—Tú eres el que fue a una partida de póker buscando pelea —le recuerdo. Aunque sé que solo estoy diciendo chorradas. Sé lo que he hecho. Aunque no quiera admitirlo.

¿Es eso? ¿Simplemente es que no quiero, no que no deba?

Eivor se pondrá furioso; no hay nada que pueda hacer para evitarlo ahora... Pero Carmine. ¿Es lo que estoy haciendo algún pobre intento de permanecer puro a sus ojos de alguna manera? ¿Leal?

¿Soy solo un niñato asustado que no quiere que sepa que le he traicionado? ¿Que le he estado traicionando todo este tiempo?

Aprieto la mandíbula.

—Me diste esa información y no finjas que fue un accidente —me acusa mientras se endereza, apoyando la mayor parte de su peso en su lado sano—. Pensé... joder, fui lo bastante estúpido como para pensar que lo había sido; que me habías dado esa pequeña perla de información solo para que lo supiera. Que no esperarías que realmente lo investigara y los encontrara. Debería haberme dado cuenta.

Trago saliva con dificultad. Ver cómo la oscuridad cruza su rostro hace que la sangre me bombee con más fuerza. Culpa. Excitación. Frustración. Deseo. Todo está ahí.

—Dime, Soren... ¿cuándo decidiste joderme de forma tan magistral? —me pregunta—. No, no, espera. En realidad: ¿cuándo decidiste que esa decisión era mala y saltaste en el último puto segundo para hacer lo correcto?

Resoplo—. ¿Lo correcto? —le pregunto—. Sabes quiénes son nuestras familias, por el amor de Dios. Bueno, malo, correcto, incorrecto... ¿qué importa ya? ¿O sea que tu familia es la correcta y la mía es la equivocada? ¿Es eso? ¿Se supone que debo inclinarme y besaros el culo a todos porque quiero mantenerte a salvo? ¿Ignorar mi deber y lealtad hacia *mi* familia por la tuya?

Carmine agarra la lata con la bala y los alicates y la lanza a través de la habitación con un estrépito—. ¡Tú eres el que vino a mí! —me grita con voz débil—. Eivor nos pidió que aceptáramos vuestra protección, que trabajáramos con vosotros. A pesar de rechazar cualquier acuerdo sólido aparte de trabajar en el club y más dinero. A pesar de negaros a ser verdaderos aliados. Yo habría estado dispuesto a llegar a un acuerdo, pero vosotros, malditos Fiorelli, sois tan jodidamente tercos, como si os hubieran dejado caer de cabeza desde un cuarto piso, os hubieran recogido los ángeles y os creyerais que sois dioses.

—¿Que nos creemos dioses? Tu padre trataba a todo el mundo, incluida su propia familia, como si le debieran algo solo por respirar cerca de un árbol que estuviera en sus tierras —le respondo con

saña. Tengo la cara encendida y las manos cerradas en puños a los costados. Sé que tiene razón.

Yo no la tengo.

Me cuesta mantener la fachada.

—No hables así de él. —Carmine se me echa encima con el puño en alto. Lo sujeto y lo aparto de mí.

—Quiero protegerte, Carmine —le digo con sinceridad, bajando la voz—. ¿Crees que estaría aquí si no fuera así?

—Entonces dime la verdad, Soren, por el amor de Dios. —La voz de Carmine se quiebra de una forma que me hace cerrar los ojos y respirar profundamente.

No estoy seguro de qué espero que salga de mi boca, pero cuando la abro, la mierda simplemente brota. Y no la sarta de mentiras de antes. La verdad.

—Está bien. Te dije dónde estarían a propósito. Sabía que había una posibilidad de que aparecieras allí. Que no podrías dejar pasar la oportunidad. Pensé... tal vez, esperaba que no fueras tan estúpido, tan temerario —le digo con los ojos aún cerrados. No puedo mirarle, no ahora. Todavía no—. Sabía que te estaban esperando.

—¿Por qué, Soren? —me pregunta, y siento que da un paso más hacia mí.

Me quedo en silencio.

—Abre los ojos. Mírame —exige—. Enfréntate a mí como un hombre.

No puedo evitar reír y abrir los ojos—. ¿Todavía necesitas pruebas de que soy un hombre después de todo lo que he hecho? ¿De lo que hemos hecho? —le pregunto, agitando un brazo—. Quizá... quizá tengas razón. Quizá no soy un hombre; solo soy un puto espantapájaros.

Carmine me mira fijamente—. ¿De qué cojones estás hablando? —me pregunta—. ¿Por qué me tendiste la trampa, Fiorelli? ¿Qué está pasando aquí? Estoy harto de respuestas vagas.

Sacudo la cabeza, sobre todo por mí mismo—. Mi tío quiere tomar el control —le digo sin rodeos—. Quiere más poder del que tú estás dispuesto a darle, y... tú estás el primero en la lista de los que están en su camino.

Carmine resopla—. Lo sabía. Sabía que esto no era por protección. Sabía que me estabas mintiendo. —Me agarra por la pechera de la camisa y yo hago lo mismo con él, intentando quitármelo de encima, pero se aferra con fuerza.

Estamos cara a cara, nariz con nariz. Puedo sentir su aliento caliente contra mi boca.

—Tú harías lo mismo si estuvieras en mi lugar —insisto—. La lealtad a nuestras familias es lo único que tenemos, ¿no?

—Me dijiste que me dabas esos guardias para protegerme. Proteger a mi familia. ¿A Eivor le importa siquiera el acceso al club? ¿O fue solo para intentar camelarme? ¿Darnos algo a cambio para que pareciera que iba en serio?

—Os dimos los guardias. Han estado trabajando para vosotros. Eso no fue una mentira —intento decirle, pero sé que no es del todo cierto—. Han estado recopilando información sobre tu familia, pero aún no se ha utilizado.

Abre mucho los ojos y me sacude con todas sus fuerzas, que noto que no están al máximo.

—Hijo de puta —gruñe—. Intentaste que me mataran.

Le agarro las manos e intento apartarlas de mí. Estoy casi seguro de que, si no se quita de encima en el próximo segundo, voy a hacer algo de lo que me arrepentiré. Empiezo a ver rojo y la culpa que me corroe por dentro se intensifica. La frustración y el conflicto aumentan.

—¡Te salvé! —le grito mientras obligo a sus manos a soltar mi camisa y lo sujeto por las muñecas. Mis manos grandes rodeando las suyas. —¡Ni una, ni dos, sino tres veces!

—¿Y cuántas de esas veces fueron planeadas por ti? ¿Acaso tú...? Oh, Dios —suelta Carmine con voz entrecortada—. ¿P-planeaste lo que pasó con Jackson?

Esta vez soy yo quien abre los ojos de par en par.

—¡No! ¡Ni de coña! Jamás haría eso, Carm —le digo. Me escuecen los ojos por unas lágrimas que no soporto. Me hacen sentir débil y estúpido. Ya le he fallado a mi familia; cuando mi tío se entere, tengo que ser fuerte. No puedo dejar que esta debilidad me venza.

—¿Cómo puedo fiarme de eso? —me pregunta—. ¿Cómo puedo fiarme de nada de lo que digas? —Intenta zafarse de mi agarre.

Le miro mientras el corazón me duele en el pecho, rozándose contra las costillas en medio de toda esta emoción abrumadora. No puedo negar lo que siento.

—Porque lo que siento no es una mentira. —Esta vez soy yo quien tiene la voz entrecortada.

Su respiración se detiene mientras deja de luchar contra mí—. ¿Qué?

—Intento hacer lo que Eivor me dice todo el tiempo. Luchar contra ti, mientras intento mantenerte a salvo. A cada paso adelante, doy un paso atrás y acabo en el mismo puto sitio. Porque no puedo hacer lo que ellos quieren y protegerte al mismo tiempo —le digo, con voz baja y densa—. Pude haber mentido sobre por qué estoy aquí. Sobre por qué os dimos esos guardias. Puede que te haya metido en una trampa, pero... lo que está pasando entre nosotros no es una mentira.

—No hay nada entre nosotros —me escupe Carmine y se aparta de mí en un momento en que me pilla desprevenido. Lo dejo ir. Me tiemblan las manos y él también está temblando. Se ve pálido y débil por la pérdida de sangre. Como si estuviera a un segundo de perder el conocimiento.

—Sabes que eso no es verdad. —Me acerco más a él, por si se cae. Quiero ser capaz de sostenerlo.

—Te necesito, Carmine. Más de lo que he necesitado a nadie nunca y... joder, no lo entiendo, pero es la verdad —insisto y alargo la mano hacia él, poniéndola en su brazo—. Lo que necesito de ti, eso... eso no es una mentira.

Él se aleja de mí y toma aire—. Basta ya —dice con voz ronca—. Para. No puedo con esto.

Da un paso a un lado y luego mira hacia las escaleras—. Me voy, y si intentas detenerme...

Niego con la cabeza—. No lo haré, pero necesitas sangre, Carm.

—No me llames así —sisea.

—Bien. Lo dicho. Deja que te lleve al hospital. Los guardias se dirigían allí de todos modos, y podemos conseguirte algo de sangre

y esas cosas antes de que te desmayes —insisto.

—Conduzco yo —me dice y extiende la mano pidiendo las llaves.

Suelto un bufido—. Ni hablar, pareces incapaz de caminar.

Me lanza una mirada furibunda.

—Si no mueves el culo hacia las escaleras, te subiré en brazos —le digo, devolviéndole la mirada.

Me observa un momento, de arriba abajo, y veo en sus ojos que está intentando averiguar si hablo en serio. Debe decidir que sí, porque empieza a caminar hacia las escaleras.

Lo sigo.

Mi tío Eivor me va a despellejar vivo después de esto.

13

Carmine

Siento la pierna como el mismísimo infierno mientras entro en el hospital por una puerta trasera. Es un hospital a las afueras de la ciudad. Está bien financiado gracias a que todas las familias del crimen se presentan con incidentes que necesitan mantener en secreto, así que solo pasan un minuto o dos antes de que me lleven a una sala trasera para hacerme una transfusión de sangre.

Me llevan en silla de ruedas, en realidad, en contra de mi voluntad. Me siento débil y ridículo así, pero, a decir verdad, apenas puedo caminar, ¿así que qué otra cosa se suponía que debían hacer?

No dejo que Soren venga conmigo, para su consternación. Esbozo una media sonrisa para mis adentros al imaginarlo sentado fuera, en el pasillo, refunfuñando a solas.

Es lo menos que se merece por haberme jodido. No puedo creer que me mintiera.

En realidad, sí puedo. Quizá ese sea el problema. Supe en todo momento que no debía confiar realmente en él ni en su familia, pero seguí haciéndolo de todos modos. Debería haber dicho que no a su oferta de más guardias. Debería haber dicho que no a su oferta de guardarme las espaldas.

Ahora que sé que es de los Fiorelli de quienes tengo que protegerme, sinceramente no estoy seguro de qué hacer.

Eso es mentira. Sé lo que debería hacer. Debería deshacerme de todos ellos, incluido Soren. Asegurarme de que no tengan acceso a mi familia en absoluto.

Hacer eso dejaría claro que sé lo que traman, sin embargo, y mi familia no está lista para una guerra abierta. No con ellos. Son diferentes a los Carvel; los Fiorelli pueden valerse por sí mismos. Por eso había estado dispuesto a estar en un plano de igualdad con ellos en primer lugar.

Lástima que sean demasiado codiciosos para eso.

—Señor, ¿se encuentra bien? —me pregunta el enfermero tras ponerme la vía. Me he quedado sentado en la cama en silencio, sin reaccionar lo más mínimo.

—Sí, estoy bien —insisto—. ¿Has acabado ya?

Él me observa. —Sí, esto tardará un par de horas. Le traeré algo de beber y de comer. Necesita recuperar fuerzas. ¿Le gustaría que un médico le echara un vistazo a la pierna?

—Ya se han ocupado de ello —respondo con un tono frío e inexpresivo. Ni siquiera miro al enfermero, solo al frente, a la pequeña televisión de la habitación que emite las noticias con el volumen bajo.

—De acuerdo, señor —dice con nerviosismo. Sabe quién soy, claramente, aunque no hayamos intercambiado nombres.

—No te preocupes por mí —murmuro—. Tu trabajo está a salvo. Limítate a hacerlo.

Exhala lentamente. —Gracias. —Entonces empieza a salir de la habitación.

—Espera —digo mirándolo.

Se detiene. No, más bien se queda petrificado. —¿Sí, señor?

—¿Qué está pasando con los otros dos hombres que han venido hace aproximadamente una hora? —pregunto—. Los guardias.

Sabrá a quiénes me refiero y, si no, alguien lo sabrá.

Parpadea al mirarme. —Ah. ¿La otra víctima de un disparo? —pregunta, y mira hacia un lado con ansiedad—. Bueno, por desgracia, señor, no ha sobrevivido.

Me trago la bilis en la garganta. Ese era uno de los nuestros. Tango. No sabía su nombre real, o al menos el de nacimiento; siempre se había hecho llamar Tango durante los tres años que llevaba con nosotros.

Ahora, por culpa de Soren, estaba muerto.

—Gracias. —Eso es todo lo que digo antes de que el enfermero se marche de verdad esta vez.

No, quizá no todo sea culpa de Soren.

Fui a esa partida de póker con la intención de buscar venganza. Venganza contra un hombre que ya estaba muerto. Venganza contra su familia.

Jackson había intentado violarme. Había intentado hacer algo que ni siquiera su familia podía creer que hubiera intentado. Irónico, considerando que uno de ellos decidió terminar el trabajo de Jackson.

Aun así, ¿era realmente culpa suya que se le metiera en la cabeza que me estaba tirando a su mujer y decidiera venir a por mí?

No, puede que no. ¿Era culpa de Soren?

Parecía tan sorprendido como yo por todo aquello. Pero había aparecido en el último momento para matar a Jackson.

¿Cómo puedo estar seguro de que no fue algo que planeó? ¿Y si esto —lo que ha pasado esta noche— lo fuera?

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el cabecero de la cama de hospital. No puedo estar seguro. Lo único que puedo hacer es recordar la expresión de rabia en el rostro de Soren. La forma brutal en que mató a Jackson, rápida pero violenta.

La forma en que me cuidó después.

También me ha cuidado esta noche, pero era culpable.

Aprieto los puños por un momento.

Todo es tan confuso.

No obstante, un hombre ha muerto. Un buen hombre. Uno de mis hombres. Un hombre con familia. No muchos de nuestros guardias tienen familia; es una de las ventajas de contratar a hombres con pasados turbios y oscuros para protegerte. Suelen venir solos, y su único equipaje es el que llevan sobre los hombros.

Tango, sin embargo, había conocido a una encantadora mujer hacía dos años, y tenían una hija de cinco meses. Su esposa y su hija vivían a kilómetros de aquí, solo para estar seguras, pero lo que las mantenía seguras a ellas no lo mantuvo seguro a él. Ni lo más mínimo.

Su esposa, Isabella, no culparía a Soren, ni culparía a los Carvel. No, ella me culparía a mí.

Mi trabajo era proteger a su marido. Mi trabajo era no ponerlo en peligro.

Al elegir entrar en ese callejón, supiera o no que era una trampa, incluso si no lo hubiera sido... puse a mi familia, de sangre o no, en peligro.

Por primera vez en semanas, me siento verdadera y dolorosamente sobrio.

Quizá sea hora de que empiece a asumir alguna responsabilidad.



Lo siguiente que sé es que me despierto en la cama del hospital con unos cuantos litros de sangre ajena corriendo por mis venas y un dolor punzante en la pierna. Sean cuales sean los analgésicos que me han dado al llegar, está claro que el efecto ya está desapareciendo.

Bien. Quiero tener la mente lo más despejada posible para lo que voy a hacer a continuación.

O al menos, lo que debería hacer. Todo lo que puedo hacer de momento es esperar a que vuelva un enfermero. Por mucho que desee arrancarme la vía yo mismo y marcharme de aquí, realmente quiero estar en las mejores condiciones antes de irme. Sin que me falte ni una gota de sangre.

Cuando finalmente entra una enfermera, es una distinta. Debe de haber habido un cambio de turno.

—Es libre de irse cuando quiera. Sus papeles del alta... —Se detiene un momento al final de la frase—. Se archivarán bajo el

nombre de Claude Valdam. Así que no tiene de qué preocuparse. —Su sonrisa vacila.

Todos aquí están nerviosos a mi alrededor. A nuestro alrededor. Por una buena razón. Por lo que ellos saben, un paso en falso y podrían perder la cabeza.

De todos modos, no creo que disparar a una enfermera esté hoy en mi lista de tareas pendientes; por muy impulsivo que fuera mi padre, Tommaso es quien heredó el grueso de ese rasgo.

Prefiero hacer preguntas primero. Especialmente después de aquello en lo que me metí antes.

Qué estúpido he sido... pero no he sido solo yo. Soren. Lo sabía, y dejó que me metiera allí, solo para saltar después de que me hubieran rodeado.

—Gracias —digo simplemente, pero mis ojos no están puestos en ella mientras me quita la vía, sino en el umbral de la puerta.

Soren está allí de pie, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—He imaginado que necesitarías que alguien te llevara a casa —dice una vez que la enfermera pasa por su lado y sale de la habitación.

—Mi familia puede llevarme a casa —le digo.

—¿En serio? —pregunta—. Porque no están aquí. —Mira alrededor de la habitación y luego por encima del hombro.

—No he dejado que avisaran a la familia —admito—. Quería hacerlo después.

Entra en la habitación y mete la mano en el bolsillo trasero. —Necesitarás esto entonces. —Soren me tiende mi teléfono. La pantalla está cubierta de grietas finas pero aún funciona.

Se lo quito y luego lo observo mientras deslizo el dedo por mis mensajes de texto. Hay unos cuantos preguntando dónde estoy. Hablando de una reunión familiar. Frunzo el ceño.

Definitivamente es necesaria. Eso lo sé bien, y tengo unas cuantas cosas que decir, pero no estoy listo todavía. No estoy listo para enfrentarme a mi familia.

Apenas estoy listo para enfrentarme al hombre que tengo delante, y son sus transgresiones las que deben ser compensadas,

no las mías.

Compensadas... Parece que ya he tomado una decisión. No puedo deshacerme de Soren, sin importar lo que deba o no deba hacer.

Soren me ha salvado la vida varias veces, pero esa no es la única razón.

Apago el teléfono por completo y me levanto de la cama. Por suerte no me han obligado a ponerme un camisón de hospital, pero tengo una pulsera espantosa alrededor de la muñeca que me pica. Me la arranco y la tiro a un lado.

—Tenemos que hablar —le digo a Soren, y él me devuelve la mirada con una expresión sombría. Veo mis propios ojos fríos reflejados en los suyos.

Soren asiente. —Tú dime dónde y te llevaré allí.

Al momento siguiente estoy en el asiento del copiloto del coche de Soren y él conduce por la carretera oscura, no hacia un piso franco de los Fiorelli, sino a uno de los nuestros. Un refugio de los Dresvanni. Uno de los mejor cuidados en la costa, a unos kilómetros al sur del hospital. Sé que habrá agua caliente, ropa limpia y algo de beber cuando llegue allí.

Por un momento, olvido lo sobrio que me había sentido antes de quedarme dormido. Olvido lo que me había dicho sobre asumir responsabilidades. La ansiedad me recorre la espalda. ¿Qué voy a decirle exactamente a Soren?

No tengo tiempo suficiente para pensarlo antes de que lleguemos a la pequeña casa en una ladera rodeada de pinos y piñas.

Cualquier pizca de ansiedad en mi interior parece calmarse en cuanto nos quedamos solos dentro de la casa. Me digo a mí mismo que no es porque Soren esté aquí conmigo, sino porque esta casa significa algo para mí, y es cierto. Sigue pareciéndose mucho a cuando era niño. No se ha cambiado mucho de la decoración. Una manta pequeña y suave sigue colgada del borde del sofá. Un poco desgastada y rota, pero todavía útil. Tejida a ganchillo en colores pastel marrones y verdes, con pequeños toques de rosa pálido. Estoy de pie en el pasillo mirándola, casi olvidando por completo la presencia de Soren.

—Bueno, hablemos. —Su voz viene de detrás de mí y tomo aire lentamente.

—Cierto. —Me doy la vuelta para encararlo—. ¿Cómo has podido traicionarme así? —le pregunto—. Confié en ti, en tu familia... quizá en contra de mi sentido común. Pero dijiste que querías protegerme, Soren.

Los ojos de Soren son oscuros y nublados como un cielo tormentoso. —Y quiero hacerlo, Carmine —insiste—. Por eso estoy aquí ahora mismo, pero es más complicado que simplemente protegerte a ti y a tu familia, ya lo sabes.

Niego con la cabeza. —No, no creo que lo sea. O estás de mi lado, o no lo estás —le digo.

Soren emite un gruñido bajo. —¿Cómo sé yo que tú estás de mi lado? —me pregunta—. No hemos hecho ningún maldito trato.

—¿Aparte del falso que me presentaste para poder atraerme a mi puta muerte? ¿Te acuerdas de ese? —Me acerco más a él, apretando los puños—. El que ha hecho que me cosan la pierna y que corra por mis venas sangre de otra persona.

Soren me observa. —Mi sangre.

Parpadeo sorprendido. —¿Qué?

Se lame los labios un momento. —No tenían suficiente de tu tipo de sangre en existencias... resultó que yo soy compatible, así que... —deja la frase en el aire.

Todo mi cuerpo arde y juro que siento una punzada en mis vaqueros. Intento obligar a mi cuerpo a calmarse, pero saber que la sangre de Soren está dentro de mí —al menos en parte— hace que mi piel vibre con una vitalidad y un calor sin igual.

—No me pediste permiso —le espeto.

—No me hacía falta —me contesta—. Además, ¿realmente habrías dicho que no solo porque fuera mi sangre?

Lo miro fijamente, intentando ignorar la creciente excitación en mi entrepierna. —Eres un imbécil —le respondo—. ¿Se supone que esto debe demostrarme que puedo confiar en ti?

—No, es más complejo que eso; joder, lo sabes bien, pero es un comienzo, ¿no? —me pregunta.

Resoplo y niego con la cabeza. —¿De verdad crees eso? ¿Un comienzo? No, un comienzo sería decirme que has terminado con los planes de tu tío —digo. Dudo mucho que lo haga, y sus siguientes palabras solo confirman mis temores.

—No puedo hacer eso —me dice.

—¿Entonces qué vas a hacer ahora, seguir intentando que me maten pero luego saltar para salvarme antes de que acabe bajo tierra? Una y otra y otra vez. —Lo miro, desconcertado—. ¿Por qué no lo haces ahora? —Saco mi pistola de la funda y se la tiendo—. Acabemos con esto de una puta vez.

Soren gruñe de nuevo y me arranca la pistola de la mano. Sin embargo, no me apunta con ella. En su lugar, la deja sobre una mesa cercana y da un paso adelante, acercándose aún más. Puedo sentir su aliento caliente en mi cara, de algún modo incluso más caliente que mi propia piel. Huele a cigarrillos y a caramelos de menta para ocultarlos.

—Cierra la puta boca, no voy a matarte —insiste—. No... maldita sea, Carmine, no te quiero muerto, pero no puedo simplemente traicionar a mi familia. ¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

Aprieto los dientes hasta que me duele. —Buscar una salida.

—Eso es lo que voy a hacer —dice Soren—. Voy a buscar la forma de que ambas partes estén contentas, pero por ahora, si vuelvo y le digo a mi tío que no solo he jodido completamente sus planes, sino que los he estado mandando a la mierda, me matará.

Tengo los hombros rígidos por la tensión.

—Yo podría matarte ahora mismo —le digo a mi vez—. Podría acabar con tu puta vida por lo que has hecho. Mentir. Engañar. Manipularme. Apuesto a que nada de lo que hicimos fue real, ¿verdad? Solo una estratagema para meterte en mi cabeza metiéndote *dentro* de mí. —Me arden los ojos y siento náuseas en el estómago. Me doy unos golpecitos en la sien para enfatizar mis palabras.

Soren niega con la cabeza y me agarra por la parte delantera de la camisa. —No. No vayas por ahí —me exige—. Eso fue real. Yo te quería, tú me querías.

—Tú no sabes lo que yo quiero, no me conoces —le siseo. Mi voz suena cargada de emoción—. Crees que sabes mucho.

—Tú eres el que cree saber tanto —me acusa Soren—. Sé más de lo que tú mismo estás dispuesto a admitir.

Suelto una burla y me aparto de un empujón, a pesar de que en realidad me gusta bastante la sensación de su mano más grande y áspera apretando mi camisa y obligándome a estar cerca de él. Olerlo: su piel, su pelo, su aliento. Sangre, sudor, humo.

—¿Qué es exactamente lo que no quiero admitirme a mí mismo? —le pregunto. Lo observo de arriba abajo. Tengo el presentimiento, por la media sonrisa que se dibuja en su rostro, de que realmente sabe más de lo que pienso. Más de lo que yo mismo he llegado a comprender. No me gusta. Quiero darle un puñetazo en la cara y besarle la boca al mismo tiempo.

Matarlo, besarlo... Todo es lo mismo en este mundo, ¿no?

—Te gusta someterte a mí —dice con voz ronca mientras se acerca tanto que mi espalda choca contra la pared y no hay a dónde ir. Sus palabras hacen que se me forme un nudo en la garganta y que mi polla se endurezca aún más—. Te pusiste de rodillas tan rápido en tu oficina... me la chupaste como si estuvieras esperando la oportunidad, Carm.

Trago saliva con dificultad e intento ignorar el calor que me recorre el estómago y la espalda. Excepto que él coloca uno de sus grandes brazos junto a mi cabeza y presiona su cuerpo contra el mío. Dejo escapar un gemido suave e inclino la cabeza hacia atrás contra la pared.

—No sé qué pasa por esa cabecita tuya todo el puto tiempo, pero sé lo que pasa por ella ahora —susurra—. No mentía cuando te besé, cuando te follé en aquel sofá. Cuando me corrí en tu boca... te he deseado cada segundo desde la primera vez que te vi, solo intentaba convencerme de que no era así.

Mi respiración es temblorosa al exhalar, y él parece beberse el aroma de mi aliento, gimiendo y acercando más su rostro al mío.

—Esto no funcionará —le digo, con voz baja y mucho más necesitada de lo que nunca me había oído.

—No importa —murmura—. ¿Tú *quieres* que funcione?

Gimo y cierro los ojos un segundo. Soren presiona sus caderas contra las mías muy levemente y siento su propia erección a través de sus vaqueros. Roza la mía lo justo para que un escalofrío me recorra la columna.

—S-sí —respondo. Incapaz de negarlo. Ya no puedo más.

—Bien —me susurra Soren al oído. El sonido es tan delicioso que apenas puedo soportarlo. Cada centímetro de mi cuerpo está caliente y con hormigueo. —O podemos salir de aquí y lidiar con las consecuencias ahora mismo o puedo llevarte a la cama más cercana y follarte hasta que pierdas el sentido. Tú eliges, nena.

Prácticamente ya estoy jadeando solo de pensarlo. Soren me agarra los brazos, los levanta lentamente sobre mi cabeza y me inmoviliza contra la pared aún con más fuerza. Sus dedos se aprietan alrededor de mis antebrazos. Debería odiarlo. Debería sentirme asqueado, y quizá me sienta así. Quizá sea parte de por qué me gusta.

Me siento atrapado, pero no forzado. Por alguna razón, confío en que si digo «para», lo hará. Que Soren no me presionará más.

No quiero decir «para». Ni «no». Ni ninguna variación de esas cosas.

En cambio, lo único que quiero decir, y lo único que digo, es: —A la cama... a la cama, por favor.

Soren apoya su frente contra la mía un segundo. —Oh, hoy eres un chico muy bueno, ¿verdad? O un chico malo... tal vez ambas cosas —suelta una risita y de repente me suelta las manos.

Por un breve instante me preocupa que me haya estado tomando el pelo, pero entonces me levanta en vilo del suelo y me echa al hombro como si no pesara nada. Suelto un jadeo y me retuerzo en su agarre.

—¡Soren! —Le doy un golpe en la espalda, y él gruñe mientras atraviesa la casa conmigo a cuestas como un animal salvaje hasta que encuentra un dormitorio, el único que hay, y prácticamente abre la puerta de una patada.

—Voy a darte lo que necesitas —me promete. Me duele la pierna. No me importa. No mientras me tumba en la cama de la habitación en penumbra y siento cómo me quita los pantalones.

—¡Ah! —Jadeo cuando su boca se posa de repente sobre mis puntos.

Soren me besa a lo largo de la herida suturada y luego por encima. Su boca caliente deja rastros húmedos por toda mi pantorrilla hasta la rodilla. No puedo evitar separar un poco los muslos mientras él se abre camino hacia ellos.

—Soren —murmuro—. ¿Qué...? —empiezo, pero sus dientes se hunden en mi muslo, mordiéndome.

Se me escapa un gemido y me tapo la boca con la mano.

—Ah, ah, deja que te oiga —gruñe después de que sus dientes dejen de presionar mi piel. No hay sangre, pero la marca del mordisco está palpitante y húmeda.

Asciende rápidamente por mi cuerpo y me quita la mano de la boca, inmovilizándome el brazo a un lado.

—¿Quieres esto? —pregunta.

Apenas logro articular la palabra: —Por favor.

—Vas a tener que esforzarte más que eso, pequeño —dice con voz ronca—. Usa tus palabras.

Trago saliva con dificultad. —Sí... señor. Solo oírme decir eso me hace temblar.

Aquí, en esta habitación con él, parece que no existe nadie más ni nada más. No tengo que pensar en mi deber, ni en la muerte de mi padre, y no tengo que preocuparme de que me pase nada malo.

La única persona que realmente puede herirme ahora mismo está recorriendo el lateral de mi cuello con la lengua.

Gimo e inclino la cabeza hacia un lado, dándole aún más acceso a mí.

—Buen chico... ahhh, sí —gime Soren contra mi cuello. Presiona sus caderas contra las mías, acomodándose entre mis muslos, y me doy cuenta de que ya se ha quitado los pantalones. Ambos estamos solo con los bóvixers, y mi polla dura tiene un espasmo al sentir su firme longitud rozar la mía a través de la fina tela. De repente agradezco no llevar bóxers de seda, ya que el tacto del algodón contra mi miembro cada vez que mis caderas se agitan contra las suyas se siente jodidamente bien.

—Llevo deseándote toda la semana —confiesa justo debajo de mi oreja. Agarra mis dos manos y las inmoviliza por encima de mi cabeza—. Toda la puta semana. Cada día, cada puta hora.

Empiezo a balancear mis caderas contra las suyas, y él me aprieta las muñecas con más fuerza.

—¿Acaso te he dicho que te muevas, joder? —espeta.

Tiemblo y tomo aire. —N-no.

—¿No qué? —pregunta. Su voz suena tan oscura, profunda, tan sexy.

—No, señor —jadeo justo cuando balancea sus caderas contra las mías.

—Necesitas un castigo. Que te den unos azotes en ese culo travieso —gruñe entre dientes.

Siento que el pulso se me acelera. Si había algo que nunca esperé que me pusiera aún más duro de lo que ya estoy, es la idea de que Soren me dé unos azotes. Excepto que llevo pensando en ello más tiempo que solo esta noche. Llevo días imaginándolo.

—Azótame —suelto de repente.

—Alguien está emocionado —Soren me muerde la oreja—. Siéntate de una puta vez.

Tira de mis brazos, manejándome prácticamente como a un muñeco de trapo para que me siente, y me quita la camisa y la chaqueta antes de despojarse rápidamente de las suyas.

Soren se inclina justo cuando mi cabeza mareada empieza a despejarse y me besa. Gimo durante el beso y le rodeo los hombros con los brazos, deseando desesperadamente sentir su cuerpo más fuerte y ancho contra el mío. Brazos, pecho, piernas... su cuello grueso, su polla dura. Quiero sentirlo todo. Cada una de las partes de su cuerpo.

Le devuelvo el beso con urgencia, presionando mis labios contra los suyos como si fuera lo último que fuera a hacer en la tierra. Soren me besa de forma profunda y firme, reclamando mi boca, dominándome en todos los sentidos. Como si fuera su dueño.

En este momento, lo es.

Fuera de esta casa, mi poder está por encima del suyo. Mi familia es más fuerte que la suya.

Aquí dentro, en esta cama... Soren me domina, y estoy desesperadamente obsesionado con ello. Con él.

—Soren —gimo mientras su pecho se presiona contra el mío y su polla, mojada por el líquido preseminal, roza la mía. Su nombre queda amortiguado por el beso.

Soren me lame los labios y luego se aparta lo justo para hablar.

—Impaciente de mierda —me bufa. Sus palabras no me molestan; solo hacen que me aferre a él con más fuerza.

Me muerde y me besa la mandíbula. Me duele la pierna porque la piel se estira y los músculos se usan de formas que no deberían, pero lo ignoro. No me importa. Ahora no.

De repente, Soren se aparta y me empuja para que me ponga boca abajo. Me mete una almohada debajo de la pelvis, atrapando mi polla allí, y mi culo queda elevado respecto a la cama.

—¿Cuántos te mereces, eh? —pregunta, sin aliento y con voz ronca.

Lo único que puedo hacer es respirar.

—¿No quieres contar? Te llevarás muchos más si no cuentas, nene —se burla de mí—. Quizá es lo que quieres. Quizá eres un puto enfermo travieso, ¿eh? Habría que serlo para estar aquí conmigo. —Se inclina y me muerde en el culo.

Suelto un pequeño alarido, pero el placer y el calor inundan mi mejilla del culo. Me retuerzo contra la almohada.

—Por favor, señor —le ruego—. Lo necesito.

—Sí que lo necesitas —responde Soren, y de repente su mano impacta contra mi culo desnudo con tanta fuerza que se me encogen los dedos de los pies. Mi trasero se agita con cada azote de su gran palma contra él. Empieza despacio: uno, dos, tres, con un ligero roce entre cada uno. Alternando... pero luego, acelera el ritmo.

—¿Te gusta, Carmine? —me pregunta—. ¿Te gusta que te azoten el culo?

Gimo como respuesta, aferrando una almohada con las manos y hundiendo media cara contra el colchón. Casi tengo las sábanas en la boca.

En este momento no me siento como un gran y poderoso señor de la mafia. No me siento como un hombre que tiene que tener el

control de todo. Que tiene que sobrellevar el duelo. Que tiene que recomponerse.

Me siento... libre.

—Vamos, suéltalo, Carm —me ordena Soren—. Deja que te oiga.

¡Plas!

Me azota aún más fuerte y dejo que se me oiga gimotear y gemir.

—¡Sí! —jadeo—. ¡Sí, sí!

Sueno tan jodidamente patético, y quiero más.

—Azótame hasta que mañana me duela el puto culo al sentarme —digo entre jadeos.

Soren gruñe entre dientes y de repente oigo algo. Cuero y el tintineo de hebillas.

—¿Te va bien el cinturón? —me pregunta, con la voz un poco más suave, más baja.

Todo mi cuerpo se enciende. Mi polla gotea contra mi vientre desde donde está atrapada entre la almohada y yo. Sin duda está dejando una mancha húmeda.

—¡Joder, sí!

Apenas he terminado de hablar cuando siento un picor agudo en ambas mejillas de mi trasero. Me está azotando con su cinturón. Puedo sentir cómo el cuero enrojece mi piel aún más. Lo único que puedo hacer es menearme y aferrar las sábanas con las manos con más fuerza. Mi culo late, y creo que no podré aguantar más justo cuando él se detiene.

—Qué buen chico... —susurra y se inclina para besarme todo el culo. Su barba incipiente roza mi piel y me hace estremecer.

—Me duele —suspiro con felicidad.

—Y te gusta, chico guarro —me susurra al oído.

Las cosas que me llama me resultan familiares. Alguien me llamó esas cosas en el pasado. Cuando no podía dar mi consentimiento. Cuando era demasiado pequeño y carecía de poder real.

Entonces resultaban nauseabundas... ¿pero ahora?

Ahora me resultan excitantes.

Hay algo en este momento que es catártico de una forma que aún tengo que procesar.

Empiezo a sentir cómo se me quita un peso de encima. De todo mi cuerpo.

Soren me besa todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. Desde las plantas de los pies, subiendo por las pantorrillas, la parte posterior de los muslos, mi culo, mi espalda... hasta llegar a mis hombros.

Es como si me estuviera devorando, y me encanta.

Siento cómo se inclina contra mí. Su polla presionada contra mi culo.

—Te necesito —dice, con una voz tan necesitada y desesperada que hace que mi propio miembro se hinche aún más.

—Tómame —respondo sin aliento.

Lo que no digo es la segunda parte que ronda mi cerebro.

Soy tuyo.

Soren me besa la nuca, con fuerza y desordenadamente. Luego se oye un poco de trajín en el cajón de la mesita de noche junto a la cama. Sea lo que sea lo que ha encontrado, parece suficiente, porque oigo cómo lo abre y él suelta un gemido momentáneo. Entonces, sus dedos húmedos encuentran mi esfínter y desliza un par de ellos dentro, lubricándome y abriéndome para él.

Froto suavemente mis caderas hacia abajo y mi culo hacia arriba contra sus dedos. Estoy tan increíblemente necesitado de él que apenas puedo procesarlo. Tengo la cabeza nublada. La habitación está cálida y húmeda. Ni siquiera puedo ver nada, y mucho menos a él, pero no importa.

Los dedos de Soren se deslizan fuera de mí y suelto un quejido de protesta.

—Eres como una perrita desesperada —gruñe—. Tan desesperado por tener mi polla dentro de ti.

No me hace esperar mucho, lo que solo demuestra su propia desesperación.

Soren tantea un segundo para encontrar mi agujero en la oscuridad, pero finalmente lo logra.

A medida que cada centímetro de él se desliza dentro de mí, poco a poco... lento y constante, mi boca se abre y mis párpados aletean.

Su polla me llena a la perfección. Casi había olvidado lo bien que se sintió la primera vez. Encajamos perfectamente, y lo único que puedo hacer es gemir mientras empieza a follarme. Sus embestidas son fuertes y ganan impulso rápidamente, pero sin pasarse.

Una de sus manos descansa en la base de mi espalda, y la otra sube por mi espalda hasta encontrar mi pelo.

Soren tira de mí para que me sostenga sobre mis rodillas con su ayuda mientras su brazo rodea mi cuerpo.

—¡Soren! —jadeo entre gemidos—. ¡Oh, joder... joder! Eso se siente jodidamente bien. —Echo la cabeza hacia atrás contra su hombro y su boca se desliza por el lateral de mi cara.

—Sí... joder, tómala. Toma mi polla, nene —jadea cerca de mi oído.

No puedo mantener los ojos abiertos, ni la boca cerrada. Prácticamente se me cae la baba.

—A-así, s-sí —gimo. Mi propia polla se balancea con los movimientos, llenándolo todo de líquido preseminal mientras él masajea mi próstata desde el interior con su grueso miembro.

Los sonidos de la cama crujiendo y de sus caderas chocando contra mi culo solo me excitan más.

Ni siquiera me importaría que alguien entrara en la casa ahora mismo. Que uno de mis hermanos nos pillara.

La forma en que Soren me folla es tan buena que el mundo podría acabarse a nuestro alrededor y yo le rogaría que siguiera.

Mis gemidos se vuelven incoherentes a medida que él acelera el ritmo.

Follándome a lo bruto y con fuerza.

Me susurra algo al oído entre sus respiraciones, pero no logro distinguirlo. Mi cuerpo entero arde y mi mente está a kilómetros de distancia.

Nada más existe, ni hace falta que exista.

La forma en que su cuerpo se mueve contra el mío, la forma en que mi propio cuerpo se frota contra el suyo —su pecho, sus muslos —, todo es tan cálido, húmedo y perfecto.

Perfecto, perfecto. Sigo repitiendo esa palabra en mi cabeza una y otra vez. Es la única que tiene sentido.

Se me llenan los ojos de lágrimas y no impido que caigan. Dejo que resbalen por mi cara mientras la presión aumenta en mi entrepierna.

De repente, me deja caer sobre la cama, boca abajo, y Soren se pone encima de mí. Me embiste, su polla apenas sale de mi culo con cada movimiento, y siento cómo su semen me llena. Cada chorro de corrida me hace estremecer de placer.

Siento que yo también estoy cerca, pero aún no me vengo.

Ni siquiera mientras él balancea sus caderas contra mí estando todavía dentro, masajeándome aún más profundamente.

Los sonidos que hace Soren, guturales y bajos, son lo más sexy que he oído en mi vida. Ningún hombre ni mujer, ni persona, ha sido nunca tan genuinamente sexy y hermosa como él en este momento.

Saca su miembro de mí y se deja caer sobre su espalda. Poco a poco consigo ponerme de lado.

Él jadea buscando aire, pero parece notar que yo aún no me he corrido. Al segundo siguiente, su boca me rodea.

Ver a Soren Fiorelli chupándome la polla es suficiente para hacerme perder el control. No es su boca suave, ni su lengua girando alrededor de la punta, sino simplemente... él.

Me corro en su boca tres segundos después y él se lo traga todo sin decir palabra.

Todo mi cuerpo se tensa y se relaja con un fuerte escalofrío que me deja medio dormido.

No puedo abrir los ojos. No puedo hacer nada más que quedarme ahí tumbado. No sé ni cómo estoy puesto hasta que siento los brazos de Soren a mi alrededor. Su pecho contra mí.

Acomodo mi cara en su hombro y nuestras piernas se enredan.

Lo último que recuerdo antes de quedarme dormido es su voz diciendo:

—*Mío*.



Soren tiene que volver a casa para encargarse de los daños que ha causado. Aunque probablemente diría que parte de los daños también son míos. Yo no soy el que intentó matarme y luego me salvó el culo.

En lo que a mí respecta, no hice nada malo.

Al menos en lo que se refiere a eso.

Sin embargo, mientras estoy sentado a solas recién salido de la ducha, junto a un montón de ropa empapada de sangre, no puedo evitar sentirme abrumado. Un sentimiento de asco y tristeza me llena el pecho.

El sexo con Soren fue lo mejor que he sentido en toda mi vida.

Fue tan apasionado y real. Tan seguro, de alguna manera. Excepto que no lo era, ¿verdad?

¿Podía ser realmente seguro cuando el hombre que me inmovilizaba en la cama y me azotaba con su cinturón era también el mismo hombre que amenazó con matarme? ¿Cuyo tío tenía literalmente todo un plan para hundir a mi familia?

—Joder —murmuro y me pongo la cabeza entre las manos.

¿Cómo puedo ser tan estúpido?

Soren dice que lo solucionará, pero ¿lo hará? Por no mencionar, ¿puedo siquiera prometerle mi lealtad cuando él no puede prometerme la suya? No del todo. Su familia, al menos Eivor, todavía me quiere fuera de combate para que les resulte más fácil tomar el control.

Pues van listos con eso.

Me resulta divertido que Eivor parezca pensar que será más fácil lidiar con Alessio que conmigo. Yo estoy dispuesto a llegar a un acuerdo, incluso ahora, pero ¿él? Mi hermano no lo estará. No si ellos causan mi muerte. Ya sea directa o indirectamente.

Gimo y miro hacia la puerta.

Tengo que ponerme ropa limpia y volver a casa antes de que amanezca. Antes de que alguien se entere de lo que pasó en esa habitación. Lo sabrán cuando se despierten, y quiero tener un poco más de tiempo para prepararme para enfrentarme a mis hermanos por ello.

—Bueno, a follar con Soren en vez de centrarte, buen chico —me refunfuño a mí mismo—. ¿Cómo puedes estar tan mal?

Las lágrimas me queman en los ojos, pero a diferencia de antes, lucho contra ellas.

¿Cómo he podido disfrutar de lo que me hizo sabiendo lo que me pasó cuando era joven?

A lo mejor estoy incluso más jodido de lo que creo.

Respiro hondo, me paso los dedos por el pelo recién lavado y decido que no tengo tiempo para lidiar con eso ahora mismo.

Simplemente tendré que aguantarme y seguir adelante.

Como siempre he tenido que hacer.

14

Soren

—Tú eres el que lo ha jodido, así que tú vas a ser el que lo arregle —me dice Eivor mientras estoy de pie en su despacho. A diferencia de lo habitual, ni siquiera me pide que me siente con él a tomar un café, un té o cualquier bebida caliente o comida.

Asiento despacio. —Lo haré —miento. Al menos, creo que estoy mintiendo. Después de todo, no puedo simplemente darme la vuelta e irme, buscar a Carmine, pegarle un tiro en la cabeza y acabar con esto.

¿O sí puedo?

Lo pienso por un momento.

Antes, quizás, habría estado dispuesto a quitármelo de en medio siempre y cuando fuera yo quien lo hiciera. Eso me decía a mí mismo, al menos. ¿Ahora? Tengo ganas de estrangular a mi tío por el simple hecho de insinuar que yo debería ser quien lo «arregle», es decir, quien acabe con Carmine y su familia.

No quiero. No puedo. Es lo último que quiero hacer ahora. Quiero ver sufrir a muchísima más gente antes de ver sufrir a Carmine. Eso lo sé con certeza.

Pero ¿cómo vamos a seguir siendo leales a nuestras familias cuando Eivor quiere que yo le despeje el camino hacia la victoria?

—¿Qué es lo que quieres que haga? —le pregunto.

Eivor suelta un bufido. —¿Aún me lo preguntas? —dice agitando una mano—. Se suponía que Carmine debía morir esa noche. De alguna manera, acaba en un hospital con un simple agujero de bala en la pierna. Quiero que te asegures de que el trabajo se termine esta vez.

Se me tensa la mandíbula. —Entendido.

—¿Hay algún problema con eso? —pregunta, observándome.

Respiro lenta y cuidadosamente, tratando de no mostrarle ninguna debilidad. Intentando que no vea cómo me siento realmente. Ira.

Una ira y una frustración que me corroen por dentro.

Si yo estuviera al mando, nada de esto estaría pasando. No estaría compitiendo por apoderarme por completo del imperio de los Dresvanni.

—No —miento. Esta vez estoy seguro.

—Bien, pues ocúpate de ello antes de que acabe la semana —exige—. O si no.

Entorno los ojos. —¿O si no qué, Eivor? —le pregunto—. ¿Por qué es esto tan importante para ti?

—El hecho de que me lo preguntes hace que me cuestione si puedo confiar en ti —se inclina hacia delante en su asiento—. Me duele incluso decirlo, Soren, muchacho. —Frunce el ceño.

Niego con la cabeza. —Solo tengo curiosidad, tío —insisto. Me maldigo por dentro por haber hablado siquiera, en lugar de simplemente salir de la habitación—. ¿Por qué no aceptas el trato que ofrecieron? Carmine podría estar dispuesto a organizarlo. Él no sabe que tuvimos nada que ver con el incidente de anoche.

Eivor me mira con una expresión de incertidumbre. —No pueden darme lo que quiero. Lo que necesito para convertir a esta familia en la más poderosa de Italia; no, del mundo.

Empiezo a comprender lo que está pasando.

Mi tío está perdiendo la puta cabeza.

Cree que ser la familia mafiosa más poderosa del mundo es posible. Es más, cree que es bueno para la familia, lo que la familia necesita.

Me doy cuenta de que no puedo razonar con él, al menos no ahora.

Aprieto los puños, pero intento relajarme y le sonrío.

—Será mejor que me ponga a trabajar para que ese sueño se haga realidad —le digo.

Él hace una pausa y luego suelta una carcajada suave. —Nunca debería dudar de ti. Lo solucionarás, sé que lo harás.

Salgo de su despacho y la expresión de mi cara cambia de inmediato. Me cruzo con mi hermana Rose en el pasillo, que también va hacia su despacho, y parece preocupada.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta.

—Quiere que limpie el desastre —digo simplemente—. No tendré problemas.

Rosalie me mira entrecerrando los ojos. —Ya. ¿Cómo es que se estropeó todo, para empezar? Nadie me lo ha contado.

Me encojo de hombros. —No tuve más remedio que intervenir. Habría sido sospechoso que yo estuviera cerca y uno de los guardias me viera, pero no estuviera sobre él.

Ella asiente. —Supongo que tiene sentido, pero... oh, olvídalo. Solo déjame participar en tu plan para Carmine. Quiero formar parte de algo que no sea servir de cebo para hombres —insiste.

Ignoro el nudo que se me forma en la garganta. —Entendido.



Le envío un mensaje a Carmine desde uno de los teléfonos de prepago.

¿Dónde estás?

Espero una respuesta. Sé dónde está. Está en casa, en la biblioteca, pero necesito saber si me dirá la verdad sobre su ubicación. Necesito saber que realmente puedo confiar en él. Es un

poco ridículo; yo soy el que lo traicionó. Pero ¿cómo puedo saber que él no hará lo mismo?

Después de nuestra noche juntos, estoy bastante seguro de que no lo hará, pero sé mejor que nadie que nunca se puede ser demasiado precavido.

Estoy sentado en una cafetería porque no puedo estar en casa fingiendo que planeo algo que no es. Debería ir a hablar con Carmine en persona, pero ahora me pregunto si alguien me estará siguiendo. No me sorprendería que mi tío tuviera a alguien vigilándome ahora. Aparte de nuestros guardias habituales.

Miro hacia abajo cuando por fin recibo una respuesta.

En casa. Acosador. ¿Qué quieres?

No puedo evitar sonreír ante sus palabras.

Con el pulgar sobre la pantalla, pulso el botón para llamarlo. Suena varias veces antes de que la voz de Carmine se escuche al otro lado.

—Sabes que podrías venir si tanto me echas de menos —me dice, con voz profunda y ligeramente burlona.

Mi sonrisa se ensancha. —Alguien está juguetón —murmuro, bajando la voz—. Pero esto va en serio.

Hay una pausa. —¿Qué pasa?

Suspiro. —Tengo que decírtelo en persona, pero no sé si es seguro que vaya allí. ¿Encontraste todos los micrófonos que te dije? —Doy un sorbo a mi café lentamente y finjo que mi conversación es totalmente casual.

—Para ser sincero, no lo sé... —la voz de Carmine se apaga—. Tengo una reunión de negocios en Grecia dentro de unos días. Volos. ¿Puedes reunirte conmigo allí?

Echo un vistazo a mi alrededor e intento recordar a qué distancia está eso y qué excusa le daré a mi tío. No será muy difícil; puedo decirle que es para una cita. Me dará un poco la tabarra con que me centre en el trabajo, pero no debería sospechar. No será la primera vez que voy a Grecia para acostarme con alguien. Aunque ha pasado tiempo.

—Puedo ir. Envíame los detalles del hotel y la hora —le digo, sin preguntar.

—De acuerdo. Lo haré. —Carmine no cuelga de inmediato como esperaba. En su lugar, se queda en la línea. Hay una cierta tensión y yo tampoco soy capaz de colgar. Me lamo los labios y miro mi café.

—¿Cómo va esa pierna? —le pregunto.

Carmine se ríe entre dientes, y el sonido en mi oído me provoca un escalofrío por la espalda. Oírle reír es casi tan bueno como oírle gemir mi nombre. La risa no es algo común en mi vida; imagino que en la suya tampoco.

—Llevo un día que... Me duele como el demonio —admite.

—¿Te estás tomando los medicamentos como debes? —Entorno los ojos solo de imaginarlo echándose tres a la vez al coleto y bajándolos con una botella de licor. Como si eso fuera a ayudar. Al dolor tal vez, pero por dentro no, no realmente.

—Sí, sí. ¿Qué eres, mi padre? —gruñe.

El calor me baja a la entrepierna. —Puedo ser lo que tú quieras, Carm. —Sonrío para mis adentros, pero me pregunto si podrá notarlo a través del teléfono.

—Lo que quiero es que te calles —insiste, pero también noto una ligera sonrisa en su voz.

Pongo los ojos en blanco. —Jamás.



Los dos días siguientes me veo obligado a actuar como si estuviera ocupado. Eso significa pasar largas jornadas fuera de casa buscando literalmente cualquier cosa que hacer. Sigo a Carmine, pero desde una distancia mucho más laxa. Parece que se mantiene alejado de los problemas, ya que apenas sale de casa. Es una lucha constante no entrar allí y hablar con él. Preguntarle qué se supone que debo hacer en esta situación. Qué espera de mí...

En lugar de eso, intento pensar en lo que yo espero de él. ¿Qué espero de Carmine? Su lealtad a su familia es tan importante como la mía a la mía, pero ese es el problema. ¿Cómo podemos, ninguno de los dos, seguir siendo leales a nuestro bando y no matarnos el uno al otro?

Estoy pasado de cafeína y falto de sueño cuando le envío un mensaje la noche antes de tener que subirme a un avión rumbo a Grecia.

¿Seguro sobre lo de mañana?

Me siento en la cama sabiendo que necesito intentar descansar algo, pero simplemente no puedo obligarme. He pasado todo el día haciendo recados de poca monta para la familia y asumiendo el puesto de uno de los guardias que debía vigilar la puerta trasera del club Dresvanni. Solo para salir de casa y alejarme de mi tío.

Quizá esperaba que Carmine apareciera por el club inesperadamente, pero lo único que conseguí fue un par de borrachos idiotas y algunas mujeres coqueteando conmigo. La atención estuvo bien.

Sin embargo, en lo único que podía pensar durante todo el tiempo era en Carmine. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo?

He sacado el móvil un par de veces solo para mirar las cámaras antes de que fuera evidente que por fin habían descubierto cómo bloquear mi acceso.

Es necesario, lo sé. Yo fui quien le dijo a Carmine que encontrara todos los micrófonos de la casa que yo o los otros guardias habíamos colocado.

Aun así, no tener acceso a las cámaras me dio una inquietud insoportable toda la puta noche.

Más aún ahora, a las tres de la mañana, mientras estoy medio desnudo mirando la pantalla del móvil. Sin poder comprobar si está en la cama.

No recibo respuesta en diez minutos.

A lo mejor ya se ha dormido.

Estoy a punto de poner a cargar el móvil e intentar cerrar los ojos cuando recibo una respuesta.

¿Te estás echando atrás?

Suelto un bufido audible y empiezo a escribir de inmediato, aunque ahora me pregunto por qué ha tardado tanto en contestar. La ansiedad de que esté tramando algo me está carcomiendo. ¿Y si ni siquiera está en casa? ¿Y si se mete en problemas y yo no estoy allí para salvarle el culo?

Respiro hondo. No pasa nada. Ha pasado veintitantos años sin mi ayuda antes de estos últimos meses, estoy seguro de que no me necesita a cada segundo de cada día. Puede apañárselas solo a veces, ¿verdad?

Teniendo en cuenta cómo amenazó con acabar con mi vida la otra noche, estoy bastante seguro de que si se lo propone, puede salir de cualquier problema que se le presente.

Siempre que no sea un problema con los Carvel.

Gruño por lo bajo.

—Putos Carvel. ¿Por qué no pueden mantenerse al margen?

Si mi tío no los tuviera de nuestro lado, el juego estaría más equilibrado. No son tan poderosos, en realidad son como gambas ante nuestros tiburones, pero nos dan ventaja. Una ventaja de imprevisibilidad y de deseo de hacer daño a los Dresvanni. Especialmente a Carmine.

Finalmente le respondo a Carmine.

No. Solo quiero asegurarme de que todo salga bien.

Entorno los ojos frente a la brillante pantalla durante un momento.

¿No te estarás metiendo en líos?

Carmine responde mucho más rápido de lo que preveía. Me acelera el corazón.

Estoy intentando dormir, joder.

Me tomo un segundo para decidir si confío en él y, al final, mi conclusión es que no importa. Necesito dormir algo antes de mi vuelo. Eivor me tiene en vilo y no puedo permitir que sospeche de mis motivos. Todavía no. No hasta que averigüe qué hacer y cómo hacer lo que hay que hacer.



Seis horas más tarde, estoy en un vuelo a Tesalia, Grecia; después, en un coche discreto hacia Volos. Llueve a cántaros, así que mi oportunidad de hacer turismo se ha perdido por ahora. He estado aquí un puñado de veces en mi vida; Volos no es precisamente el

punto neurálgico de Grecia. He estado en Atenas más veces de las que puedo contar.

Me pregunto qué asuntos tiene Carmine aquí, pero me lo imagino. Mantener las alianzas es importante, y la familia Dresvanni tiene más aliados que la mayoría, incluso en los Estados Unidos. Nosotros, los Fiorelli, tenemos aliados suficientes para contarlos con una mano y poco más.

Antes pensaba que era cosa de todos los demás; ahora sé que se trata del deseo de poder de mi tío. No quiere aliados; quiere ser el dueño de todo lo que hay bajo el sol y la luna.

Por desgracia para él, los Dresvanni son solo uno de los ladrillos del muro que se interpone en su camino.

Bajo del coche en el hotel alrededor de las once y media de la mañana. No he comido nada, así que estoy muerto de hambre, pero también estoy demasiado nervioso para ingerir bocado. De eso estoy seguro. No sé por qué estoy tan ansioso. Sé que Carmine debe de comprender la situación en la que me encuentro. Al menos, tiene que entenderla hasta cierto punto. Puede que no lo admita, pero estoy bastante seguro de que, si estuviera en mi lugar, estaría haciendo lo mismo. Habría tomado las mismas decisiones que yo tomé.

Eso es lo que me digo a mí mismo, al menos.

Tras dedicarle un breve y educado asentimiento al recepcionista, me dirijo a la tercera planta del hotel y al número de habitación que Carmine me envió por mensaje esta mañana. Él llegó aquí horas antes que yo, lo que me hace preguntarme cuánto durmió en realidad.

No importa. Ambos estamos aquí y ambos necesitamos hablar.

Llamo a la puerta y luego me enderezo el cuello de la chaqueta de cuero mientras espero.

Un momento después, la puerta se abre parcialmente, y luego por completo, y veo a Carmine allí de pie, con su habitual traje informal de negocios. Excepto que no lleva corbata y sus ojos parecen bastante cansados. Se le forman ojeras bajo esos ojos fríos y su expresión es de total desinterés. Al menos hasta que nuestras

miradas se cruzan. Entonces hay un destello de algo parecido a la emoción.

Algo que Carmine parece apartar lo más rápido posible mientras me indica que entre.

—¿No te han seguido? —me pregunta.

La puerta se cierra y se echa el doble cerrojo tras de mí.

—No. Sin micros, sin seguimientos —confirmo—. Eivor cree que estoy aquí para una cita.

Carmine se mofa. —¿Se ha creído eso? ¿Estás seguro?

Levanto una ceja. —Sí. Incluso le seguí el juego con sus advertencias sobre el sexo esporádico, por si quieres saberlo —le informo.

El rostro de Carmine se vuelve un poco rosado bajo el resplandor de la luz amarilla de la habitación. Fuera está frío y lúgubre, así que las lámparas de mesa y de pie están encendidas y proyectan sombras por la habitación con cada uno de nuestros movimientos.

—Bien. Lo último que necesitamos es una emboscada aquí. Tengo asuntos que atender —me dice con un suspiro.

—¿Qué asuntos? —pregunto—. Nunca me lo dijiste.

—No te incumbe —espeta.

Me acerco a él. —Tenemos que ser sinceros el uno con el otro si vamos a hacer esto.

Él me observa. —¿Hacer qué? ¿Follar?

Me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros. —Eso, y resolver todo este problema.

—Tú eres el que tiene el problema. Tu tío es el problema. No el mío. Todavía estoy dispuesto a llegar a un acuerdo. Quizá no tan bueno como el que había, dado que tu familia intentó matarme, joder, pero es mejor que matarlos a todos, ¿no?

Me quedo rígido. —¿Esa es la otra opción? —le pregunto—. ¿O aceptamos un acuerdo peor o morimos todos?

—Yo no he dicho eso —insiste él.

Niego con la cabeza y me aparto de él, cruzándome de brazos. —Pensaba que entendías la situación en la que estoy. —Miro alrededor de la habitación. Arte ornamentado cuelga de las paredes. Una pintura de una mujer desnuda rodeada de uvas y cítricos. Otra de un

hombre con un niño pequeño sobre sus hombros mientras camina por un huerto de manzanos. Estas cosas me resultan mucho menos interesantes que la cama en medio de la habitación. De tamaño queen y cubierta con un fastuoso edredón de seda dorada con almohadas blancas colocadas justo encima, en el cabecero de la cama.

Me pregunto cómo se sentirían las sábanas contra mi piel. Contra la de Carmine.

Es extraño estar en una habitación así y no estampar mis labios contra los suyos de inmediato.

—Desde mi punto de vista, tu situación es que tu familia quiere matar a la mía. ¿Cómo puedo entender eso? —pregunta él a su vez.

Niego con la cabeza. —¿Como si tu familia no quisiera matar a la mía?

—No queremos —insiste—. Matar gente no es nuestra opción por defecto, Soren. ¿Por qué crees que tenemos siquiera estos aliados en Grecia? No necesitamos matar; hacemos tratos, y cuando no podemos... bueno, a veces termina en muerte cuando nos ponen en peligro, cuando necesitamos dar una lección, enviar un mensaje, pero lo creas o no, no es lo único que hacemos.

—Y es lo único que hace mi familia —murmuro.

—Yo no he dicho... —empieza, pero lo interrumpo.

Me doy la vuelta para mirarlo de nuevo. —No era una pregunta —digo—. Es la verdad. Vosotros, los Dresvanni, llegasteis a la cima haciendo tratos y disparando al mensajero de vez en cuando. Nosotros... los Fiorelli, llegamos a la cima matando a cada mensajero y a toda su familia y a todos sus amigos. Eivor no quiere hacer un trato, Carm. No creo que lo haga nunca.

Carmine me mira fijamente un momento. —¿Es eso lo que quieres para el futuro de tu familia? —me pregunta.

—No —admito—. No quiero matarte. No de verdad. Hay una parte enferma de mí que quiere aniquilar a toda tu familia, porque así me criaron. Me criaron para derribar, no para conformarme, ni para pactar... pero Eivor no me crió durante toda mi vida. Así que hay una parte de mí —enterrada, al menos solía estarlo— que quiere vernos prosperar a base de alianzas, no de sangre y muerte.

Carmine se acerca a mí y observo cómo se lame los labios. Me acelera el pulso. Deseo con tantas ganas tomar esa lengua contra la mía. Dominar su boca hasta que gima y solloce contra mí. Sonidos amortiguados en mi boca, en el beso que llevo ansiando durante días.

Sin embargo, no lo hago. Sé que no puedo. Todavía no. O no debería.

—Quizá tú puedas ser el cambio —dice, y luego hace una mueca —. Olvida lo cursi que ha sonado eso.

Niego con la cabeza. —¿Cómo esperas que haga eso? —pregunto.

Me mira fijamente un segundo. —Mata a Eivor.

Le devuelvo la mirada. —¿Me estás pidiendo que mate a mi tío? —Parpadeo sorprendido.

—Es la única forma lógica de terminar con esto. Si te deshaces de Eivor, tú te quedas al mando. Podrás detener todo este disparate y podremos llegar a un acuerdo.

El corazón me late con fuerza en el pecho por otra razón y me escuecen los ojos.

—Mira, no es el mejor hombre del mundo, pero no puedo matarlo así como así, joder. Es mi familia.

Carmine suspira. —Es una amenaza. Está causando más problemas de los que resuelve y, si no solucionamos esto pronto, podría morir alguien más que él. No, morirán.

—Como si tu padre hubiera sido un puto santo —suelto con frustración.

Me mira desconcertado. —Déjalo fuera de esto. Ha muerto.

—No. Si vas a acusar a Eivor de ser una amenaza, hablemos de tu padre. Sé que te hizo algo. A tu familia. Sé que hay algo que me ocultas.

—No te oculto nada —escupe—. A diferencia de ti, que me has mentido todo este puto tiempo, Soren. No metas mis asuntos en esto.

—¡Tengo que hacerlo! —agito un brazo—. Eres parte de esto, Carmine. Te guste o no, ahora eres parte de esto. Eivor tiene sus

ojos y sus armas apuntándote, y se supone que yo debo apretar el gatillo, pero no puedo. Simplemente no puedo.

Veo el dolor en los ojos de Carmine, y algo más. Miedo.

—No puedo resolver esto contigo si vas a actuar como si tu padre fuera completamente inocente. Como si nunca hubiera hecho nada malo en toda esta situación mientras estaba vivo —insisto—. Le ofreció un trato a Eivor, y cuando Eivor se largó y lo rechazó, se apresuró a irse sin ni siquiera luchar por unir a nuestras familias. Ni un poquito. ¿De verdad llegó a querer hacerlo?

La respiración de Carmine se vuelve más pesada. —No quiero hablar de él.

Lo observo. —¿De tu padre? ¿Por qué? ¿Qué tiene de especial tu padre para que ni siquiera puedas hablar de él?

Carmine cruza la habitación hacia el minibar y abre la puerta de un tirón. No me doy cuenta de lo que está pasando hasta el último segundo. Veo que coge una botella pequeña de vodka y empieza a abrirla.

—¡Eh, no! —Corro hacia él e intento quitarle la botella, pero la sujeta con fuerza.

—Déjame en paz —gruñe él.

Le agarro la muñeca para que no pueda llevarse la botella a la cara.

—Sé que su muerte te afectó mucho, pero no puedes hacer esto. Lo has hecho muy bien la última semana, Carm —le digo. Mi voz baja hasta ser un susurro solo para él.

Él niega con la cabeza. —No puedo. No puedo pensar en él. No puedo.

—Baja la botella. Hiciera lo que hiciese, ya se acabó. Se ha ido. Ahora tú mandas —le recuerdo.

Traga saliva con dificultad y sus ojos pasan de la botella a mí. —No puedo. Lo necesito. Necesito olvidar.

Frunzo el ceño. —Carmine. ¿Qué está pasando? ¿Qué hizo que fuera tan malo como para que necesites beber a las once de la mañana solo por hablar de él?

—No —niega con la cabeza—. No puedo.

Le arrebato la botella de la mano y él suelta un quejido y se lleva las manos a la cabeza.

—Dímelo —exijo—. Necesito saber qué está pasando.

Sus ojos brillan con unas lágrimas que me encogen el estómago. Sé lo que tengo que decir, una forma de manipularlo. Me sale de dentro antes de que pueda evitarlo.

—Entonces no debió de ser para tanto —espeta.

Me mira con furia. —¡Está bien! —Se acerca a mí a pisotones y se le entrecorta la respiración—. ¿De verdad quieres saberlo? Me *violó*, Soren.

Todo a mi alrededor se detiene. La lluvia. La gravedad. Mi propio corazón y mi respiración. Me limito a mirar a Carmine mientras él resopla frente a mí, con el rostro enrojecido y los ojos llorosos.

—¿Qué? —pregunto, sin reconocer siquiera mi propia voz.

—Me violó. ¿Vale? ¿Ya estás contento? —La voz de Carmine se quiebra.

Lo siguiente que sé es que Carmine sale furioso de la habitación del hotel, y yo me quedo aquí de pie, incapaz de moverme.

15

Carmine

No puedo respirar. Necesito ir a algún sitio donde pueda respirar. Cada parte de mí está tensa y ardiendo. Siento la piel demasiado ceñida al cuerpo y quiero trepar fuera de mí mismo e irme a otra parte. Ser otra persona. Odio estar aquí. En este lugar en el que estoy mentalmente. De repente me hago increíblemente pequeño mientras corro por el pasillo e intento encontrar una puerta. Una puerta hacia las escaleras. No el ascensor, no, eso no puede llevarme a donde quiero ir.

Necesito aire. Necesito todo el aire. Los pulmones me arden mientras subo corriendo las escaleras hasta la cuarta planta y luego aún más arriba. Pasando más allá de donde se supone que deben ir los huéspedes del hotel.

Todo es demasiado pequeño. Demasiado. Puedo sentir manos a mi alrededor, acercándose más. Sus manos. Las manos de mi padre. Solo que son más jóvenes que cuando murió, y yo también soy más joven. Mucho más joven, mucho más pequeño y mucho más débil.

Aun así, irrumpo por la puerta de la azotea como un hombre hecho y derecho, con fuerza, y no como un crío.

Fuera está diluviando. Me da igual. Lo único que me importa es aspirar aire fresco a los pulmones. Está frío. Cae del cielo y me

chorrea por la cabeza, empapando el traje en un suspiro. Si la nariz no se me estuviera taponando ya, estoy seguro de que olería de maravilla.

Pero no puedo concentrarme en la lluvia; de hecho, no puedo concentrarme en nada más que en tomar una inspiración profunda tras otra mientras intento obligarme a calmarme.

No puedo creer que haya dicho esas palabras.

Esa palabra.

Nunca la había dicho en voz alta. Y ahora no puedo retractarme por mucho que quiera. Ya está, se acabó. Igual que el acto en sí.

Si soy completamente honesto conmigo mismo, la palabra *violación* ni siquiera me parece que abarque lo que pasó. Se siente como mucho más y, a la vez, menos. Insuficiente. Como si me lo estuviera inventando y cada imagen que me corre por la cabeza fuera un producto de mi imaginación.

Sé que no lo es. No puede serlo. Aun así, me descubro al borde de la azotea, agarrado al murete de cemento y sintiendo el rugoso relieve contra la palma. Aprieto más las manos contra la parte superior del muro, porque necesito saber que soy real. Que todo es real y no soy solo el figurante de un sueño. Que no me voy a despertar de vuelta en aquella cama. Pequeño e indefenso.

Me estremezco al oír cómo se abre la puerta por la que he venido y se cierra de un golpe.

—¡Carmine! —Soren me llama.

Niego con la cabeza. —¡Vete! —le grito de vuelta. Solo que no me sale tan alto como pretendía y la voz me suena cargada de una emoción que no soporto.

Las lágrimas me corren por la cara y rezo a Dios para que la lluvia las disimule. Sé que no. La lluvia no puede ocultar que tengo los ojos enrojecidos y las mejillas encendidas. El sonido de la lluvia no va a tapar el temblor de mi voz.

—Háblame —insiste Soren mientras se coloca a mi espalda. Aprieto los ojos.

—Esto es culpa tuya —le digo.

Mi voz se abre paso entre la lluvia, igual que sus pasos, que se acercan aún más. Siento su mano contra mi brazo.

—Estás calado —comenta—. Vamos dentro.

Me zafo de él. —No me toques, no. Quiero estar aquí fuera.

Retira la mano, pero no se va.

—Cuéntame lo que pasó con tu padre —dice en voz baja, lo justo para que le oiga por encima del aguacero. Nuestra piel desprende vapor cuando la lluvia fría la golpea, creando una ligera nube alrededor de nuestros cuerpos.

Una punzada me atraviesa el pecho. Aprieto la mandíbula y niego. —No puedo, yo… —me corto y me muerdo la lengua tan fuerte que me sabe a hierro la sangre.

—¿Por qué? —pregunta Soren.

La frustración sigue inundándome como el agua que me va lastrando la ropa más y más a cada segundo.

—Porque… entonces será verdad, Soren —le explico—. No puede ser verdad. No puede.

Soren da un pasito más. Por fin abro los ojos para mirarle. Pestañas empapadas. La vista borrosa. Aun así, le veo, el contorno de su cuerpo y su rostro, borrosos. Él también está calado. La lluvia repiquetea sobre su chupa de cuero en un golpeteo rapidísimo.

—Estás a salvo —me asegura—. Estás a salvo, y quiero escucharte. No debería haber dicho lo que he dicho ahí abajo… y no puedo retractarme. Joder, hay tanto de lo que no puedo retractarme pero… me importas, Carm.

Respiro a trompicones. —No lo entiendes.

Me mira con los ojos también enrojecidos y asiente. —Sí. Quizá no del todo, pero lo pillo.

—¿Cómo? ¿Cómo coño vas a pillarlo? —le suelto. Más lágrimas me caen, gota, gota, gota por la cara, y me llega el sabor salado a la boca. Lucho por no darme la vuelta e irme. A la vez, las rodillas me flaquean.

La mandíbula de Soren se tensa y mira hacia Grecia.

—Mi tío —empieza—, Eivor, él… lo intentó conmigo.

Parpadeo y doy un paso más hacia él. —¿Intentó… qué? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Necesito oírselo a él.

Soren tiene las manos hechas puños. —Fue después de que murieran mis padres —explica despacio—. Al principio empezó por

pasar más tiempo a solas conmigo. Dejarme fumar puros, llevarme a dar vueltas en los coches nuevos que se compraba, dejarme ir a partidas de póker. Era todo tan emocionante. Nunca había hecho esas cosas antes.

Me descubro escuchando con atención. Mientras le escucho, imágenes desvaídas y reprimidas me cosquillean en el borde de la mente.

Mi padre presionándome la mano en la espalda para conducirme a su despacho. Cómo olía a puros y a whisky. Las charlas nocturnas sobre mantener las cosas entre los dos. Cómo nadie lo entendería.

Intento apartar esos pensamientos y centrarme en escuchar a Soren.

—Una noche, me dijo que la única forma de ser un hombre de verdad era aprender lo que hacen los hombres de verdad —dice Soren, con la voz cada vez más airada—. Por lo visto, para él eso significaba decirme que me bajara los pantalones y dejarle sobarme.

—¿Lo hizo? —pregunto, con las manos temblando.

—No. Mi madre me había hablado de los "mayores" que quieren tocarte antes incluso de que empezara el colegio… Salí corriendo de la habitación después de decirle que si me tocaba, se enteraría todo el mundo. Aun así, me miraba demasiado de cerca a partir de entonces. A Rose también. La mantuve a salvo, dormimos en la misma habitación hasta que pude estar seguro de que sabía qué hacer si lo intentaba —la garganta de Soren sube y baja al tragar.

El tintineo de la hebilla del cinturón de mi propio padre. Su cuerpo caliente y maloliente, demasiado pegado al mío. Los susurros diciéndome que me callara. Todo eso aflora y no puedo controlar el sonido que me sale de la garganta; miro al suelo, intentando recomponerme.

—Está bien —me consuela Soren, y estira la mano, pero luego se arrepiente y la retira. Su cuerpo parece estremecerse con las ganas que tiene de tocarme, de tener algún tipo de contacto físico conmigo, pero yo no puedo. Ni siquiera soporto mi propia piel ahora mismo, mucho menos la suya.

—Putos enfermos —suelto con rabia—. Tu tío, mi padre.

Niego con la cabeza. —¿Por qué? ¿Por qué tenía que pasar nada de esto? —me apoyo en el murete.

Se hace un silencio muy largo. Soren no dice nada. Yo no digo nada.

La lluvia ha calado hasta la última capa de mi ropa y, por primera vez en mucho tiempo, tengo frío.

La lengua me pide a gritos el sabor del alcohol. Algo que mitigue el dolor que siento ahora mismo. Una botella entera por la garganta. Lo quiero más que nunca.

Sé que no debo.

Así que, en vez de eso, hago lo último que quiero hacer. Abro la boca y hablo.

—Empezó cuando tenía cinco años —murmuro. Soren se queda callado y simplemente se apoya en el murete a mi lado, escuchando —. Al menos, de eso es de lo que p-puedo acordarme. Mi padre entraba en mi habitación y la de Alessio por la noche, las noches que se suponía que no iba a estar. Volvía antes, pero cuando mamá ya estaba dormida. Cuando nadie iba a preguntarse nada ni a estar pendiente de mí. Alessio podía dormir con un huracán al lado, pero mi padre usaba la amenaza de despertarle para obligarme a callar.

Inhalo hondo, con el pecho dolorido, la cabeza girándome. No quiero estar diciendo nada de esto, pero lo hago igual. Lloro con más fuerza, y mis palabras se vuelven un poco menos coherentes.

—Me sujetaba. Una vez a la semana tenía el "aliciente" de que me arrancara la ropa, me inmovilizara y me follara. Primero era solo oral, pero en cuanto fui lo bastante grande, dejó claro que tenía que hacer lo que él quisiera y que lo que yo quisiera no importaba. Solo que… m-me decía que yo lo quería. Que me lo merecía. Que era un puto bicho raro al que le gustaba lo que me hacía, y que por eso nunca se lo diría a nadie. Que sabrían que yo lo quería.

Mientras sollozo, oigo a Soren a mi lado, un sonido suave de que él también llora, y no puedo evitar acercarme más y ponerle la mano en el pecho.

—Yo era tan pequeño. Él, tan grande. No podía hacer nada.

—Claro que no podías. D-da igual lo grande o pequeño que fueras, Carmine, por el amor de Dios, eras un crío —gruñe Soren—.

No te lo merecías.

—¿No? —pregunto entre lágrimas—. ¿Por qué… por qué me corría si no lo quería?

—¿Qué? —pregunta. No sé si porque no me ha oído o porque no se lo cree.

Aprieto los ojos y enrosco los dedos en la camisa empapada de Soren.

—Cuando fui mayor… me ponía duro pensando en lo que me iba a hacer, Soren —le suelto, con asco en la voz—. Me corría cuando me lo hacía. Cuando paró… cuando ya no me quiso, me sentí… una mierda.

De pronto, Soren me agarra la cara. —Mírame, Carm —me ordena, pero yo sigo con los ojos apretados—. Mí-ra-me.

Su voz es profunda y dominante. Me obligo a abrir los ojos, sorbo por la nariz y le miro, con la cara encajada entre sus manos grandes.

—Tu cuerpo reaccionó por miedo y por costumbre, ¿vale? —me dice—. Es normal. Igual estoy hecho una puta mierda, pero eso sí lo sé. Tú no lo querías. Él te hizo daño. Una y otra vez. Te hizo creer que tu valía dependía de él y de su fantasía sexual pervertida.

Sollozo y escondo la cara en la mano de Soren, intentando ocultarme, pero él me gira la cara para que vuelva a mirarle.

—¿Entonces por qué le echo de menos? —pregunto, con palabras apenas inteligibles.

Soren llora a su vez y me acaricia la cara con la mano. Los ojos le arden con un fuego que no le había visto nunca. Tan posesivo y protector que me hace sentir… a salvo. De verdad a salvo por una de las primeras veces en mi vida.

Solo que no me había dado cuenta de que necesitaba sentirme a salvo hasta ahora.

—Por la misma razón por la que yo no quiero que mi tío se muera. Por muy jodidos que estén, que estuvieran, nos criaron, nos hicieron quererles. Nos hicieron creer que nos querían —bufa.

Solo puedo llorar. Ya ni puedo hablar. Me pego a Soren, y él se inclina, apoya la frente en la mía. Le rodeo con los brazos y le siento envolviéndome. Calor y seguridad.

—Le odio —murmuro.

—Lo sé —me susurra Soren—. Ya no puede hacerte daño.

Me aparta un poco el pelo mojado de detrás de la oreja antes de apretarme más contra su pecho. —Te tengo, Carm.

—Oh, Ren —susurro.

Lo único que quiero es sentirme mejor. Sentir el calor de nuestros cuerpos. La forma en que Soren me hace sentir tan deseado, tan necesitado. Todo es tan complicado, y aún no sé qué vamos a hacer al respecto, pero sí sé lo que quiero ahora. Quiero sentir su boca contra la mía. Quiero perderme en él. Olvidar el dolor. Olvidar el tacto de alguien al que nunca quise. Hacer todo lo que pueda para reemplazarlo con su tacto.

Sé que no funciona así, pero me da igual.

Me alzo sobre las puntas de los pies y atrapo la boca de Soren con la mía. El sabor de la lluvia y de nuestras lágrimas me desborda. Me pego aún más a él, tan cerca que creo que somos uno. Nada más importa.

Soren me devuelve el beso con avidez; su lengua roza mi boca, pero no entra hasta que separo más los labios y enrosco mi lengua con la suya.

Nos besamos hondo, mientras la lluvia a nuestro alrededor empieza a amainar y, por fin, se oye el sonido de los coches pasando abajo.

Cada parte de mí quiere al hombre que me sostiene. No lo entiendo, y tampoco me hace falta.

El beso es desordenado y emocional. Los dos seguimos llorando. Las lágrimas nos ruedan por la cara, y de vez en cuando se me escapan suaves sollozos dentro del beso.

—Qué hombre tan guapo —me susurra Soren en el beso—. Tan valiente. Tan… mío.

Gimo quedo en el beso. —Tuyo. No sé lo que digo, o quizá sí.

—No dejaré que nadie te toque otra vez —me promete Soren, entre jadeos—. Nadie. Los mato.

Quiero trepar por él como por un puto árbol. Toda la sangre que antes estaba en mi cara ahora está en la ingle.

—Mataré a cualquiera que te toque —le respondo—. Les destripo a toda la puta familia.

Soren gime y aparta la boca de la mía para empezar a besar a lo largo de mi mandíbula.

Inclino la cabeza a un lado, sintiendo el fuego que me sube por el cuello hasta la oreja con cada beso sobre mi piel fría y mojada.

Justo cuando estoy a punto de llevar la mano a su pantalón, un móvil empieza a vibrarle en el bolsillo.

—Hijo de puta —gruñe. Lo coge, mira la pantalla y rechaza la llamada, pero quien sea vuelve a llamar de inmediato—. Joder.

—¿Quién es? —pregunto.

—Mi tía —rezonga.

Se me dispara el corazón. —Ha llamado dos veces… deberías cogerlo.

Niega. —Aún no. —Soren alza la vista hacia mí—. Volvamos a la habitación. Te estás quedando helado.

Me doy cuenta ahora de que mis temblores no eran solo por su contacto. Estoy castañeteando como si me hubieran dejado al raso.

—Estoy bien —murmuro, e intento alzarme para besarlo otra vez, pero me pone los dedos suavemente en los labios.

—Carm. Estás tiritando. Vamos a quitarnos esta ropa empapada, ¿vale? —me dice, con la voz más suave, pero aún profunda y mandona. Cuando me habla así, no puedo más que hacerle caso.

Bajamos de la azotea y volvemos al hotel, dejando un rastro de goterones y huellas mojadas hasta la habitación.

Una vez allí, empiezo a quitarme la ropa mojada, con una mueca por la sensación. Estar tan mojado hace que todo me resulte extraño. La ropa se me pega de todas las formas equivocadas.

Alzo la vista y veo a Soren desnudándose también. Mis ojos siguen los contornos de su cuerpo húmedo y trago saliva.

—¿Está mal? —le pregunto.

Levanta la vista después de sacudirse el pelo mojado. Le cae sobre la frente.

—Dios, estás buenísimo —murmuro.

Enarca una ceja. —Bueno, gracias, cariño. Pero, ¿qué?

Suspiro. —¿Querer follarte después de… todo lo que acabamos de hablar? —me quedo completamente desnudo delante de él.

—No —dice, tajante.

—¿De verdad? —pregunto, asqueado de mí mismo.

Soren lanza los bóxer mojados a un lado y ahora también está desnudo.

—De verdad. Y si estás pensando que hay algo mal en ti… bueno, algo mal tenemos los dos, y me la suda —ruge, e inclina la cabeza para pegar sus labios a los míos.

Le deslizo las manos por el torso mojado y me pego a él tan cerca que siento su erección a medio hacer contra la mía. Todo se siente tan bien. Cosquilleos cálidos en la piel mientras el calor de la habitación empieza a descongelarnos.

Justo cuando le rodeo con los brazos, su móvil empieza a vibrar con furia en la cama.

—Me sorprende que esa maldita cosa siga funcionando —refunfuño contra su boca.

Soren suspira y se separa de mí. Esta vez, contesta el teléfono.

Solo oigo gritos al otro lado. Gritos femeninos, agudos. Aleja el teléfono de la oreja. A Soren se le abren los ojos como platos.

—Espera, espera un minuto, no —empieza, pero la voz sigue despotricando—. Aguanta un puto minuto, ¿quién te ha dicho…?

Parpadeo. *Oh, no. Esto no pinta bien.*

—No, eso no es… joder. Voy a estar allí en un par de horas, dile que no haga nada hasta que llegue. ¿Vale? —Soren cuelga y acto seguido coge la maleta y empieza a ponerse ropa seca a tirones. Me siento al borde de la cama, con el corazón desbocado. La cabeza nublada.

—¿Qué pasa, Ren? —le pregunto.

—Mi tío… sabe algo. No sé qué, pero no es bueno. Sabe que le he estado mintiendo. Por lo visto está que se sube por las paredes. Tengo que llegar a casa antes de que haga alguna estupidez —explica, con los ojos llenos de rabia.

—¿Como matar a toda mi familia? —pregunto, y al momento agarro mi propio teléfono de la cama. Les escribo rápido a mis hermanos para asegurarme de que todo está bien—. Joder. No puedo irme a casa ahora. ¡Tengo una reunión en una hora!

—No te preocupes, Carmine. Yo vuelvo, calmo a Eivor. Tú encárgate de los negocios aquí —insiste Soren.

Ya va completamente vestido, pero el pelo todavía le gotea.

—¿Seguro? —pregunto, quizá la pregunta es también un poco para mí.

Niega. —No lo sé. Te aviso cuando aterrice. Si no sabes de mí para esta noche… puede que tengas que venir a buscarme.

Asiento. —Más te vale no morirte —le digo, levantándome de la cama.

Soren se acerca y me planta un beso firme en los labios.

—No prometo nada.

16

Soren

—¿Qué has hecho? —me pregunta Rosalie en cuanto entro en casa hecho una furia. Me alegra que no sea Eivor quien me aborde primero. He pasado las dos horas de vuelo intentando averiguar qué demonios puedo decirle. Va a tener que ser la verdad. Si sabe tanto como creo, no hay otra opción. Aunque la verdad es lo último que quiere oír, de eso estoy seguro.

Lo que vaya a hacer al respecto, no tengo ni idea.

—No te preocupes por eso, Rose —le digo mientras la puerta se cierra a mi espalda—. No tiene nada que ver contigo.

—¡Y una leche! Me tuviste vigilando el club de la lucha para sacar información cuando no tenías ninguna intención de seguir adelante con el plan. ¿A que sí? —me pregunta con los ojos encendidos por la irritación. Está de brazos cruzados, con los pies firmemente plantados en el suelo, y sé que no me va a dejar en paz.

—¿No sospechaste nada? —le pregunto a modo de réplica—. ¿Cuándo lo saqué del ring en lugar de dejar que lo mataran? —entorno los ojos.

—Fue... fue un poco extraño, pero supuse que habría una razón... de acuerdo, he visto cómo lo mirabas, pero ya te has follado

a enemigos nuestros antes. Eso no significa que no cumplas con el trabajo —resopla Rosalie—. Eivor está furioso.

—Seguro que sí, y yo me encargaré —le digo, con la rabia brillando en mis propios ojos. Siento el calor recorriéndome el cuerpo y mis manos se cierran en puños—. Esto no es solo sexo, Rose. No sé cómo explicarlo, pero... —me interrumpe la voz de mi tío, que retumba en el recibidor.

—¡Explícame entonces de qué se trata, Soren Antonio Fiorelli! —me grita mientras se acerca. Eivor agita los brazos salvajemente. Tiene el ceño fruncido y la cara roja.

—Vayamos a tu despacho, tío —le digo.

No le gusta que le digan qué hacer, y se toma mi sugerencia como una orden.

—No me digas qué tengo que hacer ni adónde ir, jovencito —me gruñe.

Casi suelto un bufido ante sus palabras, pero me contengo. Sé lo serio que es esto, aunque una parte de mí quiera cuestionar su hipocresía.

—¿Jovencito? Tengo casi treinta años, Eivor —consigo decir, a pesar de todo.

—¡Sí, y por eso eres increíblemente idiota! Vas a darme explicaciones aquí mismo y ahora —me exige.

Tía Patricia aparece detrás de él, seguida por un par de guardias. —¿Por qué no vamos a la sala de estar? —sugiere. Él acepta sus sugerencias mucho mejor que las mías y se adelanta hecho un basilisco. Ella me dedica una mirada de desaprobación con el rostro tenso antes de seguirlo. Rose se queda atrás mientras entro y la miro de reojo. Su propio rostro muestra su decepción, y es la suya la que más me duele.

Si hay alguien en esta familia a quien quiero ser fiel, es a mi hermana.

—Te estás codeando con Carmine Dresvanni como si no fuera tu trabajo ayudar a hundir a su familia —me acusa Eivor, sentándose en el sofá para dos y pasándose una mano por el pelo—. Una copa, Patricia, ponme una copa —agita la mano con frustración.

Patricia le sirve rápidamente una copa triple y se la entrega. Él se bebe la mitad de un trago y suspira.

—Conozco mi trabajo —le digo—. Solo que... no estoy de acuerdo con él, Eivor. —Intento mantener la voz calmada, serena, no alterarme como él. Es difícil. Sabiendo que está enfadado conmigo por no seguir adelante con un plan que no tiene ningún sentido.

—De acuerdo con... —se mofa—. Lo único que debe preocuparte es cómo vas a acabar con su vida, no por qué tiene que suceder, Soren. Te di la orden de que limpiaras tu desastre.

Se me tensa la mandíbula. —No ha pasado ni una semana.

Se termina el resto de la bebida y estampa el vaso contra la mesa, haciendo que mi tía y Rosalie, que está cerca, se sobresalten. Le sostengo la mirada a Eivor, no quiero que piense que soy débil o que estoy dispuesto a doblegarme bajo ese control tiránico que cree tener sobre mí.

Aun así, me duele el pecho. Quiero ser leal a mi familia... pero esa familia está empezando a incluir a alguien de quien Eivor quiere que me deshaga. Nunca antes me había resultado tan difícil deshacerme de alguien. Nunca había sentido algo tan profundo hasta este momento.

—Me importa un bledo cuánto tiempo haya pasado. En cualquier otra ocasión lo habrías tenido hecho ayer —dice alzando la voz y empieza a levantarse. Patricia le pone una mano en la pierna, lo que le obliga a sentarse de nuevo.

Tengo la espalda y las piernas en tensión, preparándome para levantarme yo también, pero no lo hago.

—Lo sé —admito.

—Explícamelo, Soren —me hace un gesto con la mano—. Explícame por qué te acuestas con Carmine en vez de matarlo. Basta ya de esa mierda de que no estás de acuerdo de la que hablas.

Esta vez soy yo quien se mofa. —Es precisamente por eso por lo que no estoy de acuerdo, tío —le recuerdo—. No puedo contártelo y evitarlo al mismo tiempo.

—Dínoslo de una vez, Sor —exige Rose desde su sitio. Se acerca un paso—. Quiero saber en qué demonios me has metido.

—Sí, cuéntanos en qué has metido a tu pobre hermana —exige Patricia.

—Todo el que no sea un hombre, que se calle la puta boca —sisea Eivor.

Rose se tensa, pero mi tía simplemente se recuesta en su asiento y se cruza de brazos.

Rosalie me mira, buscándome los ojos por un instante. Veo dolor en ellos, pero ahora no estoy seguro de que sea solo por mí.

—Rose es de todo menos pobre —la defiendo.

—Me importa un pimiento —Eivor se inclina hacia delante y coge la botella de nuevo, llena medio vaso y se lo bebe de un trago con un resoplido—. Solo dime por qué has estado salvándole el culo a Dresvanni de verdad. ¿Tan buena la tiene?

Le lanzo una mirada fiera y rechino los dientes. —Lo protejo porque quiero —insisto—. Porque tu plan de destruir a su familia solo para tomar el poder es una puta mierda. Eivor, te estás ganando solo enemigos y ningún aliado. Los Dresvanni tienen a doce familias de su lado en todo el mundo. ¿A quién tenemos nosotros, a los Carvel? ¿A los Greer? ¿Qué van a hacer ellos?

—Tomar lo que queremos es la única forma de acabar en la cima. ¿No quieres lo mejor para esta familia? —me pregunta mientras por fin se levanta y empieza a gesticular de nuevo con las manos. Yo también me levanto, no queriendo quedar por debajo de él. Le saco una cabeza y siento una especie de placer enfermizo al saber que lo odia. Siempre ha odiado que yo sea más alto que él.

—Sí, por supuesto que sí —le digo—. Pero a lo mejor... por un segundo, podrías pensar en lo peligroso que es tu plan. Tal como yo lo veo, vas a hacer que nos maten a todos si sigues insistiendo en someter a la gente por su poder en vez de llegar a un acuerdo con ellos.

—¡No! —me grita—. ¡*Tú* vas a hacer que nos maten a todos! Podrías haber terminado con esto hace días. Matar a Carmine, meternos en esa maldita casa y encargarnos del resto. Ya estaríamos en la cima. Tendríamos aún más poder. Podríamos convencer a los demás para que se pusieran de nuestro lado. Quedarnos con esos doce aliados.

Me acerco a él. —¿Y para qué? ¿Para qué, Eivor? ¿Para matar a esos doce aliados y quitarles el poder a ellos también? Te conozco. Mejor de lo que te imaginas.

—Maldita sea, ese Dresvanni se te ha metido hasta el fondo, ¿verdad? ¿Qué ha hecho, te ha dicho que puede darte más poder si te pones de su parte? ¿Te ha follado tan bien que has olvidado quién eres en realidad? —Eivor me agarra por la pechera de la camisa y me suelto de su agarre tan rápido que casi me caigo al suelo. El corazón me late con fuerza en el pecho.

Tía Patricia parece sumamente incómoda, pero no dice nada.

—¿No vas a decir nada? —le pregunto—. Tu marido quiere aniquilar a doce familias y tú te vas a quedar ahí sentada.

Ella me retira la mirada.

Rosalie parece menos enfadada conmigo ahora y más bien triste. Su lenguaje corporal es cerrado y se va alejando poco a poco hacia el fondo de la habitación, lejos de nosotros.

—Cierra tu asquerosa boca de mierda —me gruñe Eivor. Se acerca y saca su arma en un instante, poniéndomela bajo la barbilla.

Me quedo helado.

—Esto no es por el sexo, tío —le digo con los labios apretados.

—Me da igual de qué sea. Vas a cerrar el pico, luego vas a ir a buscar a Carmine y lo vas a matar. ¿Me has entendido? —pone el dedo en el gatillo. Tiene los ojos empañados en lágrimas y me dan ganas de escupirle por ello.

¿Cómo se atreve? No tiene derecho a pronunciar el nombre de Carmine. Que salga de su boca. No merece sentir tristeza ni dolor en esta situación. Él no es a quien se le pide que mate.

No. Él quiere que yo haga su trabajo sucio.

—Está bien —digo lentamente—. Lo entiendo. —Mi voz suena fría y robótica. Ignoro el dolor que siento en el estómago.

Eivor aparta la pistola de mi barbilla y se la guarda de nuevo en el pantalón. Me da unas palmaditas en la mejilla. —Ese es mi chico.

Doy un paso atrás y me doy la vuelta, camino hacia la entrada de la habitación, pasando por delante de mi hermana.

Rosalie frunce el ceño y me dice sin voz: *Lo siento.*

No respondo. En cambio, simplemente miro por encima del hombro hacia mi tío.

—La sangre manchará tus manos, sin importar quién lo haga.

Me marcho sin decir una palabra más. Solo con un escozor en los ojos.

~

Sé que Carmine sigue en Grecia. Así que tengo dos opciones. Esperar a que vuelva a casa o coger el vuelo de dos horas de vuelta a Grecia. ¿Y luego qué?

Sé lo que Eivor espera de mí y sé lo que tengo que hacer. Tengo que matar a Carmine. Siento una opresión en el estómago que me ahoga cada vez más mientras conduzco hacia la finca de los Dresvanni.

Tengo que matar a Carmine.

Estoy bastante seguro de que es hombre muerto de todas formas. Tanto si soy yo quien lo mata como si no. La diferencia es que, si no lo mato yo, yo también seré hombre muerto. ¿Me importa? ¿Me importa tanto la lealtad a mi familia como para matar al hombre al que he prometido proteger?

No puedo pensar y no quiero hacerlo. Quiero parar. Solo quiero que todo se detenga.

Aparco fuera de la finca Dresvanni y respiro hondo. No es inesperado ni fuera de lo común que esté aquí ahora. No vengo a escondidas. No me molesto en aparcar donde los guardias no puedan verme; ya se han acostumbrado a ver mi cara entrando y saliendo de la finca. A menos que Carmine les haya contado mi traición, no creo que deba preocuparme por que me echen el guante.

Aun así, no entro.

Entrar significa que tengo que decidirme. Y aún no estoy listo para eso.

La duda me carcome mientras me quedo en el coche, sintiendo cada vez más frío a medida que pasan los minutos, y luego las

horas.

Noto que me ha llegado un mensaje, pero no soy capaz de mirarlo de inmediato.

En lugar de eso, cierro los ojos e imagino que nada de esto está pasando. Que mi tío no me ordenó que me encargara de Carmine. Que no quiere apoderarse de toda su familia.

Gruño. ¿Qué estoy haciendo?

Se supone que soy fuerte. Se supone que soy uno de los mejores. Sin embargo, estoy aquí debatiéndome por algo que ni siquiera debería ser objeto de debate. No estoy de acuerdo con el plan de mi tío, pero eso nunca ha importado en el pasado.

La sangre de mis manos me cala hasta la médula. Nada cambiará eso jamás.

¿Qué importa un poco más?

Resoplo. —Me cago en todo —golpeo el volante con los puños—. Esto no debería ser tan jodidamente difícil.

Mientras me llevo las manos a la cabeza, un coche familiar se detiene ante la puerta, entra y lo veo pararse en el cobertizo. Carmine sale, mira hacia la entrada y juraría que sus ojos se encuentran con los míos a través de los cristales tintados. Como si de verdad pudiera verme. Sé que no puede, pero la expresión de preocupación que arruga sus facciones hace que me tiemblen los dedos y me entran ganas de salir e ir con él de inmediato.

No lo hago.

Cojo el móvil y finalmente miro el mensaje. Es de él.

¿Qué ha pasado? Mi reunión ha terminado. Vuelvo ya.

Tragándome el nudo que tengo en la garganta, dudo con el pulgar sobre la pantalla, pero al final la apago. Levanto la cadera para poder volver a meterme el móvil en el bolsillo y me quedo mirando de nuevo la puerta principal de la mansión Dresvanni.

¿Cuánto tiempo puedo evitar esto?

Niego con la cabeza. —Sé un hombre —refunfuño—. Limítate a... hacer lo que te han dicho y acaba con esto. Son tu familia.

Me invade un subidón de adrenalina. Me aseguro de que mi pistola esté en su funda y de tener la daga escondida en la bota, como siempre, y me dirijo a la puerta.

Me dejan entrar sin problemas. Por tanto, no debe de haberle dicho nada a nadie sobre mí. Respiro hondo, viendo cómo se forma una nube frente a mi cara, y subo las escaleras hacia la puerta.

El pulso me va a mil por hora. Me pican las palmas de las manos. No puedo evitar mirar a mi alrededor antes de probar el pomo y descubrir que no tiene echada la llave.

En cuanto empujo la puerta y entro, Carmine está ahí. De pie en el vestíbulo, con la cara encendida por el frío, el pelo alborotado por el viento y el ceño fruncido.

—¿Cuánto tiempo pensabas estar ahí fuera escondido? —me pregunta.

Me doy cuenta de que Tiberi y Alessio están cerca, con cara de haber dejado todo lo que estaban haciendo solo para estar presentes. Me acerco a Carmine.

—Quería esperar a que volvieras —insisto. Él me mira con sospecha.

—¿Vas a contarnos qué está pasando? —pregunta Alessio—. Merecemos estar al tanto. ¿Qué pasó en Grecia?

Carmine no mira ni hacia él ni hacia Tiberi. —Os pondré al día más tarde —dice—. Ahora mismo, Soren y yo tenemos que hablar. —Cambia el peso de un pie a otro y se gira hacia el pasillo, pero aún no se aleja.

—No creo que sea una buena idea. Desde que Soren entró en tu vida, no has tenido más que problemas. En realidad, no has sido más que un problema —señala Tiberi.

Suelto un bufido suave. —Creedme, se busca sus propios problemas. —Intento ocultar la ansiedad que me recorre la espalda. Es difícil.

Alessio pone los ojos en blanco. —No me fío de ti.

—No hace falta que os fiéis de él; solo tenéis que quitaros de en medio de una puta vez. Os prometo que os contaré todo lo que ha pasado después de hablar con Soren. Tenemos que aclarar un par de cosas —dice Carmine con voz sincera. Noto que de verdad quiere poner al corriente a su familia.

Por desgracia para ellos, no tendrá la oportunidad.

—Está bien. En cuanto termines de hablar con Soren —dice Alessio con tono cortante.

Carmine asiente, sin exigirle a Alessio que cambie el tono. Sin insistir en que él es el que manda. Es una diferencia abismal comparado con lo que estoy acostumbrado. Tanto con mi propia familia como con el comportamiento habitual de Carmine.

Finalmente, lo sigo por el pasillo hasta su despacho. El despacho que solía pertenecer a su padre. El hombre que abusó de él.

El recuerdo de él desahogándose conmigo en aquella azotea me viene de golpe y se me encoge el estómago.

Dios, la lluvia que le resbalaba por la cara mezclada con sus lágrimas. Lo rojo que tenía los ojos... lo hinchados que estaban sus labios. Cuánto dolor había sentido solo por contármelo.

Siento el dolor en mi propio pecho y no entiendo cómo es posible sentir el dolor de otra persona con tanta claridad, pero lo hago.

Cierro los ojos.

La puerta se cierra detrás de nosotros. Sé que Carmine está de pie frente a mí, pero no digo nada.

—Soren.

No respondo.

—Soren. Dime qué ha pasado.

Me doy la vuelta despacio de modo que ahora le doy la espalda.

No hay guardias en la habitación. Confía en mí lo suficiente como para estar a solas conmigo. Total y completamente a solas.

Exactamente como estaba su padre cuando murió.

Sin guardias en la habitación. Nadie que lo salve.

Solo una bala esperando en la cabeza y en el pecho.

—Mi tío lo sabe todo —le digo—. No sé cómo, así que no preguntes. De todos modos, da igual.

—Claro que no da igual. Si alguien se va de la lengua con nuestros asuntos, quiero saber quién es —insiste Carmine—. Él... ¿lo sabe todo? ¿Estás seguro?

Bajo la mano hacia mi pistola, lentamente. Lo justo para que parezca un movimiento normal y casual.

—Sabe que te he estado protegiendo —digo, todavía con los ojos cerrados. Me imagino su cara. Probablemente descompuesta por la

incertidumbre. Seguramente tenga los ojos vidriosos y ardientes de ira. Ira hacia mí, hacia mi tío o hacia cualquier gilipollas que lo haya descubierto—. Sabe que no estoy de acuerdo con su... plan de toma de poder total.

Siento que Carmine se acerca aún más a mí. Se me calienta el cuerpo cuando su mano me toca el hombro.

—Joder. ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha hecho?

Me quedo callado, bajo la mano un poco más.

—Soren, por el amor de Dios, dímelo.

Agarro mi pistola y me doy la vuelta, apoyándola contra su esternón.

Carmine contiene el aliento. Baja la mirada a la pistola que tiene presionada contra el pecho y luego la sube a mis ojos, que ahora están abiertos. Sostengo la mirada al hombre al que tengo que matar.

—Soren... —balbucea. Sus ojos brillantes se mueven mientras piensa. Mientras lo comprende.

—¿Por qué? —pregunta.

Me trago el nudo de la garganta. —Tengo que hacerlo —gruño. Con un sonido bajo y ronco en mi pecho.

—No tienes por qué —susurra él.

Aprieto los dientes. —No lo entiendes —le digo—. Eivor... no va a parar. No importa si te mato yo o si te mata otro. Estarás muerto, Carm.

Me tiemblan los dedos.

—No lo estaré. Lo sabes. Por el amor de Dios, Ren. ¿Después de lo que acabamos de compartir? ¿De verdad vas a matarme? —Su voz es baja. Como si no quisiera alertar a nadie. Como si no quisiera que un guardia entre derribando la puerta.

¿Por qué no pide ayuda a gritos?

Podría tener una oportunidad. Quizás.

Mi respiración es temblorosa. —Tengo que hacerlo —repito—. Si no lo hago yo, muero yo.

Carmine levanta una mano y la aprieta contra mi muñeca. —No, no es cierto. Si se acercan a ti...

Lo corto. —¡Mi familia es lo único que tengo! Mi lealtad a ellos... es todo lo que valgo. Dime, si tu única opción fuera matarme o traicionar a tu familia, ¿qué elegirías? ¿Qué elegirías de verdad? —Mi voz sube de volumen y me arden los ojos. Presiono la pistola con más fuerza contra su pecho.

—Yo soy el que manda aquí —sisea—. No soy tu tío. No soy un tirano sediento de poder que intenta apoderarse del mundo. Quiero construir mi imperio rodeado del poder de otros, no machacando a todo el mundo hasta convertirlo en polvo.

—¿Es que tú no matas? —le pregunto con incredulidad—. ¿Nunca te has manchado las manos de sangre? ¿Nunca matarás a una familia entera para ocupar su lugar?

Carmine tensa la mandíbula. —Nunca he dicho eso —me contesta—. Siempre tendré las manos manchadas de sangre, pero no será sin un puto motivo.

Me quedo callado, luchando por mantener la compostura.

—¿De verdad quieres tener mi sangre en tus manos, Soren? —pregunta. Levanta la otra mano y me la apoya en la mejilla. Su pulgar me roza el labio inferior. Una oleada de calor me recorre todo el cuerpo, hasta las orejas y el cuello, y me baja a la entrepierna.

Casi me tiembla la mano. Siento las rodillas flojas.

Sigo sin responder. Solo lo miro con rabia, sintiendo cómo el dolor se me va instalando más y más en los huesos.

—Ni siquiera tienes el dedo en el gatillo.

La mirada de Carmine es tan intensa que no puedo evitar romperme por dentro.

Suelto todo el aire de golpe y el labio me tiembla.

¿Cómo puede un solo hombre ponerme así de sensible?

Intento contenerme. Intento encontrar la oscuridad que habita en mi interior; dejar que tome el control. Dejar que haga el trabajo que debo hacer. Pero me doy cuenta de que la oscuridad se ha mezclado demasiado con el resto de mi ser; y el resto de mi ser no está dispuesto ni siquiera a poner el dedo en el maldito gatillo.

—No puedo —susurro—. A ti no. No puedo perderte a *ti*.

—No tienes por qué hacerlo —me recuerda Carmine.

Justo cuando voy a decir algo más, la puerta se abre de par en par.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —pregunta Alessio, con una voz tan fuerte comparada con nuestros tonos bajos que incluso me hace sobresaltarme.

La pistola sigue apretada contra el pecho de Carmine.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que no podíamos fiarnos de ti! ¡Aléjate de él de una puta vez!

De repente, me agarran por la parte de atrás de la camisa y me quitan la pistola de la mano de un golpe, la cogen y la lanzan al otro lado de la habitación. Instintivamente intento alcanzar mi daga, pero antes de que pueda hacerlo, me ponen una pistola en la cabeza.

—¡Alessio! —grita Carmine—. ¡No, no lo hagas!

—¿Pero qué te pasa? ¿De verdad vas a salvar a un tío que podría haberte matado en un abrir y cerrar de ojos? —escupe Alessio con desprecio e incredulidad.

—Suéltalo ahora mismo. *Yo* confío en él. No vuelvas a tocarlo, joder —sisea Carmine y ahora siento sus manos sobre mí.

Me aparta de Alessio.

—¿Vas a ponerte en contra de tu propia familia por él? —lo acusa Alessio—. ¡Está intentando matarte! ¡Tan jodido estás de la cabeza, Carmine!

Me da vueltas la cabeza.

—Tengo que salir de aquí —balbuceo.

—No, no lo hagas. Tenemos que... —empieza Carmine, pero me zafo de él con un empujón.

—¡Déjame ir! No puedo estar aquí. —No me molesto en ir a por mi pistola al otro lado de la habitación. Ya no me importa. No la necesito.

De todas formas, no soy capaz de usarla.

—No merezco estar aquí —susurro.

Oigo la voz de Carmine llena de emoción. —Soren, no. Te *necesito* aquí...

—Deja que se largue —ordena Alessio—. Ya no es bienvenido aquí. ¡Nunca debió serlo!

—¡No lo entendéis! Dejad que lo explique un momento. Su familia está intentando obligarlo a hacerme daño. Dejadme... —Oigo el portazo del despacho. Tengo la sensación de que ha sido su hermano el que lo ha cerrado. Puedo oír los gritos, ahora amortiguados.

Ya estoy cerca de la puerta principal, aunque no recuerdo haber caminado por el pasillo.

Lo único que puedo hacer es salir a toda prisa al frío glacial y volver a mi coche. Me tiemblan las manos, pero no importa. No sé a dónde voy. No me importa a dónde voy.

Solo necesito largarme de aquí.

No sé qué hará Eivor cuando se entere.

Lo único que sé es que no puedo matar a Carmine.

No puedo matar al hombre del que me estoy enamorando.

17

Carmine

—¿Por qué defiendes a ese cabrón? —me grita mi hermano. No es habitual que Alessio se altere tanto como ahora, y eso solo ha servido para ponerme más furioso.

—No lo entiendes, no conoces toda la historia —insisto, igualando su volumen de voz y soltando mi brazo de su agarre.

Soren se ha marchado hecho una furia a Dios sabe dónde, y mis hermanos me impiden ir tras él. Aunque ni siquiera yo mismo sé por qué quiero hacerlo. Al fin y al cabo, me acaba de apuntar con una pistola al pecho. No, me ha presionado el pecho con una pistola.

Aun así, me invade el deseo desesperado de hablar con él, de saber que está bien…

Tiberi y Alessio están ahora en el despacho y no me quitan ojo. Prácticamente jadeo por lo alterado que estoy. Lo único que puedo hacer para mantener la compostura es recordar que cuanto más enfadado esté, más difícil me resultará salir de esta.

—Explícate entonces, Carmine —me ordena Tiberi—. Explica por qué acabamos de dejar que Soren Fiorelli saliera de aquí con vida cuando te estaba encañonando el pecho. Su voz es baja y mucho más calmada que la de Alessio o la mía.

Tomo aire y cierro los puños con fuerza. —No tengo que daros explicaciones de nada —les recuerdo a ambos.

—No, pero si quieres que tu familia esté de tu parte, lo harás —responde Alessio—. ¿Qué cojones te pasa? Sé que no es solo el duelo por la muerte de nuestro padre; todos estamos pasando por eso.

Doy un paso hacia un lado, hacia la puerta, pero los dos se mueven como un muro de ladrillos fraternal y me impiden el paso; tendría que pasar por encima de ellos.

—¿Por qué te opones tanto a hablar con nosotros? —pregunta Tiberi, con voz genuinamente frustrada e insegura.

Se me tensa la mandíbula. —¿Ahora mismo? Porque no sé a dónde va Soren y necesito asegurarme de que no va a cometer ninguna estupidez.

—Está bien. Cuéntanos la versión corta entonces, cualquier cosa, Carmine —Alessio se acerca más a mí—. Literalmente cualquier cosa, y dejaremos que vayas tras él.

Me trago el nudo de irritación que tengo en la garganta. —Me ha estado protegiendo, siguiendo mis pasos... asegurándose de que no muera —les digo a los dos, intentando mantener la voz uniforme—. Pero su tío, Eivor, me quiere muerto. Nos quiere muertos a todos. Ese cabrón está intentando usar a Soren para conseguirlo.

—¿Hablas en serio? —pregunta Alessio—. ¿Cómo sabes que Soren no es simplemente parte del plan para distraerte?

—Lo sé. Vi la mirada en sus ojos. Escuché su voz. Sé que no quiere hacerlo —digo entre dientes—. Pero también sé que su familia es lo que está en juego. Si no lo hace, podría acabar muerto él mismo.

—Eso no me deja más tranquilo —dice Tiberi lentamente—. Si vas tras él, podría decidir que su vida vale más que la tuya.

—No. Si fuera a hacerlo, ya lo habría hecho. Ahora mismo, él está en peligro. Cada segundo que yo sigo vivo, Soren corre peligro. —Señalo hacia la puerta—. Me ha salvado la vida varias veces en los últimos meses. Le debo lo mismo.

—¿Eso es todo? —me pregunta Alessio—. Creo que hay algo más. Creo que se te ha metido bajo la piel.

—¿Y qué si es así? Eso no cambia nada —siseo e intento abrirme paso entre ellos—. ¡Os he dado lo que queríais, ahora dejadme salir!

Cada uno se aparta a un lado con renuencia. Destrabo y abro la puerta tan rápido que la oigo rechinar sobre sus bisagras.

Cassian retrocede tambaleándose. Estaba escuchando tras la puerta.

—Quítate de mi puto camino —paso de largo empujándolo y él choca contra la pared—. Y no creas que no sé lo que estabas haciendo.

Cassian no dice nada, así que supongo que ha entrado en el despacho para hablar con Tiberi y Alessio, pero mientras me dirijo al vestíbulo, oigo pasos detrás de mí.

—Carmine —dice Cassian con voz baja y suave.

—Ahora no —bufo. Empiezo a calzarme, pero no cojo el abrigo. Tengo que salir de aquí y rápido. Hay una posibilidad de que lo alcance. ¿Verdad?

—¡Carmine! ¡Por favor! —grita, con la voz mucho más alta de lo normal. Suele hablar muy bajito.

Me detengo con los dedos en el pomo de la puerta.

—¿Qué? —le espeto.

—¿Por qué no quieres hablar conmigo? —pregunta—. ¿Por qué ni siquiera me miras?

No respondo a eso; en su lugar, el corazón se me hunde hasta el estómago.

—¿De verdad me culpas tanto por la muerte de nuestro padre?

Cierro los ojos. —Ahora no es el momento —le digo.

—¿Cuándo lo será? —oigo que se acerca a mí.

Se hace el silencio y no sé qué decir. Lo único que quiero es cruzar la puerta a toda prisa y salir a donde se fue Soren. En cambio, me quedo aquí parado como un idiota.

—Intenté salvarlo —admite Cassian—. Si de mí hubiera dependido, nunca habría estado en esa habitación con él. —Su voz flaquea en las últimas palabras—. Nunca quise estar allí.

Algo me resulta familiar en su tono de voz, pero no me detengo a pensarlo. Dejo que pase como una emoción fugaz. Culpa. Dolor. Es

muy similar al mío, pero no puedo centrarme en ello. Solo puedo centrarme en Soren.

Me giro para mirar a Cassian despacio. —Sé que no fue culpa tuya —le digo, y siento que me quito un peso de encima, al tiempo que veo cómo le brillan los ojos—. Pero tienes que aprender, Cassian, que a veces eso no importa. No importa de quién fuera la culpa. Algunas cosas recaen sobre los hombros de quienes están menos preparados. No... no me importa que no lograras salvar a nuestro padre, Cassian, pero ¿qué vas a hacer al respecto?

Cassian me devuelve la mirada y las lágrimas cobran más fuerza en sus ojos. A mí me duele el estómago y me escuecen los ojos.

—Tú también fallaste —me dice—. Todos fallamos, no solo yo.

Respiro hondo y cierro los ojos. —Padre era un bastardo —le digo—. Él era... No era un buen hombre, Cassian, pero es complicado. Él falló y todos fallamos, supongo.

—¿Qué significa eso? —pregunta Cassian—. ¿Qué se supone que debemos hacer?

Niego con la cabeza. —No lo sé. —Abro los ojos y me vuelvo hacia la puerta—. Ahora mismo, necesito asegurarme de que Soren no se está buscando la muerte.

Se hace el silencio mientras abro la puerta y siento el aire frío precipitarse a recibir mi rostro.

—Oye, Car —dice Cassian suavemente a mis espaldas.

Suspiro. —¿Sí, Cas?

—¿Le quieres? —me pregunta.

Parpadeo. No estoy seguro de cómo se le ha ocurrido preguntar eso solo por escuchar tras la puerta. Algo me dice que sabe más de lo que creo. Que ha estado mucho más presente de lo que he notado. Al fin y al cabo, he pasado mucho tiempo intentando ignorarlo... Puede que, literalmente, no me haya fijado en él a veces.

Me lamo los labios. Su pregunta queda suspendida en el aire y hace que sienta el pecho apretado e incómodo.

—Creo que sí —respondo.

Entonces salgo y dejo que la puerta se cierre tras de mí.

El frío me cala hasta los huesos mientras corro por el camino de entrada. A lo lejos, sigo viendo el coche de Soren.

Inmediatamente se dispara una alarma roja en mi cabeza. Su coche no debería seguir ahí.

No llevo abrigo, ni gorro, ni guantes, y cada segundo que paso fuera mi piel se enrojece más, pero no me importa. Lo único que me importa es llegar al coche de Soren y descubrir si está bien. Quizá solo esté sentado ahí dentro, esperando a que yo fuera a buscarlo. Tal vez sabía que lo haría.

Todo mi ser vibra de ansiedad cuando me detengo en seco antes de llegar al coche porque hay algo en el suelo.

El teléfono de Soren.

O uno de ellos, al menos. No parece un teléfono de usar y tirar, es demasiado caro para eso. Lo recojo del suelo y veo que aún funciona.

—Hijo de puta —gruño mientras deslizo el dedo por la pantalla intentando desbloquearlo de alguna manera. Entonces, me fijo en la opción de emergencia. Pulso por si acaso.

—¡Sí! —Soren tiene varios números configurados como emergencia, así que puedo elegir uno. Uno de Rosalie. Su hermana.

Pulso el botón y me llevo el teléfono a la oreja mientras regreso por el camino hacia el garaje para coger mi propio coche.

—¿Soren? —Rosalie responde antes del segundo tono y su voz está cargada de preocupación—. ¿Dónde estás? Tienes que...

—Soy Carmine —le digo—. El teléfono de Soren estaba tirado en el suelo. Su coche sigue aquí, creo que está en peligro.

No sé cuánto sabe ella de toda la situación —o si está de su lado o no—, pero teniendo en cuenta que son hermanos, debe de saber algo.

—Oh, Dios —jadea—. No te mató. Eivor tenía razón.

—No, sigo vivito y coleando, ricura; ahora dime a dónde iría Soren.

—Tienes que encontrarlo. Mi tío... Eivor, mandó a... oh, Dios. Intenté detenerlo. Intenté decirle que le diera tiempo, pero dijo que ya habíamos perdido a Soren, que no tenía sentido —explica ella.

Gruño entre dientes mientras atravieso el garaje pisando fuerte hasta mi coche y lo abro con un clic. Me subo, arranco el motor y salgo lo más rápido posible.

—Ese hijo de puta —bufo—. No sé dónde está. Pero puede que sepa dónde estaría. ¿Hay algún lugar que fuera importante para tus padres?

—¿Qué? —pregunta Rosalie—. Estoy intentando salir de aquí. ¡Eivor me ha encerrado en su despacho del segundo piso y las ventanas ni siquiera se abren! ¡Joder!

—Tú no puedes hacer nada, yo sí —le recuerdo—. Ahora cálmate y piensa. —La tengo en el manos libres mientras conduzco.

—Eh... ah... vale, hay una casa de seguridad a unos veinte minutos de la costa. Solía ser el lugar donde nuestros padres iban de vacaciones. Nos llevaron allí una o dos veces. No sé por qué iría allí; Eivor estaría vigilando todas las casas de seguridad buscándolo —explica ella.

Niego con la cabeza. —No ha ido allí por su cuenta, Rosalie. Se lo han llevado —le digo—. Si Eivor está tan mal de la cabeza como creo, querría que llevaran a Soren a algún lugar importante para él. Envíame la dirección ahora.

—Vale, vale. Ya está. La respiración de Rosalie suena amortiguada en el teléfono.

Miro el mensaje y me doy cuenta de que voy en la puta dirección contraria.

—Mierda —mascullo. Los neumáticos chirrían mientras hago un cambio de sentido en medio de la carretera y acelero hacia la dirección indicada, pasando de nuevo por la entrada de la finca Dresvanni.

—Recibida, voy de camino —le digo.

Estoy a punto de colgar, pero Rosalie dice una última cosa.

—¿Carmine? —dice despacio—. No dejes que muera.

Aprieto el volante con más fuerza.

—No lo haré.



El coche vibra bajo de mí en el frío. No es mi coche habitual, no, es uno más antiguo, un clásico que conseguí en una subasta hace unos

años. Con este no me verán venir tan pronto. Aunque, sin duda, me oirán llegar.

No me importa.

En cuanto llego a la casita en un barrio poco llamativo, me bajo, dejando las llaves puestas y el motor encendido. No me importa lo que le pase al coche, ni a mí. Tengo que sacar a Soren.

No hay coches fuera de la casa. Ni siquiera hay una luz encendida, pero sé que está ahí dentro. Tiene que estarlo.

Si no está aquí, habré perdido el tiempo siguiendo una pista falsa. Quién sabe dónde podría estar, qué podría estar pasándole.

Mientras rodeo la casa hacia la puerta trasera en lugar de la delantera, veo un resplandor tenue que sale de la ventana del sótano, en la base de la casa.

—Os tengo —susurro y saco mi pistola. Me dirijo a la entrada exterior del sótano. No me importa a quién esté a punto de enfrentarme.

Pruebo la puerta, pero está cerrada. Eso no es obstáculo para mí.

Con toda la fuerza que puedo reunir, estampo el pie contra la cerradura y la puerta sale volando. Por poco me caigo por el corto tramo de escaleras, pero consigo mantenerme en pie.

Al mismo tiempo, le oigo gritar.

Soren.

—¡No des ni un paso más! —grita una voz.

No escucho. Bajo las escaleras apuntando con mi arma en la dirección de la voz. Al llegar al final de los peldaños, me encuentro cara a cara con una escena sangrienta.

Soren está atado a una silla. Desnudo. Expuesto, con cada parte de su cuerpo a la vista. Cortes rojos y chorreantes cubren su cuerpo de la cabeza a los pies. No hay un solo rincón de su anatomía que no esté marcado.

—Como te acerques más, está muerto, joder —me grita el hombre.

Es el único que hay allí.

Solo un hombre.

Un hombre con unos hombros tan anchos que rivalizarían incluso con los de los hombres más fuertes que he visto.

El miedo me recorre la espalda, pero entonces vuelvo a mirar a Soren.

Solo veo rojo, nada más.

La ira me inunda.

Disparo sin pensar. El hombre gruñe y se queja al recibir el impacto en el hombro izquierdo, de lleno. No cae. En su lugar, ruge, coge el cuchillo que tiene en la mano y lo clava con saña en ese mismo hombro. Excepto que ese hombro es el de Soren.

Soren grita de dolor, con el cuerpo agitándose y contorsionándose.

—¡Hijo de puta! —grito. Le disparo de nuevo, una, dos, tres veces.

Hasta que finalmente cae de rodillas riendo.

Riéndose de mí.

—¡¿De qué te ríes, cabrón?! —le grito. Aprieto el gatillo otra vez, pero no pasa nada. *Clic*. *Clic*. *Clic*.

Nada.

No he comprobado la munición antes de venir. Antes de salir de casa. ¿Por qué iba a hacerlo? Estaba tan concentrado en encontrar a Soren que no he pensado en asegurarme de ir debidamente protegido. He salido al gélido invierno sin abrigo y no me he asegurado de que la pistola estuviera cargada del todo.

Joder.

El descomunal gigante se levanta lentamente del suelo frente a mí. La sangre gotea de todas sus heridas de bala. Solo verlas hace que me duela mi propia pierna. No han pasado más de unos días desde que recibí yo mismo un disparo en la pierna.

Cómo se las apaña para seguir en pie con varias heridas de bala en hombros y piernas es algo que no alcanzo a comprender.

Debería haber apuntado a la cabeza en uno de esos disparos, pero ya es tarde. Estaba demasiado centrado en hacer que sintiera el mayor dolor posible.

—¿Crees que puedes pelear conmigo sin tu patética arma? —me pregunta el hombre. Echa los hombros hacia atrás y gruñe, haciendo que la sangre brote de los agujeros momentáneamente.

Le enseño los dientes. —Adelante.

Lanzo mi pistola a un lado y aprovecho cualquier sorpresa por su parte a mi favor. Me abalanzo sobre él de frente. Es considerablemente más alto que yo, y más grande, pero soy más fuerte de lo que parezco. Especialmente cuando estoy furioso.

El tipo empieza a golpearme intentando que lo suelte, pero le rodeo el cuello con los brazos y aprovecho la fuerza al tirar de su cuerpo para trepar con los pies por su gran torso hasta que consigo empujarlo hacia atrás y atrapar su cabeza bajo mis brazos. Es un movimiento que nunca he hecho, pero me sale de forma instintiva. Giro mi cuerpo hacia su costado y le hinco la rodilla en las costillas.

Cae rodando al suelo, y yo voy con él.

Mi cabeza golpea el suelo de cemento del sótano y cruje contra él. Gimoteo mientras todo se vuelve borroso por un momento. Es el tiempo justo para que él pueda darse la vuelta y ponerse encima de mí.

Cada centímetro de mi ser está lleno de rabia mientras miro hacia un lado y veo a Soren allí sentado, ensangrentado y prácticamente desfigurado. ¿Cuánta más sangre puede perder?

—Pedazo de animal estúpido —gruño mientras el hombre que está sobre mí intenta rodearme el cuello con las manos. Lo empujo con las rodillas y las manos, luchando contra su gran fuerza.

Siento la sangre gotear de la parte posterior de mi cabeza, y sé que probablemente necesito puntos, pero no me importa.

No me importa nada más que sacar a Soren de esa puta silla. De esta puta casa.

Pienso en todo lo que ha hecho por mí. Salvarme la vida. Salvarme de que Jackson me violara. Arriesgar su propia vida para perdonar la mía.

—Hoy no, hijo de puta. —Las palabras salen de mí como un siseo mientras las manos del cabrón grandullón me aprietan la garganta. Le clavo las uñas en los ojos con tanta fuerza que me suelta y la sangre gotea por mis manos y muñecas. Entonces, le encajo la palma de la mano en la nariz con tal violencia que oigo el crujido y el chasquido cuando se hunde hacia dentro.

—¡Joder! —grita e intenta ir a por mí de nuevo a pesar del dolor, pero me escurro por debajo de él deslizándome y rodando. Me

impulso desde el suelo, con sangre en las manos y que me baja por la nuca y el cuello.

Siento que todavía intenta perseguirme, pero me dirijo directamente hacia Soren.

Nada más importa. Nadie más.

—Soren —consigo articular. Miro el cuchillo en su hombro. Si lo saco, sangrará aún más... pero necesito un arma. No llevo nada más encima. Si me hubiera preparado más... si tan solo me hubiera preparado un poco más.

Demasiado tarde.

Agarro el mango y saco la hoja de su hombro de un tirón. Soren despierta de su inconsciencia y grita.

—¡Muérete, pedazo de mierda! —Me doy la vuelta y lanzo un tajo a la primera parte del cuerpo que puedo. Un brazo. Luego una pierna. Luego su estómago. Entonces cae al suelo. Intenta agarrarme las piernas pero lo agarro por la parte superior del pelo y le clavo la hoja directamente en un lado del cuello.

El hombre jadea, y el sonido se convierte en un gorgoteo visceral y carnoso mientras se lleva la mano a la garganta, sin parecer comprender qué está pasando.

Yo sí sé exactamente qué hacer.

Mientras forcejea de rodillas, agarro la hoja y la saco, haciendo que la sangre de su arteria carótida brote a chorros por todas partes.

Se asfixia y escupe. No me detengo ahí. No.

—¿Quieres cortar? Pues yo te cortaré a ti —le gruño. Siento el cuerpo tan caliente como el fuego.

Procedo a cortarle la cara y cada parte de su pecho que puedo alcanzar a través de su camisa. Rajando su piel en rápida sucesión. Una y otra vez. Hasta que su cara no es más que un despojo sangriento. Con la nariz hundida y la piel cubierta de carmesí.

Rojo carmesí. Igual que Soren.

Soren.

Tengo que centrarme en él. Tengo que asegurarme de que esté bien. No lo está. Lo sé, pero quizá haya una oportunidad de que no se haya hecho demasiado daño todavía.

El hombre finalmente cae por completo al suelo de bruces, y lo empujo hasta que queda plano. Su aliento gorgoteante se detiene y sé que está muerto.

Con un suspiro entrecortado, me doy la vuelta y corro hacia Soren.

—Soren —digo mientras uso el cuchillo para cortar las cuerdas que lo atan.

No dice nada, solo se queda ahí sentado con la cabeza inclinada hacia abajo. Normalmente parece tan grande y fuerte, pero ahora mismo se ve pequeño y vulnerable. Ya no sangra, pero estoy bastante seguro de que eso no es bueno.

Todo está pegajoso y mojado.

Tiro las cuerdas al suelo y luego tomo su cara entre mis manos.

—Soren, despierta. Oh, Dios. Por favor. —Mi voz suena desesperada. Nunca he sentido tanto dolor en el pecho. Ni siquiera con la muerte de mi padre. Ni con la de mi madre. Ni siquiera la idea de mi propia muerte me causa tanta angustia.

Sin embargo, el pensamiento de que este hombre muera en mis brazos hace que las lágrimas me quemen los ojos de tal forma que no puedo hacer otra cosa que dejar que me rueden por la cara.

—Soren —digo más alto. Le doy unas palmaditas en la cara.

La realidad empieza a calar. Le tomo el pulso, con el miedo abrumándome, pero está ahí. Sigue siendo fuerte. A pesar de todo, su corazón sigue latiendo.

De repente, Soren tose volviendo a la vida y sus párpados tiemblan.

—Oh, joder. Gracias a Dios —jadeo. Me desplomo de rodillas en el suelo. —Estás vivo.

—Estás... aquí —susurra Soren. Su voz es ronca y baja.

—Estoy aquí —le susurro de vuelta.

Ahora que la adrenalina no recorre mi esbelto cuerpo, me duele todo. Me dan punzadas. No me importa.

Rodeo la espalda de Soren con un brazo y empiezo a levantarlo de la silla.

—No, no lo hagas —murmura él. —Sálvate tú.

—No voy a dejarte aquí —gruño. —Nunca.

Los ojos de Soren se encuentran con los míos; están nublados y rojos. Su cara no solo está cubierta de sangre, sino también de lágrimas.

—Carmine —gime. —¿Por qué? ¿Por qué estás aquí?

—Tenía que hacerlo —respondo. —No podía dejar que murieras.

No puedo cargarlo; mis rodillas están demasiado débiles y mi propia cabeza empieza a marearse más.

Los dos nos hundimos de rodillas en el suelo humedecido por la sangre.

—No he podido matarte —admite Soren. —No puedo matarte.

—Lo sé —le digo. Apoyo mi frente contra la suya. —Lo sé.

De repente Soren me besa. No es suave ni dulce. Es crudo y primitivo. Es como si estuviera usando todas las fuerzas que posee para besarme. Su boca reclama la mía, con un sabor caliente y amargo, a hierro y sal.

Le devuelvo el beso sin dudarlo. A pesar de lo que acaba de pasar, la sensación de su cuerpo desnudo contra el mío vestido me enciende. Un calor electrizante me baja hasta el estómago y la entrepierna.

Me aparto del beso, sabiendo que tenemos que centrarnos en salir de aquí, pero Soren me agarra por la nuca y vuelve a atraerme.

—Tenemos que... —empiezo, pero su boca está sobre la mía. Su lengua se desliza en mi boca y me rindo ante él. Entrelazo mi lengua con la suya, girando y empujando. Tan necesitado de este hombre que no puedo hacer otra cosa que dejarme llevar.

El lugar donde estamos no existe. ¿El sótano? ¿La sangre? Todo es irrelevante.

No, más que eso. Solo consigue excitarme más.

La sangre y los cortes en su cuerpo. El hecho de que haya sobrevivido gracias a mí.

Lo he salvado.

Soren se empuja contra mí y me rodea el cuello con los brazos. Interrumpe el beso y jadea buscando aire contra mi mejilla. —Por favor... te necesito. Te necesito, Carm.

Suplica de una manera en que nunca lo he oído suplicar antes.

—Necesito sentirte ahora.

Ese gruñido bajo y sin aliento.

Me duele la polla en los pantalones, pero no estoy pensando en mí. Es en él.

Él es el que está desnudo y expuesto.

Quiero hacerlo sentir bien. Seguro.

—Deja que te toque —le susurro con dulzura.

No importa que tenga la cabeza mareada y sangrando, ni que ambos necesitemos innumerables puntos.

En el momento en que bajo la mano y toco la verga medio dura de Soren, él gime y balancea sus caderas contra las mías.

A partir de este momento todo es un frenesí. Acaricio su virilidad mientras se endurece y él jadea y gime contra mi cuello. Su boca lame y muerde mi piel, y yo gruño en respuesta.

Todo empieza a volverse borroso en mi visión.

Sé que no queda mucho tiempo, pero quizá por eso sigo haciéndolo.

Si este va a ser el último momento, quiero al menos que Soren se sienta bien. Deseado. Necesitado. Amado.

Lo amo.

Joder, lo amo muchísimo.

No sé cómo ha pasado, pero ha pasado.

El miembro de Soren late en mi mano y se corre rápidamente sobre su propio vientre y el suelo. El semen y la sangre se mezclan en perfecta armonía, y yo le beso el lateral de la mandíbula con ardor.

—Buen chico... qué buen chico —murmura él. Se está desvaneciendo.

Yo me estoy desvaneciendo.

Uno de los dos tiene que permanecer despierto.

Voy a tener que ser yo.

—Me has salvado —dice Soren. —... me has salvado... —Sus párpados tiemblan. Su cuerpo aún tiene espasmos por el orgasmo, pero me doy cuenta de que no le queda mucho para perder el conocimiento.

—Lo he hecho —le susurro al oído. —Siempre lo haré.

Mi erección es dolorosa en mis vaqueros, pero no hago nada al respecto. Podría ser una tercera pierna por lo que a mí respecta. El placer de Soren me produce una alegría que no sabría describir.

Renovado con energía, lo levanto del suelo a medias. Lo justo para arrastrarlo parcialmente. Tengo que sacarlo de aquí.

No sé cómo.

Pero sé una cosa.

No dejaré que nadie vuelva a tocarlo nunca más.

18

Soren

Lo último que recuerdo es haber llegado al orgasmo con la cara apretada contra el cuello de Carmine. Comparado con el dolor de cada corte en mi puta cara y en mi cuerpo, el placer que me recorrió se sintió como el mismísimo cielo. Había necesitado su contacto más que nunca y, por primera vez, yo era el que se sentía verdaderamente vulnerable.

Era fácil centrarse en el recuerdo de besar a Carmine en lugar de en el recuerdo de Big Jacque hundiéndose en mi carne con cada corte abrasador. Todo lo que quiero ahora que empiezo a volver al mundo es sentir a Carmine cerca. Necesito saber que está aquí.

Necesito saber que no lo he soñado todo, joder.

—Carm. —Mi voz suena baja y ronca. Parpadeo con pereza y suelto un quejido por el dolor que me recorre el cuerpo.

Estoy tumbado, eso lo sé.

Mi captor no me habría dejado tumbarme.

No sobre el mullido cojín sobre el que estoy ahora mismo. Ya no me siento tan pegajoso ni tan cerca de la muerte. Los cortes no duelen tanto. Ya no siento la cara como si estuviera en llamas.

Hay silencio durante un largo rato. Tanto que casi estoy seguro de estar solo, pero entonces oigo pasos cerca. Mi visión empieza a

aclararse. Proceso dónde estoy. Más o menos. Estoy tumbado en un sofá con varias toallas debajo y envolviéndome el cuerpo. En un salón que no reconozco, con la suave luz del sol atravesando la cortina cercana. Me hace doler la cabeza, así que aparto la vista y miro hacia el hombre que está de pie a un lado del sofá.

—Soren, estás despierto. Por fin —dice Carmine. Se pone en cuclillas a mi lado y me acaricia la cara con los dedos. Los cortes de la mejilla y la barbilla han empezado a formar costra. No me importa el dolor que siento cuando los toca. Me recuerda que está aquí de verdad. Que yo estoy aquí de verdad.

—¿Estás bien? —le pregunto—. Ni siquiera pude con él. —Tengo la garganta más seca de lo que creía y mis palabras casi parecen polvo al salir de mi boca.

Carmine levanta una botella de agua que lleva y desenrosca el tapón. —Me las apañé —me dice—. No iba a dejar que te matara.

—No puedo creer que Eivor lo enviara a por mí —murmuro. Frunzo el ceño y empiezo a incorporarme.

—Eh, cuidado. Te han dado bien, Ren —insiste Carmine. Pone su mano en mi espalda antes de que termine de incorporarme del todo.

Suspiro y me duelen las costillas. Hacía tiempo que no me sentía tan jodidamente apaleado.

—Lo mataré por esto —gruño por lo bajo—. Podrías haber muerto. Podríamos haber muerto.

—No lo hagas. —Carmine me acerca la botella de agua a la boca y doy un sorbo lento, luego un trago largo, más sediento que nunca. El agua me gotea por la barbilla cuando la retira. Observo su boca mientras él también da un trago profundo y luego vuelve a enroscar el tapón.

—¿Me estás diciendo que no lo quieres muerto? —pregunto, arqueando una ceja—. Después de...

—Yo no he dicho eso —me señala con un dedo—. ¿Pero ahora mismo? Sería empezar una guerra, y eso es lo que él quiere, ¿no?

Miro al suelo un segundo. —Lo es —asiento—. Aprovechará cualquier motivo para cargar contra toda tu familia.

—Ahora tú estás metido en este lío. Todo por no matarme —Carmine suspira y se sienta en el sofá a mi lado—.

Me doy cuenta de que sigo desnudo, pero tengo la parte inferior envuelta en una toalla manchada con mi sangre. Deslizo los dedos por la toalla hasta llegar al medio, entre los dos.

Niego con la cabeza. —Nunca debí intentarlo —digo entre dientes.

—No, no debiste —coincide él. Carmine desliza su mano hacia mi nuca—. Pero paraste.

—No puedo matarte, Carm —digo despacio, mis ojos se encuentran con los suyos—. Yo... —me detengo. No es el momento adecuado. ¿Cuándo es el momento adecuado?

¿Qué tan ridículo voy a sonar?

—Yo no puedo matarte a ti —me dice Carmine—. No soporto la idea de verte muerto, Soren. No puedo. —Me acerco más a él hasta que nuestras narices rozan.

—¿Cómo... cómo logramos salir? —le pregunto.

—No estoy seguro. ¿Pura tozudez? —me dice con una risita—. Te cosí lo mejor que pude. No perdiste tanta sangre como parece.

Miro hacia abajo y tiene razón, mi hombro está cosido de forma un tanto chapucera, pero está decente.

Mis ojos suben hacia Carmine y veo que todavía tiene sangre en la nuca.

—Tú me cosiste a mí, pero ¿quién te cosió a ti? —Le pregunto y paso lentamente los dedos por detrás de su cabeza para ver la sangre pegajosa de una herida todavía húmeda en la parte posterior.

—¡Carmine! —siseo—. No puedes ir por ahí con esto así.

—No pasa nada, no es para tanto —insiste Carmine.

Aun así, me muevo a su alrededor lo mejor posible y echo un vistazo, apartando su pelo apelmazado por la sangre para mirar el tajo en su cabeza.

—Definitivamente necesitas un par de puntos, tío —refunfuño. Me duele todo el cuerpo, pero me importa un bledo. Voy a cuidar de Carmine, le guste o no.

—¿Estás seguro? —pregunta.

—Sí, estoy seguro, idiota —le espeto—. Vas a hacer que te maten.

—Tú me salvarás —murmura juguetón. Noto que ha perdido más sangre de la que cree. Tiene un aspecto algo cansado, como si hasta parpadear fuera un esfuerzo para él.

No puedo evitar soltar una risita suave, e incluso eso me duele un poco. Aunque, sinceramente, he estado peor. Cada año parece que me lesiono de alguna forma más grave. Algún día moriré. Lo sé. Tengo la sensación de que con Carmine cerca será más difícil matarme de lo habitual.

Con un suspiro, miro alrededor de la habitación. Es una casita agradable. Casi puedo oír las olas rompiendo contra el acantilado fuera y el olor del mar salado es aún más fuerte. No hay nadie más a nuestro alrededor. Ni guardias ni enemigos amenazando nuestras vidas. Estemos donde estemos, por ahora estamos a salvo.

—¿Dónde está el botiquín? —le pregunto a Carmine.

Señala la mesa de centro de cristal que tenemos delante.

—Ah. —Me aparto de él lo suficiente para coger el pequeño kit de sutura con una aguja nueva. No es precisamente material de hospital, pero es mejor que con lo que le apañé la pierna, eso seguro.

—Deberíamos haber venido aquí cuando te dispararon —murmuro mientras preparo el hilo en la aguja.

—Está demasiado lejos, probablemente me habría desangrado —comenta Carmine—. Además, habría tenido que decirte dónde está.

—Es verdad. No estabas en condiciones para eso. —Me muevo a su lado y ligeramente detrás de él. Uso un poco de alcohol para limpiar la zona y poder ver.

—¿Necesitas afeitarme la cabeza? —pregunta Carmine. No acabo de distinguir si está bromeando o no.

Arqueo una ceja. —Eso lo facilitaría.

—Ni de broma, joder —sisea—. Como te acerques a mí con una maquinilla, te afeito yo la cabeza a ti.

Suelto una risilla mareada. —Entendido, no seas nena.

Le oigo refunfuñar entre dientes mientras empiezo a pasar la aguja por su carne, de un lado a otro, cerrando el pequeño tajo con dos puntos. En el hospital probablemente le habrían dado más, pero también le habrían afeitado la zona primero.

—Tienes suerte de que no te mataran —le digo.

—Tú sí que la tienes —responde Carmine—. Ese tipo era enorme, joder. —Pone una ligera mueca de incomodidad mientras termino.

Exhalo con fuerza y tiro la aguja y el hilo restante sobre la mesa junto con el algodón que he usado. —No tuve ni una puta oportunidad, Carm —admito con franqueza—. Me dejó inconsciente en cuanto llegué a mi coche, lo siguiente que supe fue que estaba en esa maldita silla.

Carmine suelta un gruñido bajo y se gira para mirarme. —Tu tío organizó esa mierda —me dice—. Ni siquiera te dio una oportunidad. Encontré tu teléfono y llamé a Rosalie. Me dijo que Eivor simplemente decidió que esto se había acabado.

Cierro los puños y cierro los ojos un momento. —No me sorprende —le digo—. En su mente, he traicionado a la familia varias veces ya. Cree que lo que hace es lo mejor.

—No lo es —bufa Carmine y se levanta del sofá—. Lo está jodiendo todo.

Lo miro. —Lo está intentando. No sé cuáles son sus planes, pero a partir de ahora no pueden ser buenos. Si me quiere muerto, entonces...

—No, ni hablar. No vas a morir por la vendetta de poder y polla pequeña de ese hombre —me dice y se agacha frente a mí.

Soy plenamente consciente de que sigo desnudo bajo esta toalla. Lo miro y él me devuelve la mirada con una intensidad que me atraviesa.

Nunca lo había visto con esa expresión tan protectora, posesiva... Es increíblemente excitante y no puedo evitar estirarme hacia Carmine y acariciar su mandíbula con los dedos.

—No debería haber intentado matarte —le digo—. Pero pensé que si no lo hacía... tarde o temprano alguien lo haría.

Se queda callado pero no se aparta.

—No soporto la idea de que alguien más te mate, Carm —consigo decir con un nudo en la garganta—. Si es que... lo entiendes, no sé. —Niego con la cabeza y respiro hondo. Mi voz es baja y rasposa.

Los ojos de Carmine se vuelven aún más oscuros y arden con más fuerza. —Si alguien va a matarme, querías ser tú —responde. Levanta una mano para apartarme un mechón de pelo detrás de la oreja y giro la cara lo justo para rozar su palma con los labios. Se siente más áspera que cuando nos conocimos.

—Entonces lo entiendes —susurro.

Él asiente. —Sí, y... puede que no quieras matarme, pero Soren... si voy a morir, quiero que seas tú —me dice.

Abro un poco los ojos. —Me da igual lo que Eivor... —me interrumpe.

—Esto no es por él —insiste—. Hablo de siempre. Si alguna vez hay una situación en la que vaya a morir sin remedio, quiero que seas tú quien me mate. No dejes que ningún otro se lleve esa satisfacción.

Entrecierro los ojos y escudriño su rostro. No hay ni un ápice de duda en él.

En mi pecho, el corazón se me encoge y trago el nudo que se me forma en la garganta.

Me inclino más hacia él y le pongo la otra mano en el hombro. Aprieto con fuerza.

—Lo entiendo. Yo quiero que tú me mates a mí también. Nadie más debería poder decir que lo hizo. Solo tú. —Ignoro el escozor y el dolor de mi cuerpo y apoyo mi frente contra la suya.

—Han pasado tantas cosas estos últimos meses —comenta Carmine, con su nariz rozando la mía—. Has estado ahí todo el tiempo. No sabía por qué... quizá porque no quería saberlo. No quería que te fueras, aunque me estuvieras traicionando... que lo *estabas* haciendo.

Solo lo miro con ojos llenos de culpa y deseo.

—Cuando la gente se entere, va a ser un puto caos, Soren —me advierte.

—Lo sé —digo despacio. Le levanto la barbilla con los dedos y rozo sus labios con los míos—. Que le jodan a lo que piensen los demás.

Siento que Carmine pasa lentamente sus brazos por mi cuello sobre mis hombros y se acerca más a mí. —Estoy enamorado de ti,

Ren.

Todo arde y me estoy fundiendo con él. Siento su aliento contra mis labios y es muy difícil no limitarme a besarlo.

—Yo también te quiero, Carm. —Las palabras suenan extrañas saliendo de mí, pero al mismo tiempo se sienten perfectas.

El hombre al que una vez quise matar para ser leal a mi familia me está besando ahora. El hombre cuya sangre había querido derramar. Cuyo cuello quería tener entre mis manos.

No puedo mentir. Sigo queriendo su cuello entre mis manos. Sentirlo retorcerse y agitarse debajo de mí... pero lo quiero vivo.

No quiero acabar con su vida, porque estoy bastante seguro de que eso significaría el fin de la mía también.

No. Quiero sentir cada centímetro de él contra mí. Quiero besarlo hasta el olvido. No matarlo. No causarle angustia. Solo un tipo delicioso de dolor, un placer retorcido dentro de la oscuridad.

—Soren —gime Carmine contra mi boca, y me doy cuenta de que me he quedado absorto en mis propios pensamientos sin devolverle el beso.

Presiono mi boca contra la suya con firmeza, besándolo lenta y profundamente. Por ahora, en este preciso momento, él tiene el control, no yo, y me parece bien.

Mi polla ya está semirrígida bajo la toalla, pero un segundo después siento que Carmine desliza una de sus manos por mi muslo sobre la toalla y empieza a manosearme.

Mis propias manos encuentran sus caderas y tiro de él hacia arriba hasta que está sentado en mi regazo en lugar de en el suelo.

—¿Al dormitorio? —me pregunta contra la boca.

—Todavía no —respondo con la voz apagada por el beso.

La habitación se oscurece mientras beso a Carmine y él me besa a mí. Nuestro beso se funde en uno solo, y soy incapaz de distinguir mis labios de los suyos mientras mi cabeza se aturde con las endorfinas de la lujuria y el afecto.

Esto es todo lo que hacemos durante un largo rato, y es algo extraño para mí. Besar sin mucho más.

Su boca sabe a sangre, a sal y ligeramente a pasta de dientes, pero nada de alcohol. Saberlo me hace sentir orgulloso de él, y

agarro las caderas de Carmine con más fuerza para empujar su entrepierna contra la mía.

Carmine gime y enreda su lengua con la mía. Yo le imito empujando mi lengua contra la suya hasta que queda encima y luego la deslizo alrededor. El placer me hormiguea por la columna desde la entrepierna mientras él se frota contra mí. Su miembro está duro dentro de sus vaqueros.

Cada movimiento es suave en comparación con nuestros encuentros del pasado. Apasionado pero lento y teñido con la calidez del amor genuino. No es algo a lo que esté acostumbrado, y pronto me resulta embriagador.

Normalmente, querría darme prisa, follar de la forma más brusca posible, acabar de una vez, sentirme bien, hacer que él se sienta bien y no pensar en nada más.

Ahora mismo, disfruto deslizando mis manos por su cintura. Escuchándolo gemir, de forma sorda y necesitada, contra el beso. De vez en cuando interrumpe el beso para tomar aire, pero continúa enseguida.

El aire es cálido y pegajoso a nuestro alrededor. Nos rodea a Carmine y a mí como una burbuja de seguridad. A pesar de todo nuestro roce y nuestros besos, ninguno de los dos ha hecho ademán de bajar la toalla o los pantalones. De hacer avanzar las cosas.

—¿Al dormitorio? —suelto la pregunta con un gruñido tras romper el beso. Tengo la polla tan dura que casi me duele, pero no es por eso por lo que quiero moverme. No. Quiero estar en un lugar donde podamos tumbarnos. Cómodos.

Al fin y al cabo, mis puntos, moratones y cortes con costra me dan punzadas. No es suficiente para frenar mis necesidades calenturientas, pero sí para que el sexo en el sofá resulte desagradable.

—Vamos —me dice Carmine entre jadeos. Se desliza fuera de mi regazo con un murmullo, y veo el bulto en sus pantalones. Me hace sonreír con aire aturdido.

Me tiende una mano y la tomo, dejando que me ayude a levantarme. En el momento en que me pongo en pie, la toalla, que ha quedado totalmente descolocada, se me resbala de la cintura y

cae al suelo. Mi erección salta ligeramente y los ojos de Carmine bajan hasta ella, luego suben por el resto de mi cuerpo hasta encontrar mis ojos.

—Joder, estás tan bueno —balbucea.

—¿Incluso así de apaleado? —pregunto con otra sonrisa ladeada.

Él se lame los labios. —Quizá más.

Ante eso, unas gotas de líquido preseminal asoman por mi punta y siento que se me encoge el estómago.

—Llévame al dormitorio antes de que no lleguemos —le digo.

Él asiente y me guía fuera del salón por el pasillo hasta un dormitorio tenuemente iluminado con una cama con dosel.

Carmine me suelta la mano y se acerca a la mesita de noche, abriendo el cajón.

—¿Esta vez vienes preparado? —le pregunto de broma, y me muevo para sentarme en el borde de la cama.

—Esta casa es más una casa de vacaciones que un piso franco —admite con una sonrisa pícara—. Pensé que más nos valía disfrutar antes de que nos echen.

Se me cambia un poco el gesto. —¿Crees que Eivor va a enviar a alguien más?

Deja sobre la cama lo que parece ser un tubo de lubricante y un preservativo. No hemos usado condón antes, pero no me importa si él quiere.

—¿Y tú no? —arquea una ceja. Carmine se acerca a mí y desliza sus manos por mi pecho. Sus dedos rozan el vello de mis pectorales y bajan por mi vientre. No puedo evitar cerrar los ojos y disfrutar de la sensación.

—Tienes razón —murmuro.

Él se ríe entre dientes. —Dilo otra vez.

Sonrío y alargo la mano, agarrándolo por las caderas. Esta vez mis manos se deslizan hacia su cintura y le desabrocho el cinturón y la cremallera de los vaqueros.

—Tienes. Razón —le digo con voz profunda y melosa.

—Mm. Pues claro que la tengo —Carmine imita mi tono y se sitúa entre mis muslos mientras le bajo los pantalones y los calzoncillos. Su miembro queda por fin libre de la presión de la tela.

Se acabaron las palabras.

La boca de Carmine vuelve a encontrar la mía y yo reclamo la suya con el mismo afán. Él se quita los pantalones y mis manos empiezan a trabajar en su camisa. Y pronto está tan desnudo como yo.

Bajo la mano para acariciarle la polla, pero me detiene con un suave gruñido.

—¿Hm?

—Deja que te ayude yo... —insiste Carmine—. Deja que te lo cure a besos. —Baja la cabeza y besa el hombro que fue apuñalado.

Gimo suavemente, mitad de dolor, mitad de placer.

—Por favor —suelto con voz ronca.

Dejo que él tome el control. Sus movimientos no son tanto dominantes como firmes pero cariñosos. Mi piel está tan caliente que apenas puedo respirar y él solo hace que me acalore más mientras me besa el pecho, pasando al otro hombro y bajando de nuevo. Sus labios son suaves y deja pequeñas marcas húmedas por toda mi piel.

Cada vez que besa una de mis heridas, me duele y luego me hormiguea.

Ya estoy goteando líquido preseminal, y jadeo cuando él se deja caer al suelo por completo y envuelve mi miembro con su boca. Su lengua lame el glande y me introduce en su boca todo lo que puede.

—Ahh, joder —gimo—. Carm, sí...

Me la chupa despacio. Tan despacio que es casi una tortura, pero mi cuerpo se tensa a cada momento. Mientras Carmine me lleva más y más cerca del final.

Justo cuando creo que va a seguir hasta que llegue al orgasmo, Carmine aparta la boca de mi miembro y desliza lentamente sus manos por mis muslos.

—¿Puedo... tomarte esta noche? —me pregunta.

Intento recomponer mi mente lo suficiente como para procesar a qué se refiere.

—¿Quieres follarme? —pregunto.

Carmine me besa la parte interna del muslo.

—¿Por favor? —casi me lo ruega.

El culo me tiembla al oír su voz.

—No tienes ni idea de las ganas que tengo de tener tu polla dentro, cielo —le digo sin aliento.

En la oscuridad, veo que se le iluminan los ojos de emoción.

—Date la vuelta, por favor —dice. No es una exigencia, sino una petición. Incluso en este momento, parece mantener su naturaleza sexual más sumisa. Queriendo complacerme, follarme, pero no dominarme.

Me levanto de la cama y luego me tumbo sobre el extremo, con los pies en el suelo. Exponiéndole mi culo mientras estoy inclinado. Aprieto la cara contra el edredón, pero se me encogen los dedos de los pies cuando Carmine me separa las nalgas y usa sus dedos para introducir lubricante en mi interior.

Se inclina y me besa una nalga, luego me la muerde suavemente.

—Ah —gimo, cerrando los ojos. Entonces sus dedos están dentro de mí. Uno, dos, tres. Empujando lentamente y abriéndome para él. Masajeando mi próstata en círculos perfectos que me hacen morderme el labio y gruñir contra el colchón.

—¿Estás bien así, señor? —me pregunta.

—Sí... ahh, joder, sí, cielo —le respondo, ya sin aliento.

Mis caderas empujan hacia atrás contra su mano, intentando que entre más, más fuerte, más rápido. Sin embargo, él se mueve muy despacio.

—Mírate... tan abierto para mí —susurra—. Qué excitante.

No puedo decir nada coherente. Menos aún cuando saca sus dedos de mi interior y se alinea con mi entrada.

Siento cómo su polla me va llenando pulgada a pulgada. Estirándome, deslizándose y latiendo. No es tan grande como yo, y las he tenido más grandes, pero no importa. Siento como si hubiera sido hecho para mí. El miembro de Carmine late dentro de mí mientras embiste.

Uno. Dos. Tres.

Lento. Constante. Doloroso de placer.

Tengo mi miembro atrapado entre mi vientre y la cama y lo único que puedo hacer es hundir los dedos en la manta y gemir.

—Sí... oh, Dios, Carm. ¡Fóllame! —empujo mi culo contra él con más fuerza, y el sonido del choque cada vez que sus caderas colisionan conmigo es tan excitante que me deja las piernas como si fueran gelatina.

Carmine presiona una mano contra mi nalga y la otra en la base de mi espalda y embiste con más fuerza. No más rápido. Fuerte y lento.

Cada vez que masajea ese punto sensible en mi interior me acerca más y más al límite.

—Eso es —suelta con un gemido—. Puedo s-sentir que estás cerca. Estás tan apretado.

—Ohh... mierda... joder —empiezo a perder el equilibrio en el suelo, me sudan los pies.

Carmine se inclina de modo que su pecho queda contra mi espalda y me besa la nuca mientras me embiste. Su polla apenas sale de mí; la punta y el cuerpo rozan mi próstata con embestidas cortas y rápidas.

—¡Córrete dentro de mí! —le digo sin aliento. Estoy casi seguro de que lleva condón, pero no importa. Mis palabras hacen que el hombre tiemble encima de mí.

Nos corremos al mismo tiempo.

Todo es pegajoso y húmedo debajo de mí mientras mi cuerpo se tensa y luego se estremece varias veces. Mi miembro se hincha y se me encogen los testículos. Todo se vuelve estática durante un segundo o dos.

Carmine empuja su polla dentro de mí una última vez y suelta un grito contra mi nuca.

Después, los dos nos quedamos quietos. Me hundo en la cama; él se funde conmigo.

Somos uno. Un desastre sudoroso, sangriento, dolorido y satisfecho.

Carmine susurra algo contra mi pelo y su mano recorre las curvas de mi espalda antes de quedarse dormido.

Todavía está dentro de mí.

Y me encanta.

~

En algún momento de la noche, Carmine rodó para apartarse de encima de mí y acabamos tumbados uno al lado del otro. Mis brazos grandes envuelven su cuerpo más pequeño y él ronca como si no hubiera dormido en toda su vida.

Yo, sin embargo, me despierto antes del amanecer y no consigo volver a conciliar el sueño.

Es difícil dormir cuando el hombre por el que estoy arriesgando toda mi vida está justo a mi lado... en mis brazos... viéndose totalmente guapo y, por una de las primeras veces en la historia, a salvo.

Solo quiero mirarlo, nada más.

Pero el estómago me ruge como nunca, y se vuelve difícil de ignorar. Así que, alrededor de las seis de la mañana, por fin me despego de Carmine, voy al baño y me pongo unos pantalones de chándal que encuentro en el armario antes de dirigirme a la cocina.

Tengo un plan. Si es que hay comida en la casa.

Hacer huevos, beicon y tostadas. Quizá algo de fruta si hay algo aprovechable; no estoy seguro de con qué frecuencia viene alguien aquí. Si no encuentro comida, pediré algo. Deberíamos tener tiempo para eso, ¿verdad?

Estoy abriendo la nevera cuando oigo un estruendo en la puerta principal. No necesito oír nada más. No importa quién sea: si han sentido la necesidad de reventar la puerta principal, no traen nada bueno.

Atravieso la cocina corriendo hacia el pasillo y entro en el dormitorio, donde cierro la puerta con llave y empujo la cómoda delante de ella. Cojo cualquier ropa que encuentro y levanto a Carmine de la cama. Está medio dormido.

—¡¿Qué cojones pasa?! —resopla, con los ojos apenas abiertos.

—Hay alguien ahí, han reventado la puerta —le digo rápidamente —. Tenemos que salir pitando de aquí.

Carmine se despeja mucho más rápido ahora. Se pone la ropa que le he lanzado. De repente, una bala atraviesa la puerta y se

clava en la cómoda con un chasquido fuerte.

—¡Mierda, joder! ¡Está puto loco! —gruño—. Tenemos que salir por la ventana.

Carmine suspira, pero se mueve con rapidez para abrir la ventana. Salta él primero y yo le sigo mientras me pongo una camiseta que he agarrado.

Voy descalzo, pero no importa.

—¿Dónde está tu coche? —le pregunto mientras avanzamos entre la maleza.

—Estaba delante, tendremos que apañárnoslas a pie —me dice. Alargo la mano para coger la suya.

Todo esto me resulta familiar, incómodamente familiar, y el corazón me late con fuerza en el pecho.

Oh, bueno, esto es simplemente de puta madre.

19

Carmine

Me palpita la cabeza y me duelen los pies mientras corro sobre rocas escarpadas y piñas para alejarme de la villa en el acantilado a la que había arrastrado a Soren en su estado herido. Todo entre nosotros había sido tan... pacífico. De una manera a la que no estaba acostumbrado. El sexo se había sentido como algo más que un simple polvo.

Suena cursi de cojones, pero estaba durmiendo de maravilla antes de que Soren me despertara diciéndome que teníamos que largarnos de allí cagando leches.

Hubiera preferido mil veces quedarme en la villa que estar corriendo a toda pastilla por la orilla de la playa hacia el bosque para escapar de quienquiera que Eivor Fiorelli haya enviado ahora a por Soren. Ya no soy el único al que quiere muerto y, por eso, mi familia no es la única que corre el riesgo de desmoronarse.

Todo por el deseo de poder de un solo hombre.

—¿Adónde nos dirigimos?— le pregunto a Soren a medida que nos adentramos más en la espesura. Las ramas me arañan los brazos, pero no es nada comparado con la forma en que los puntos de la parte posterior de mi cráneo me tiran con cada movimiento de la cabeza.

—Esperaba que tú tuvieras alguna idea— admite.

Gruño entre dientes. —Vas a hacer que me maten.

—¿No habíamos acordado matarnos el uno al otro?— responde sin aliento. Nos detenemos y ambos nos apoyamos contra un árbol. Cuando levanto la vista hacia él, el muy cabrón me está sonriendo con suficiencia.

Aspiro todo el aire que puedo. El aire frío me quema los pulmones.

—Más pronto que tarde si no tienes cuidado— le refunfuño.

Oigo gritos detrás de nosotros. No tenemos mucho tiempo para estar parados.

—Creo que ahora mismo no tenemos más opción que seguir avanzando, despistarlos y luego decidir adónde vamos— le digo antes de salir disparado por delante de él.

Soren es más alto que yo, así que me alcanza en un segundo. —Menos da una piedra— acepta.

Ya no le llevo de la mano, ya que es más difícil correr de esa manera. Serpenteamos por zonas más densas y llegamos a un punto donde hay algo parecido a un sendero.

—Parece que esto pudo ser un antiguo sendero de caza— observo y señalo el suelo. —Podemos ir a la izquierda o a la derecha.

—Apuesto por la izquierda y espero que ellos vayan por la derecha— dice Soren mientras gira a la izquierda y yo lo sigo.

Subimos por el camino de tierra infestado de hierba. Ignoro las piedras que se me clavan en los talones y el frío que hace que me arda la piel. Para cuando llegamos al final del camino, tengo los pies y los dedos entumecidos.

—Joder— sisea Soren. —Aquí no hay nada.—

Miro a mi alrededor al igual que él. Todo son cipreses altos y ramas rotas por el suelo... pero hay algo más.

Unas huellas muy tenues en el barro que se adentran directamente en los árboles.

—Por aquí —Le hago señas a Soren y atravieso la línea de árboles para seguir avanzando. Tras unos tres metros más de pinos espinosos y restos afilados, hay otro camino. Se ensancha a medida

que avanza y luego entra por la izquierda. No estoy seguro de dónde empieza el camino original, pero me arriesgaré a que los tíos que Eivor contrató no vengan por aquí.

Hay un cartel que dice *PROPIEDAD PRIVADA* a unos dos metros y medio, pero no hay verja ni cámaras que yo pueda ver.

—¿Estás seguro?— pregunta Soren entre jadeos.

—No, pero tenemos que escondernos por ahora.

Justo delante de nosotros hay una cabaña. No sale humo de la chimenea, lo que refuerza mi teoría de que el lugar está vacío.

—Esperemos que sí— responde Soren.

Echo un vistazo al lateral del lugar. Sin cámaras. Sin medidas de seguridad reales. Si alguno tuviera su móvil sería más fácil comprobarlo, pero se quedaron atrás. Suelto un juramento, pero me dirijo a la puerta principal y pruebo el pomo.

—¿Se te da bien forzar cerraduras?— le pregunto a Soren. No es exactamente mi fuerte. Al menos, no sin volar la puerta por los aires.

—No sin algo con qué hacerlo— me dice Soren. Se aleja y empieza a buscar entre el desorden de los alrededores de la casa y el camino de entrada. Cerca de un montón de lo que parece chatarra.

—¡Ajá! ¡Tengo algo!— regresa corriendo con un trozo de acero dentado pero fino y yo me aparto a un lado para que pueda llegar a la puerta.

Mientras él trabaja en abrir la cerradura, mantengo los ojos en el camino de entrada. No oigo gritos ni rechinar de neumáticos, así que debemos haberlos perdido.

Oigo varios clics a mi derecha.

—¡Toma ya!— Soren abre la puerta y el aire ligeramente más cálido del interior hace que mi cara hormiguee de inmediato.

—Entra antes de que se me caigan los putos pies— le espeto y paso dentro antes que él cuando veo que tarda demasiado.

Soren entra, cierra y echa el cerrojo, e inmediatamente se asegura de que todas las persianas estén bajadas.

—¡Si hay alguien aquí, más le vale no estarlo!— grito con la fuerza justa. No recibo respuesta.

Soren resopla. —Sí, eso suena amenazador— se ríe sin aliento.

Me castañetean los dientes. —Hazlo mejor tú entonces. Lo miro con dureza, pero mi expresión se suaviza al ver el enrojecimiento de su cara, especialmente en las mejillas y la nariz.

—Joder, qué frío tengo— resuella.

Dentro de la casa hace definitivamente más calor, pero sigue sin ser gran cosa. No podemos encender la chimenea o nos delatará... pero quizás haya algo que podamos hacer.

—¿Crees que habrá agua caliente?— le pregunto.

—Sí, sería un coñazo apagarla por completo— me dice. —Vamos a comprobarlo.

Ambos nos dirigimos al baño en primer lugar. Abro el grifo del lavabo y espero. Tarda un poco, pero el agua helada finalmente se vuelve caliente tras algunos ruidos metálicos de las tuberías en las paredes.

Pongo las manos bajo el chorro un segundo; está demasiado caliente, así que también abro el agua fría hasta que el agua está templada.

—Deberías darte un baño— sugiere Soren.

—¿Por qué no nos lo damos los dos?— le sonrío con picardía mientras paso las manos bajo el agua. Me estremezco ante el hormigueo de mi piel al descongelarse poco a poco.

Él se señala a sí mismo. —Lleno de puntos, ¿recuerdas?

Suspiro. —Cierto. Maldita sea. Supongo que me lo daré yo solo.

Cierro el grifo, sin molestarme en secarme las manos antes de empezar a desvestirme. Mi ropa está húmeda por la llovizna exterior y se me pega de forma incómoda.

—¿Cuenta esto como unas vacaciones en una cabaña?— pregunta Soren mientras prepara la bañera y yo me froto los brazos con las manos.

—¿En nuestro mundo? Probablemente...— murmuro.

Me siento en el borde de la bañera de patas y observo cómo se llena lentamente. Soren coge un poco de jabón que hay cerca y echa un poco, convirtiéndolo en algo parecido a un baño de burbujas. No puedo evitar sonreír un poco.

—Sabes, para ser un tipo que intentó matarme, eres extrañamente dulce.

Entorna los ojos hacia mí. —Puedo cambiar eso— me dice.

Ladeo la cabeza. —Oh, lo sé. Por eso te quiero...— las palabras me sorprenden incluso a mí, pero lo digo en serio.

A Soren se le iluminan los ojos. —¿Ah, de verdad?

—Ajá— asiento. Meto la mano en el agua para tantearla. Está agradable y caliente... huele ligeramente a vainilla. —La forma en que puedes pasar de tierno a... rudo. Me gusta.

—Bien— dice secamente, y luego cierra el agua. —Entra.

Hago lo que dice sin dudarlo. Me siento en la bañera, con él sentado cerca. Mete una de sus manos en la tina para sentir el agua y gime.

—Tienes suerte—, me dice Soren. —Si pudiera meterme en esta bañera...—

—¿Qué harías?— le pregunto juguetón. Mi corazón no late con fuerza en mi pecho ahora que no estamos corriendo por nuestras vidas. Bueno, no en este preciso instante, al menos.

—Te sentaría en mi regazo. Me aseguraría de que supieras cuánto te necesito—, explica. Su mano roza el lateral de mi brazo.

Tarareo de deleite tanto por su tacto como por el agua caliente que está descongelando mi cuerpo arrecido. Hormiguea un poco como cuando se te duerme un miembro. Duele ligeramente, pero empieza a calarme hasta los huesos y a calentarme de verdad.

—Si no estuvieras tan herido, te invitaría—, le digo con un suspiro.

Me recuesto contra la bañera para relajarme más y cierro los ojos. Un momento después, siento las manos de Soren rozar mis hombros por encima del agua. Sus dedos presionan mis músculos y me dan un masaje por el lado del cuello.

—Mm—, gimo bajito.

Estamos así al menos cinco minutos. Soren me masajea el cuello y los hombros, y yo me derrito tanto por su tacto como por el agua caliente. Hay silencio, pero no es incómodo ni extraño. Se siente natural.

La luz del sol se cuela por la ventana de encima de la bañera y me rugen las tripas, pero me preocupa más entrar en calor que cualquier otra cosa.

Este baño caliente es algo que necesitaba desde hacía tiempo y ni siquiera me había dado cuenta. Un momento para simplemente relajarme. Me siento verdaderamente a salvo en manos de Soren, incluso sabiendo que hay gente ahí fuera buscándonos. Para matarnos.

Técnicamente pueden ir a por Soren, pero para llegar a él van a tener que pasar por encima de mí.

Pienso brevemente en lo que haremos si nos encuentran. Ninguno de los dos tiene su pistola ni su móvil. Luego respiro hondo y dejo de pensar en ello. Por ahora.

—¿Carmine?— me pregunta Soren.

Abro los ojos lentamente y me doy cuenta de lo difícil que me resulta. Podría quedarme dormido aquí mismo. —¿Sí?—

—¿Cómo murió tu madre?— me pregunta.

La pregunta es repentina y se me abren los ojos de par en par por la sorpresa un instante; pero no estoy realmente impactado. Al fin y al cabo, no sabemos el uno del otro ni de lejos tanto como deberíamos y de la muerte de mi madre rara vez se habla. Se mantiene tan en secreto como es posible.

Se me tensa la mandíbula. —La historia que dio mi padre fue que la atacaron—, le digo despacio. —Que la mataron por venganza.—

La habitación se siente más pequeña de lo que ya es, y cruzo los brazos bajo el agua caliente. Soren me aparta un mechón de pelo detrás de la oreja y luego me acaricia la nuca. Su tacto hace que cierre los ojos, pero ahí solo veo sangre. La sangre... la oscuridad. El dolor.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y continúo. —Yo sé la verdad.—

—¿Cuál es la verdad, Carm?— me pregunta.

Respiro hondo. —La atacaron, pero... fue tres meses antes de que muriera—, explico en un tono bajo y tranquilo. —Mi padre se había ido fuera el fin de semana, mamá decidió llevarnos al parque.

Solo vino un guardia con nosotros. Yo estaba discutiendo con Alessio cuando la arrastraron a los arbustos.—

Se me quiebra la voz y aprieto los puños. —No gritó. Ni una sola vez. Le preocupaba que él nos hiciera daño. Así que esperó hasta que él se fue. Llegamos demasiado tarde—, miro el agua. —Nunca me dijo exactamente qué le había hecho, pero... yo lo sabía. Lo sabía porque *mi padre* me estaba haciendo lo mismo a mí. Ella no volvió a ser la misma después de aquello. Intentó serlo, pero nadie volvió a mirarla igual, él incluido. No salía de casa y nos pedía a mí o a Alessio que nos sentáramos en el baño con ella mientras se duchaba. Le daba pánico estar sola.—

Me escuecen los ojos por las lágrimas. —Entonces, una mañana... allí estaba. La encontré yo. En la biblioteca. Se había cortado las venas y se quedó allí desangrándose toda la noche. Nadie se dio cuenta. Nadie había entrado allí siquiera.— Mi voz es más alta y áspera. El corazón se me estruja dolorosamente en el pecho.

Aspiro una bocanada de aire para calmarme y niego con la cabeza. —Para mi padre era más fácil decir que la habían matado que admitir que se había suicidado. Que él le había fallado. Que todos lo habíamos hecho.—

—Lo siento tanto, cielo—, susurra Soren y se inclina. Su rostro roza el mío. —No puedo imaginar lo difícil que debió de ser encontrarla así.—

Niego con la cabeza. —Esa no fue la parte difícil. La parte difícil fue saber que podría haberla salvado.—

Las lágrimas me resbalan por las mejillas. —Si hubiera ido a la biblioteca antes de acostarme, como hacía siempre, tal vez la habría encontrado, o la habría detenido.—

Soren guarda silencio mientras lloro suavemente.

—Es culpa mía que no esté.—

Soren me frota el hombro húmedo. —No, no lo es—, me asegura Soren. —No eras más que un niño.—

Sorbato e intento recomponerme. —Siempre tiene que ser culpa de alguien, ¿verdad? Debería haber estado allí para mi madre. Salvarla. Cassian debería haber...

—¿Salvado a tu padre? —pregunta Soren—. Era un pedazo de mierda, Carmine. Lo siento, pero te va mejor la vida sin él. A Cassian también.

—Tú no lo sabes —suelto con un suave resoplido—. Quizá... —Niego con la cabeza. Ni siquiera yo soy capaz de encontrar una buena razón para que ese hombre siga vivo—. Tienes razón. No debería querer que estuviera vivo, pero lo quiero. Una parte de mí lo hace.

—Yo no quiero matar a mi puto tío... pero puede que tenga que hacerlo —responde Soren a su vez—. Así que lo entiendo.

Vuelve a reinar el silencio y aprovecho el momento para lavarme de verdad —excepto el pelo— y luego salgo de la bañera. Soren vacía el agua y me tiende una toalla.

—Oye, si lo que he dicho... —empieza, pero lo detengo.

—No. Está bien. Mi padre no era un buen hombre. Quizá él... hizo daño a más gente aparte de a mí, no lo sé. Cassian no es más que un crío. No debería ser tan duro con ninguno de los dos. —Suspiro y empiezo a secarme, frotando la toalla por todo mi cuerpo y por todos mis dolores antes de enrollármela a la cadera.

Me rujen las tripas y juraría que a Soren le ocurre lo mismo en ese preciso instante.

—¿Igual hay algo de comida en este sitio? —sugiere.

Suelto una risita débil. —Lo dudo mucho, pero podemos mirar.

Me apoyo en el lavabo un momento, sin ganas de abandonar el calor del baño lleno de vapor.

—¿Cómo murieron tus padres? —le pregunto en voz baja.

Soren se lame los labios y se cruza de brazos. —Un coche bomba.

Parpadeo. No me esperaba una respuesta tan escueta.

—Vaya —murmuro.

—Sí. Nos dejaron a Rose y a mí en casa porque seguíamos dormidos. Tenían pensado traer el desayuno, pero nunca llegaron a salir del camino de entrada —explica Soren. Tiene los ojos oscuros, pero no parecen empañarse como los míos. Mira a un lado, como si estuviera viendo a través de la pared.

—¿Quién fue? —pregunto.

—Creen que fueron los Massimo, pero nunca pudieron demostrarlo —me dice.

Respiro hondo y me acerco a él. —Es una puta mierda, Ren —digo, y le pongo una mano en el hombro—. Eso no te pasará a ti. No lo permitiré.

Él levanta la vista hacia mí lentamente. —Todos decimos eso de la gente a la que queremos, pero en realidad no tenemos elección, ¿verdad? —Su voz es suave.

Niego con la cabeza. —Te equivocas. Cualquiera que quiera joderte tendrá que pasar por encima de mí. No me importa lo que tenga que hacer. —Mis dedos se clavan en la camiseta a la altura de su hombro.

—Lo mismo digo —me dice Soren. El color de sus ojos se vuelve aún más oscuro y su mirada se funde con la mía.

Doy un paso hacia él mientras pongo las manos sobre su pecho. La camiseta que lleva me resulta familiar: es de mi padre. Ambos llevamos una mezcla de ropa desparejada que quedaba en la villa.

—Llevas la camiseta de mi padre, lo sabes, ¿verdad? —le digo despacio. Acaricio con los dedos el cuello del polo, que es indudablemente de los años noventa. Me recuerda a él.

El olor de su colonia. Alcohol. Menta. Aunque en realidad no huela a ninguna de esas cosas.

Soren baja la vista. —Ah. Lo siento, puedo... —comienza, pero me inclino y lo beso.

No estoy seguro de por qué. Algo en mi cerebro simplemente hace clic y quiero estampar mi boca contra la suya con toda la fuerza que pueda.

Él me devuelve el beso solo un segundo, pareciendo desconcertado, antes de apartarse y mirarme con el ceño fruncido.

—Carmine —dice despacio—. ¿Estás bien?

Me lamo los labios y deslizo las manos hasta el dobladillo de la camiseta. —No te pareces en nada a él —le digo—. Pero con esta camiseta... me recuerdas a él. A lo que me hizo... pero te deseo a ti. Quiero besarte. Quiero tocarte mientras llevas puesta su ropa.

Soren me observa la cara. Mi rostro, sonrosado y aún húmedo por las lágrimas de antes.

—Te daré cualquier cosa que quieras —me promete—. Siempre que estés seguro.

Le rodeo el cuello con los brazos y me acerco más a él. Presiono mi pecho desnudo y húmedo contra la camiseta. —Quiero olvidarme de él, pero no puedo. Tengo que vivir con ello, pero quizá no tenga por qué doler tanto. Quizá tú puedas ayudarme a quitarme parte del dolor.

—¿Por ti? Siempre —susurra Soren—. Solo dime qué necesitas.

—Te necesito a ti —le digo con lágrimas en los ojos—. Necesito que me folles con la camiseta de mi difunto padre puesta, para que pueda pensar en ti y en nada más. Solo en ti.

Soren se adueña de mi boca sin decir ni una palabra más. Me besa con firmeza y ardor, sin vacilación alguna. No es el beso suave o lento de la noche anterior; no, es rudo y dominante.

La toalla cae de mi cintura al suelo y las manos de Soren me rodean la cintura para luego deslizarse por mi espalda. Su mano grande y áspera presiona mi zona lumbar e insta a que me acerque más a él.

Le devuelvo el beso profundamente, mis labios se aplastan contra los suyos antes de abrirse y permitir que su lengua invada mi boca sin pensarlo. Su boca sabe a nosotros dos por lo de anoche y un poco a aliento mañanero, pero no me importa.

Tampoco me importa que me rujan las tripas, que me duela el cuerpo y que haya asesinos literalmente pisándonos los talones.

Francamente, si tengo que morir hoy, prefiero morir en los brazos del hombre al que amo, desnudo y corriéndome por todas partes.

Morir en el abrazo de Soren es la mejor opción de todas.

—Ren —gimo, con el sonido amortiguado por el beso.

Soren gruñe en respuesta y enreda su lengua con la mía. Sus manos bajan hasta mi culo y lo agarran con fuerza. El calor del baño no es nada comparado con la calidez que brota en mi cuerpo gracias a su contacto. La excitación me recorre el estómago y la entrepierna hasta llegar a mi verga, que se endurece contra la suya. Entonces quedo atrapado entre mi propio cuerpo y su abdomen mientras me pone de puntillas.

Los fuertes brazos y manos de Soren me izan hasta que me veo impelido a rodearle con las piernas.

—Mío —truena mientras rompe el beso—. Solo mío.

Siento su erección dentro del pantalón de chándal que lleva puesto y me descubro balanceándome contra él para intentar espolearlo.

—Por favor —le ruego.

Él inclina la cabeza y me besa el cuello hasta llegar a la oreja. Una de sus manos abandona mi culo, mientras la otra me sostiene, y se desliza por mi pecho. Juguetea con uno de mis pezones, tirando y pellizcándolo hasta que suelto un jadeo.

—Qué chico más malo —me dice Soren al oído—. Un chico malo que tiene tantas ganas de que lo follen.

Tiemblo. Él suelta una carcajada oscura.

Hundo los dedos en la parte posterior de su pelo y agarro con fuerza, escuchando su gemido en respuesta a mis uñas contra su cuero cabelludo.

A pesar de todos los cortes y cicatrices que ya tiene en su cuerpo, sé que no serán los únicos después de que hayamos terminado. No en ninguno de los dos.

Soren me muerde el cuello con tanta fuerza que suelto un grito ahogado y hundo la cara en su cuello.

Creo que estoy sangrando, y me gusta. Me gusta que me marque de esta manera. Que me haga gemir y sangrar.

Soren se chupa los dedos y luego me los mete por el culo.

Mientras juega conmigo, gimo y me retuerzo contra él como un patético animal que lloriquea.

—Corderito necesitado —gruñe Soren contra mi hombro mientras sus dedos entran y salen de mí por detrás.

Jadeo contra su cuello y muevo las caderas hacia atrás y hacia delante, una y otra vez.

—Te necesito, t-te necesito tanto.

Soren sigue embistiendo mi culo con los dedos, acariciando ese punto especial dentro de mí hasta que estoy prácticamente babeando sobre la camiseta de mi padre. Una camiseta que, por lo que a mí respecta, ahora pertenece a Soren. Solo a él.

Igual que yo.

—Mírate, qué jodidamente desesperado estás. ¿Quieres mi polla, nene? —me pregunta, metiendo y sacando los dedos con fuerza.

Apenas puedo responder.

—Si quieres mi polla, vas a tener que decirlo —gruñe.

En comparación con la noche anterior, esto es totalmente distinto. Yo lo había estado follando contra un colchón mientras él gemía y se quejaba. Pero yo no tenía el control, no así. Él es el dominante, y es en momentos como este cuando me doy cuenta de lo mucho que lo necesito. De lo verdaderamente desesperado que estoy por que alguien tome el control sobre mí.

Alguien seguro.

—P-Por favor, señor... por favor, fóllame. Dios, quiero tu puta polla dentro de mí —le ruego sin aliento. Me cuesta pronunciar cada palabra, pero finalmente lo hago.

—Buen chico.

Soren se baja el chándal y no lleva nada debajo. Su miembro está duro y gotea líquido preseminal mientras lo presiona contra mi entrada.

—¡Ah! —jadeo cuando nos da la vuelta y me presiona contra la pared del baño, azulejos y todo.

Tiene una mano en mi culo y la otra se desplaza a mi garganta. Aprieta ambos con fuerza y mi cabeza se nubla un poco.

—Tómame, tómalo todo, nene —me dice Soren. Su voz es áspera y entrecortada mientras se introduce en mí hasta llegar a la base de su verga.

Mi cabeza se inclina hacia atrás contra la pared y lo único que puedo hacer es dejar que me manipule mientras gimo con la boca abierta.

Que yo sepa, nadie puede oírme, pero si pudieran... podrían pensar que me están echando el polvo de mi vida... y estoy bastante seguro de que así es.

Nada importa.

Aunque importara, no puedo pensar en nada de eso.

Ni en las manos de mi padre en mi cuerpo. Ni en su olor. Ni en todas las formas en que me hizo daño.

Solo en Soren.

El aroma sudoroso, almizclado y perfecto de su piel y su pelo.

A medida que se hunde en mí una y otra vez, mi polla pulsa y el líquido preseminal gotea y salpica en mi estómago.

El placer es casi demasiado.

Soren gruñe cada vez que embiste con fuerza y rapidez. Su mano en mi garganta se aprieta aún más. Me corta la respiración muy ligeramente y jadeo buscándola. Él afloja.

—¡N-No, no pares!

Él empuja de nuevo.

—Buen... chico... joder, sí, joder, tómala, nene. —Las palabras de Soren son entrecortadas y sin aliento.

Mi boca simplemente cuelga abierta mientras él me impide respirar profundamente.

Puedo sentirlo. El placer, la presión, acumulándose en mis huevos e hinchándose en la punta. Sin embargo, no es ninguna de estas cosas lo que me hace estallar.

Ni las lágrimas que me escuecen en los ojos. Ni los gruñidos, gemidos, sollozos o el sonido del pequeño cuadro de la pared junto a mi cabeza tintineando.

No, es la voz de Soren cuando se corre dentro de mí. Mientras explota en mi interior con varias embestidas rudas.

—¡Joder! Te... te quiero de verdad, Carm.

Eso hace que me corra. Por todo mi estómago y su entrepierna. Estoy temblando, arqueándome y llorando al final.

Las lágrimas corren por mi cara y estoy sollozando.

Literalmente sollozando.

No sé muy bien por qué.

Simplemente se siente muy intenso.

Mis dedos tiran de su pelo y se aferran con más fuerza a la tela de la camiseta.

—¿Corderito? —murmura él mientras me suelta el cuello y presiona su pecho contra el mío con más fuerza, seguido de su frente contra la mía.

—¿Estás bien? —su voz también es temblorosa. Aunque no puedo verlo a través de las lágrimas que me corren por la cara.

—S-Sí... sí, es que yo... —No me salen las palabras con la suficiente rapidez—. Te quiero.

Soren sale lentamente de mí y siento que el semen gotea sobre el suelo.

Me besa la mejilla, luego la mandíbula, todo mientras me manda callar suavemente.

No cabe duda de ello.

Nunca fui de mi padre. Él me tomó. Me robó.

Soy de Soren. Solo suyo. Siempre. Para siempre.

20

Soren

Tras volver a limpiar a Carmine —y a mí mismo lo mejor que he podido—, lo dejo sentado en el sofá del salón mientras echo un vistazo a la cocina de esta cabaña en la que estamos. Quizá sea más bien una casita de campo. De cualquier forma, es donde estamos atrapados por el momento.

No hace tanto frío como fuera, pero no hace exactamente tanto calor como podría. El baño y el sexo han ayudado.

Pero a medida que el sudor se enfría, empiezo a tiritar y a bostezar. Resulta que cuando te acaban de torturar el día anterior y luego has tenido que huir para salvar la vida, acabas bastante agotado. Y eso sin contar los deseos carnales.

Miro alrededor de la cocina y me doy cuenta de que alguien vive aquí habitualmente. Hay una hogaza de pan en la encimera, una jarra de leche en la nevera…

Así que, aunque hayan estado fuera el último día, probablemente volverán pronto.

Miro la pizarra blanca de la nevera.

—Ah, vale —murmuro—. ¡Carm! Los que viven aquí vuelven mañana. Ahora mismo están visitando a una tal Sheri —le grito.

Carmine entra caminando aunque mi intención no era que viniera aquí.

—Te he dicho que te quedaras en el sofá —refunfuño—. Te prepararé algo.

—Estoy bien —insiste—. Además, aquí hace más calor por los electrodomésticos —se queda cerca de la nevera—. Hm. Parece que tienen cita con el médico el viernes —inclina la cabeza mientras mira también la pizarra.

—Vale, vale… ¿Crees que notarán si nos comemos un poco de su pan? —le pregunto, haciendo un gesto.

Carmine se acerca y levanta la hogaza de pan envuelta; queda más o menos media. —Sinceramente, les estaríamos haciendo un favor. Esto se va a poner mohoso antes de que vuelvan —insiste.

—Pues ahí lo tienes —le quito el pan y lo desenvuelvo. Mientras lo hago, miro hacia un lado y veo algo de lo que debería haberme percatado antes.

—Un teléfono —digo despacio—. Joder, este sitio tiene línea fija.

Carmine mira por encima del hombro y abre mucho los ojos. —¿Cómo se nos ha pasado eso? —se acerca hacia él—. ¿Crees que está activo? Algunas personas todavía los tienen instalados pero no los usan.

—Solo hay una forma de saberlo —vuelvo a dejar el pan donde estaba—. ¿A quién es seguro llamar?

Carmine se muerde el labio. —Es probable que mis hermanos aparezcan con las armas cargadas y empeoren las cosas.

—Rose… Dijiste que mi hermana te contó lo que hizo Eivor. Así que ella tampoco debe estar de acuerdo con él. Recuerdo su número, la llamaré —me acerco al teléfono y lo descuelgo. Oigo el tono de llamada.

Pero aún no estoy fuera de peligro. Marco los números y espero.

Mi hermana no responde.

—Joder. Vamos… Oye, memo, coge el teléfono, soy tu hermano. Estoy atrapado en una cabaña en medio de la puta nada. —Dejo el mensaje y cuelgo. Miro a Carmine, que sonríe un poco, pero tiene la mirada preocupada.

Cuarenta segundos después, el teléfono suena. Lo cojo rápidamente.

—¿Soren? —pregunta Rosalie.

—Por fin. Sí. ¿Puedes rastrear esta dirección? Está a unos tres kilómetros… al suroeste de los acantilados de la bahía de Tessari —le digo.

—Eh, espera. ¿Es un teléfono fijo? ¿Quién tiene todavía un fijo? —dice Rose, y oigo que se mueve de un lado a otro—. Eivor por fin me ha dejado salir del despacho, solo porque le he prometido que le diría si te ponías en contacto conmigo.

—Genial. ¿Debería preocuparme? —le pregunto.

—No —insiste—. Me he largado en cuanto se ha quedado frito anoche. Estoy en un Airbnb. Tengo mi portátil y creo que tengo el programa adecuado para rastrear la llamada, pero va a tardar un poco. ¿En la cabaña de quién estás?

—Ni idea, alguien que se ha ido a visitar a Sheri este fin de semana —explico con naturalidad.

—¿Quién coño es Sheri? —pregunta ella.

—Yo qué sé. ¿Cuánto va a tardar esto, Rose? —Miro de reojo a Carmine, que está de pie con las manos en los bolsillos.

—Que te den, estoy haciendo lo que puedo —sisea—. A mí tampoco me gusta que me echen de nuestra casa.

—A ti no te han echado, te has ido. Eivor tiene a gente buscándome para matarme, Rose.

Ella suspira. —Lo sé. No sé qué demonios le pasa. Él nos crió. ¿Cómo puedes ir a por los niños que has criado? —murmura la última parte—. Ah, lo tengo.

—¿Tienes la dirección? —le pregunto.

—No, pero sí las coordenadas. Estaré allí en veinte minutos según el mapa.

—Bien, nos vemos entonces… a menos que lleguen ellos primero —le digo.

Ella cuelga y yo también.

—¿Crees que quien sea que visite a Sheri notará las llamadas extra? —pregunto.

—Si todavía tienen teléfono fijo y calendario de papel, supongo que no —dice Carmine con una risita.

—¿Cuánto? —me pregunta.

—Veinte minutos.

Carmine toma aire. —Vale. Solo veinte minutos. ¿Le robamos la comida a esta pobre persona o esperamos a volver a mi casa?

Arqueo una ceja. —¿A tu casa? ¿Crees que es buena idea?

Él asiente. —Sí. Allí estaremos a salvo. Llamaré a todos los guardias posibles de nuestros aliados, ya que tu familia ya no trabaja con nosotros —me dice Carmine—. Hablaremos con mi familia, me aseguraré de que sepan que estás de nuestro lado.

Asiento lentamente. —¿Pero lo estoy? —pregunto.

—No lo sé, Ren. ¿Has terminado con tu familia ahora que quieren matarte?

Niego con la cabeza. —Solo Eivor quiere. Quienquiera que esté contratando solo sigue sus órdenes, pero… mi familia es más que él. Mi tía… dudo que sea parte de esto, por muy pesada que sea.

—¿Qué quieres decir? —Carmine se acerca—. ¿Aún quieres intentar tratar con ellos?

Miro hacia un lado un segundo, pensando. —Tal vez. Necesito más tiempo para pensar. Han pasado muchas cosas.

Carmine asiente. —Me parece justo. Pero no voy a dejarte marchar pase lo que pase, Ren. Espero que lo sepas.

Me acerco a él y lo atraigo hacia mí por la cintura. Le beso los labios una vez, luego dos. —No te preocupes, no me voy a ninguna parte.



—Subid, capullos, que la calefacción está puesta —se queja Rose. Está parada en medio de la carretera, a un lado de la casa, en lugar de en la entrada.

—¡Ya vamos! —le espeto, mirándola sentada en el cómodo coche con la ventanilla bajada—. No es que lleve precisamente zapatos.

—No me lo recuerdes —dice Carmine con un suspiro mientras se desliza en el asiento trasero—. Más vale que recupere mis zapatos ingleses de la villa en algún momento.

—Seguro que sí. Además, ¿no tienes como seis pares por lo menos? —le pregunto con una risita. Me subo al asiento del copiloto al lado de Rosalie, que parece no estar para bromas.

Ella vuelve a subir la ventanilla y ya está arrancando con su pequeño deportivo antes de que nos hayamos abrochado el cinturón.

—¿A dónde vamos? —pregunta.

—A la mansión Dresvanni —responde Carmine con naturalidad.

Ella resopla. —¿En serio? ¿Estás seguro de eso? ¿No querrán matarnos?

—No importa lo que quieran. Me escucharán —le promete él.

—Bien, si eso es lo que crees que es mejor. Eivor ciertamente no sabe lo que significa escuchar a su familia —gruñe ella mientras toma una curva cerrada demasiado rápido. Ignoro el revuelo en mi estómago vacío.

Si soy sincero, en lo único que puedo pensar es en llegar a casa de Carmine y atiborrarme con algo caliente y delicioso. Por una de las pocas veces, no me refiero a su culo.

—¿Crees que ya se habrá dado cuenta de que te has ido? —le pregunto.

—Por supuesto, ya me ha llamado como veinte veces.

Frunzo el ceño. —Genial. ¿Qué vamos a hacer con él? —Suspiro y niego con la cabeza—. Me preocupa que lo único que podamos hacer sea cargárnoslo.

—Si tenemos que hacerlo, estaré de vuestro lado, pero… es nuestro tío, Soren. Nos ha criado la mitad de nuestras vidas. No quiero… —se calla.

—Lo sé.

—A pesar de todo lo que ha hecho —añade ella—. Y de lo que ha intentado hacer.

Aprieto los puños y se me encoge el estómago. —También lo sé. Yo tampoco quiero, pero si ha perdido la cabeza por completo en un viaje de poder, puede que no tengamos elección.

Miro por el espejo retrovisor y veo a Carmine observándonos también con el ceño fruncido.

El resto del trayecto transcurre en silencio.

Rosalie entra en el garaje de los Dresvanni y entramos en la casa por la puerta del garaje que da a un pasillo y por un lado a la cocina. Exactamente donde quiero estar.

—Madre mía, sí —murmuro. Inmediatamente empiezo a rebuscar por los armarios.

—No, no —Carmine me tira del brazo—. Lo sé, yo también me muero de hambre, pero tenemos que hablar con mis hermanos.

Gruño. —Está bien, pero más vale que me espere una sopa o algo después —le digo.

Carmine asiente y, mientras salimos de la cocina, se acerca a un miembro del personal de la casa y le ordena que cocine algo. Preferiblemente una sopa caliente. No es una comida increíblemente rápida, pero es bastante fácil y llena.

La verdad es que no me importa. Francamente, ojalá me hubiera comido esa media hogaza de pan allí atrás.

—¿Qué coño hacen ellos aquí? —oigo una voz furiosa cuando llegamos al salón. Reconozco la cara. Tommaso, uno de los hermanos de Carmine. El más impulsivo de todos ellos.

—Están aquí para hablar —le dice Carmine. Tiberi también está en la habitación y se levanta de donde estaba sentado en el sofá.

—La última vez que estuvo aquí para hablar, intentó matarte —espeta Tommaso mientras me lanza miradas asesinas. Intenta acercarse a mí, pero Carmine le pone las manos en los hombros.

—Lo sé, lo sé. Eivor Fiorella fue el causante de aquello. Él está aquí para arreglar las cosas. Para solucionar esto —Carmine intenta calmarlo.

—¿Cómo planea hacer eso exactamente? —la voz de Alessio viene de detrás de mí. Siento un escalofrío recorriéndome la espalda. Hay algo en ese hombre que es simplemente inquietante. Y no en el buen sentido.

—Francamente, no tengo ni puta idea —admito—. Todo lo que sé es que no quiero matar a ninguno de vosotros. Y mucho menos a

Carmine. —Doy un paso hacia Carmine y pongo mi mano en la parte baja de su espalda.

—Quita tus putas manos de… —gruñe Tommaso, pero Carmine lo aparta de un empujón.

—Tiene permitido tocarme, cálmate —le sisea Carmine—. Sé que es… repentino. Pero… —Me mira y yo le devuelvo la mirada con una expresión igual de preocupada pero afectuosa.

—Vuestro hermano me importa —digo con sinceridad, paseando la mirada por la habitación y encontrándome con la de Tiberi mientras Alessio se sitúa a nuestro lado.

Tiberi entrecierra los ojos. —¿Estás diciendo que vosotros dos estáis juntos ahora? —pregunta.

Miro a Carmine y asiento. —Sí —decimos ambos al mismo tiempo. No hay ninguna duda al respecto.

—No quiero apoderarme de esta familia, no como pretende mi tío. Estoy de vuestro lado.

—Yo también. Se ha vuelto loco de poder —confirma Rosalie—. No quiero este drama. Quizá yo… pensaba que estaba preparada para esto antes, pero prefiero unir nuestras familias y ser poderosos juntos que hacer que maten a todo el mundo, joder.

Suelto una risita débil. Es agradable verla siendo ella misma lejos de nuestra tía y nuestro tío.

—¿Cómo vamos a lidiar con Eivor entonces? —pregunta Alessio.

—Sí, ¿cómo vamos a matar al hijo de puta? —pregunta Tommaso a su vez, cuadrando los hombros—. Porque yo desde luego no voy a limitarme a hablar.

La voz de Cassian es más tenue y proviene de la entrada de la habitación, detrás de nosotros.

—No creo que Eivor esté dispuesto a hablar tampoco, no si es lo que todos dicen que es.

—Cassian, tú no pintas nada en esto —dice Alessio con voz baja.

Carmine niega con la cabeza. —Sí que pinta. Todos pintamos. Si vamos a solucionar esto, va a ser en familia. —Mira a Cassian, y hay una expresión más suave en su rostro.

Cassian se sitúa frente a la chimenea. —Sé que no he estado muy involucrado en todo esto, pero soy parte de esta familia. Quiero

ayudar.

—Así me siento yo. No quiero que me dejen atrás para ver cómo todo se desmorona —admite Rosalie.

Le frunzo el ceño. —No lo harán.

—Vale, ya basta de cursiladas —se queja Tommaso—. ¿Quién va a hablar con Eivor y qué coño vamos a decirle? ¿"Oh, por favor, deja de atacarnos y llega a un acuerdo con nosotros como intentamos hacer hace meses"?

—Solo podemos intentarlo —digo agitando una mano. Miro a Rose—. Dame tu móvil.

—¿Para qué? —pregunta ella, pero me lo entrega de todos modos.

Busco el número de nuestro tío y mantengo el dedo sobre el teclado de marcación.

—Tengo una idea —digo, y los engranajes en mi cabeza empiezan a girar.

—¿Qué tienes pensado? —pregunta Carmine.

—Seguidme la corriente. Que alguien use algo para amordazar a mi hermana. Solo lo bastante apretado para que parezca real. Rose, necesito que grites y me insultes como no lo has hecho en tu puta vida —les instruyo.

—¿Una mordaza? ¿Es necesario? Uf, vale, ya lo pillo —Rosalie resopla y deja caer el culo en el sofá. Tiberi coge una bufanda que hay cerca y la envuelve alrededor de la cabeza de Rosalie, colocándosela en la boca con una eficiencia excesiva. Me pregunto brevemente si disfruta haciendo eso.

Pulso el número de Eivor y espero a que dé tono. Solo suena dos veces antes de que responda.

—Rosalie, estás en un grave aprieto, jovencita, ¿qué demonios te crees que estás...? —le corto.

—Eivor, qué alegría oír tu voz —le digo con los dientes apretados.

Rosalie empieza a gritar de forma amortiguada a través de la mordaza y a insultarme con palabras que no entiendo. Incluso patalea y actúa como si tuviera los brazos atados a la espalda.

—Soren —dice Eivor al otro lado—. Sabía que no podrías hacerlo. Sabía que traicionarías a esta familia.

—Sinceramente, me importa un carajo lo que quieras ahora mismo, tío —le digo con franqueza, pero lo dramatizo un poco más manteniendo la voz tranquila y casual—. Has intentado matarme. No me gusta que me amenacen. Y menos mi propia puta familia.

Se me tensa la mandíbula y mantengo los ojos clavados en Rosalie, que está dando un espectáculo muy bueno.

—¿Qué está pasando ahí? ¿Dónde está Rosalie? —me pregunta, pareciendo procesar de repente el ruido de fondo.

Hago el gesto de darme un bofetón a Rosalie, que se da una bofetada a sí misma y emite un sonido de dolor como respuesta.

—Está en un pequeño aprieto —le digo—. Verás. Puede que a ti te importe la zorra, pero yo siempre pensé que podría aspirar a algo mejor.

—Quítale las manos de encima, Soren. Es tu hermana —me grita por teléfono—. ¡Ella no tiene nada que ver con esto!

—¿Ah, no? Has intentado matarme, Eivor. Y no solo a mí, sino a Carmine. Quieres matar a toda su familia y estás dispuesto a matar a tu propio sobrino. ¿No es triste? —Ahora mismo estoy mirando fijamente a la pared junto a la cabeza de Rosalie. Está jadeando buscando aire e intentando recuperar energía, pero noto que le resulta difícil.

Me acerco a ella y le tiendo una mano, como pidiendo permiso. Ella asiente, con los ojos ardiendo de emoción. Sé que quiere que esto resulte creíble tanto como yo.

La agarro por la parte de atrás del pelo y le tiro de la cabeza hacia atrás. Suelta un alarido. Un sonido real y genuino.

—Suéltala —exige Eivor.

—No, no creo que lo haga. No creo que lo hagamos —le digo—. Seis hombres aquí, una mujer. ¿Qué crees que va a pasar, Eivor? —Esbozo una sonrisa burlona, intentando transmitir esa emoción en mis palabras.

—¿Qué está pasando? —dice mi tía de fondo.

—Oh, puedes decirle a la tía Patricia que hemos secuestrado a Rosalie —le digo con calma. Le doy un bofetón a mi propia hermana lo bastante fuerte como para que suene y ella gruña de dolor y sisee de irritación.

—Zorra estúpida —le escupo.

—O la sueltas, o morirás —me amenaza Eivor.

—Oh, no, esa ya no te sirve, Eivor —le recuerdo—. Ya vas tras mi cabeza. No tengo nada que perder.

Suelto una risita y empujo a Rosalie contra el sofá. Hago un gesto con la mano intentando que suba el nivel. Ella empieza a fingir que llora y suplica. Los sonidos quedan amortiguados contra el sofá. Siento náuseas, pero también hay una parte de mí que disfruta con lo que está pasando. Esa parte oscura y retorcida de mí que quiere ver dolor y sufrimiento.

La reprimo y me concentro únicamente en el objetivo de todo esto.

El verdadero hombre al que quiero ver sufrir.

—Soren —la voz de Eivor suena frenética—. Rose es inocente.

—Qué va. No lo es porque tú eres un hombre muy, muy enfermo. Sé que abusaste de ella igual que intentaste abusar de mí —le acuso —. ¿Por qué no se lo cuentas a tu preciosa esposa, eh? Cuéntale cómo intentaste follarte a los hijos de tu propio hermano. Quizá lo hiciste de verdad. Quizá por eso estoy tan jodido, ¿eh? —Río suavemente.

Siento miradas sobre mí y una mezcla de expresiones de excitación y asco.

Me arden los ojos.

Oigo la respiración agitada y ansiosa de Eivor.

—¿Qué quieres? —pregunta.

—Quiero que des marcha atrás —le digo—. Deja de perseguirme, deja de perseguir a los Dresvanni.

Él gruñe de frustración. —¡Esto no es parte del plan!

—No habrá plan, ni futuro, ni para Rosalie, ni para ti, ni para Patricia, si no renuncias a esta ridícula necesidad de poder, tío —le advierto. Empujo a Rosalie con más fuerza contra el sofá y ella está sollozando.

—¿Oyes eso? Es el sonido de tu preciosa niña suplicando por su vida —me mofo.

—Soren, por favor —empieza Eivor.

—Prométeme que darás marcha atrás —exijo.

—¿Durante cuánto tiempo? —me pregunta.

—Lo suficiente para hablar. Lo suficiente para solucionar esto sin acabar muertos. Todos nosotros —le digo.

Él hace una pausa.

—¡Promételo! —le grito—. ¡Dímelo o muere! —La agarro del pelo y la acerco más al teléfono. Le pongo el teléfono en la cara y dejo que oiga sus gritos.

Vuelvo a ponerme el teléfono en la oreja.

—¿De verdad le harías esto a tu propia hermana? —me pregunta.

—Nada que tú no hayas hecho.

Eivor resopla. —¡Está bien! ¡Está bien! ¡Tú ganas! Lo cancelaré. Haré que todos se retiren. Por ahora —dice—. Solo deja marchar a Rosalie.

—¿Hablarás con nosotros? —le pregunto.

—Lo que quieras. Pero déjala marchar, Soren. No la toques.

Sonrío. —Está a salvo. Siempre y cuando te mantengas alejado —le digo.

—Deja que vuelva a casa —insiste él.

—La dejaré marchar. A dónde vaya es decisión suya. Adiós, Eivor —y cuelgo el teléfono.

—Madre mía —susurra Cassian—. Eso ha sido...

—Ha sido jodidamente increíble —jadea Tommaso—. Joder, tío.

Me doy cuenta de que Tiberi no está en la habitación.

—Lo hemos conseguido, Rose —le digo a mi hermana.

Al volver a mirarla, me doy cuenta de que no estaba fingiendo el llanto. Sigue llorando.

Dejo caer el móvil al suelo y me arrodillo ante ella en el sofá.

—Oye —digo rápidamente—. Todo está bien. No era real.

Le desato rápidamente la mordaza de la cabeza y le aparto el pelo de las orejas. Tiene la cara empapada en lágrimas.

—L-lo sé, es solo que —tartamudea—, Dios, parecía tan malditamente real.

Respira hondo e intenta calmarse, pero sigue temblando. —He o-odiado sentirte así. Haciéndome daño así.

Atraigo rápidamente a mi hermana a mis brazos. —Nunca te haría daño —susurro—. No de verdad. No así. Lo siento —la aprieto con fuerza.

—No pasa nada —insiste Rosalie—. Solo... Necesito un minuto —se aparta de mí y se levanta del sofá.

—¿Dónde está el baño? —pregunta.

—Yo te llevo —le dice Cassian con suavidad, y los veo salir juntos de la habitación.

Miro a Carmine, que tiene una expresión de conflicto en el rostro y los ojos muy abiertos.

—No puedo creer que hayas hecho eso —me dice—. No puedo creer que haya funcionado.

Suspiro. —Nunca creería que Rosalie también le ha traicionado. Tenía que usarla contra él —le digo—. Quizá me he pasado de duro.

—No, ha sido perfecto —insiste él—. Tenía que parecer real.

Asiento lentamente y me miro las manos. Me arden los ojos. —No quiero volver a tocar a mi hermana así nunca más —le digo con la voz quebrada.

—Tenías que hacerlo —dice Tommaso desde un lado.

Carmine le lanza una mirada fulminante.

—¿Podéis darnos un minuto? —pregunta. Su mirada alcanza también a Alessio, que ha estado callado todo este tiempo.

—¡Vale! —resopla Tommaso y sale de la estancia—. Pero luego hablaremos más sobre todo este asunto de vosotros dos.

Alessio no se mueve de donde está.

—¿Aless? —dice Carmine despacio.

Alessio niega con la cabeza. —No.

Al principio pienso que simplemente no se va a ir, pero vuelve a hablar.

—Eso no es suficiente —dice Alessio—. Volverá a por nuestra familia. Intentará destruirnos —da un paso hacia la puerta.

—Es suficiente por ahora —insiste Carmine—. Pensaremos en un plan más tarde.

—Más tarde es demasiado tarde —espeta Alessio—. Tenemos que matarlo ahora.

—¿A Eivor? —pregunto despacio—. Quizá no haga falta. Quizá podamos...

Alessio se mofa. —¿Razonar con él? Después de lo que acabas de tener que hacer, ¿de verdad crees que se puede razonar con ese hombre?

—Tenemos que intentarlo —le dice Carmine—. O de lo contrario, ambos bandos podríamos implosionar.

—No. Si muere, problema resuelto —Alessio empieza a salir de la habitación, pero Carmine lo agarra.

—¿Y qué...? ¿Vas a matarlo por tu cuenta? ¿Vas a dejar que te maten a ti también? —le pregunta.

—Haré lo que me dé la gana —espeta Alessio y retira el brazo de un tirón.

—No. Ahora el líder soy yo. Si Eivor va a morir, seré yo quien lo ponga en marcha, no tú —le dice Carmine con voz fuerte y dominante.

Alessio le mira con furia. —Nos causas todos estos putos problemas y ¿ahora quieres dar la cara y ser un hombre? ¿Ser el hombre de esta familia? Qué momento más oportuno —Alessio retrocede, se da la vuelta y sale furioso de la sala.

—¿A dónde vas? —pregunta Carmine.

—A cualquier parte menos aquí —responde Alessio.

Y entonces, nos quedamos solos.

Solo Carmine, yo y el fuego que chisporrotea en la chimenea.

Vuelvo a suspirar. Siento que se me quita un peso de encima y me acerco a él.

—Todo esto es culpa mía —le digo.

—No. No lo es. No te eches la culpa —exige—. Tu tío es el que busca la destrucción total, no tú.

Me acerco a él hasta que nuestras narices prácticamente se rozan.

—¿Qué hago ahora? —le pregunto.

—Te quedas aquí. Tanto tú como Rosalie sois bienvenidos mientras solucionamos esto —me dice Carmine—. El tiempo que haga falta.

Presiono mis labios contra los suyos suavemente, una vez, dos veces y una tercera. Me cuesta no seguir. No besarle hasta que me dé vueltas la cabeza y no pueda pensar en nada más.

Pero oigo mi nombre desde la entrada y me giro para ver a Rosalie allí de pie, con aspecto un poco menos alterado.

—¿Estás bien, Rose? —le pregunto.

Ella asiente. —Sí. Solo ha sido muy intenso —me dice, dedicándome una pequeña sonrisa.

—Bien. Nunca quise... —empiezo, y ella niega con la cabeza.

—No lo hagas. Por favor. No quiero tu lástima —me lanza una mirada significativa.

Asiento.

—He visto la biblioteca, ¿te importa si me quedo allí un rato? —pregunta.

Carmine asiente. —Por supuesto. Eres bienvenida aquí.

—¿Por qué no voy contigo? —le digo—. Mientras esperamos a que esté la sopa.

—Me gustaría —acepta Rosalie y se dirige por el pasillo por delante de mí.

Me vuelvo de nuevo hacia Carmine y esta vez es él quien me besa. —¿Vienes? —le pregunto.

—No. Voy a hablar un poco más con mis hermanos —dice.

—Vale. Avísame cuando esté la comida. Estoy muerto de hambre.

Dicho esto, me marcho para seguir a mi hermana hacia la biblioteca.

Donde nos sentamos durante una hora, uno al lado del otro, leyendo. Cómodos. Igual que cuando éramos niños.

Por primera vez en mucho tiempo, volviendo a ser como una familia.

Y así, este día se convierte en el primer día en que el hogar de los Dresvanni pasa a ser el mío propio.

EPÍLOGO

POSTFACIO

Gracias por leer esta historia.

De verdad—gracias por adentrarte en este mundo conmigo, por acompañar a estos personajes en la oscuridad y por sentir cada uno de sus momentos más intensos.

Ahora mismo estás exactamente donde están Carmine y Soren…

No a salvo.

No en paz.

Simplemente… respirando. Por primera vez desde que todo se derrumbó.

Han sobrevivido.

Se han elegido.

Pero el mundo que los rodea no se ha detenido.

Los enemigos siguen observando.

Las viejas lealtades no han desaparecido.

Y dentro de la familia Dresvanni… no todos están de acuerdo con lo que viene después.

Ya has visto las primeras grietas.

Y hay un hermano en particular…

que no es el tipo de hombre que espera.

Alessio Dresvanni siempre ha preferido el control al caos…

pero ¿qué ocurre cuando pierde ambos?

Por ahora, espero que hayas disfrutado del viaje de Carmine y Soren—intenso, imperfecto y un poco peligroso.

Aún queda mucho por descubrir en este mundo.

Más historias.

Más corazones que romper… y volver a reconstruir.

Gracias por estar aquí.

Con cariño,

Holly

P.D. Si te gustan las historias oscuras, intensas y obsesivas, no te pierdas **Ofrecido al Diablo**—una dark romance MM donde el poder, la posesión y el deseo chocan sin límites.

👉 https://www.amazon.es/dp/B0GQMSGZ4F

Un "regalo" que nunca debió convertirse en tentación… y un hombre que no sabe soltar lo que ya considera suyo.